





Eu 136/60

5
Coz4t

TRABAJOS DEL VICIO, AFANES DEL AMOR VICIOSO, MONSTRVOS DE LA INGRATITVD, EXEMPLOS PARA LA ENMIENDA, POLITICAS PARA EL ACIERTO.

REDVCIDAS A LA HISTORIA de vn ſugeto de modernas experiencias.

COMPVESTO POR DON RODRIGO Correa Caſtelblanco, Sargento Mayor de el Tercio de Granada, y Governador del Peñon.

DEDICADO

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR DON Iuan Antonio Pacheco Oſſorio Toledo y de la Cueua, Marques de Cerraluo, y de San Leonardo, &c.

CON PRIVILEGIO

En Madrid. En la Imprenta de LORENZO GARCIA DE LA IGLESIA. Año de M.DC.LXXX.

260573
29.10.31

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR Don Iuan Antonio Pacheco Ossorio Toledo y de la Cueba, Marques de Cerralvo, y de San Leonardo, Conde de Villalobos, Comendador de las Encomiendas de Fuente el Moral, y de Hornachos, Administrador de las de Almodovar de el Campo, y Herrera, Alcayde del Castillo de la Alvergueria, y de Almorchan, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, de sus Consejos de Estado, Guerra, Indias, y Camara de ellas, Capitan General de la Artilleria de España, &c.

EXCELENTISSIMO SEÑOR.

SI la tierra bronca, y adusta le corresponde al Sol con flores, y frutos, en reconocimiento de sus benevolas influencias; que mucho que vn honrado racional agencie demonstraciones con que publicar las fauorables influencias, con que V. Excelencia en Flandes, y en Cataluña me honrò, que fueron nobles impulsos de su generosa sangre, para que aya seruido al Rey mi señor con el acierto deseado, de que al passo que me hallo honrado, me reconozco obligado, y deudor de V. Excelencia, pues todos mis aciertos los deuo al valeroso influxo de V. Ex. à quien, como à noble Sol de los Ilustres Solares de España de Pacheco, Ossorio, Toledo, y Cueua, rindo las

gracias de las mercedes recibidas, postrado à los pies de V. Excelencia en este curioso papel, que no siendo mio, sino de vn amigo, consigo dos intentos, el propio de agradecido, y el del Autor, que grangea vn Patron tan fauorable como V. Excelencia, à quien Dios guarde, como este su mas obligado desea, y ha menester.

A los pies de V. Excelencia B.S.M.
su mas obligado.

Don Rodrigo Correa Castelblanco,
Gouernador del Peñon.

APROBACION DEL MAESTRO *Fray Aluaro Ossorio, Difinidor de Castilla, del Orden de San Agustin.*

POr mandado de el señor Don Alonso Rico, Vicario de esta Villa de Madrid, se me remitiò vn libro, cuyo titulo es, *Trabajos del Vicio, y Afanes del Amor*, compuesto por Don Rodrigo Correa Castelblanco, Sargento Mayor de el Tercio de Granada, y Governador de el Peñon; y aunque ocupada la atencion al examen; le he leydo con curiosidad, admirado, y gustoso, que el gusto le trae consigo la admiracion: *Quod admirabile, est delectauile est*, dixo Artes: Admirele, porque sacar del mal el bien, es maestria; que del empleo militar, es de quien podia esperarse menos; con que podrê dezir del Autor, lo que à contrario intento dixo nuestro Gran Philosofo Español Seneca: *Quid spectat, qui ofendit, dum obligat.* Mucho bueno se puede esperar, de quien con sucessos que estragan, edifica.

Leyle gustoso, mas q̃ por lo divertido (con serlo tanto) por lo provechoso, que puede ser à la juvẽtud; si en la escuela de los sucessos quieren ser didiscipulos de los escarmiẽtos, q̃ esse es el intẽto de

 el

el Autor, y este motivo, vna de las razones que hallo para su aprobacion, pues le basta a la obra para buena, la loable intencion con que se escrive: *Opus bonum intentio facit*, dixo mi Augustino, siendo en sentir de mi grande Padre la mejor censura; el dolerse de lo que neciamente tuvo por gusto. *Operum bonorum initium confessio malorum est.* Con que siendo este libro (como le hallo) cabal en la Fê, y para los que con prevencion cuerda le leyeren; no solo no disonante, sino provechoso con lo que les avisa a las costumbres. Siento, q̃ se le puede dar la licencia que pide para darle à la estampa; porque con su comunicacion (sino le vicia la malicia) ganarà; quien le tuviere, vn amigo, que en lo politico, y moral se dê doctrina con que acorte los passos al despeño, sin que el riesgo de peligrar el poco seso de la moçedad sea tacha para sacarla a luz, porque esso mas que nulidad de la obra, serà mal govierno de quien se maleare con ella; que el mal bien exercitado, es lustre, como vsar del bien mal, es ignominia. San Pablo hizo instrumento de Satanàs para sus virtudes: *Datus est mihi stimulus carnis meæ Angelus Sathanæ, qui me colaphicet.* Y Iudas, de la triaca del Sacramento, veneno para su ruina; con que de quien vsare mal de los suces-

cessos, serà la culpa, y para el Autor no puede dexar de ser excelencia, y lustre grande saber salir de el mal tan bien aprovechado. Este es mi sentir, en San Felipe el Real de Madrid, à 17. de Diziembre de 679. años.

Fr. Aluaro Ossorio.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado D. Alonſo Rico y Villarroel, Conſultor del Santo Oficio, y Vicario deſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. Por el preſente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que ſe pueda imprimir, ê imprima el libro intitulado, *Trabajos del Vicio, y Afanes del Amor vicioſo*. Compueſto por Don Rodrigo Correa Caſtelblanco. Atento, que de nueſtra orden, y comiſsion ha viſto, y reconocido, y no cõtiene coſa contra nueſtra Santa Fê, y buenas coſtumbres. Dada en Madrid à veinte y dos de Diziẽbre de mil ſeiſcientos y ſetenta y nueve años.

Lic. D. Alonſo Rico y Villarroel.

Por ſu mandado

Don Lucas de Cabañas Notario.

APRO-

APROBACION DE DON IVAN Baños de Velaſco, Coroniſta general deſtos Reynos.

M. P. S.

VVeſtra Alteza ſe ha ſervido mandarme lea vn libro, intitulado *Trabajos de el Vicio, y Afanes del Amor vicioſo.* Compueſto por Don Rodrigo Correa Caſtelblanco, y diga mi parecer, para que ſe ſirva dar licencia para ſu impreſſion. Y cumpliendo con el precepto, lo qual hallo en eſte libro, ſon vnas morales advertencias, que dulcemente, alegando los ſentidos, pretenden introducirſe à la compoſtura de las potencias, y lo que es Parabolico en la metafora, ſea doctrina prudencial en el vſo de las virtudes, ſi quien le leyeſſe no deſcompone por ſu mal afecto, el opificio con que eſtà taraceado, pues no tuvo culpa la flor, que alambicada de la oficioſa abeja, no produxo el ſabroſo panal en el venenoſo enredo de la malevola araña, pues ſu mala complexion de eſta, hizo toſigo de lo que la otra miel. Dulce es la narrativa de eſte tratado; mucho tendrà que aprender en êl, quien ſirviendole de eſpejo reparare ſi le ha ſucedido, ò puede ocurrirle

lo

lo proprio para fabricar el escarmiento à la vista destos tan artificiosos desengaños, sin que aya hallado en êl cosa que se oponga à nuestra Santa Fê, ni a la soberania, y obediencia de la Magestad. Este es mi sentir, salvo meliori. En Madrid à 22. de Enero 1680.

Don Iuan Baños de Velasco.

EL

EL REY.

POR quanto por parte de vos Don Rodrigo Correa Castelblanco nos fue fecha relacion aviades compuesto vn libro, intitulado *Trabajos del Vicio, y Afanes del Amor*, de el qual haziades presentacion en devida forma; y para poderle dar à la estampa, sin incurrir en pena alguna, nos suplicasteis os mandassemos conceder licencia para ello, y privilegio por diez años, ò por el tiempo que fuessemos servido, ò como la nuestra merced fuesse; lo qual visto por los de el nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la Pregmatica, vltimamẽte hecha sobre la impression de los libros, dispone, se acordò deviamos mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon, y Nos lo tuvimos por bien. Por la qual os damos licencia, y facultad, para que vos, y la persona que vuestro poder huviere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, de q̃ de suso và fecha mencion en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo, y espacio de diez años, que han de correr, y contarse desde el dia de la data desta nuestra cedula en adelante, pena, que la persona, ò personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, ò vendiere, ò hiziere imprimir, ò

ven-

ò vender, por el mismo caso pierdan la impres-
sion con los moldes, y aparejos de ella, y mas in-
curra en pena de cincuenta mil maravedis cada
vez que lo contrahiziere; la qual dicha pena sea
la tercia parte para la nuestra Camara, y la otra
tercia parte para el Iuez que lo sentenciare, y la
otra tercia parte para la persona que lo acusare:
con tanto, que todas las vezes que huvieredes de
hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo
de los dichos diez años, la traygais al nuestro Cõ-
sejo, juntamente con el original que en êl fue vis-
to, que và rubricado, y firmado al fin del de Do-
mingo Leal de Saavedra nuestro Escrivano de
Camara, de los que en êl residen, para que se vea si
la dicha impressión està conforme al original, y
traygais fê en publica forma, de como por Co-
rrector nombrado por nuestro mandado, se viò, y
corrigiò la dicha impression por el original, y se
imprimiò conforme a êl, y quedan impressas las
erratas, por êl apuntadas, para cada vn libro de
los que assi fueren impressos, para que se tasse el
precio, que por cada volumen huvieredes de
aver. Y mandamos al Impressor que assi le impri-
miere, no imprima el principio, ni el primer plie-
go dêl, ni entriegue mas que vn solo libro con el
original, al Autor, ò persona à cuya costa lo im-
pri-

primiere, ni à otra alguna, para efecto de la dicha correccion, y tassa, hasta que antes, y primero el dicho libro estê corregido, y tassado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucessivamente esta nuestra Cedula, y la aprobacion, tassa, y erratas, pena de caer, ê incurrir en las penas, y pragmaticas contenidas en las leyes de nuestros Reynos; y mandamos à los de el nuestro Consejo, Presidentes, y Oydores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, y Alguaziles de la nuestra Casa, y Corte, y Chancillerias, y à todos los Corregidores, Assistente, Governadores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y otros Iuezes, y Iusticias destos nuestros Reynos, y Señorios, y à cada vno dellos en su jurisdicion, que os guarden, y cumplan, y hagan guardar, y cumplir esta nuestra Cedula, y lo en ella contenido. Dada en Madrid à veinte y ocho dias del mes de Henero de mil seiscientos y ochenta años.

YO EL REY.

FEE

FEE DE ERRATAS.

FOl.12.col.1.palenquela,lee palanquela, fol.17.col.2.en el agasso,lee agassajo, fol.20.col.1.noche de juizio,lee de Iunio, fol, 26.col.1.sin gusto,leè sin gasto,fol.41.col.2.pegado,lee lagado,fol. 42.col.1.noble,lee novel,fol.43.col 1.y 2.combites,de pue stas, lee combites,de pue stos,fol.48.col.1.tercedor,lee torcedor,fol.64,col. 1.de mis juizios,lee de mis vicios,fol.67.col.1.pura salvar , lee para salvarnos,fol.69.col.del maltratado del,lee del maltrato del,fol.71 col.2.pues avia huido,lee avia traido,fol.73.col.1.rebalizo , lee rebalso,fol.78.col.2.a las otras,lee a las aras,fol.85.col.1.dontro,lee dentro,fol.92.col.2.su trataza,lee su traza,fol.103.col.1.discursivo,lee discurso,fol.103.col.2.pue,lee que,fol.161.col.2,ausentose, lee asustose,fol.172.col.1.ò ya por nudar nada,lee por no dar mayor noticia,fol.179.col.1,del dasurso,lee del dozareo,fol.180.col.2.del rendido,lee del estendidó,fol.181.col.2,que hablo, lee que hallo, fol.312.col. 2.la misma pana,lee la misma pena,fol.246.col.2.due la.lee que la,fol.288.col.2.aunqne no estan,lee aunque esten, fol. 288.col.2.col.1.que os declarò,lee que nos declarò,fol.329.col.2. trazar su amante,lee su muerte,fol.329.col.2.la qual no tenia,lee no tenia.

Este libro,intitulado *Trabajos del vicio,y Afanes del Amor vicioso*, con estas erratas, corresponde con su original.En Madrid à 13. de Abril, de 1680.años.

Lic. Don Francisco Murcia
de la Llana.

SV-

SVMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo este libro, intitulado *Trabajos del vicio, Afanes del Amor vicioso*, compuesto por Don Rodrigo Correa Castelblanco, Sargento Mayor del Tercio de Granada, a seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original, despachado en el Oficio de Domingo Leal de Saavedra, en 15. de Abril de 1680.

TA-

TABLA DE LOS capitulos que se contienen en este Libro.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

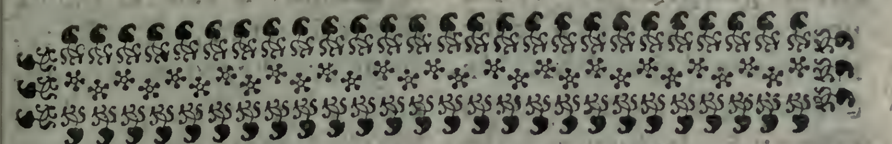
BIEN entiendo (curioso Lector) que avrà reparado en el sobreescrito de este librillo, donde parece se le dà por Autor a vn Soldado, que desde su niñez no ha tenido otro exercicio que el manejo de las armas; las quales, aunque Iulio Cesar las concordò con la pluma; pero nó pudo ajustar a que le siguiessen todos los Militares el dictamen, porque es impossible el servir à dos señores, y mucho mas emplearse en dos exercicios tan opuestos como la espada, y la pluma. Yo soy vno de los que no han sabido seguir el exemplar de tan ilustre Caudillo: contentome con procurar servir à mi Rey, y Señor con lealtad, y heredada, dexando para los Sabios Politicos el empleo acertado de la pluma, con que cõfiesso, que este librillo es de vn amigo, que no quiso que pareciesse en publico su nombre. A mi me pareciò bien, con que he permitido que salga en mi nombre; pero confessando no ser mia la obra, porque nunca me preciè de lograr aplausos à costa de meritos agenos. Y assi con toda legalidad confiesso, que lo que es de mi cosecha, es solo el buen deseo de que aprovechen escarmientos, y a

que

que los propios no los regulamos por penoſos afanes, ſino por neceſſarios accidentes de la bizarria humana.

Pareceràn ficciones del ingenio, pero aſſeguro que todo ſon verdades, mudados los nombres, y lugares: de mucho dello me conſta, porque aſſiſti a los cõtrayentes. Y aſsi laſtimado de ſus ahogos, deſeo que aprovechen para la enmienda, que es lo que me toca, ya que mi obligacion Militar no me ha permitido que agencie el caudal para el acierto de la pluma. VALE.

TRA-



TRABAIOS DEL VICIO,

AFANES DEL AMOR VICIOSO, MONSTRVOS DE LA INGRATITVD.

EXEMPLOS PARA LA ENMIENDA; Politicas para el Acierto.

REDVCIDAS A LA HISTORIA DE VN Sugeto de modernas experiencias.

CAPITVLO PRIMERO.

De la Patria, y Padres de Don Carlos.



NTRE la obſcura breña de los mõtes de Toledo, yaze vn lugar; por corto, no conocido; por humilde, no buſcado; y por pobre, fuera de la eſtimacion de la memoria corteſana. Eſte, pues, es ſilveſtre Corte de Aldeanos, humilde aſsiento de Conſejeros de las ſelvas; apacible Colonia de los habitadores de los montes; ſu de-

leitoſo parage es entre dos, ſino caudaloſos rios, à lo menos rios ſin el caudal de la hinchaçon de las aguas, que por coger niñas las fuentes, no ſon gigantes ſus padres, ſi naturales, y claras ſus abundancias. Repartese la amenidad florida en varios, y admirables payſes, guardando el coraçon de aquella Aldea por centro alegre de la Primavera. Sombra le haze vn boſque, alvergue bruto, y comun, del ligero Gamo, del Corço corredor, del timido gaçapo, del cerdoſo animal, y de la montaraz volateria, cuyas eſpaldas guarda la altivez de vna roca (aſſiento de los Reyes de las Aves) de cuyo pecho vierte ſus aguas vna fuente, vndoſa guarnicion de aquellos Valles. Y porque no quede ſolo en flor el fruto deſte vergel de la montaña, la ſabroſa corona de frutales le haze ſombra con ſu cercania, que à ſu tiempo le rinde colmados frutos de ſazones varias: tal cerco ponen las abundancias à tan fecundo ſuelo; pero el yfano de la apacible muralla la deſdeña deſde vna alta eminencia, corriendo ſu habitacion àzia el monte donde ſe retira, hallando refugio mas ſeguro de la opoſicion de los ayres, que ſobervios de fuerças por Invierno, pretenden derribar à violencias furioſas, la Corona de los valles, la cabeça del imperio de las ſelvas. Sus edificios ſon humildes, ſus corteſanos verdaderos, profeſſando mas la verdad por no admitida, que la mentira por buſcada. Viuen guſtoſos con ſu ſuerte, porque no ay mas gozar que contentarſe con no apetecer.

En eſte, pues, Parayſo de los montes, viuia vn pobre Cavallero en compañia de ſu eſpoſa, que en amigable trato ayudava à lleuar con alegre ſemblante la falta de las riquezas de la vida: conformavanſe tan diſcretos con la felicidad del eſtado, que les ſervia la memoria de ſus perdidos bienes, de milagroſo accidente para eſtimar la igualdad de el deſcanſo que gozavan. Suſtentavanſe de vna corta hazenduela, que cultivada de dos moços de el campo, les contribuìa lo ſuficiente para el regalo de la vida humana; pues

pues quando los perdidos bienes les acarrearon penas, la cortedad de vnos desperdicios olvidados, les grangean descanso, y alegria. Hà mundo! que quien mas possee de ti, mas trabaja, que quien menos te goza viue con mas sossiego. En esta prudente retirada de la borrasca del bullicio cortesano, los favoció el Cielo con darles à los dos consortes vn deseado hijo, fruto apetecido de algunos años, logrado en el tiempo de la alegre soledad. Pusieronle por nombre Carlos, ò ya por apellidarle como mereciò su amor, ò ya por pronostico de las esperanças que se podian tener de vn hijo tan apetecido de su anhelo. Creciò en pueriles juegos, dando luzes en ellos de lo mucho que cubria el villano sayal de prendas no conocidas; pero como estas eran mas atendidas de los ojos de sus padres, no permitieron que le faltasse la escuela de las artes liberales en que puliesse, si hermoseasse con el estudio, los naturales dones de que el Cielo le dotò. Embiaronle à Toledo à casa de vn tio suyo. Prevendado de aquella Santa Iglesia, el qual le recibiò con amor, porque siempre el estado Eclesiastico es el refugio de necessitados. Diòle al punto Maestro de latinidad en el Doctor Canales, vn ciego que en aquel siglo fue muy celebrado en la Ciudad de Toledo; y porque aprovechasse todo el tiempo, le diò leccion de dançar, tocar vna guitarra, con que le apartò con prudencia de los divertimientos viciosos, porque la ociosidad es madre de los vicios, quando la ocupacion es escuela de la virtud. Dentro de dos años se luziò bien el cuidado de sus Maestros, con la aplicacion del discipulo, pues assi en letras de humanidad, como en la destreza de la guitarra, gala, y donayre en el dançar, fue Carlos el primero, ò el mas aventajado en sus exercicios. O, dichoso el hombre que le dà Dios padres que le engendran segunda vez hombre en la enseñança que le dàn! O infeliz aquel hijo, que le cupo por suerte padres, que auiendole engendrado para hijo de

bendicion, le dàn enseñança para que sea verdugo de su honra. Bien afortunado, pues, fue Carlos, que auiendo perdido à sus padres en las conveniencias de la hazienda, hallò vn pariente padre que le diò la enseñança como si fuera padre, y mas que padre. Viuia junto à su casa vn Cavallero de los muchos que ay en la Imperial Toledo, cuyos hijos no inclinandose à las letras, era su estudio el de las armas, con que Carlos con el deseo de aprender todas buenas artes, se introduxo à jugar las armas, à hazer mal à vn cavallo: lecciones todas que en breve tiempo le adornaron de perfecto Retorico, de grã Humanista, de cortesano, de diestro en todas armas, con que era querido, y amado de toda la Ciudad de Toledo, la qual en apoyo de la estimacion de los nobles amigos de Carlos, se esmerava en aplaudir sus prendas con tanto excesso, que no auia bizarria que no le acumulassen, ò sentencia que no dixesse, ò habilidad, y destreza que no executasse. Seis años viuiò Carlos gozando de esta felicidad con sossiego del animo, con seguridad de conciencia; poco tiempo le permitiò el mundo de gusto, en desquite de tantas penas como passò desde edad de veinte años, hasta los quarenta y dos de su edad. Pero quando el mundo supo dar gustos, sino para enmendarlos con penas? Mas quando estas se multiplican, sino es en sugeto que merece ser coronado de lauros vencedores? El primer golpe conque le molestò la fortuna, fue la nueva de que su madre luchava con vna mortal enfermedad; para cuya assistencia pidiò permission à su Tio para acudir à esta forçosa ocupacion, la qual el Religioso Prevendado le concediò, encargandole la brevedad de la buelta en estando fuera de peligro su madre, porque ni su amor, ni su soledad permitian largas à su ausencia. Recibiò Carlos su bẽdiciõ aquella noche, por no inquietarle à la mañana; y como el cuidado acorta las horas al sueño, Carlos como hijo amãte de su madre, cuidadoso do su enfermedad, no sossegò hasta ponerse en camino,

que

que fue ſin tropieço, que no fue poco, pues nunca vino el mal ſin compañia. El cuidado paſo eſpuelas à la diligencia, la qual ſe logrò con brevedad, y llegando Carlos, como deſeava, à la caſa de ſus padres, al quarto donde ſu madre, fatigada de la mortal dolencia, peleava con la muerte. O deuda comun, que quien mas preſume de deſobligado por pocos años, mas aprieſſa la paga ſin llegar à la vejez! O deſcuido humano, que debiendo morir pagando eſta deuda con la vida, viuimos como ſino huvieramos de acabar, acabando como ſino huvieramos viuido para morir! No quiſo Carlos privarſe de las albricias que ſu imaginacion, ò ſu deſeo le prometian con ſu viſta, juzgando por milagroſo al amor, ò por mas valiente que la muerte; entendiò que la fuerça de el cariño, embuelta con la alegria de ſu viſta, milagroſamente la deſpojaſſe à la muerte de ſus fuerças, con que pretendia acabar con la vida de ſu madre; pero engañòſe, pues ſolo la comunicò alientos para encomendarle à la obediencia de ſu padre, dandole ſu bendicion, q por poſtrera memoria de ſu amor no pudo ſer ſin lagrimas. Enojada, ò zeloſa la muerte con el amor de ver que pretendia burlar todas ſus fuerças con los alientos del cariño, hizo mayor esfuerço, con que acabò con la vida combatida de mortales accidentes. Sintiòlo con tanto extremò ſu eſpoſo, que acabadas las exequias, le hiriò el ſentimiento con mortal achaque, que fue la miſma enfermedad con mayores accidentes, porque eran penas de vna memoria atormentada con los aſſombros de la muerte, ò dolores de vna enfermedad, originada de la congoja en la auſencia mortal de ſu eſpoſa. Y no sè qual era mayor cauſa de dolor al ſentimiento de Carlos, ſi el ver deſpojada de la vida à ſu querida madre, ò ſi reconocer à ſu padre fatigado de las congojoſas anſias de la muerte? Ambas à dos ſon cauſas de eſtremado ſentimiento; pero mayor la congoja preſente, aunque ſe goza con vida lo que ſe ama,

porque aunque al parecer no ay mas pena que experimentar la muerte en el amado; pero en viẽdo que fenece lo que se ama, se dà principio à olvidar la congoja; con saber que se le acabò el penar, quedando vn genero de consuelo en el mismo afan; porque se advierte, que tuvo fin el mortal dolor que fatigava la querida prenda; pero temer la pena con pronosticos fatales de la muerte, sintiendo con el amado las fatigas de el dolor? Mas es que llorar, ò sentir lo fenecido, porque con el fin de la vida se acaba el temor de mayor mal; pero mientras se viue temiendo, se profetizã males, con que todo es morir con vida, acabar permaneciẽdo, y permanecer en peor estado que si huviera fenecido. O vida desdichada! que por ser humana llega à tal parage de miseria, que es mejor al que la possee fenecer de vna vez para acabar con penas, q̃ permanecer edades, por no experimentar mas muertes.

Entre las borrascosas olas de este temeroso naufragio, fluctuava el combatido baxel del sentimiento de Carlos, sin mas vela, y remo que el valor que le acompañava; sin mas Norte que las cortas esperanças que los amagos lastimosos le prometian. Variaua el sentimiento en amarguras, ya con la congoja de la muerte de su madre, ya con el dolor de la enfermedad de su padre, con que apretavan su coraçon de manera, que se assomavan à las ventanas de sus ojos las amarguras tiernas en que estava, y segun lo que mas permanecia, eran mas, ò menos los ahogos, hasta que Dios puso termino à la vida de su padre, con que en igual pareja de debido llãto, llorò amargamẽte la muerte de sus padres, que ayudado de la consideracion del acabar pagò en lagrimas, lastimosos presagios de su mala fortuna. Quinze dias fueron solos los que gastò Carlos desde que saliò de Toledo, hasta q̃ quedò sin padres, sepultandolos en la Iglesia de aquel Pueblo con la pompa acostumbrada en lugar apartado de todo genero de vanidad. Hizo todo el bien que pudo por sus almas, situandoles vna Capellania, cõ

que

que pagò en mejor moneda la deuda que les devia de la naturaleza. Compuso lo restante de su hazienda por consejo de su Tio, dandola en arrendamiento: despidiòse de sus amigos, y paysanos; diò à los pobres vezinos las alajas menores de la casa, con que se vistieron, aprovechando lo que no servia, y con lo demàs bolviò Carlos à Toledo à la casa de su Tio.

CAPITVLO II.

Llega Carlos à Toledo, y dà principio à su primer empeño.

ERa por Mayo quando la contraria fortuna començò à mostrarse ceñida contra los meritos de Carlos: por Mayo era, quando el azero rigurosò de la muerte, cortò el hilo de la vida de sus padres. Era por Mayo, quando el tiempo con el alhago del Sol, y el fecundo humor de las aguas del Invierno, fructificava flores, fertilizava prados, y montes, adornandolos de nueva, y verde gala; y siendo vn mismo tiempo el de Mayo, en que se alegravan los campos, festejando la venida de las flores con su risa; para Carlos las flores de esta Primavera, fueron lagrimas; las galas deste Mayo, fueron lutos; pero que mucho, si lo florido desta vida son penas, si los frutos lagrimas amargas.

En suspension triste de sentidos, passò Carlos la distancia del camino que ay desde los montes de Toledo à la Imperial Ciudad de las Aguilas; entrò por la celebrada, y antigua puente de San Martin, y por calles escusadas, sin mostrarse à los amigos, se retirò à casa de su Tio, que le recibiò entre dos extremos, con pena por la muerte de sus padres, con alegria por verle ya en su casa, fuera de los ahogos de la ausencia. A tan buena voluntad, procurò Carlos pagar con la devida assistencia, sin perder de vista la persona de su Tio, solo el tiempo que le permitia lo passava retirado, leyendo diferentes libros, que son Maestros cortesanos, padres de buena leccion, escuela de toda buena enseñanç. De

aqui resultava, el que en las conversaciones se moviessen varias questiones, porque es traza de la mayor politica, tratar entre los proprios materias que se desean acertar en la palestra de la publicidad. Gustosamente se esmerava Carlos en entretener à su religioso pariente, el qual en trueque de la atencion de su prudente sobrino, le prevenia galas, le agenciava aliños; y para mayor conveniencia, le disponia à nuevo estado, procurando enlaçarle en la suave conjunda del matrimonio. Era el sugeto con quien el atento pariente pretendia casar à Carlos, vna viuda, vezina de su casa, hija vnica de sus padres nobles, y ricos; sus prendas, aunque retiradas à fuerça del recato, eran bien parecidas, y estimadas, solo Carlos era el que mas las atendia, porque auia algunos dias que por medio de su vista, qual basilisco le auia herido de muerte; porque la vezindad lo ocasiona, la vista es presta, la mocedad curiosa, con que con facilidad se sintiò Carlos rendido à la sujeccion de su amoroso imperio; y aunque las calidades del Amor son publicidades de la inquietud, no permitia Carlos que passasse de los terminos del silencio, à la ruidosa plaça de la publicidad, porque es singular prenda de la nobleza pretender con el silencio, por no desacreditar con lo publico. Era su habitacion la de vn quarto baxo, cuya ventana registrava por Verano el patio de la casa de su Dama; la qual con la ocasion del tiempo, y en Toledo, permitia con descuido cuidadoso, que gozasse Carlos muchas vezes de su vista. Estos relampagos, ò rayos de la presencia de Doña Beatriz (que este era su nombre, porque no la faltasse ni aun el nombre de Dama) causavan en su apassionado amante, si embeleso gustoso por breve rato, tormentoso parasismo por su ausencia. Rayo era la vista de la Dama, pues à dulzes violencias de sus ojos, ocasionava mortales efectos en el alma, dexando entera la corteza de aquel cuerpo. Pero Carlos, qual ossada maripofa se acer-

cava mas à lo efectivo de su llama; por la breve bruxula de vna zelosia participava si corta luz de su prenda amada, mucho alivio à su desesperada congoja; con que vnas vezes se quexava del diafano embaraço, que tan avaro le comunicava el bien de la vista de su Dama; otras disculpava la avara permission, porque aunque deseaua mas patente la presencia de su dueño, pero temia su cercania, por no perder en turbaciones publicas, lo que lograva en sus retiros. En la medrosa suspension de amar, sin saber si era correspondido, viuia Carlos contento de su empleo, temeroso de su fortuna, que le amenaçava cõ ingratos retiros de su Dama; pero no era assi como Carlos lo temia; porque si el donayre, la gala; si lo jarifo; y hermoso de Doña Beatriz le auia aprisionado en sus amores, el talle, lo brioso, lo entendido, y lo modesto de Carlos auia ya rendido el coraçon de su Dama con tan dulce violencia de cariño, que muchas vezes quiso dar vozes pidiendo fauor contra la fuerça del fuego de el amor; pero la modestia mas puntosa la obligaua dissimulos à sus ojos, para que no publicassen con lenguas de el alma, ternuras del coraçon. En este parage de el Chaos de el amor estauan los dos amantes, encontrandose à cada passo con la vista, desmintiendo cada verdad que sus ojos publicavan, con medrosos retiros de el semblante. Muchas ocasiones logrò Carlos, dando à entender à su Dama su voluntad, sin que jamàs el fuego que la abrasava diesse respuesta à tan debido cuidado; pero no por esso afloxò Carlos en su empleo, hasta que vn accidente impensado le diò à entender que era pagada su fineza, y quando entendiò no era admitido su cuidado, se hallò correspondido, oyendo de la boca de su Dama, mucho de lo deseado, poco menos de lo apetecido.

El descuido, ò el sueño de vn sirviente con vna pequeña luz, ocasionò en el primer quarto de la calle en la casa de

los padres de Doña Beatriz mucho incendio: al ruido de los golpes que davan à sus puertas, despertaron los dueños, turbaronse con la impensada desgracia; viendo que la llama, embuelta con el humo, les impedia el passo para su fuga, embaraçòlos la turbacion para buscar el remedio; pero la violencia de los que venian al socorro, les franqueò la salida, echando las puertas en el suelo; pero la llama avia crecido con tal fuerça, que les impossibilitava la salida, y como la vida es amable, se determinaron à romper dificultades por medio del voraz enemigo, que les impedia el passo. Pero, ò fragilidad humana! ò amable vida! ò descuido de la tierra! que siẽdo Doña Beatriz la vida por quien vivian, la luz de sus ojos, el aliento de su vejez, el consuelo de sus años, se les olvidò su socorro, negociando en primer lugar su seguridad, sin atender al mayor peligro que amenazava à su hija Doña Beatriz. No le sucediò assi a Carlos, pues llegando à sus oidos el ruidoso estruendo de las vozes de el pueblo, temeroso de lo que p[odia] suceder, sin temer el peligro conocido de la vida, saliò à la calle, donde encontrò con los padres de su dueño, à quiẽ[n] assustado preguntò, si faltava alguna persona de su familia? Fue la respuesta vn desmayo de la madre, vn suspiro de su padre, no dandoles el dolor mas palabras que las señas, cõ que davan à entender su sentimiento. No huvo menester mas retorica el amante Carlos para persuadirse à su desgracia, para empeñarse en el mayor peligro en defensa de la vida de su Dama, cuyos padres dexò sin respuesta, porque es bizarria del lenguage del amor, olvidarsele las palabras quando lo remite à las obras: qual herida fiera del sentimiento de ver que los caçadores maltratan à sus hijos entre los colmillos de los perros; assi se arrojò Carlos al socorro de su Dama, buscandola entre la voracidad de las llamas, que aũ que mas sobervias se mostravan en la monarquia del incẽdio, no pudieron obligar à Carlos à que desistiesse de su pretension amante. Dichoso

fue

fue su atrevido arrojo, pues la caida de vn paredon le diò passo para el quarto donde Doña Beatriz peleava varonilmente entre la muerte, y la vida por derribar vn tabique que se le oponia al transito de otro quarto: llegò à tiempo Carlos, que quitandola el instrumento violento de las manos, à pocos golpes abriò puerta franca por donde passar à la segunda estancia, donde sin darles el peligro lugar a demonstraciones del cariño (que no siempre el trabajo permite tiempo à los amantes para repetir sus ansias) huyendo del voraz enemigo, passaron Carlos, y Doña Beatriz otras tres quadras, hasta llegar à lo vltimo del quarto, donde pensavan hallar salida à tan grã peligro; pero con la experiencia se hallaron cercados de mayor dificultad, porque por los dos lados les impedian la fuga dos paredes maestras, y por el otro les amenaçava de muerte la voraz llama. Aqui fue donde el feminco valor perdiò el aliento, dexandose caer en los braços de su amante, con que por remate de su angustia le coronò de favores, diziendole: Ay Carlos mio, pagame lo que me debes de amor con librarme deste peligro.

No perdiò Carlos el brio cercado de dos tan valientes contrarios, como el favor no esperado de su dueño, y la llama que le amenazava rigurosa, con que aunque el ceño del peligro era terrible, mas turbacion le pudo causar el verse en los braços cõ su dama, que en la congoja de vn desmayo confessava que le correspondia amante, que le pagava con fineza; pero como le faltava el tiempo para discurrir en su dicha, corriò por todo, porq̃ apenas dava termino el peligro para agenciar el remedio. Dexò à Doña Betriz en el desmayo, discurriò cuidadoso por las quadras, buscando modo como librar la vida de su amado dueño: no hallò su diligẽte pesquisa mas que vna pequeña rexa, por donde se comunicava la luz à vn aposento de vna criada, y como al amor no se le haze nada impossible, probò Carlos sus fuerças con el terco si villano engaçe de la rexa; pero viẽdo no ser possible

ſible el deſtrozo del toſco impedimiento, ſe valiò de ſu daga, con que rompiò el pedeſtal de vna cama, que le ſirviò de palenquela, que entrandola entre la pared, y la rexa, quiſo la ſuerte que por medio de ſu induſtria, y fuerças, dieſſe lugar la rexa à eſcapar del incẽdio. En albricias del buen ſucceſſo de ſu agencia, bolviò Carlos à buſcar à Doña Beatriz; la qual ya fuera del deſmayo venia en buſca de ſu amante, que la recibiò modeſto con amoroſo ſemblante, y por pagarla deſpierta lo que la debiò en deſmayo, en breves palabras (que no permitia mas el tiempo) la dixo ſu amor, y la hizo noticioſa de ſu antigua voluntad; pero porque el fuego ſe alargava ya ſobre el quarto, con toda diligencia ſe valiò Carlos de los cordeles de la cama de la criada, cõ que deſcolgò à Doña Beatriz por la rexa, que aunque no muy diſtante del ſuelo, baſtante à temer la caida; el cuidado con la diligencia de Carlos, con toda brevedad puſieron à Doña Beatriz ſin peligrar en la calle, con que viendo Carlos lograda ya ſu diligencia, ſe reſolviò à ſalir del rieſgo, que por inſtantes le amenaçava, atò los cordeles al pedeſtal de la çama, que la atraveſò en la ventana; ſacò el cuerpo fuera, à tiempo que ſe cayò el techo del apoſento, con tan gran ruido, y polvareda, que juzgaron los dos amantes ſe venia el lienço de la pared à baxo, y los ſepultava entre ſus ruinas. Dexòſe caer Carlos aſido de los cordeles, que no le dexarõ ſalir ſin ſangre del empeño. El aſſombro del ſucceſſo, la humareda del polvo los detuvo algo en la confuſion de la calle, haſta que la miſma luz de el fuego los guiò para eſcapar de el peligro, con que à pocos paſſos dieron buelta à la calle, y ſe hallaron dentro de ſu miſma caſa de Don Carlos, donde eſtavan ſus padres de Doña Beatriz, ſin hallar conſuelo en la imaginada perdida de ſu hija, juzgãdola ya paveſa de las tragadoras, y vorazes llamas, Era el dolor tan ſin álivio, que no le dava lugar al Tio de Carlos à la averiguacion de ſaber donde eſtava ſu ſobrino, auiendole viſto ſalir tan

aze-

azeleradamente al socorro peligroso de aquel incendio. A todo este ahogo de lagrimas, y llanto, fue arco de serenidad la venida de Doña Beatriz, y Carlos, con que renovaron los padres con su hija las lagrimas, siendo estas de alegria, auiendo sido las antecedentes de mortal ansia; y siendo tan contrarias como vida, y muerte, engendrarõ vn mismo efecto de llanto; con que no todas vezes son señas de la pena que padece el coraçon, porque algunas vezes son efecto de demasiada alegria.

Contò Doña Beatriz à sus padres, y à los circunstantes, como su amante Carlos auia sido el amparo de su vida, estando ya à los vmbrales de la muerte. Ponderò sus valerosas atenciones, que como quiẽ les salia tan del alma, les supo dar la vida, para que sus padres conociessen la obligaciõ en que estavan à su amante Carlos, à quien ellos dieron la gracias; y aunque las palabras eran hijas de su agradecimiento, dezia mas su suspẽsion, que su retorica, mas su silencio, que su eloquencia, mas su buen modo de callar, que su mucha fecundidad de razones para agradecer. Admitiò el agrado Carlos, procurando corresponder con rendimientos, que juntos con las obligaciones que reconocian los padres de Doña Beatriz, le eligieron por yerno cada vno de por si en el silencioso tribunal de su voluntad, porque vn beneficio no esperado, haze gran bateria en vn coraçon agradecido. No dava lugar el incendio para mas comunicacion, y assi Carlos ya como dueño de las reliquias à quiẽ perdonò la llama, bolviò al socorro. La diligencia del Corregidor con sus Ministros, fue poderosa para atajar la voracidad del elemento: El fiel cuidado de los Religiosos reservò en deposito, lo q̃ su caridad robò à la tragadora llama del incendio, con que con toda diligencia se trasladò à su casa todo lo reservado, y dexando muerta la llama, bolviò Carlos à su casa à encenderse en mayor fuego de la vista de su Dama Doña Beatriz, con quien sus padres viendo que la tenian presente, tras los assom-

ſombros de la imaginada muerte, ſe alegravan con mayor cõſuelo; y aunque antes del ſuſto la gozavan con ſegura poſſeſsion, pero como eſte hallazgo tuvo ſu ſer en los terminos del dolor, fue poderoſo accidente para ennoblecer la poſſeſsion de la dicha. Teatro de eſte alegre ſuceſſo fue el quarto donde el Tio de Carlos los hoſpedò con toda vrbanidad, y oſtentacion, no conforme al deſeo de vn generoſo, pero baſtante para el tiempo de tan împenſada tragedia.

Al ahogo, y al ſuſto ſe les ſiguiò el deſcanſo, y à eſte la corteſana vrbanidad de las viſitas de parientes, y amigos, que duraron por algunos dias; en vno deſtos ſe les ofreciò la ocaſion, tantas vezes buſcada por los dos amantes, de la qual ſe valiò Carlos, rompiendo temores de cobarde, relaxando cortedades de atento, para buſcar à Doña Beatriz dentro de los limites de ſu quarto, y fue en tan buena ſazon, que ocupava à ſus padres vna viſita, con que tuvo lugar Carlos para ſin el embozo de mirado lograr dulces efectos de corteſes atrevimientos. Procurò Doña Beatriz el retirarſe; pero como no nacia del alma, ſino del bien parecer, poca fuerça huvo meneſter Carlos para q̃ atendieſſe à ſus afectuoſas palabras, las quales à peſar de intercadencias amoroſas, dixo aſsi:

No sé, hermoſo dueño, ſi eſtime por liſonja de mi buena fortuna las luzes con que ſe publicò mi dicha, ò ſi tema por mal preſagio del ſuceſſo de mi amor, hallar entre la voraz llama del incendio, el bien de vueſtra correſpondencia à mi buena voluntad? Si lo miro como liſonja de mi fortuna, con temeroſas ſuſpenſiones lo agradezco; porque aunque ſabroſo manjar à mi deſeo; es la liſonja en la caſa del amor, muy ſoſpechoſo veneno de la vida del querer. Si lo atiendo como mal aguero de mi dicha, que por corta ſe acaba como la breuedad de la fogoſa exhalacion, no quiſiera ſolemnizar cõ preſagioſo llanto, lo que en alegre riſa me promete mi fortuna. De lo vno, y de lo otro ſois vos Señora la cauſa con tantas ſuſpenſiones en la fineza de mi amor,

amor, con que me dais à entender, que deuo yo mas à la pauorosa llama que os obligò à confessar la deuda tã debida à mi cariño, que à vuestra voluntad que tan reazia se muestra à la atencion de mi cuidado. Mucho, Señora, era el ardor de mi afecto; pero al oir pronunciar el acento de vuestra voz, apellidandome vuestro, creciò à mayor incendio. Mostraos, pues, dueño mio en el trato, pues lo confiessan los labios, y pagad en buena correspondencia lo que me debeis de voluntad. Y si sola la lengua publica lo que niega el coraçon, deuaos yo este cuidado; dezidme que el temor del incendio os hizo engañadora, lisongeadme con desengaños, para que os venere, aunque ingrata, con que quedareis desobligada, quedando yo, sino satisfecho, gustoso à lo menos por desengañado.

Con esto acabò Carlos su breve razonamiento, con que diò lugar à que le respondiesse Doña Beatriz, la qual entre la modestia de puntosa, y el melindre de Dama, dixo assi:

Querer negar lo que mi coraçon publicò con los labios, pregoneros del alma, ni la razon lo consiente, ni mi voluntad lo permite. Dar mas ocasion à vuestro amor, ni me atreuo por modestia, ni lo probibo por amante, porque lo que la voluntad apetece, la modestia lo desmaya. Dexaros sin el verdadero conocimiento de lo que me dicta mi afecto, passara plaça de ingratitud, quando me precio de muy agradecida. Embaraços excessiuos para quien pretende mostrar modestia, y amor; este no podrè negarle en mi vida, pero con la atencion debida à mi respeto os coarto los arrojos, quando os permito lo licito de la voluntad; la mia teneis muy propicia, pues os confiesso, que desde que perdi à mi esposo, solo en vos he imaginado ganancias de lo perdido. Mis padres son por cuya cuenta ha de correr el buen sucesso de nuestro amor; solicitadlo de vuestra parte, que por la mia està segura la palabra que os di entre las llamas del incendio; y porque en el primer encuentro de nuestras vistas no tropieçe la malicia, retiremonos, que el tiempo nos darà ocasion à mayores empleos de co-

municarnos. Quiſo Doña Beatriz retirarſe ſin mas fauor que lo dicho, quando la voluntad de Carlos le calumniava de cobarde, con que ſin premeditar el delito, llegò ſus labios al termino vedado de vna mano; diò à entender en lo exterior la Dama ſu ſentimiento, quando ſu cariño amoroſo feſtejava la ſoltura; pero no quiſo Carlos perder el lance por cobarde, que pudo ganar por atrevido.

CAPITVLO III.

Empeñaſe Carlos en ſu amoroſo empleo, haſta ſalir por el de Toledo.

RETiròſe Doña Beatriz, quedando Carlos qual caminante en montuoſa, ſi deſcaminada ſenda que le faltò el dia, que con las zoçobras de la perdida huella, à falta de la luz, no ſe determina à ſeguir el viage, aguardando à que la Aurora traiga en ſus braços al Sol, padre del auſente dia. En eſta ſuſpenſion cogiò à Carlos el aviſo de que le buſcava ſu Tio, con que tratò de ir à ver à ſu Religioſo Prevendado, al qual encontrò en ſu quarto, deſeoſo de comunicarle, porque auia algunos dias que le faltava à ſus años eſte aliuio. En diferentes materias ſe dilatò la converſacion, haſta que ſe tocò en los hueſpedes que alvergaua ſu caſa, con que fue fuerça declararle à Carlos el intento que tenia ſu Tio de enlazarle en ſuave coyunda de el matrimonio con Doña Beatriz, agencia en que haſta eſta ocaſiò no ſe le auia dado parte al intereſſado Carlos, el qual le dio las gracias à ſu Tio, por el cuidado de la buena eleccion que tuvo en favorecerle. En el modo del agradecimiento conociò el cuidadoſo Prevendado el achaque de amor de ſu ſobrino, con que con ſilencioſo diſsimulo ſolemnizò el acierto de ſu eleccion, porque la continuacion de los años enſeñan, quando la juventud por menos experimentada es poco zeladora del ſecreto. Con la ſeguridad de que auia acertado à dar guſto à ſu ſobrino, ſe adelantò ſu cuidado en prevenir vn regalo para los padres de Doña Beatriz

triz, que fiendo con el fobre-efcrito fuyo, fueffe empleo de de fu Dama, y afsi le diò diferentes juguetes con que acompañò la fazon del agaffajo; entregaronfelo al ama para que le hizieffe lleuar al quarto de los huefpedes, con que el anciano Tio fe fue a fu Iglefia, y Carlos entre guftofas fufpenfiones fe retirò a fu quarto, donde la fuerça de fu imaginación le hizo tomar la pluma, con que en los pocos verfos de vna dezima dibuxò la dicha de fu amor, hallada entre los incendios de vna llama.

Por Elena en llama obfcura
La Troya fe viò abrafar,
Que folo fe puede hallar
Por el fuego la hermofura.
Mayor, mas alta ventura
Me diò el amor, mi ardimiẽto
Hallò entre el fuego violento
Belleza mas fuperior,
Que donde pudo el amor
Eftar, fino en fu elemento?

Quando el Ama llegò al quarto de los padres de Doña Beatriz, los hallò en vifita con dos Cavalleros, hermanos del difunto yerno; diò el recado en nombre de fu amo el mayor, fue admitida con todo cariño, defpidiendola con toda vrbanidad. A todo lo qual atendieron los dos cuñados de Doña Beatriz, quitaron el rebozo à las vandejas, con que fe les manifeftò en el agaffo el cuidado, el aliño, la curiofidad, y el buen gufto del que lo embiava, de que refultò en fu imaginacion vna maliciofa fofpecha, que les obligò a dezirles a los padres de Doña Beatriz lo mal que podia parecer fu afsiftencia en cafa donde viuia vn moço galan, fiendo fuerça topar cada inftante con fu hermana, de pocos años, con muchos de hermofura, recien viuda, en lugar corto, donde podia reynar la malicia, pues la ocafion era tan proxima, que les parecia trataffen de bolverfe à fu cafa, pues el fuego auia andado tan comedido, que les auia dexado baftante habitacion para poderfe acomodar, fin necefsitar de ageno folar, que efto fe lo advertian, como tan intereffados en fu credito, pues fu fobrino era hijo de vn hermano fuyo, à quien

deuian todo respeto, por cuya causa corrian por su cuenta estas atenciones; ademas, que no era buena amistad la que pudiendo escusar vn enfado al bienhechor, à titulo de segura amistad le molestavan; tan vivas razones les supieron dezir, que los obligaron à los padres de Doña Beatriz à tratar aquella misma tarde de passarse a su antigua habitacion. Entendieron los dos amantes la novedad, aviendoselo dicho las vozes de los Ministros de semejante execucion, con que cada vno con el achaque que le ofreciò el tiẽpo, concurrieron à averiguar el susto impensado de su principiado amor. Doña Beatriz como de cosa propria, no se quiso dar por entendida, Carlos cortesmente quexoso, les dixo, que no pensava el que la casa de su Tio era tan de passage en su servicio, que à juzgarlo assi, no fuera la retirada tan sin saberlo, porque hiziera si diligencia para que la justicia los detuviera; pero que vn engaño qualquiera le padecia; que el presente era muy sensible; pues se iban de casa de su Tio, sin permitirles tiempo para que los pudiessen servir conforme à su buen afecto. Fuele respondido à su quexa con la misma vrbanidad, insistiendo en la mudança; pero no se les permitiò aquel dia por causas que alegò Carlos en su abono, atendiendo à que para aquella noche estava dispuesto por los dos amantes para que se viessen, como sucediò, en que brevemente determinaron (por causa de los sustos de los criados) que por vna ventana que salia a la misma calle, por donde escaparon del incendio, que era mas baxa, de mejor calidad para euitar las zozobras que traen consigo los amantes, que por alli se podian ver, y tratar con seguridad sus amores. Aunque el verse fue con harta zozobra, no pudo permitir su amor que se despidiessen sin ternuras; sino se arrullaron con caricias, retiraronse con cuidado, porque no los salteasse la curiosidad de algun sirviente, porque el cercenar de gastos con prudencia, perpetùa la comodidad en mil sazones. Llegòse el

di

dia en que los huespedes, acompañados de Carlos, y su Tio se passaron à su casa, donde los dexaron por no hazer sospechosa la visita. Acercòse la noche, y como cada amante la deseava, aborreciendo la duracion del dia, tan puntuales como solicitos llegaron puntualmente al puesto señalado. Como primerizo en amor no supo Carlos como travar esta primera pendencia de voluntad, y como tan poco diestro no hallò como dar à entender à su Dama la estimacion del favor, faltaronle palabras, quando le sobravan estimaciones, conque lo que suele ocasionar la malicia del ayre, que es sellar los labios, ò turbar la lengua, el mismo efecto ocasionò en Carlos la vista de su Dama con tan indissoluble lazo, q̃ mas parecia enfermedad la suspension, ò extasis, que turbacion amorosa; pero conocida por Doña Beatriz la novedad de la suspension de su amante, ò la causa que le detenia, sino bien creida, à lo menos imaginada, le saliò al camino a asaltarlo gustoso de su passio, con que al menor silvo de sus amores despertò Carlos, reconociendo la seña de que eran ladrones sus cariños, pues le robavan hasta la gloria de imaginarse dichoso, porque el hallarse despierto con tan gran fortuna, le daua à entender, que mas le favorecia la experiencia de lo que le pudo profetizar la imaginacion, porque oyendose nombrar por dueño, le asegurò en el credito de esposo, experimentando, que si la imaginatiua gustosa le suspendia los sentidos, la experiencia tratable le embargava las potencias; pero por no caer en falta con su Dama, ò en descredito con su pundonor amante, pagò rendido prisionero con las prendas de la estimacion, recogiendo favores à manos llenas, por obligarse à pagar como obligado, y no à satisfacer como presumido. Acercòse à la rexa, aunque por no començar con hierros, se apartò dellos, terminando al seguro acierto de la mano de su dueño, que como su estimacion amorosa assegurava que tenia el cielo de su mano,

por mantener ſu gloria, ſe traſladaron ſus labios deſde la mano à la boca.

En eſte amoroſo congreſſo ſe lès paſsò à los dos amantes la noche con tanta brevedad à ſu parecer, que la imaginaron noche de juizio, à no deſmentirlos la humeda frialdad del Otoño. Deſpidieronſe con tiernas anſias, de que les obligava la fuerça del imperio de la luz, a viuir en la tiniebla de la auſencia, dexaron diſpueſto para la ſiguiente noche el verſe dentro de ſu miſmo quarto de Doña Beatriz, porque el començar a perderſe, no dà treguas haſta acabar. Retiraronſe los dos amantes, Doña Beatriz a ſu quarto, Carlos para ſu caſa; pero al rebolver la calleja, tropeçò con vn hombre, el qual pretendiò reconocerle; eran ya las quatro, y media de la mañana, peligrava el ſer conocido Carlos à aquella hora fuera de ſu caſa, con que ſe determinò a ſacar la eſpada, para obligarlo al impertinente reconocedor a que le dieſſe paſſo; en los primeros encuentros ſe hallò el contrario mal herido, lo qual conociò Carlos en que pretendia retirarſe, y como ſu intento no era mas que eſcuſar de que le conocieſſen, aſsi como hallò lugar, ſintiendo ruido de gente que venia à ſocorrer la pendencia ſe retirò, con todo cuidado diò buelta a algunas calles, por deſmentir indicios, para dar lugar a que ſe ſoſſegaſſe el barrio para entrarſe en ſu caſa. Aſsi como moſtrò la cara el dia ſupo la juſticia la pendencia de aquella noche en que vn Cavallero quedò mal herido, hizo averiguacion de quien auia ſido el delinquente; pero como Carlos tenia buena opinion, y no tenia enemigos, nada ſe averiguò; ſolo el herido tuvo mala ſoſpecha de que Carlos era el que le auia mal tratado, porque la calle, la hora, y otras circunſtancias lo hazian fuerça que era Carlos el agreſſor. Y es el caſo, que el herido era vn cuñado de Doña Beatriz, que tenia ſu cuidado en aquella calle, y como ſe rezelava de ſu cuñada, aſsi como viò à aquella hora ſalir a vn hombre de la calleja, maliciò la cauſa, dando por cier-

cierto ser Carlos su contrario, procurò conocerle para certificarse; pero sucediòle mal, y aunque su malicia assegurava que Carlos era su enemigo, no se diò por entendido, y Carlos le visitò en su enfermedad, y siempre le tratò con igualdad; no obstante Carlos sospechò que su contrario le auia conocido, pero es gran politica la vrbanidad modesta, quando cabe, si dà lugar para el dissimulo. Cuidadosa estaua Doña Beatriz de su querido amante, quando supo la pendencia, la hora, y la calle en que sucediò, y como acudiò à la ventana para aueriguar si su Carlos auia sido el actor, ò por su desgracia le costava sangre, le hallò en su ventana, que con su vista la sacò de la temerosa sospecha, y con el alma en los labios la diò los buenos dias. Aquel passo tardo, y perezoso con pies de plomo para los dos amantes que le passaron, assomandose por instantes à la ventana, por ver si se acercava la noche, para que se acabasse el dia; y de camino se congraciavan los coraçones con la vista, siendo su imaginado, y vicioso deleite acreditada gloria, mundana para alma, y cuerpo. Llegò el termino del dia, dando principio a la noche tan deseada de los dos amantes, y como cada vno apresurava el lance, no fue bien hecha la seña del solicito amante Carlos, quando ya Doña Beatriz le assistia diligente, previniendole de que era temprano; pero que mientras se hazia hora, y dava buelta à su casa, se ocupasse en destrozar vna debil, si pequeña rexa, para que le franqueasse el passo; hizolo assi Carlos à pesar del errado estorvo, la rexa se desviò, por donde entrò Carlos en casa de Doña Beatriz, gozò sus braços, conque diò principio à sus trabajosos azares, que por vna amorosa liviandad, por vn facil devaneo le sucedieron. O amor vicioso, que caros, q̃ breves, que azarosos das tus gustos, quando los prometes baratos, duraderos, y sin zozobras! Llegò la hora en que era fuerça dividirse el amoroso lazo de los dos amantes, dexãdo Carlos cõ silencio lastimoso

la estancia de su dueño; pero no le sucediò à Carlos lo que a muchos; pues aunque auia gozado a su prenda, se encendiò mas la llama de su amor, pues embebido en la dulce consideracion de su mundana fortuna, tras auer recuperado el perdido sueño (si es q̃ duermen los enamorados) hizo Carlos este Romance al amoroso lazo, si feliz memoria de la possession de sus amores.

A la gala de vna Rosa,
con que se enlaça vn clavel,
haze fiestas todo el Mayo
en la plaça de vn Vergel.
Mantenedor de vnas cañas
de plata vn arroyo es,
que como es desvanecido
quiere en el ayre vencer.
Parejas corren las flores
en luzir, y en parecer,
que el vẽcer en cõpetencia
nueva gala es del placer.
Ya la pompa de las Aves
en sus penachos se vè,
que quiere tambiẽ el Mayo
en sus plumas florecer.
Alfombra es de los amantes
el pie de vn fresco laurel,
porque los sirvan sus ramas
de corona, y de dosel.
El musico Ruyseñor
clarin alado se vè,
que clarines de las selvas
Ruyseñores han de ser.
Suenan al romper del Alva,
que tocan à acometer,
a los cavallos del Sol
Infantes de Aranjuez.
A vna fuente presumida,
en pena de su altivez;
la assaltan por todos lados
quatro escalas de Cypres.
Verdes castillos se oponen
à su vana candidez,
y ella de todo haze risa
como es bella; y es muger.
Juega el ayre entre las flores,
haziendo burla tal vez,
que le sigan de cabeça,
no pudiendo por sus pies.
Enlaçadas ya las ramas
de los alamos se vèn,
q̃ hazen amistad los troncos
por solo bien parecer.
Esta es la fiesta, Pastores,
que à vna flor le sabe hazer
el Mayo para sus gustos,
viua mil siglos, amen.

Las heridas del cuñado de Doña Beatriz permitieron por algunos dias gustosa possessiõ à los dos amantes, hasta que cobrada salud el herido, ò la vengança, ò la curiosidad ve-

laua sobre descubrir a su enemigo, con que fue fuerça andar con mas cuidado. No fue este el mayor embaraço que la fortuna tratò de poner a Doña Beatriz, y a Carlos en su amoroso empleo. Vn Indiano pariente deseò en esta ocasiō enlazarse en la coyunda del matrimonio con su prima Doña Beatriz, hablò à sus padres, los quales codiciosos del oro del Indiano pariente, le dieron buenas esperanças: consultaronlo con su hija, la qual con modesta resolucion les afeò el intento de faltar à la palabra que dieron al Tio de Carlos, con la qual tacitamente la permitieron le diesse lugar en la estimacion de su voluntad, con que ni era bien engañar à su primo, y menos faltar a la palabra que auian dado; ademas, que su gusto era el q̄ auia de gouernar este lance, y no estava de parecer de faltar à lo tratado con el Tio de Carlos. Esta resuelta determinaciō supieron los cuñados, y como el herido no estava aun sano del achaque de su malicia, se persuadiò con este accidēte à que lleuava camino su juizio malicioso. Nada desto fuera bastante para embarazar el empeño, si el padre de Doña Beatriz codicioso de la hazienda del pariente Indiano no se huviera encaprichado con tal empeño, que sin consultar la accion derribò el partido de Carlos, dixole a su Tio como las palabras de los hombres, en lo que tocava à casamientos, no tenian firmeza, porque dependian de la voluntad de las partes, que èl por la suya lo deseava, pero que su hija, y su madre no estavan de esse parecer, que le perdonasse, que harto lo sentia, pues ganara tā to en tener por hijo à Carlos, que faltando èl en su casa, sabia muy bien que era el perdidoso, pero que su hija no assentia à ello. Con esta novedad se enfadò el Tio de Carlos, respondiendole con despego, con que todo se baraxò, amenazando ruina el edificio de la esperança de los dos amantes. Los dos cuñados de Doña Beatriz deseosos de la vengança, hazian todo esfuerço porque se efectuasse el casamiento con el primo, pero hallaron siempre la impossibili-

lidad por la parte de Doña Beatriz, conque reconociendo el empeño, mudaron de parecer, procurando alentar el partido de Carlos, hablaron à su Tio, el qual como estaua sentido del mal termino de el padre de Doña Beatriz, respondiò, que su sobrino ya estava empleado en otra parte, que aunque no lo estuviera, no permitiera diesse la mano à hija de quien quebrava su palabra por quatro maravedis, q̃ esta era su postrera resoluciõ: con la qual se vieron los cuñados atajados, sin saber como dar fin a este empeño con reputacion. En gran conflito se veian tambien los dos amantes, porque los padres de Doña Beatriz la amenazavan con su maldicion, al mismo tiempo que Carlos rompia por la obediencia de su Tio, por ganar con la mano de su Dama los premios de su cariño. A tan determinada resolucion, no acabava Doña Beatriz de premiarla con seguir el mismo rũbo; porque ò la modestia, ò el miedo de sus padres la impedian el resolverse, con q̃ ocasionò à sus cuñados formassen duelo; el qual trataron de remediar a fuego, y sangre. Hizieron con gran secreto la pesquisa, y como el amor, y el dinero, por mas que le oculten, se sale à la plaça à los ojos de los hombres, vinieron a alcançar la ilicita correspondencia de Carlos con su cuñada, como entrava las mas noches en su casa, la hora, y por donde, que nada ay que se oculte à vna hõrada pesquisa. Consultaron entre los dos que se deuia hazer en este caso, saliò decretado que muriesse Carlos; y para ponerlo en execucion, dispusieron aguardarle al salir de la casa de Doña Beatriz, por ser hora acomodada para executar qualquier hecho: previnieronse para cumplir con su duelo, que fue tan apresurado como les incitava su corage. Llegò la noche, la qual Carlos como acostumbrava, auia gastado con su Dama, y al desasirse de sus braços, fue el despedirse con mayor extremo de terneza, tãto, que la hizo assustada novedad à Doña Beatriz; pero como la voluntad viue siempre temerosa, y el mesmo susto le cuesta el bien que el

mal, no quiſo calumniar accidentes, quando ſe aſſegurava de la verdad del amor de Carlos, el qual faliò de entre el alhago de ſu Dama con peſaroſa ſuſpenſion, porq̃ nunca el coraçon dexa de adivinar el mal; pero como ſe apartava del deleite, tuvo por neceſſario ſu peſar; pero luego ſe deſengañò, pues no huvo bien dado la buelta à la calleja, quando reconociò a dos contrarios que le tiraron dos carabinazos, con mas ruido que efecto; puſoſe en defenſa a tiempo que le embiſtieron, hallandole ya diſpueſto à la reſiſtencia afiançada en ſu valor, con ſu eſpada, y broquel, y como la experiencia le enſeñava, que en la buena diligencia de ſus manos aſſegurava ſu vida, procurò con todo valor, y deſtreza acabar de vna vez con el empeño, cubierto del broquel, al rebatir de vna punta, le entrò al contrario otra, dando con èl en tierra, donde à grandes vozes pedia confeſsion. No fue baſtante eſta temeroſa voz para que el ſegũdo competidor dexaſſe la contienda, antes con mayor empeño le perſeguia de muerte, y mas quando el herido ſe bolviò à levantar, y con mayor corage le apretava por vn lado. En gran peligro ſe viò Carlos cercado de dos tan valientes enemigos, valiòle ſu valor con ſu deſtreza, y vn hõbre que cõ vna alabarda ſe entrò de por medio, que à no tener eſta ayuda, peligrara ſu vida; pero no obſtante el embaraço del que metia paz, no curò de retirarſe el enemigo, antes con mayor corage ſe arrojò à Carlos, pretendiendo acabar la contienda con vna eſtocada, la qual recibiò Carlos tan en ſi, con tan buen tiempo, que hizo el reparo con la execucion de otra, que ò por mas dieſtro, ò por mas preſto dichoſo, diò con ſu contrario en tierra, paſſado de vna venturoſa herida. A eſte tiempo acudiò gente, que baraxò la pendencia, con que tuvo lugar Carlos de retirarſe al Convento del Carmen, donde tenia vn Religioſo amigo; era la ſazon en que ſe dezia la Miſſa de el Alva, con que ſin ſer conocido ſe entrò en la celda del amigo, donde guardò recluſion algunos dias, en que curò los raſ-

guños que huvo en la refriga, sin que su Tio, ni Doña Beatriz supiessen donde se ocultaua. Sus contrarios no le buscavan, porque sus heridas los tenian ligados en la cama: la jusicia era la que de oficio le rondava; pero la buena diligencia de los Religiosos le ocultò de la rigurosa pesquisa. En esta reclusion passò algunos dias, en que las heridas de los dos hermanos, no solo no acabavan de sanar, sino que se juzgava estavan de peor calidad, por cuya causa se determinò Carlos de auisar à su Tio por medio del confidente Religioso, el qual lo hizo con todo dissimulo, y su Tio por no dar que sospechar, y poner à peligro à su sobrino, no permitiò que le viesse, proveyole de dinero, y mula, con que por vn papel se despidiò de Carlos, echandole su bendicion. No permitiò Carlos tanto rigor en el despego, en quien tenia librado todo el cariño de padre; y assi aquella noche entrò en casa de su Tio, donde recibiò su bendicion; y porque no le culpasse el amor, ya que auia cumplido con la sangre, diò buelta à la calle de Doña Beatriz, la qual triste, y afligida se consolava con assistir al portillo por donde su galan entrava à gozar de sus braços. Hizo Carlos la seña, à la qual acudiò toda asustada la Dama, porq̃ tanto susto cuesta vn bien no imaginado, como si se perdiera. Vieronse los dos amantes en su acostumbrado retiro, y aunque el amor, y el vicio los embargavan los passos, el credito con el temor de la justicia los obligaron à desasirse, dexando la amorosa coiunda bañada en tierno llanto, pues deshechos sus coraçones en lagrimas, vertian de sus ojos sus sentimientos. Aqui fue donde Carlos necessitò de su valor para romper el amoroso lazo, con que sin mas palabras que suspiros, sin mas razones que el agua de sus ojos, sin mas respeto a su amado dueño, se desasiò de sus braços, cõ que en tiernas lluvias de amor padeciò su coraçon furiosa tẽpestad de vna lastimosa despedida. Con este ahogo azelerò el passo, dando alcançe à vn criado, que en la puente de Alcantara le aguardava con dos mulas, en que siguieron su

via

viage para la Ciudad de Soria, antigua, si celebrada Numancia.

CAPITVLO IV.

De los sucessos del viage de Carlos.

QVE Bruto apetece su precipicio? que alta roca su ruina? que tremolante garzota su destrozo? ò que altivo laurel su menoscabo? que lozana flor su desmayo? ò que viuiente su fin, y temprana muerte? Nadie desea el fenecer; solo el hombre, arrastrado del engañoso atractivo de la hermosura del fementido veneno de vnos ojos, corre desbocado sin freno, tan ciego, que tiene por lisonja la muerte, deseoso siempre de acabar la vida que a su parecer le sobra. Gran exemplar tenemos en nuestro Carlos, el qual al salir del Sol del dia siguiente, se hallò cerca de la Villa de Ocaña, tan suspendido en su dolor, tan mal tratado de su congoja, tan ahogado de su memoria, que le obligò à su criado Andrès a procurarle el consuelo, preguntandole la causa de su congoja, fuele respondido, que eran muchas las causas de su ahogo. La primera, vn fino amor correspondido, que con aquella ausencia se rompian los lazos de su gozo. La segunda, el dexar à su Patria, à su Tio, à sus amigos. La tercera, que era la mas principal, era la pena que le causava el apartarse de su Dama, pues quisiera mas aver muerto à manos de sus enemigos, que à rigores de la ausencia de su dueño; porque vida sin su Dama, no era vida, sino muerte; no era permanecer, sino acabar; no era respirar, sino fenecer. Admirado quedò el moço de ver, y oir el sentimiẽto de su amo embuelto en vn torvellino de lagrimas, y suspiros. Y como la compassion, aun en el mas villano pecho se halla, no fue mucho que en el de vn criado antiguo se hallasse, pues considerava à su Amo, moço, y galan, valiente, desahogado, discreto, congojado con vn dolor tan sensible, que le sacava à los ojos el coraçon deshecho en lagrimas. Movido, pues, Andrès de vn tan lastimoso espectaculo, se determi-

minò compassivo à buscar modo como consolar à su Amo, y no hallò otro mas eficaz, que la rustica rectorica de su oracion.

Señor (le dixo) viue el alto coime, que me admiro de vuessa merced, que siendo vn hombre cuerdo, de buẽ juizio, que haga tanta impression en su sufrimiento el tragico sucesso de vna voluntad. Sepa vuessa merced, que yo soy ya viejo, y al Diablo le dizen, que por ser viejo sabe mucha letra. Entiẽda vuessa merced, que las mugeres no quieren à nadie, y assi es locura morirse por ellas, pues nos dàn en risa, lo que lastamosos à peso de lagrimas. A vn Amo servi yo en mis niñezes, muy dado al exercicio de atabalero de Amor, el qual siempre andava en pendencias, ruidos, alborotos por sus Damas, y se consolava con que le dexavan la honra, y la vida de barato, ya que el gusto, la hazienda, el sossiego con la moça, se lo llevava el Diablo. Esta, Señor, es gran leccion, porque es de hombre acuchillado; repare vuessa merced en ella, abra los ojos, dexandose llevar del tiempo, que es el gran componedor de semejantes cosas; y porque vuessa merced sepa que hablo de experiencia, sepa vuessa merced, q̃ tambien los de escalera abaxo tenemos nuestras controversias de amor. Oyga v. merced por su vida, que le quiero cõtar la mia, ya que el camino dà lugar para todo, quizàs oyendo mis andanças se divertirà vuessa merced del mal humor que le aflige.

Yo, Señor, naci en Oviedo, mis padres no los conoci, vn tio mio me criò hasta edad de diez y ocho años. Este tenia su caudal en aloxa, y barquillos, venia à Castilla al tiempo del gasto desta mercaderia, en que procurava aumentar el caudalejo, hasta que llegaua el Invierno, que bolvia à la tierra, cien doblado el peujal, sino es que hazia compañia con otros de su Pais para la provision en Madrid, de buñuelos, obleas, lituarios, y aguardiente. Oile yo à mi tio vn año que bolviò con prospero viage (pues aviẽdose vestido de paño azul, y llevado para mi tia vna saya cõ su corpiño de paño del mismo

co-

color, y para mis primos no sè que zarandajas, quedandose el bolson muy bien preñado de las ganãcias de aquel año, que Madrid era patria comun, alvergue de pobres, tesoro de invencioneros, refugio de mẽdigos, y solar dichoso de forasteros. Con esta memorable, si codiciosa relacion, me determinè a pedirle que me llevasse en su compañia, lo qual hizo èl de muy buena gana, por hechar la costa de casa, y tener quien sin gusto le ayudasse en su provechosa agencia. Alentòme con grandes ansias a seguir esta derrota, el ver que las drogas que traìa para emplear, bolviendo con ganancias considerables, eran su cuerpo gentil, el peor vestido de todos, vnas polaynas remendadas, dos camisas de estopa, vna alforja entre blanca, y negra, vna montera de narizes de sayon mal encarado, y vn capote de dos aldas, señas todas para alentar al mas cobarde coraçon para salir de su patriá, llevandole por piloto para surcar el mar de la Corte, adonde llegamos; hechas nuestras jornadas al pie de la obra, aportamos à la casa de vn paysano, que nos recibio alegre, combidandonos generoso con sardinas assadas, y vn jarro de vino medio Christiano, al qual entre pregunta, y pregunta de nuestro Pais, le sacamos el alma, sepultandola con toda solẽnidad de brindis en nuestras tripas. Acabado el cõbite, preguntò mi tio al paysano en que estado estavã sus mercaderias, si el puesto era seguro? quien auia venido de nuevo por atravesador de sus ganancias? y à como valia la miel con los demas aderẽtes necessarios? Fuele respondido, que todo estava à buẽ precio, q̃ aquel año auia nevado mucho el Invierno, cõ q̃ de placer diò vna zapateta en el ayre, diziendo, la aloja cõ barquillos en su punto? la nieve, y miel barata? Hocaño me hago yo rico, y salgo de este modo de viuir, y me meto à Cavallero en la Montaña, q̃ Dios sea alabado, de casa Solariega somos, vamos de aqui Andrès, no perdamos tiẽpo, y asiendome de la mano, me llevò hasta la plaça, dõde hallamos paysanos del trabajo, q̃ cõ las armas de vna espuerta ganan la vida.

Lle-

Llegaronse à mi algunos de mi tiempo para persuadirme à las conveniencias de su exercicio; pero yo nunca quise seguir su derrota, porque tuve siempre mas altos pensamientos; roguèles q me buscassen vn amo a quien servir: vno de ellos mas antiguo, me dixo, pues si tu quieres servir, vente conmigo; dixeselo à mi Tio, que estava en otro corro, que lo llevò muy mal, porque quisiera que le ayudasse al exercicio de la aloxa, y barquillos, con que ahorrava otro moço; pero yo como auia visto en aquel corto viage que ay de la posada à la plaça tãtas libreas con tan vistosas galas de criados, fueronseme los ojos tras ellos, y resolvime à ser vno de los muchos que pisan aquel charco, logrando provechos propios en la vanidad de sus amos; al fin yo me determinè sin dar oidos à los regaños de mi Tio, fuime con mi paysano à vna casa, donde llegamos en tan buena sazon, que encontramos al dueño della, que era moço de hasta veinte y cinco años, alegre de ojos, ajustado de talle, galan del tiempo, mayorazgo en possession de siete mil ducados de renta, sin padre, ni madre, ni persona que le molestasse; vna ama que cuidava de su casa, vn cochero q̃ le servia de page, de mayordomo, de lacayo, y de corredor de sus gustos, este entrè yo a ser en mis pocos años. Vistiòme luego de pies à cabeça, cõ que quedè como vna Pasqua, imaginandome ya Cavallero andante con executoria de la Montaña: diòme tres reales, y quartillo de razion, cama con ropa limpia, y como me viò muchacho, sin pelo de barba, hizome toda conveniencia por hazerme à sus mañas. No se engañò, pues à pocos dias de entrado en casa, experimentò en vn lance mi buena habilidad. Embiòme à casa de su Dama, à la qual hallè retirada en paños menores con vn escolar, de estos que campan entre gorrõ y manteista; mandòme mi amo que la dixesse que embiasse la criada por vn poco de dinero pero como yo vi el encierro malicioso, enmendè el recado diziendola, que mi amo la besava la mano, que la dava el parabien de la buena venid

de fu primo, por cuya caufa no la embiava el dinero, porque juzgava, que el feñor Licenciado traeria para todos. Quedò la pobre muger atolondrada; pero cobrando aliento, fe refolviò à refponder, que la aguardaffe a que fe pufieffe el manto para ir à refponder à mi amo. Como vi la determinaciō de la taymada, previneme de cuidado, con que de vn falto auisè à mi feñor del fracafo de fu gufto, q̃ como tan impenfado fe alborotò al principio; pero reparando en el lance, fe faliò de cafa, dexandome dichò, que pues auia hecho tan bien mi papel en fu abono, que le acabaffe de perficionar, que èl fe iba à Miffa. Con efte falvo conduto me quedè prevenido de difsimulo, aguardando à la tal feñora, la qual no tardò mucho, acompañada de la trōpeta de la criada, preguntando por mi amo, que fabiendo que no eftava en cafa, me dixo, que mi amo la devia quafi fu honra, porque fe auia empeñado con el fiendo vna muger honrada, hija de buenos padres, nacida en Granada, criada en Sevilla, venida à Madrid por defgracias de fu marido, que no tenia primo que vinieffe de Salamanca, que mi amo era vn picaro, ruin Cavallero, fin palabra, que mas hazia ella en admitir el dinero, que mi feñor en fervirla con èl, que en effa miferia por cierto fe auia criado ella, junto à la Aduana de Sevilla, con mas barras de oro, y plata, que maravedifes de renta mi amo. Yo, que no entēndia aquella algaravia, la refpondi: Señora, mi amo no efta en cafa, porque afsi q̃ me diò el recado fe fue à la de vna feñora, que fe le anda la cabeça de achaque de matrimonio; dexome dicho que fueffe por recaudo a la plaça, fi v. merced le quiere aguardar lo haga, porque yo me voy. Levātò el bramo la rabiofa Dama, diziendo, como fe puede cafar tu amo, con las obligaciones que me tiene? que menos lo de dōcellez, todo lo demas me debe; pero yo le pondrè impedimiētos, y para efta, que èl me lo pague, con que fe fue, dandome lugar para que bufcaffe à mi amo, à quien le contè todo el fuceffo, que le fefte jò como quien defeava falir del empe-

ñoş

ño; diòme vn real de a quatro: moneda que en mi vida auia visto, ni de tanta plata me imaginè jamàs señor: creciòme el brio con la avenida de mi plata, y vnos quartos que tenia ahorrados, cõ que me di a enamorar, porque no fuesse solo mi amo el amartelador, porque en casa del tamboritero todos los hijos son dançantes.

Viuia junto à nuestra casa, sirviendo a vna Dama de Corte, vna moçuela agridulce con trenças à lo castizo, con tufos à lo de no casta, la cabeça bien peinada con el aliño de mantilla, camisa limpia con caireles negros, corpiño de seda, enaguas coloradas en cintura, media encarnada de Inglaterra, çapato alpargatado, al fin toda ella vn aliño gorron, que publicava ser la Reyna de las moscorras. Di en encontrarme con ella, retozavala à cada esquina, combidavala siempre, ya à turron, ò ya à castañas, y siempre à beber; fue en tan buen tiempo esta mi galanteria, que la moça se derengò por mi amor, dimos ambos en querernos con grandes veras, hasta que ella viciosa de mi cariño se levantò a mayores, cobrando nuevos brios con el galanteo de vn lacayo del señor Nuncio, con que dexò de labarme los pañuelos, almidonarme las balonas, y hazer otras menudencias. Requerila muchas vezes de zelos, pero no hallava en ella sino tramoyas, enredos, por cuya causa me determinè a buscar otro amor, que le hallè como deseava en vna sirviente de vn bodegon, moça rolliza galiciana, que cuidava de mi regalo à todas horas, por la mañana con las tajadillas, à medio dia con el puchero, a la tarde mi buen porquè, y a la noche manos, y mondongo a pasto, solo del vino cuidava yo, q̃ en èl se desquitava la galiciana de todo su gasto, y mi regalo, porq̃ todo mi salario me bebia, no obstãte la queria mucho, aũq era polilla de Alaejos. Viendose mi primero amor tan olvidado, tratò de bolver à mi empeño, hablò a vn amigo mio para que me persuadiesse a la buelta de su amistad, hizolo assi el buen Toribio, obligandome a ello con razones de convenien-

cia. Oile con toda atencion, à que le refpondi, concluyendole con la verdad, diziendole, que la amiftad de la Gallega era provechofa por todos lados, que la fuya folo era de gafto, ocafionada à mil mohinas, porque la auia dado vnas medias que me coftaron catorze reales, vnos çapatos que me hizierõ de gafto ocho, de otras medias vfadas quatro, de liftones diez varas, remendado çapatos, plantillado medias, fortijas de azavache: cada dia, y cada hora la combidava, ya a comer, ya à beber, fuera de otros gaftos impertinentes, y tras todas eftas galanterias me ponia los cuernos a cada efquina, y afsi que no queria, ni era mi voluntad le refpondì a mi amigo: el qual oyendo mi razon me dixo: Par Dios Andres que teneis muy buen gufto en olvidar efta moçuela, à toda ley la Galiciana, valga el diablo carne tan cara, mas deftrozo hizo la picaña en vueftra bolfa, que Barbaroxa en las Coftas de Efpaña. Que mas gafto podia hazer vna Duquefa de Trapifonda? Quiẽ la oye, que parece vna buena alma, y tiene mas malicias q̃ vna Ama de vn Cura: amigo bien eftà lo hecho, a la Gallega me atengo, q̃ ya que lo bebe và a partir, y demas à mas cuida del regalo del hombre; no tẽgo que deziros mas; pero fi yo la coxo, yo la harè vn fermon como para ella. Con efto fe fue mi amigo, dexandome con fu cõfejo amigable, con mas brios que vn villano en cafa de fu fuegro. Dì en hazerla mohinas, combidava à otras, no haziendo cafo della, con que la taimada gorrona tratò de vengarfe de mi. Diò en carearfe con vn lacayo de vn feñor de la Corte, deftos que tratan de la mercancia de amparar valientes, con que à efte titulo es fu cafa retiro de facinerofos, afsilo de ladrones. Tomò el lacayo por fu cuenta la vengãça de fu daifa, porque la picara le auia dicho, q̃ yo la auia repafado el cuerpo a puntillazos, feñalandola la cara de mi mano, debiendola no menos q̃ fu fegunda honra, porque la primera fe la quitaron fin fentir; con efte criminal informe, fe reviftiò el lacayo en vengativo fayon, juròmela de tajo,

y de revès, con que anduvo de auiso, para que en la primera ocasion que se ofreciesse, pegarmela con la de rengo: quiso el diablo (que siempre quiere semejantes cosas) que bolviendo vna noche con mi coche muy contento, porque le traìa vacio, con que podia irme a passear: estavan a la esquina de mi calle el lacayo de mi gorrona con otros de el gremio, à quien la picara mantenia platica, y al tiempo que quise dar la buelta, arrimòse la moçuela al estrivo, dando gritos, diziendo, porque no rompian la cabeça à vn picaro borracho que la atropellava. Los bravos que oyeron el deprecatorio clamor, sin consultar con la razon, arrancaron las espadas, tirandome quatro tantos, que el vno dellos se puso en quatro puntos con mi cabeça, los otros solo me apo-rrearon; como me vi herido, sin mas armas que el açote de mi oficio, di en sacudir con èl con tan buen tiento, que le llevè la cara a mi contrario de vn latigazo. A este tiempo se juntò mucha gente, con que tuve lugar de arrancar las mulas, que a carrera abierta me llevaron à mi casa, donde encontrè à mi amigo Toribio, que me aguardava, entreguele las mulas cō el coche para que le pusiesse à todo recado, avisandole me buscasse en Anton Martin, donde me iba à curar: hizolo lindamente Toribio, pues por asirle a èl, dexò la justicia de seguirme; llevaronle à la carcel, juzgando ser èl el que con el instrumento cocheril auia hecho mas risa que el cochero de Aquiles en Troya; escapeme con lindo compàs de pies; fuime a casa de vn cirujano amigo que me tomò la sangre, dandome muy buenas nuevas de la calidad de mi herida, dixome que no tocava al casco, que en quatro dias estaria bueno. No me parecio à mi estar bien vengado, sin que la picara entrasse à la parte en el duelo, quedandose riendo de mi, y assi determinè que aquella misma noche derramasse tambien su sangre, como sus galanes lo auian hecho. Acabado de curar la aguardè con vn cuchillo bien amolado y viendo que salia por recado la rebanè vn palmo de assenta-

de

deras, cubriendome la cara, con que las asusè muy gustoso de que la dexava ahullando con su merecido. Con este sabroso hecho me fui à Anton Martin, donde tenia à vn hermano enfermero de mi tierra, el qual me hizo vna cama, dõde con todo sossiego me acostè. Avisè a mi Amo del sucesso, el qual juzgando ser yo el preso auia acudido à vn Alcalde, que le dixo miraria con todo cuidado por la justicia, con que me embiò à dezir, que no me afligiesse, que èl estava enterado de la pendencia, que no se iria alabando el valenton cruzado del açote. Al otro dia se visitò Toribio, y con la buena diligencia de mi Señor, siendo justicia le echaron puerta fuera sin costas; pero mandaron los señores Alcaldes que traxessen à la carcel al inventor de la pendencia; hizose assi con otro que le acompañò, el qual no huvo bien entrado en la trena, quando le embargaron por ciertas niñerias de robos, y capeos, quisieronle hazer montar en el bridon de madera, temiò sus corcobos, con que cantò de plano, declarando por complices à sus compañeros: con este testigo fue fuerça hazerle tambien dançar al valiente Masias lacail, el qual temiò el destrozo de sus huessos, con que confirmò lo declarado de su compañero. Sentenciaronlos por seis años à las gurapas à batanar lenguados, y por contrapeso docientos tocinos debaxo del jubon, y la camisa. Executòse lo acordado por mas que el Amo los quiso amparar. Mi causa quedò pendiente, aconsejaronme que me presentasse; no lo aprobè, porque solo la Presentacion de la Virgen Santissima es buena: Vineme à Toledo, donde me acomodè con mi Señor, à quien he servido hasta aora que salgo de Toledo con vuessa merced camino de Soria, y viendome enfrente de la Villa de Ocaña, le requiero à vuessa merced que tome exemplo en mi sucesso, con que abrira los ojos, para conocer, que mugeres todas son vnas en el sexto Mandamiento; aunque parecen Angeles, son Demonios, que haràn vn enredo sobre la cabeça

de vn tiñoso, embelecaran al diablo cojuelo, echaran à perder a vn Santo. Al fin, Señor, esso que dizen por aì de su amor, viue Dios que es engaño, porque en nosotros es apetito, lo que en ellas liviandad; no las creas, Señor, porque las que se entretienen en el galanteo no tratan sino de engañar, y holgarse; esto te protexto delante de Dios à vista de la gran Villa de Ocaña, donde està la Madre de Dios de los Remedios, ella nos favorezca, y nos dè buen viage.

Acabò Andrès su oracion consolatoria à tiempo que se acercavan a las puertas de la Villa, con que no huvo mas lugar q̃ para responderle Carlos en breves palabras, dandole à entender la diferencia que auia de muger de obligaciones, a muger que no las tenia, que la por quien se ausentava era de grandes prendas, en quien conocia voluntad a fuerça de experiencia de obligaciones. No quiso Andrès passar por la doctrina de su Amo, y assi le respondiò, diziẽdo: Señor todas son vnas, delas al diablo, la experiencia se lo mostrarà a v. merced, porque segun mi mal caletre, yo sè q̃ si v. merced haze mas ausencia q̃ de dos, ò tres meses (y es mucho) q̃ la tal mi señora buscarà otro con q̃ consolar su soledad. Enfadòse Carlos del dicho de Andrès (porq̃ verdades fatales amargã) cõ q̃ diò de espuelas a la mula, tratandole de loco, se entrò en el lugar, dõde a pocas calles entrarõ en la posada, q̃ era la casa de vn amigo de su tio, q̃ por ser tẽprano aun no auia salido de casa. Recibiòle cõ todo cariño, y aũq̃ no aguardava tal huesped, fue facil la prevenciõ, por ser Ocaña lugar bastecido, y la casa era rica. Apenas se apeò Carlos, quãdo tratò de visitar la Virgen Santissima; porq̃ los trabajos, aunq̃ seã por culpas, despiertã al coraçon mas olvidado de su bien. Oyò tres Missas, para que diò la limosna, con q̃ sin ser conocido diò la buelta a su posada, dõde le procurarõ festejar con toda atencion, para q̃ hechasse de si tan profunda, y mortal melancolia; pero fue ociosa la diligencia, porque los males que maltratan al alma tienen dificultosa la cura.

Este

Este deseo de desahogar à Carlos pervalecia en la voluntad de sus huespedes, pretendiendo detenerle para divertirle, pero no pudieron conseguir con Carlos que se detuviesse, con que à las dos de la tarde se despidiò de sus huespedes, dandoles las gracias del hospedage, con que hizo su jornada, sin querer admitir mas descanso del que le permitia su cuidado. Aquella noche la passò en vn lugarejo, con que al otro dia fue à comer a Guadalaxara, donde visitò à vn amigo suyo, con quien se auia criado en Toledo, el qual le hizo grande empeño para que se quedasse en su compañia, pues era bastante la distancia para no ser conocido, y grande la ocasion de poder saber lo que passava en Toledo; pero no fue posible recabar con Carlos se detuviesse, dando por razon la obediencia que debia a su Tio, en tiempo que las heridas de sus contrarios estavan de peligro, que como personas de tanta estofa le podian hazer vna mohina, por cuyas causas no admitia el agassajo de la buena voluntad de su amigo, a quien diò palabra de venirse por alli à la buelta, para estarse en su compañia algunos dias, gozando con mas gusto, que de presente los cariños de su amistad.

Vista la determinacion de Carlos, no quiso el amigo molestarle mas con porfias, con que le dexò hazer su viage, encomendandole le avisasse de su llegada. Prosiguiò Carlos su camino, hasta llegar cerca de la Ciudad de Siguença, donde al tiempo que anochecia, en vn pedaço de monte cerrado por todos lados de la espura de robles, al querer atravesar vn valle, los detuvierõ doze hombres armados de bocas de fuego, caladas las monteras, amenazãdolos de muerte si no se rendian. Consultada la ocasion con la prudencia, viendo que no servia el valor, donde era evidente la muerte en el empeño, se apeò Carlos, dexando vn bolso con ducientos escudos metido entre la baqueta de la silla, que por la mucha obscuridad de la noche, lo pudo hazer sin nota. Con este rendimiento los hizieron caminar desviados

del camino mas de media legua àzia vnos pantanos, donde los desvalixaron, hasta dexarlos desnudos, permitiendoles solo los vestidos de camino, lo restante se llevaron. Gozosos con la presa la infame canalla, consultaron entre si lo que se auia de hazer de los despojados, y fue acordado, que los cubriessen con vna capa, intimandoles no se levantassen en vna hora, porque a no cumplir con esto, quedava à la vista quien los arcabuzeasse. Obedecieron los dos desgraciados compañeros, hasta que à Carlos le pareciò tiempo, aunque Andrès no lo juzgava assi, pues con medrosa voz le dixo à Carlos, sin atreverse à descubrir la cara: Señor, por media hora mas, ò menos asseguremoslo mejor, no se levante vuessa merced, porque esta gente està en su jurisdicion, donde tienen horca, y cuchillo en las bocas de sus arcabuzes, sin que se lo estorve Rey, ni Roque. Viò Carlos que el mōte estava sossegado, que se trasluzia cō vn rayo de Luna, con que obligo à Andrès à q̃ se levantasse, que lo hizo de muy mala gana. Hizieron diligencia por las mulas, las quales à poco trecho hallarō, juntamente con los ducientos escudos en el bolso, que no fue poca fortuna, porque lo passaran muy mal en tierra agena sin tener que gastar. Andrès que viò el hallazgo de su amo, se consolò de la perdida de vn vestido, dos camisas, con cinco de à ocho que le llevaron. En gran confusion se vieron los dos caminantes robados, sobre que derrota llevar, porque no sabian à que lado quedava el camino Real, y assi se determinaron seguir el norte de vna luz que divisauan. Era por vltimos de Octubre, la tierra fria, el tiempo aspero, los lodos grandes, los arroyos a cada passo, sin saber senda, ni camino, con solo el consuelo de la luz que atalayavan permanecia el animo de los dos perdidos caminantes, que à pie, por no poderse aprovechar de las mulas, procuravan dar alcançe al farol, de q̃ iban guiados. Cayendo, y levantando anduvieron distancia de vna legua, hasta que les faltò la luz, en quien llevavan puest[o]

el fin de sus esperanças; pero no obstante su falta, no desmayò Carlos, antes cõ muy buena gracia le dixo à Andrès, nuestro norte nos ha faltado, la habilidad serà aora acertar con los Pastores à ojos cerrados, porque la Luna tambien nos quiere dexar. Todo esso, Señor (respondiò Andres) es muy bueno para quien se và à costar en cama blanda, bien cenado, y mejor bebido; pero para quien à esta hora con el rigor de la noche và sin senda, ni camino, muerto de hambre, abrasado de sed, faltarle el govierno, rompersele la aguja de marcar, morirsele el Sol, aumentarse la tempestad? Viue Dios que es poco menos que ahorcar à vn Christiano. A este tiempo dieron en vn arroyuelo, que passò Carlos, aunque con trabajo; Andrès, que venia comboyando las mulas, procurò que tomassen el vado q̃ Carlos auia passado; pero no succediò assi, porque torciendo el camino, dieron en vn pãtano tan cenagoso, que no pudieron salir por mas diligencias que se hizieron, con que desesperados de poder sacar las mulas, viendo que peligrava su vida con el rigor de el hielo de la noche, se determinaron à seguir vna senda, que con el corto reflexo de la Luna les pareciò ser trillada; por la qual caminaron media legua de muy mal camino, y al cabo dèl oyeron ladrar vn perro, cuyo ladrido alentò de manera à Andrès, que à carrera abierta le fue siguiendo hasta dar en lo alto de vn collado con vna hermita, donde estava la fiel centinela. Llegò Andrès à la puerta, la qual por entre sus rendijas le franqueò vn poco de luz, que reconocida por Andres, llamò à toda prisa, como quien venia huyendo de sus trabajos; tanta fue la bateria que diò, que le respondieron, con que entrò el consuelo en tiempo que tan impossible le juzgava. Abriò el Hermitaño la puerta, aviẽdose primero certificado de q̃ era vn perdido caminante el que dava tanta prisa à que le abriessen. Reparò Andrès el venerable aspecto de su milagroso refugio, echòsele à los pies, dandole gracias del consuelo impensado que hallaua

en su Hermita, juntamente cõ su Amo, el qual venia subiendo la cuesta, que como menos acostumbrado à semejantes ahogos, se venia poco à poco. Llegò à este tiempo Carlos, saludò al Hermitaño, à quien en breves palabras le contò su desgracia, la qual agenciò en la voluntad del solitario consuelo con muy buenas palabras, llenas de prometidas obras. Entraron en la Hermita, donde sin permitirles mas descanso que el de dar gracias a Dios de la merced que les auia hecho, los sacò de la Hermita en compañia de vn criado que le asistia, que todos juntos bolvieron al arroyo donde dexaron las mulas, las quales con dificultoso trabajo sacaron, que la buena maña con los instrumentos q̃ llevaron lo facilitò de manera, q dentro de dos horas auiã buelto à la Hermita, dõde al fuego en buena conversacion del Hermitaño procuraron aliviar las passadas fatigas.

(§)

CAPITVLO V.

Dà cuenta el Solitario à Carlos de los raros sucessos de su vida.

Era el Hermitaño, que ocupava aquella casa de Dios, a demas de ser virtuoso, muy capaz en todo genero de vrbanidad cortesana; bien se conociò en el conocimiẽto que tuvo de Andrès, al qual viendole bolver cada instante la cara à vna, y otra parte sin sossegar, le dixo riendo: Vos mãcebo debeis de tener alguna enfermedad que no os da treguas al sosiego, dezidmelo por vuestra vida, porque los que viuimos en esta soledad nos preciamos de arbolarios, y podrà ser que conozca alguna yerva medicinal, que aplicandoosla os dè salud. Pardiez, Padre mio (respondiò Andrès) bien se yo que su Reverencia me harà merced, pero mi achaque se curarà mejor en poblado q̃ en el yermo; pues para que echeis de ver que la mano de Dios à todos se comunica (dixo el Solitario) aguardad; y entrandose

en

en vn apofentillo que cercano eftava à la cozina, facò vnas morcillas, acompañadas de vn pedazo de folomo, vn pan, vna ceftilla con camueffas, diziendo: veis aqui amigo Andrès como curarè yo vueftra enfermedad, veis aqui las yervas medicinales que ay para fanar vueftra dolencia, y mas fi Francifco os comunica de vn jarro que alli ay, algo del licor de Baco. Apenas viò Andrès que el Hermitaño le auia conocido fu achaque, quando con grande alegria, dixo, muy fabio es fu Reverencia, fi afsi conocieran los medicos los accidentes, no ganaran tanto Sacriftanes, y fepultureros: bien aya amen fu Effencia, que tan buen ojo tiene, effa es mi enfermedad, venga que yo affarè, y diziendo, y haziendo cogiò el affador, y cō muy buen aire fe pufo à affar la cena, procurando alegrar la fiefta con vna dozena de xacaras de los Poetas de Toledo: no fe lo permitiò el Hermitaño, diziendo, que en la cafa de Dios no fe debian de confentir cofas, que aun en el raftro eran Indecentes: callò Andrès, difculpole Carlos, lo qual fue facil con el entendido Solitario. Cenaron todos con mucha alegria, folo Carlos con la memoria de Doña Beatriz fe afligia, no obftante como cortefano entendido figuiò la converfacion, porque es defcredito del talento faltar à la vrbanidad por empeños de la pafsion: levantofe la mefa, dieron gracias à Dios, y al Hermitaño, por cuya mano fueron focorridos, y como era ya tarde tiempo de defcanfar, le combidò el Solitario à Carlos con fu pobre cama, que era vna tabla aforrada cō vnas pieles, dos fraçadas, cō vn madero por almohada: efcufofe Carlos, eftimando el agaffajo, rehufando la comodidad, dixo, que fus penas no le davan lugar al debido defcanfo de la naturaleza, pues defde que faliò de Toledo no auia pegado à fus ojos el foffiego que fe le debia: reparò el anciano Hermitaño en los pocos años de Carlos, fu buena difpoficion, fu ajuftado juizio, las buenas feñas da fus muchas prendas, lo que fe moftrava fentido de pafsiones doloridas del alma, que confiderando todo atentamente del Hermi-

mitaño, se le vinieron las lagrimas à los ojos, que acompañadas de vn sentidissimo suspiro, le dixo à Carlos estas palabras: Hà hijo, que noble que sois en las penas, afanes, y trabajos de la voluntad viciosa, que principiante en los trabajosos lances del amor mundano, gran lastima os tengo: adviertoos, que si no poneis freno à vuestro liviano antojo, que padecereis lastimosa ruina, aora començais à padezer, porque en la carrera del vicio todos son ahogos, penas, afanes, y trabajos; pero no os quiero aora ahogar mas con la memoria desta verdad; desahogaos hijo, contadme vuestras lastimas, que yo os prometo, como tan experimentado, de procurar vuestro consuelo: Si harè, dixo Carlos; pero aveisme de dar palabra de que os ha de obligar mi sossiego à dezirme la causa de vuestra assistencia en esta soledad, porque me parece serà muy particular, pues vuestro talento no se cubre con esse saco sin causa de notable admiracion. Yo lo prometo (respondiò el Hermitaño) por si acaso escarmentais con los assombros de mis trabajos, quiera la divina misericordia que la relaciō de mis naufragios causen en vos dolor, con escarmiēto, y en mi verguença, con arrepentimiento. Dezidme vuestras penas, que yo os prometo toda atencion. Hizolo assi Carlos, y con la mejor disposicion que pudo le contò en breves razones todo el excesso de su mala fortuna. Consolòle mucho el Siervo de Dios, obligòle a que descansasse, porque èl tenia que cumplir vnas devociones, que a la mañana se podian comunicar mas de espacio. No quiso Carlos embarazar su santo exercicio, con que se despidieron ambos à dos, el Solitario para la oracion, Carlos a la contemplacion de sus trabajos.

Apenas el Alva entre confusas, si alegres luzes diò nuevas del dia, quando saliò el Hermitaño à darle los buenos dias a Carlos para cumplirle la palabra que la noche antes le auia dado de comunicarle los trabajosos sucessos de su vida; pero antes que se apartassen de aquel heremitico lugar, quiso que diessen gracias

a Dios,

a Dios, pues les dava otro dia para servirle, auiendolos el antecedente sacado de los assombros de la muerte: obedeciò Carlos, porque el buen exemplo no ay pecho noble que no arrastre, con que en compañia del Solitario huesped se encomendò a Dios por espacio de media hora, y al cabo della se fueron mano à mano los dos encontrados amigos à vna solana, amparada de vna eminente roca, que hazia oposicion al cierço, para que a sus espaldas se pudiessen gozar los alagueños alientos del Sol, sin los desabridos combites del ayre. No quiso el Hermitaño alargar el deseado plaço a Carlos, con que sin mas exordios, ni preambulos, dixo assi.

Mi Patria es Granada, mis padres nobles, pero menesterosos, criarôme con todo cuidado, y cariño; embiaronme a la escuela, dieronme Maestros que me doctrinassen en todo lo q̃ tocava a mis pocos años, hasta que alargâdome en edad creci en mayores empeños de saber. Estudiè con todo cuidado las artes, siendo el primero de mis Condiscipulos en la inteligencia de la Filosofia. Tuve mis actos cô el mayor aplauso que se auia visto en aquella escuela: en este credito me sustentè, contra el qual se levantò la embidia de los pretêdientes depuestas de la escuela, siendo los mas empeñados en mi despeño, los Maestros, temiendo se levantava de la tierra quien les quitasse su credito. En vn acto que tuve de todas las artes me quisieron atropellar, y como mi Presidête era vn Religioso Augustino, no me permitiò salir de los terminos de la modestia, respondiendo à los argumentos sin hazer cara a la ofensa. No fue bastante esta religiosa traza para que mis emulos dexassen de proseguir en su mal intento. Entre los baldones de que vsava su enfado, era la calumnia de necio, porque con el freno de mi Religioso Presidente no respondia à sus desahogadas desazones. Irriteme como moço, precipiteme como hombre sin experiencia, porque no me pareciò bien la leccion de mi prudente Maestro, con que di traza de sustêtar otras conclusiones, sin dar

parte desta mi determinacion al que con tanta prudencia religiosa me tenia el freno à mis arrojos. Al fin imprimi mis conclusiones, dediquéselas al mayor opuesto mio. Vsase poner por cabeça de las Conclusiones, ò con las Armas del à quien se dedican, ò vn geroglifico: y para vengarme de mis emulos, inventè vn Emblema, que fue causa de que saliesse de Granada. Pintava vn prado muy alfombrado de flores, sobre cuyo tapete se reclinauan diversos instrumentos sonoros, harpa, cytara, laud, guitarra, lyra, con otros diversos instrumentos, con que se singulariza la sonora, y dulce armonia. Serviale de Cielo a esta florida amenidad vna densa nube, de cuyo concabo seno se descolgava vn braço, en cuya mano tenia vn instrumento, q̃ vulgarmente se llama MATRACA, con vna letra, que dezia: CREPITANTE SILENT, que en buen Romance queria dezir, que al dispáratado ruido de aquel barbaro instrumento, la sonora, si deleitable armonia de los demas estava en silencio. Sintieron en el alma mis contrarios la ingeniosa traza con que los motejè de barbaros rudos, que enfadados de mi desahogo, temieron mi determinada lozania, con que dieron traza de echarme de Granada; hablaron à mi padre, vnos le aconsejarõ à titulo de amigos, que me embiasse à Salamanca a estudiar Canones, y Leyes; que era lastima que me quedasse en Granada, pudiendo en la Vniversidad de Salamanca ser insigne en mi professiõ. Otros pronosticandome por mi arrojo fatales fines, procuraron amedrentar à mis padres, para que me echassen del lugar, porque no me sucediesse vn enfado. Al fin todos hizieron su diligencia, que la lograron en los temores de mis padres. Esto era à principios de Octubre, con que les parecìò à mis padres muy conveniente que yo saliesse fuera de Granada a estudiar. Vn primo mio estava para ir aquel año à Salamanca, parecìòles a mis padres buena ocasion, con que hizieron la diligencia para acomodarme con el, por tener padres ricos, quando los mio ne

necefsitavan defte focorro. No fue pofsible ajuftarlo con mis tios que me hizieffen efte biē, con que mis padres fe vieron deftituidos de poderme apartar de Granada; encomendaronlo à Dios, que no me faltò, que es fiel Padre, pues moviò el coraçon de mi primo à tan noble caridad, que fin que lo entendieffen fus padres, me dixo, què no me defconfolaffe, q̄ trataffe de ir a Salamanca, q̄ èl tomava por fu cuenta mi gafto, porq̄ le dava gran laftima q̄ vn primo fuyo por falta de tener quien le amparaffe, dexava de feguir fus eftudios, de q̄ fe tenian tā grādes efperāças. Admiti el agaffajo, dādo gracias à Dios q̄ difponia mi remedio; de manera, q̄ la mifma hazienda del avaro remediava mi necefsidad, fin que èl entraffe à la parte en el merito. O barbaro, fi defgraciado vicio, pues le fucede fervir al menefterofo, fin que Dios, ni el mundo fe lo agradezca! Empeñaronfe mis padres para el viage, con que me dieron algun dinero, aunq̄ poco, porque la cortedad de fu hazienda no fe alargava à mas. Hize mi jornada en compañia de mi primo, el qual me fuftentò todo el Curfo con el luzimiento q̄ prometia fu noble natural. Apenas me vi en Salamanca, que entrava en la paleftra mas celebre de ciencias à vifta de tantos bonetes, y capillas que iluftravan la Efcuela, fiendo aplaudidos de todo el Orbe: embidiè fu fabiduria, con q̄ tratè de prevenirme de eftudios para dar alcāçe à tanto magifterio de letras. Mucho haze el apetito en el vicio; pero mucho mas la virtuofa embidia para alargar el paffo en la carrera del eftudio de las letras. Eftudiava de dia, y de noche, con q̄ fe me logrò tābien el trabajo, q̄ aunq̄ era mi primer año, faquè en publico al fin dèl los frutos de mi cuidadofo eftudio, q̄ llevaron los ojos cō la atenciō de todos con grande admiraciō de toda la Efcuela. Efto fe fupo en Granada antes q̄ bolvieffemos por Pafcua à cafa de nueftros padres; y porq̄ mi dicha no fueffe mas q̄ flor fin q̄ llegaffe à coger fruto, fe le antojò à vn rico Mercader de aquel lugar iluftrar fu cafa con la nobleza de mis padres, y las buenas efpe-

perranças de mis letras, con que por el camino que èl se imaginò ganancioso, ocasionò su ruina con mi destruicion. Tenia este Mercader vna hija, à la qual quiso acomodar, para cuyo efecto se valiò de los Cavalleros mandones de aquella Republica, de algunos señores Oydores, que todos hablaron a mi padre, que no se hizo muy de rogar, respecto de su poca hazienda. O pobreza, que de vilezas cometes! que de ruindades calificas, à fuer de mendigo noble! Ajustose el contrato con mi padre, à fuerça de dinero, y como si yo fuera esclavo, ò animal irracional, vendieron mi libertad, sin dar parte a mi consentimiento: fue el trueque, que el Mercader diesse su hija cargada de riquezas, y mi padre su hijo ligado de obligaciones. Si es dificultoso sustentar vna muger liviana en el jugo de la sujeccion del matrimonio; que dificultad tendrà obligar a la obediencia a vna necia, y pessada muger, cargada de oro, y plata. Esta negociacion estuvo oculta, hasta que yo bolvi de Salamāca con diferentes intentos, que el que me propuso mi padre, el qual sin tentar el vado de mi voluntad, solo con el fiador del si de su conveniencia, assegurado de mi filial rendimiento, me mandò que me vistiesse de corto, porque aquella noche me auia de desposar, porque todo estava prevenido, las amonestaciones, y las galas hechas, que no auia que responder, sino dar gracias a Dios que me dava hazienda, aviendome dado nobleza. Quisele responder, que pensassemos bien lo que auia de ser para toda la vida; pero ni mi padre me diò lugar, ni yo me atrevi, con que obedeci, sin saber lo que me hazia. Aquella noche nos desposaron con gran fiesta, gusto, y ruidosa celebridad; solo mi coraçon celebrava exequias, siendo pronostico de mis futuras desgracias. Hasta aquel punto que nos juntaron en la sala para darnos las manos, no auia yo tenido noticia de mi muger, ni mis ojos la auian visto; pero assi como la vi, se me desmayò el coraçon, con tan gran desaliento, que no sè como no perdi los sentidos, porque aunque Dios es

Autor de todas las coſas, no me pareciò à mi en aquella ocaſion, que de ſu mano pudo ſalir tan monſtruoſo animal racional, porque corcobada, negra, gorda, legañoſa eran las gracias, con que ſalio en publico aquella rica humanidad. Todo lo qual, ponderado de mi arrebatado juizio, me obligò à pretender hazer fuga de entre toda la nobleza que me acompañava. Reparò mi primo en mi congoja, que conociendo mi pretenſion, ſe llegò a mi para perſuadirme à que callaſſe mi deſdicha, ſupueſto q̃ auia llegado à tan gran empeño, que era fuerça callar, ò morir, ſin hazer ſentimiento, porque ay males, que ni ſuſpirar permiten; tanto me perſuadiò, con tan viuas razones me lo dixo, que me obligò à dar la mano en publico, procurando retirar mis ſentimientos al barrio de la diſcreta prudencia, verdugo ſangriento de todas mis laſtimadas potencias. Acabòſe el ſarao con inmenſo gaſto de dulces; trataron de que ſe acoſtaſſen los novios, retireme por dar lugar à mi eſpoſa para que con mas deſembarazo ſe acoſtaſſe, quedando mi coraçon tan medroſo, como ſi le aguardara à ir à pelear à la Libia con vna fiera. Apenas entrè en la cama, quãdo mi conſorte ſaltò della, que à toda priſa ſe fue à la de ſus padres. Eſtimè el melindre deſayrado, como ſi fuera fauor, porque ahogado de mi mala ſuerte, tuve por dicha el deſayre, rompiendo en lagrimas de ſentimiento delante de vn Santo Chriſto, à quien pedi con grande anſia ſocorro para mi mal. Cerrè la puerta, bolvime à mi lecho, donde continue las horas de la noche en vela, porque la turbacion de mis potencias no me davan lugar para el deſcanſo. Muy fuera de entender mis penas eſtavan los padres de mi muger, pues juzgaron la fueſſe yo à buſcar, quando yo eſtava de parecer de auſentarme del mũdo, pero el tiẽpo les diò à entender mi cuidado, con que à las quatro de la mañana, deſeſperados de mi poca galanteria, llamaron à mi quarto, que como velaua con mis penas, fue facil oir los golpes para abrir la puerta; riñeronme de po-

de poco enamorado, calumniando mi tibieza, disculpeme con que no sabia la casa, que siendo de noche, podia ir à parar entre la chusma de sirvientes, con que por no hazer cuento de nobios, me auia quedado sin ir en busca de mi esposa; admitieron la disculpa (que el que la desea, es facil de contentarse) bolviò mi muger a ocupar el talamo mas humana, aunque siempre fiera. Passose aquel dia con otros muchos, en que mi esposa mostrò otras calidades, que dieron mayor tercedor a mi desazorado gusto. Era de mala cõdicion, no auia criada que la sufriesse, ni criado que quisiesse assistir en casa dos dias; ni comia, ni cenava sin vozes, sin ruidos, formãdo pesadumbres cõ todos: à mi me pèdia zelos, de que me aliñava, de q̃ salia de casa, de que comunicava a mi primo con intimidad, de que me baxava a mi quarto a estudiar, que no la assistia; al fin su condicion, su necedad se dieron tan buena maña, y tanta priessa, que obligaron a hazer verdad, lo que a mi pensamiento no auia llegado: que fue desta manera.

Viuian en frente de mi casa vnos pobres casados, con algunos hijos, y mucha necessidad: tenian vna hija de edad de diez y ochos años, de hermosura singular, gentil disposicion, con gallardo entendimiento; y sobre todo, virtuosa, y recogida: caìa su ventana en frente de mi estudio, pero como la vista es el mayor enemigo que tiene el sossiego, el demonio que conoce su fuerça se vale della; viendonos cada dia, se encendiò la llama en nuestros coraçones, no obstante por el rezelo de sus padres, y de mi muger no nos atreviamos a comunicarnos de palabra, remitiendonos a la expressiva de la vista; pero como el enemigo andava en el alcance de nuestras almas, velando en la solicitud, de como nos auia de enlazar, dispuso como nos viessemos para comunicarnos. Ofreciose que vn dia muy tẽprano me levantè, ò a estudiar ò a huir del lado de mi mal acondicionada esposa, oì ruido en la calle, assomeme para ver lo que era, al tiempo que dos Alguaziles llenavan a la car-

co-

cel à los padres de mi vezina, la qual viendo que yo me assomava me dixo, socorranos vuessa merced señor Don Iuan por amor de Dios; atendi à la voz de mi oculto cuidado, con que con facilidad me persuadiò al empeño; llamè à los Alguaziles, que al punto bolvieron, abrì la puerta, entrèlos à todos en mi estudio, preguntèles la causa de la prision, fueme respondido, que porque entravan mercaderias de contravando, que tenian orden de la Sala para rondar, y registrar las casas de algunas personas que eran indiciadas, que aquella noche auian hecho la ronda, que al tiempo de recogerse vieron à aquel hombre que se procurava retirar de su pesquisa, que le dexaron ir por dar la buelta à su casa, dõde aunque no hallaron lo que buscavan, sintieron olor de mercaduria de contravando, que esta era la causa de su prision; pero que si gustava, que ellos lo compondrian de manera que estuviesse bien à todos, supuesto que nadie lo auia visto. En esso me haràn vuessas mercedes merced (les respondi) dexen vuessas mercedes los presos que se vayan à sus casas, que aqui nos quedaremos nosotros. Hizieronlo assi los Alguaziles, fueronse los presos, reparti vnos doblones entre aquellos Ministros de justicia, con que se acabò la pesadumbre. A medio dia me dieron las gracias mis vezinos, à quienes admiti cõ todo agrado, ofreciendoles mi casa para todo lo que se les ofreciesse. Su hija me agradeciò la accion, con que de alli adelante admitiò como agradecida los descuidos de mis ojos, ò los dissimulados cuidados de mi amorosa passion, q̃ poco à poco, ò mucho à mucho se introduxo en nuestras voluntades con imperio tan absoluto, que ya no permitia la ausencia de la comunicacion de los ojos, aunque fuesse por breve rato, con que ya que la cercania no se nos permitia mas que à la vista, se nos passava el dia en solo mirarnos, de que resultò el incendio de nuestras torpes voluntades, que no parò hasta dar traza como llegassemos a posseernos, por no viuir en el

sangriento rigor de la esperança. Mi ordinaria asistencia era en el estudio, que era vn quarto baxo, que siendo Verano permitia mas desahogo, particularmente las noches, que à titulo de tomar el fresco mi vezina se passaua à la casa de vna amiga, donde la buscava mi cuidado, porque el que vela en su deseo, el coraçon le pronostica aciertos de su pretension. Algunos dias se passaron en este genero de vida, hasta que el fuego de nuestras viciosas voluntades diò en la mina que se ocultava en nuestros coraçones, pues en conformidad de entrambos dimos traza como comunicarnos mas de cerca sin embaraços que lo impidiessen, porque vn apetito torpe no sabe sufrir largas en su anhelo. El modo que eligimos para salir con la deseada empresa, fue, que supuesto que auia de bolver a Salamanca à proseguir mis estudios, con cuyo titulo saldria de mi casa, que dando la buelta en la primera jornada, que seria facil bolver à Granada, donde podia robar à mi Dama de su casa, para passarnos à parte donde viuiessemos con gusto, sin los embarazos de sus padres, y mi muger; facil fue la concordia en el intento, porque à todo se allana vn temerario lascivo, porque no ay dificultad que le embaraçe. Assentada esta determinada locura, tratè de poner todo mi cuidado en sacar dinero de mi casa, para cuyo efecto pedì las joyas à mi muger, diziendola, que me las auian pedido para vnas fiestas fuera del lugar. Con mi suegro fingì papeles falsos, trampas, enredos, con tan buen color, que le saquè vn golpe de dinero. En estas agencias se llegò el tiempo de hazer mi jornada, que execute con gran gusto mio, aunque poco de mi muger. Caminamos quatro leguas, hasta vn lugarejo, donde comimos, bolvimos à montar, y dando buelta à Granada, donde llegamos ya de noche, apeamonos en casa de vn amigo, que nunca faltan para executar maldades, despedì al moço que me acompañò, regalele, dile dinero para que luego se fuesse à Sevilla,

de

de adonde era. Aquella noche, por ser tarde, no vi à mi Dama, la siguiente si, aunque no la pude hablar mas que brevemente, aplaçandonos para la noche siguiente en casa de vna amiga. O pestilencia de amigas! què de males no ocasionan? què de honras no acaban? Siguiòse al dia la noche, en q̃ acudi al puesto señalado; y aunq̃ mi Dama no se podia detener mucho, fue el tiempo bastante para que dispusiessemos su fuga para de alli à seis dias, tiempo en que sus padres tenian trazada vna fiesta con otros vezinos, con esta disposicion nos retiramos. Passaronse los dias mas tardos, que nunca para nuestro sentir, llegò al fin la noche tan alegre à nuestro lacivo apetito, quãto infausta para nuestras almas; hallò la ocasion la inconsiderada moça, valiòse della, con que faltò à la casa de sus padres, à su honra, à su comodidad, y al bien de su alma, que à todo esto se negò, dando en nuestras manos, que la estavamos aguardando como el astuto cazador à la inocente avecilla, engañada de el traidor lazo, donde la espera la muerte en prision. Assi le sucediò a mi Dama, asustada como inocente, turbada como malhechora cayò en el lazo de mis braços, que sin parar la lleuè à la casa de mi amigo, donde estuvimos retirados quinze dias por desmentir espias, al fin dellos deseoso mi amigo de ver mundo à costa de mi locura, se determinò à acompañarnos, dile dinero, con que comprò tres cavallos, y vna noche por desviar noticias hizimos todos tres nuestro viage à la Ciudad de Almeria, donde aportamos con brevedad, y con la misma buscamos embarcacion para passar à Valencia; la qual hallamos, porque nunca la desgracia se haze mucho de rogar. Dimos velas al viento con prosperidad del temporal; pero al tercero dia de nuestro viage, dimos vista por proa à vna Tartana de Moros, que à voga arrancada nos vino dando caça; turbamonos todos con la vista del enemigo baxel, no obstante el Patron se dispuso à pelear, repartiò las armas, los puestos, requiriò

la poca artilleria que lleuava, dispuso la voga, y con el remo en puño aguardò al enemigo, que juzgando llevarse la presa nos acometiò, dandonos vna carga de mosquetes con artilleria, que aunque poca, y flaca, bastante à barrenar nuestro baxel, que à toda prisa se nos iba à pique, remediòse el daño con la acostumbrada diligencia de la gẽte de mar. No perdiò nuestro Patron el animo, antes con desahogado valor mandò se correspondiesse al enemigo con otra carga, la qual fue dada tan à tiempo, que hizo gran estrago en el contrario, dexandole manco, sin vela, ni remo, muerta mucha gente, sin poder arribar sobre nosotros, que considerado el daño por nuestro Patron, viendo la poca fuerça que tenia pa a la defensa, mandò soltar la vela, y vogar con toda diligencia, con que nos apartamos del enemigo, que no tuvo alientos para seguirnos, que à poder arribar sobre nosotros nos rindiera, porque iba toda la gente medrosa, herida, muertos seis hombres, entre ellos mi amigo, que à mi lado perdiò la vida de vn mosquetazo, quiera Dios tener misericordia de su alma. Con el viento fresco, y con el cuidado de la voga nos alargamos del enemigo, perdiendole de vista. Curaronse los heridos, echamos à la mar los muertos, que es la sepultura comun de los mareantes: en todo este tiempo mi Dama, que estava debaxo de Escotilla, passava el peligro entretenida con su llanto, hasta que nos vimos fuera de la zozobra, que la dixeron como auian muerto à vno de sus compañeros, con que furiosa de dolor, desalentada del susto, como loca de su imaginada desdicha, se vino à buscar à su esposo (que este era el titulo q̃ me dava) encontrò con algunos del baxel, y como la pena no la dava lugar à la pregunta, sino era à la pesquisa de los ojos (no me hallava, porque me estava curando de vna herida, que me ocasionò vn astillazo) se querellava lastimosamente de su desgracia, porque no hallava el cuerpo muerto de su esposo, à todos causava lastima

el

el amargo llanto de mi Dama, hasta que yo lleguè de camara de popa, donde me estavan curando, con que la saquè de aquel ahogo, causandole la alegria de mi vista otro mas apretado con que zozobrò su coraçon en vn desmayo. Desdichada naturaleza, que tan verdugo le es el gusto como el afan! Desmayòse en mis braços, donde la recibi para lleuarla à mi quartel, rociela con agua, con que à breve rato despertò de la alegre congoja, muy alterada de que le faltasse el aliento en la possesion de su dueño, sobrandola para llorarle muerto; pero consolavase con que el mal no se cree; pero el bien que se halla quando se imaginò perdido, es tan efectivo, que violenta como la misma muerte; agradeci la fineza de la solucion, por pagarla con dadivas lo que la debi en suspiros, abri las maletas, con que la hize señora de las joyas, de todo el dinero que lleuava, que seria en todo seis mil ducados.

CAPITVLO VI.

Prosigue el Hermitaño hasta dar fin de la historia de su vida.

NO nos olvidava Dios, aunque mi Dama, y yo huiamos de su gracia, tratando de enlaçarnos mas, y mas en nuestra viciosa amistad, siendo ofensa suya. Seguros pensavamos ya que seguiamos la derrota, dando fin à nuestro viage; pero Dios que no nos olvidava, aunque le ofendiamos, moviò vna tempestad à vista de vna Isleta treinta leguas de Valencia; bramava el ayre, bufava el agua, en tiempo que se auia enlutado el Sol con negras nubes, con que se encrespò la marina fiera, amenazando en cada ola vna muerte, y en cada bufido vna horrenda amenaza de el acabar. Fluctuava nuestra naufragante Galeota, ya entre las arenas, ò ya entre los montes de las mas levantadas olas; faltavale el govierno al Piloto, por no ser posible el manejo

del timon, rompiase el ayre en lastimas, y todo parava en cõfusion, pues todos asistian al reparo, sin que nadie pudiesse, ni supiesse governar. Cerròse la noche, sacudiendo de si mas apresurado el dia, obligado de la obscuridad de la tempestuosa tiniebla; doblaronse las congojas, con q̃ crecian las angustias con las vozes de los tristes naufragantes, amenazados del rigor del fenecer. Passòse la noche con ahogos de congojas, en zozobras del temor, hasta mostrarse el dia sañudo, tan contrario nuestro, por tan favorecido de el ayre, que por instantes nos amenaçava con la muerte: el arte con la maña juntos con el continuo trabajo, suspendiò todo este tiempo la violencia de la borrasca, hasta que enojado el elemento del agua de ver que se sustentavá contra sus fuerças vn derrotado baxel le acometiò violento con tan impetuoso impulso, que no fue bastante la diligencia humana desesperada para impedir su enojo; juntos el ayre, y el agua rompieron en vn baxo cerca de vna Isleta el fatigado baxel, que sin vela, ni remo, navegaua al alvedrio del ayre, y de las olas. O locura humana, que fia su vida de dos contrarios elementos con solo el resguardo de vna tabla! O ambicion temeraria, que por lograr sus ganancias aventura su duracion à la fortuna de vn bayben!

Chocò al fin nuestro baxel contra la espumosa espalda de la Sirte, sacudiendo de sus cabernas todo lo que guardava en sus senos, con que cada vno de los mareuntes por huir del postrer lance del acabar se arrojaron entre las ondas, expuestos al alvedrio de la fortuna; vnos batallando con las aguas fabricavan su sepulcro en las arenas; otros valiendose de vna tabla, procuravã en sus ombros aportar à la orilla; otros fiandose de sus fuerças se empeñavan, que à fuerça de braço auian de vencer la brabura del salado elemento, todos al fin trabajavan por alargar la vida, como el remedio oportuno se le ofrecia, solo mi dama, y yo aguardavamos la muerte por instantes, sin atrevernos à buscar remedio, teme-

merosos de la brabura de las aguas, con que nos estuvimos en el tope de la galeota, que el rigor de la tempestad nos auia dexado debarato, hasta la tarde que se sossegò el ayre, dando lugar la mareta menos violenta à que yo me valiesse de vnos maderos, que ligandolos lo mejor que pude, fabriquè vna peligrosa embarcacion, en la qual mi compañera, y yo maltratados del susto, y de las aguas, milagrosamente aportamos a tierra, donde hallamos algunos de nuestros compañeros, que los mas auian perecido entre las olas, valiendo mas en esta ocasiõ para saluar las vidas, la cobardia prudente, que la temeridad sabia, y arrojada. Consolamonos vnos a otros en nuestra triste tragedia; pero quando juzgamos que teniamos seguras las vidas, por auerlas librado del ahogo de la tempestad, nos vimos cercados de otro, sino mayor naufragio, igual en las assechanças del acabar, porque sino era tan apresurado en la muerte, era mas largo en el tormento, con que era mas sensible por la duracion de la pena. Doze eramos los compañeros que escapamos del rigor de la tempestad, todos desnudos, mal tratados de los embates de la mar, sin tener vna onza de vizcocho, ni otra vianda alguna con que alimentar los fatigados cuerpos mal tratados de los assombros del morir, solo auia para alimento de todos lo que yo auia podido librar en la peligrosa embarcacion, con que tomè tierra, adivinando nuestra necessidad, que como es maestra nos enseñò a recurrir à la orilla, para recoger algun bastimento del que en las resacas arrojava la mar; algo se logrò con esta diligencia, pero tan mal tratado, que solo nuestra hambre le pudo agradecer por vianda. Gran rato nos estuvimos como pasmados mirando la mar, que por instantes en las resacas arrojava à la orilla los despojos del perdido baxel: fue Dios servido que en vna gran mareta que se levantò, con que acabò de deshazer el baxel, saliò vna arca, en la qual milagrosamente se hallò vna escopeta corta con vnos frascos llenos de polvora, cosa

que nos alentò mucho à todos, viendo el milagro que Dios obrava para nuestro consuelo, pues auiendo estado el arca todo el dia en el agua no la penetrasse. Grande socorro de la mano de Dios fue este para remediar el frio con la desnudez de todos nosotros. Todo aquel dia nos estuvimos a la lengua del agua, hasta que tomamos consejo de retirarnos à lo mas oculto de la Isla; lo vno por el abrigo, lo otro por no ser cautivos de los Moros, que ordinariamente continùan aquel parage. Hizimos nuestras barracas en lo alto de vna eminencia, cercadas de altas peñas, que techadas de rama, fueron nuestras acomodadas estancias, encendimos fuego, con que en algo remediamos nuestro desaliento. En esta misera soledad passamos veinte y siete dias, acosados de la hambre, de las inclemencias del temporal, con perpetua centinela de noche, y de dia, hasta que vna mañana nos aviso el que estava de peña, como auia aportado à la Isla vn vergantin de Moros, que segun lo que parecia traia poca gente. Con esta nueva nos avisamos vnos à otros, tomamos consejo para obrar con acuerdo, propusieronse las miserias que auiamos padecido en veinte y siete dias, en los quales no auia navegado por aquel parage ninguna vela Christiana, por auer entrado el Invierno aquel año cõ gran rigor, que el poco bastimento que auiamos recogido de el naufragio, ya era gastado, el marisco, de que nos podiamos valer, era poco, muy dificultoso de hallar; las frutas silvestres ya no las auia, con que la necessidad era extrema, y nos obligava à tomar resolucion de morir, peleando como buenos por salvar las vidas, ò entregarnos al enemigo, dandonos por esclavos. Consultado el aprieto à vista de la ocasion, todos fuimos de parecer que viessemos lo que obrava el enemigo, que segun lo que viessemos que obrava, tomariamos resolucion. Hizose assi, requerimos las armas, en que hallamos vna escopeta, cinco espadas, vna alabarda, tres dardos, dos bastones largos, que se auian cortado en la Isla, que

go-

governados de dos valientes moços no eran malas armas. Quifo mi Dama acompañarnos, pero no fe lo permitimos, antes fe determinò que en cõpañia de vn muchacho de hafta onze años fe quedaffe retirada, aguardando nueftra buena, ò mala fortuna. Encomendamonos todos à Dios, y à los Santos de nueftra devocion, y con Dios, y la Virgen en la boca, y en el coraçon caminamos en bufca del enemigo, el qual defcuidado de lo que le podia fuceder auia echado catorze hombres en tierra, que fe andavan recreando à la orilla del agua; tenian echado vn cabo del baxel à tierra, el batel andava rondando la Isla, la demas gente guardava el vergantin. Con efte conocimiento llegamos à tiro de mofquete del enemigo, donde bolvimos otra vez à tomar confejo, del qual faliò que los feis hõbres chocaffen con el batel que fe auia defviado, metido en vn codo que hazia la mar, que embiftiendole à tiempo, con facilidad fe podia tomar, arribando fobre el vergantin, donde con la ayuda de los efclavos, y principalmente la de Dios fe podia efperar vn buen fuceffo: que los otros feis compañeros aguardaffen à ver a quando llegava à abordar el vergantin, para dar a vn tiempo fobre los que defcuidados eftavan en tierra. Con efta determinacion nos dividimos; los feis que fueron contra el batel, con facilidad lo executaron, porque no auia mas de quatro hombres en èl, los quales viendofe acometidos tan fin penfar, cruzaron los braços, que amenazados de los vencedores bogaron en el alcançe de el vergantin, cuya gente como no tuvo tiempo baftante de prevenirfe para la defenfa, con la ayuda de los Efclavos fue brevemente rendido. Los que eftauan en tierra hizieron mas defenfa, porque todos tenian fus alfanges; y aunque la impenfada furia de nueftros compañeros los acobardò, no obftante fe procuraron defender, tomando por ayuda, y refguardo la efpalda de vna peña, fobre la qual mi Dama, con el muchacho,

efta-

estavan retirados, y como vieron que los Moros assegura van las espaldas con la peña, les arrojavan las piedras que mas cercanas hallaron, con que se turbaron, viẽdose herir por todos lados, de que resultò, que començaron a flaquear al tiempo que llegò el vergantin ya rendido; tiroles vn balazo, con que se acomodaron a sugetarse a la fortuna, quando nosotros levantadas las manos al Cielo, dimos gracias a Dios de avernos hecho tanta merced, con tan evidente milagro. Maniatamos los prisioneros mientras el vergantin abordava cerca de tierra, para embiar el baxel. A este tiempo llegò mi dama con el muchacho, que no cabian de plazer, con que tratamos luego de viage, fuimos a nuestro alvergue con algunos de los Moros cautivos, para comboyar las reliquias que aviamos librado del naufragio; embarcose con toda diligencia todo, y aquella tarde con corto viento çarpamos, con que dentro de dos dias a la misma hora dimos fondo en el Grao de Valencia.

Apenas dimos fondo, quando llegaron a bordo los Ministros del Rey, à saber donde veniamos, hizimosles relacion de nuestros trabajos, con tan bien afortunado fin. Esta noticia llegò a los Ministros mayores, con que nos dieron licencia para saltar en tierra, que no pudo ser aquella noche, por no auer lugar de desembarcar lo que venia en el vergantin, con q passamos toda aquella noche dando gracias a Dios, que nos auia librado tan milagrosamente de tantos peligros. Al otro dia saltamos en tierra todos, dispusimos de la presa con los demas aderentes, con que cada vno procuro buscar modo de viuir. Mi compañera, y yo tomamos vna posada, donde procuramos descansar algunos dias de las passadas fatigas: vimos las grandezas de Valencia, veneramos sus reliquias, y ya que el ocio nos cansò, tratamos de tomar modo de vivir, porque sin renta, ni oficio, con pretension de assegurar aquella desdichada vida, era bien pensar como se podia cõservar. Comuniquelo con mi dama; pero como las mugeres no saben mas que servir, ò mãdar

dar, aconsejòme que sirviesse à algun Cavallero, ò que tratasse cõ el dinero que llevava. No me pareciò digno de mi calidad sugetarme por vnico medio à la servidumbre; tampoco me incline al trato, porque como no me criè en aquella delicada viveza de los Mercaderes, no me ajustè a esta forma de vivir, con que me cõsiderè destituido de todo genero de modo para ganar de comer, de que me congojè, porque considerando que el dinero que tenia, sino se acabasse en dos años, al tercero, ò quarto no avria q̃ gastar, y tener que sustentar casa, y muger hermosa, de quien cada dia me hallava mas enamorado, era fuerça pensar como se auia de fundar la permanencia de mi gusto. Consultelo vna, y muchas vezes con mi cuidadosa imaginacion, hasta que elegì vn medio, que me pareciò mas acertado, que fue, dar grã parte del dinero à vn Mercader, cuyo hijo libertamos en el vergantin, que se me dava por muy amigo, à quien entreguè la cantidad que me pareciò, para que tratasse con ella, socorriendome cõ las ganancias de que auia de tener parte por su agencia; el hombre era honrado, y buen Christiano, con que facilmente nos conformamos. Pero no obstante esta traza, y modo de passar la vida, no me pareciò duradera, porque podia faltar el trato perdiendo el caudal, con que me determinè estudiar medicina, que es la ciencia de pobres, que à costa de muchas vidas sustentan la suya, y de su familia. Como yo era eminente Filosofo, facilmente me introduxe à lo especulativo de la ciencia, tratè muy de cerca à mis Maestros, los quales gustavan infinito de comunicarme por hallarme tan capaz en todas las dificultades filosoficas; Con mucha brevedad me hize lugar en la Escuela, probè mis Cursos, gradueme en Artes, y Medicina. En todo este tiempo que gastè en mis estudios, no os quiero cansar en contaros los temores, los enfados que tuve por mi Dama, sin ser ella la ocasion, aunque lo causava su hermosura, porque vn señor de aquel Reyno se enamorò con tanta ceguedad de

mi dama, que temi que me quitasse la vida, sabiendo que era yo la causa de la resistencia de mi amiga, con que por esta razon, temiendo la facilidad de las mugeres, sin el laço del Sacramento del Matrimonio, entratè de mudar de tierra, passè a Zaragoça, donde en pocos dias me hize lugar con la buena opinion que llevaua de Valencia. Sucediome en este tiẽpo lo que dirè, con que cobrè mayor opinion: Llegò a esta sazon vn Principe de Castilla, al qual con la mudança de ayres, y bastimentos le sobrevino vna calentura maligna, fueron llamados los Medicos de mayor opinion, los quales le curaron con todo cuydado, atencion, y estudio; pero no aliviauan al enfermo, antes cada dia crecian nuevos, y desesperados accidentes; assistiale a este Cavallero otro muy apassionado mio, el qual viendo quan al fin del acabar estava fuera de toda esperança de vida, le propuso hazerme llamar, porque tenia gran fe en mis estudios, que esperava en Dios que por medio de mi ciencia, y cuydado cobraria salud; acetò el enfermo la proposicion, con que al punto me embiaron a buscar, que andava visitando; dieronme el recado, acabè las visitas de aquel barrio, con que me passè al otro, donde me aguardaron con gran fè de que le auia de dar salud al enfermo; tomele el pulso, hizele las preguntas ordinarias, reconoci la debilidad del sugeto, que no estava capaz de evacuacion alguna, senteme muy despacio, atendi a que la calẽtura era poca, aunque de mala calidad, con que me determinè a obrar con novedad, llegueme al enfermo, animele con palabras de grande esperança, que es vn cierto genero de medicina; hizele tomar dos vizcochos en vino generoso, fomentele los pulsos, con que me despedi, prometiendo bolver antes de recogerme, hizelo assi, y reconociendo que el enfermo estava mas alentado, y los pulsos con mas alientos, repeti los fomentos con el vino, y vizcochos hasta el otro dia, que hallando al enfermo otro hombre con mas brios le hize sacar vn poco de sangre en tan buena ocasion, con tan feliz

for-

fortuna que dentro de dos horas se hallò sin calentura. Corriò la voz por la Ciudad, con que cobrè grande opinion; el enfermo cobrò perfecta salud, con que ademas de la paga, que fue grande, me obligò con dadivas, con promessas à venirme con èl à Madrid, donde sustentè mi casa con gran luzimiento, porque el credito con que entrè era mucho, el que me agenciò mi Amo mayor, con que en pocos dias me hize lugar. Poco mas de cinco años logrò mi Dama esta fortuna, pues de vna aguda enfermedad fue Dios servido acabar con su vida; hizela cõfessar con vn Religioso docto, prudente, porque apenas conoci el peligro, quando le procurè el remedio del alma, que esta es la buena amistad, solicitar para el amigo los bienes de la gloria. Roguela que dispusiesse de mi hazienda à su gusto; pero no quiso sino dexar à mi voluntad el bien que se auia de hazer por su alma. Muriò al fin pesarosa de las offensas que auia cometido contra Dios; senti amargamente su muerte, porq̃ la queria con extremo; pero con facilidad me divertì, porque la voluntad viciosa facilmente se olvida de lo amado.

Poco mas de dos meses durò el sentimiento, porq̃ en este tiempo me hablaron en vn casamiento con vna señora de fuera de Madrid, embiaronme el retrato junto cõ la memoria de la hazienda, que todo me pareciò bien, con q̃ arrastrado de mi vicio, sin atẽder à mi alma, echando al tranzado mis passados amores, refresquè el gusto con la novedad del deleite. Hizieronse las escrituras, traxeron sus padres à Madrid la novia, salì à recibirla cõ tanto desahogo, como sino estuviera impedido con mi desgraciado matrimonio; pero q̃ no harà el vil apetito? haze olvidar a Dios q̃ le beneficia, que mucho q̃ lo haga de las criaturas q̃ le molestan? Entrela en casa, dõde nos desposamos *in facie Ecclesiæ*, aviendonos publicado cõ falsas informaciones, q̃ todo lo haze el dinero en las Cortes de los Reyes. Viuimos cõformes algunos meses hasta q̃ se hizo preñada, q̃ comẽçò à suspirar por sus padres,

y por

y por su tierra; pudieron tanto conmigo sus amores, que me sacò de Madrid, donde viuia con credito, con gusto, con hazienda; pero a que no obligarà vna muger hermosa antojadiza? Alfin salì de Madrid, fuime a viuir a su lugar de mi nueva muger, donde me diò vna hija tras ella otras dos, de lo qual viuia yo mas enamorado, porque ademas de la voluntad de la madre remanecia la de los hijos. No se acabava mi muger de assegurar de que me auia de quedar en su lugar, y assi me hizo comprar hazienda de raiz, tierras, viñas, arboledas, colmenas, con que totalmente me imposibilitò de bolverme a la Corte; no se me hazia a mi muy dificultosa aquella vida, porque la passava con gran sossiego en el laço vicioso de mi liviandad, que aunque con mala conciẽcia me sazonava la possession del estrago de mis gustos. Tan olvidado viuia de Dios, que ya tenia hecho habito de viuir en su desgracia, ningun temor me obligava, ninguna exortacion me movia, ni las amenazas de Dios en los castigos de sus criaturas, ni los merecidos rigores de su justicia, ni las penas debidas por mis culpas, ni los castigos que me amenazavan temporales por mis liviandades, à todo me hazia sordo, lisongeado del engañoso alhago de mi vicio; pero si yo me olvidava, la bondad de Dios no se descuidò desta oveja que descarreada de su rebaño pacia espinas, que crudamente me punçavan en los matorrales de los vicios, dexando las flores de la amistad de Dios, que gustosamente me combidavan a su pasto. Embriagado, pues, en mi obscuridad, llegò el tiempo de buscar Predicador para la Quaresma, encomendaronme este cuydado en el Ayuntamiento, fui a Madrid, hize la diligencia entre los Religiosos conocidos, de cuya amistad me preciè siempre, porque con sus burlas enseña con sus veras] mortifican. Elegi a vno para que nos predicasse la Quaresma, bien fuera de que mi dicha se auia de assegurar por sus palabras. Llegò el tiempo, viño el Predicador, aposentele en la casa señalada, con que el Miercoles

les de Zeniça diò principio à su trabajo para nuestro bien: fue el sermon de memorias de la muerte, lo que somos, en lo que nos hemos de bolver; la dicha del gozo de la gloria, la infelicidad de la pena del carecer de Dios, condenado à la infernal llama; apretò tanto la mano el Religioso Orador en esta materia, que siendo mi coraçon vna elada peña, al golpe del eslabon de su voz, governada de la divina gracia, sacò tan abundante fuego, que bastò à encender las acabadas pavesas de mis sentidos: tal horror cayò sobre mi coraçon, tã gran desconsuelo, tan temerosa verguença de mirarme à mi mismo, que no sabia que hazerme, pues se me passava el dia con su noche sin cerrar los ojos, rompiendo el coraçon en diluvios de lagrimas, fatigado de la consideracion de mis culpas.

Algunos dias tardè en determinarme, porque es dificultosa la determinacion à vista de muger, y hijos, hecho habito al vicio de la liviandad: no obstante la misericordia de Dios hizo su oficio, pues atendiendo à mi ansia penitente, obrò como piadosa, repitiẽdo los golpes de sus auxilios al passo de mi resistencia cobarde; cada dia, cada hora, cada instante me llamava, ya por la consideracion de mis culpas, ya por la enfermedad de mis hijos (que en este tiempo les diò Dios) ya por la voz de mi Predicador, que en el pulpito me doctrinava, en la cõversacion me enseñava, en la calle con su modestia me mortificava, en el Altar con su devocion me enternecia, en todas partes con su religiosa, y observante vida me avergonçava, considerando mis culpas à vista de sus virtudes. O lo que debemos à Dios, que diò gracia à los Sãtos para que nos dexassen en sus Religiosos hijos vnas copias de su penitencia, modestia, y doctrina con q̃ nos mueven, reducen, ayudan à salir del mal estado de la culpa, para entrar en el de la gracia! Llegò al fin el Viernes de Lazaro, donde mi Predicador pintò vn pecador muerto con el pecado, horrible por la culpa, feo, y torpe por las ofensas cometidas contra Dios, ligado de

pies,

pies, y manos con los vicios, embriagados los ſentidos con el beleño de las liviandades, todo eſto ponderado con ſu eſpiritu, y atendido de mi proprio conocimiento que el auxilio de Dios me auia dado, pareciome a mi que era yo aquel que el Predicador dezia, que la tierra me arrojava de ſi, que el Cielo me amenazava, que haſta los hombres ofendia con mi ediondez, con que huian de mi por no poder ſufrirme. Quando en el campo de mi penitente conſideracion me vi, amenazado del Cielo, arrojado de la tierra, deshechado de los hombres en medio de mi mayor fatiga, remedio de mi mayor fatiga, repare, en que Chriſto nueſtro bien llamava a Lazaro, y al imperio de ſu voz ſaliò del ſepulcro, que no baſtaron los horrores de la muerte, para impedir la piedad del Redemptor, para que le dieſſe nueva vida; con eſta conſideracion me alentè, propuſe valerme de la ocaſion para ſalir del ſepulcro ediondo de mis juizios. Acabose el ſermon, acompañè a ſu caſa a mi Redemptor, donde cerrando la puerta me arroje a ſus pies, pidiendo le rogaſſe a Dios por mi, para que me dieſſe vn auxilio con que hazer vna confeſsion general; gozoſo, y enternecido el Miniſtro de Dios en ver el fruto de ſu trabajo me llevò en los braços, conſolandome con tan buena gracia, que me influyo vn nuevo aliento, para que ſeñalaſſemos tiempo en que ſe executaſſe mi dicha. En eſte poco tiempo que ſeñalè para confeſſarme, no os podrè encarecer los embarazos, los tropiezos que me puſo el Demonio para impedir mi reſolucion, valioſe de Doña Elena mi muger, de mis hijos, de mis amigos, de todos echò mano para impedir mi determinacion, no obſtante por la miſericordia de Dios no le valiò a Satanàs ſu traza, pues en lo q̃ ay de aquel dia al Iueves Santo, ajuſtè por eſcrito mis pecados, conſultando con mi ſanto medico las dificultades, haſta que la acabè. En eſta ſazon ſupe como mi verdadera muger deſeſperada de aguardarme, al cabo de algunos años eligiò vn Convento por huir del mundo, que tan vilmente la tratò;

re-

recibiò el habito santo de aquel Cherubin Francisco, donde viuia, siendo exemplo de virtud a todas las Religiosas. Esta fue otra aldavada con que el Señor me llamò para salir de la miseria de mis culpas. El Iueves Santo muy de mañana me confessè, aviendo diez y siete años que no lo hazia aderechas, pues cada vez que me llegava a la fuente de la penitencia, me enlodava con nuevo sacrilegio; alfin, llorè mis pecados, confessando mis culpas, llegue dichoso despues de la absolucion à gozar de mi Dios, embozado debaxo de los velos de aquel pan, con que quedè con nuevo aliento para retirarme del mal estado en que viuia.

Mis lagrimas eran tantas, que dieron en que pensar a mi engañada Doña Elena, que cuidadosa de la novedad me preguntò la causa de mi ahogo, cosa que yo deseava con todas veras; la respuesta fue darla vna carta, en la qual hallò vn engaño con muy buenos colores de verdad, en nombre de vn hermano mio que yo dezia que tenia me escriviã vna carta, dandome cuenta de la muerte de mi padre, el qual estava preso por los vandos tan vsados en aquel Reyno de Valencia (de adonde dezia yo que era natural) vino a acabar su vida en la carcel, donde juntamente dezia mi hermano que quedava temeroso de que le quitassen la vida en publica plaça, porque el Virrey estava muy sangriento contra su causa, con que sino le socorria con dinero, con mi agencia peligraria su vida, con el rigor de justicia: vista por mi Doña Elena la relacion de la fingida carta, alentome a que fuesse a mi tierra, para ayudar a mi hermano, diziendome, que para esta ocasion era la hazienda, que la gastasse, pues ni ella ni mis hijos tenian mas honra que la mia. Con esta buena disposicion tomè mi mula, con vn poco de dinero, que no quise cargar de mas obligaciones, y sin moço que me acompañasse me vine a Madrid, donde vendi la

mula, y en habito de peregrino hize mi viage à Alcalà de Henares, donde visitè à San Diego, y à los Santos Martyres Iusto, y Pastor; de alli passè à Roma donde venerè las santas Reliquias, y me bolvi à confessar con el Penitenciario, recibiendo la absolucion Papal para mi consuelo, y seguridad de mi conciencia. Embarquème para España, con intento de viuir vida solitaria; lleguè a Siguença, donde entendi buscavan persona que cuydasse de esta Hermita; ofrecime à los señores de el Cabildo, que me nombraron para esta assistencia. El Demonio que, que nunca sossiega de buscar modos, y traças para nuestra perdicion, diò noticia a Doña Elena de mi assistencia en esta soledad; escriviòme con vn proprio, el qual recibi al pie de aquella roca, reparè, en que el sobreescrito era para su esposo; que en su estimacion era yo, con que le dixe al moço, que el dueño para quien venia aquel pliego era muerto, que era mi hermano; y assi que se bolviesse con carta mia, en que le diria à mi cuñada, que su marido era muerto. Despachè al moço, el qual se bolviò con grandes sospechas de que yo era el conteaido; porque aunque auia mudado de habito, de barba, y de color de cara, no dexò de maliciar algo; todo lo qual se lo dixo a Doña Elena, la qual como buscava à su infiel marido, con fazilidad creyò los sospechosos indicios, con que se resolviò a venir en persona à este cerro, hizolo con toda resolucion vn mes despues que avian enterrado à vn pastor en mi Ermita; hablome toda deshecha en lagrimas, respondila con el coraçon puesto en Dios, con los ojos en vn Santo Christo; dixela, que yo no era su marido, que mi hermano era muerto; q̃ en aquella sepultura estaua el des engaño de todos, que le encomendassemos à Dios. Doña Elena era muger de muy buen juizio, ò ella me entendiò, ò Dios se lo inspirò; porque sin responderme mas, que Dios le aya perdonado, se bolviò à su casa, con que me quedè

dan-

dando gracias a Dios de la merced que me hizo en sossegar aquella muger. Diez años ha que viuo sin saber de Doña Elena; à mi primo, y amigo he escrito à Granada, avisandole del estado de mi vida, para assegurar mi conciencia, y con las diligencias que me avisò que hizo, viuo con sossiego en este monte, muy gustoso de hallarme fuera de los alborotos de tan mal mundo. Alguna vez voy a Siguença, aunque pocas, pido a su tiempo por estos lugares para sustentarme. Esse mozo và cada dia por el sustento ordinario, con que passamos esta vida tan llena de miserias, y trabajos, quiera la divina clemencia que aprovechemos en su servicio, que ya que nos haze merced de darnos vida, no sea para nuestra condenacion, sino para salvarnos.

Aqui se levantò el Ermitaño, y con vn espiritu mas que humano se bolviò a Carlos, y le dixo: y vos, hijo escarmentad en mi cabeça, porque os amenazan grandes males en vuestro vicioso natural, contemplad en mi fortuna los varios, y tormentosos accidentes de la liviandad; reparad, en que soy el mas bien librado q̃ ha dexado el embeleco de profano amor; vime con gustos, con hazienda, con mugeres, con hijos, todo tan sazonado a mi apetito, como lo publican tantos años en pecado mortal, sin jamàs hazer pie atras en mi desdicha, hasta que la misericordia de Dios me alumbrò: estas canas, no son años, trabajos son: esta desnudez, no es pobreza, pena de mi culpa es: esta soledad, no fue gusto, castigo de mi pecado fue; al fin todo lo q̃ mirais son milagrosos efectos de la gracia, en pena de mis desahogos, que bolviendoles las espaldas me hize feliz, quedãdo aunq̃ solo, desnudo, pobre, pero en la gracia del Señor que me diò luz para conocer q̃ en peor estado me auian de dexar mis vicios con la desgracia del pecado. Con esto dexò el mortificado Ermitaño su platica, la qual moviò a Carlos, de manera que le prometiò la enmienda, pero vn mozo es facil en prometer

la enmienda, quanto es perezoso en executar lo prometido. La carrera del Sol iba ya tan alta, que juzgò el Ermitaño se auia llegado la hora de comer, con que se acercaron a la Ermita, donde hallaron a Andrès, y el mozo de la Ermita en sossegada conversacion; pero como Andres viò a su amo, le dixo: pardiez, señor, quedemonos aqui, metamonos a Ermitaños, descartemos al mundo, dõde no ay mas que vanidad, peligros, embarazos, con desatinadas fatigas; si el señor padre quiere acà me quedo, à q̃ respondiò el Ermitaño: Amigo Andres, en este monte no hallareis lo que en los lugares grandes, que a cada esquina ay vna Ermita, aqui sola esta ay, donde muchas vezes falta la comida, sobrando los afanes, con que entiendo que no gustareis de tan estrecha religion; quiso responder Andrès a tiempo que le atajò el Ermitaño, con tratar de que comiessen su pobre olla, que aquel dia fue de Pascua, pues tenia cezina, tozino, berça, de lo qual comieron todos, y dando gracias a Dios, y al Ermitaño, por cuya mano los alimentò: como ya era hora de caminar, apartò Carlos al Ermitaño, para pedirle le enconmendasse a Dios, en cuyo auxilio fiava todo el buen sucesso de su conversion; ya en este tiempo tenia Andrès aparejado, con que se dispidierón vnos de otros, que guiados del mozo de la Ermita llegaron Carlos, y Andrès al camino real, que siguieron sin tropiezo alguno, hasta la Ciudad de Soria, con que acabaron su jornada, para començar otras de mayores empeños.

CAPITVLO VII.

Llega Carlos à Soria, sabe la ingratitud de Doña Beatriz, con que la oluida por otros amores.

SV palabra diò Carlos al Ermitaño de olvidar passados vicios, para reduzirse a la virtuosa leccion; en esta conformidad saliò de la Ermita, con esta buena determinacion entrò en Soria, con que

no podrà dezir que su mala estrella le encamina, si la falta de virtud le precipita. Entrò, pues, Carlos en Soria vn dia de mercado, donde reparò (aunque de passo) que a diferentes tropas de Labradores se desocupava la plaça, deseosos de bolver al retiro de su Aldea, y porq̃ el que desea aprovechar todo lo cõvierte, en ganãcia ponderò la prisa dõ la buelta de aquellos Labradores, juzgãdo, q̃ quizà era ocasionada del rezelo q̃ teniã del pegajoso mal del vicio de la Ciudad; con esto puso termino a la jornada, aportando a casa de vn Cavallero, de los muchos de aquella Antigua Numancia; no hallò al dueño en casa, pero los criados le franquearon vn quarto, observando el orden que les tenia dado Don Francisco su señor, el qual a penas fue avisado de la venida de Carlos, quando con todo cariño, y cortesano trato diò la buelta a su casa, donde hallò a Carlos, à quien tanto deseava agradar, pues podia solicitar la ocasion, para dar a entender no se le olvidavan los beneficios que auia recibido de su tio, porque vn pecho noble, viue siempre anhelando por pagar obligaciones. Al punto le hizò acostar, para que descansasse del mal tratado dèl camino, cõ que aviendo cenado le diò lugar al descanso. No cumpliò Carlos con los buenos propositos que tenia, pues velò toda la noche empleado en la memoria de su ausente Doña Beatriz. O que facil es el prometer! que dificultoso el olvidar! Obligado del desvelo, se quedò en la cama, hasta muy tarde, tiempo en que se levantò, para q̃ le tomassen las medidas para vn vestido, con que mientras se acabava le visitaron todos los amigos de su huesped, que fue lo mas granado del lugar, cõ q̃ en el quarto de Carlos fue aquellos dias la cõversaciõ, de q̃ resultò, q̃ los tahures jugaron, y los q̃ tratavã de las letras humanas se procurarõ tẽtar los azeros, aqui entrò Carlos, q̃ como forastero, lo miraron todos como pintava; la primera suerte hablò poco, y a tiẽpo, porq̃ es grã regla de la prudẽcia la moderacion de las armas en los pri-

primeros encuentros, contò algunos chistes de la Corte, adornolos con sentencias, con que diò muestra a aquellos Cavalleros, de q podia hablar en corro con toda aprobacion; à pocos lances se hizo camarada de todos, que esso tienen los pocos años, que facilmente se introducen à la amistad. Entretenido con los divertimientos del lugar, passò algunos dias Carlos, pero siempre congojado, porque le faltava la devida memoria de su dama, por cuyas cartas suspirava; aumentosele la pena con la estafeta, pues juzgando que con ella se acabava el torcedor de vn imaginado olvido, hallò que se aumentava el rigor con la conocida falta de la memoria de Doña Beatriz, quando la de su tio era tan puntual, que no faltava nunca, y en la presente estafeta le alentava a llevar con buen animo los golpes de la fortuna, escarmentando, en los sucessos que tocava, pues los heridos no estavan de peligro, y los sanos vivian con mas regozijo de lo que èl podia imaginar. Bien pudiera adivinar Carlos la novedad, à no estar tan vendados sus ojos; pero el coraçon noblemente apassionado no se sabe determinar a presumir mal de nadie, no obstante la desconfiança de si mismo le dava mucho que pensar. Aquel dia lo procurò divertir con la estafeta, en la qual escriviò a su tio, y a vn amigo suyo con carta para Doña Beatriz, en que la acusava de remisa en su cuydado; embiò a la estafeta, en cuya respuesta aguardò su consuelo. O que de terminos dà a la esperança vn pretendiente como Carlos! Que aunque los divertimientos de los amigos eran grandes, pero no poderosos para facilitarle el alivio de su pena; porque vna imaginacion de vn bien perdido, no es facil de reduzir a que se olvide: en esta desesperacion de sentimiento passò Carlos dos meses asido a la cadena de la angustia; con solo el alivio de la aduladora esperança, hasta que dentro del pliego de su tio recibiò vna carta, que dezia assi.

Car-

Carta de Doña Beatriz.

Porque no me ponga v.m. en otros mas apretados lances que los passados, le auiso que no se canse en escriuirme, porque no ha de sacar mas que molestarme; suplicole descuide de mi memoria, porque tengo dueño menos espadachin, y mas celador de mi honra que v.m. A quien guarde Dios como desea ella.

Quedò Carlos con tantos desengaños en tan pocos renglones, tan embelesado de la pena, que le obligò a su huesped Don Francisco a alentarle, juzgando ser achaque que le privava los sentidos, pero recobrado Carlos, diò por solucion la pesadumbre que auia recibido con el auiso que auia tenido de la muerte de vn amigo muy intimo suyo. Bien entendiò el cuidadoso huesped el achaque de Carlos, pero no quiso apurarle, porque reparò que vn ahogo que no se permite a la noticia del amigo, es desaire de la amistad, si riguroso verdugo del que le padece; y assi no dandose por entendido, dexò solo a Carlos, para que a solas desahogase su pecho. No se acabava de persuadir Carlos a q̃ era verdad lo que sus ojos examinaron en las pocas letras de la carta de Doña Beatriz, porque como era contra el pundonor de su gusto, no le dava el credito que merecia su letura, buscò otro testigo en la carta de su tio, que confirmò la sentencia de muerte que tenia, diziendo desta manera:

Las heridas de vuestros enemigos tuuieron mas de ruidosas que de peligro, el vuestro me dà cuydado, porque estos Caualleros lo son tanto que tienen muchas causas porque buscaros, procurad estar con cuydado, porque quien tiene enemigos, y tales, no debe descuidarse. Mi señora Doña Beatriz por poner en paz à sus cuñados se desposò dias hà con vn primo suyo, que desde que enuiudò se auia juzgado su esposo, pues auia haido la dispensacion, el hecho ha sido acertado; procurad vos acertar en desengañaros

de que ay mas mugeres en el mundo, vos podeis assegurar, de que no os faltarà vuestro tio &c.

Con esta carta acabò Carlos de persuadirse a que podia ser tan ingrata, como mudable su dama, pues todo lo venerado de fineza, era ficcion de lo imaginado del vicio de su apetito: el tropel de ingratas correspondencias, le diò a entender a Carlos, que la fineza passada de Toledo era liviandad lisongera, que sus ansias eran falsas, que sus lagrimas en la despedida eran risa, pues a dos meses, poco mas de la falta de su vista eligiò a otro galan por dueño. O que cara se compra la experiencia de vna ingratitud! Pero que barata si escarmentaramos con ella. Que rigurosas suertes haze en vn coraçon amante vna no imaginada ingratitud; pero que de dichas se le siguen al que acabada la tempestad del rigor del sentimiento, cobra en bonança de reditos sossiegos de desengañado. Rendido quedò Carlos al fatal destrozo del ahogo, postrados sus sentidos, arruinado su valor, con que desesperado de la pena que le atormentava se saliò al campo a desfogar en suspiros el incendio que atormentava su consideracion amorosa, juzgando que afloxarian el garrote del dolor los repetidos ayres de su respiracion; pero aunque la campaña era apacible no hallava vado al inmenso golfo de sus penas, porque si atendia al rio, se congojava al passo de la mudança de las aguas; si a las flores, se enternecia con su temprana muerte; si a los arboles, se fatigava de verlos deshudos en invierno del ropaje, con que los galanteò la primavera; si a las fuentes, se angustiava de ver que su permanecia era el llanto; si a las aues, se condolia de oirlas quexar en lastimosos arrullos de las astucias del cazador; si a los brutos, se assustava en atender a zelosos mugidos, con que se querellavan de su prenda amada. Solo en las peñas hallava algun genero de consuelo, que era ser

siempre peñas à la resisten-cia de infortunios. Entre estas congojas, y fatigas, ahogado de la borrasca de pesares, passò Carlos la tarde, hasta que las sombras precursoras de la noche, à fuerça de las ausencias del Sol, le retiraron a la casa de la conversacion, donde pensò hallar, lo que en la soledad era impossible, y porque la atencion de sus amigos, no se armase de presunciones, con su silencio ayudò el loable exercicio de la politica, con algunos discursos varios, hasta que llegò la hora de retirarse a su quarto, donde por no permitir que sus penas saliessen a la plaça del conocimiento de los estraños, se armò de prudente valor, retirando al pecho, lo que no era bien que saliesse en publico, pero toda esta prevencion fue muy a costa de su salud, pues sin poder cortar la corriente de la consideracion de la ingratitud de su dama, rebalizò en su pecho el golfo inmenso de sentimientos, hasta que rompiendo los diques a la ressistencia, parò en vna peligrosa enfermedad, à la qual atendieron sus huespedes, con gran cuidado, llamaron los Medicos, que cuydaron de las fatigas del cuerpo, sin prevenir la causa de las angustias del alma, que reconocido por el prudente huesped de Carlos, les advirtiò algo, que su malicia pudo alcançar de los sentimientos del enfermo, con que madaron el modo de la curacion, recetando fomentos cordiales, y ordinarios divertimientos, conque alcabo de dos meses se hallò Carlos con disposicion de buscar en la calle los desahogos juveniles; jugava la pelota, las armas, los trucos, hazia mal a vn cavallo, salia a cazar de ordinario, con que poco a poco se divertiò, olvidando la causa que le molestava. Sucediole en vn dia de los que saliò Carlos al campo, que su poca atencion al freno de su vicio, le ocasionò vn tropiezo, que como mozo tan

descuidado de si mismo cayò al primer encuentro de las hastas. Auia en aquella Ciudad vn Cavallero, q aunque peinava canas, no acabava de tenerlas en la devida atencion, pues con hijos, y años no auia logrado el dexar vicios; este tal aviendo venido a la Corte a sus pretensiones, ò a lograr sus gustos en sus vicios, que es lo mas cierto, se enamorò de vna dama cortesana, de pocos años, con buena cara, y mucha dissolucion; ofreciosele dar buelta a su casa, ò porque auia acabado con sus pretensiones, ò porque el dinero le auia echo falta (que es lo mas natural en hombres viciosos) èl no se persuadiò poder passar en su tierra, sin el alhago de los amores de Doña Francisca (que este era el nombre de la dama) à quien solicitò a que dexasse a Madrid, para irse en su compañia a su casa, donde seria señora de su hazienda del govierno de sus hijos, a titulo de doncella pobre que procurava servir para passar su vida: (O lo que haze el vicio!) facil fue la reduccion de la dama, pues no podia perder nada en la mercaderia, porque todo era ganancia, y assi al punto se dispuso para acompañar a su galan; bolviò a sus dueños las pocas alhajas de su casa, pagandoles el alquiler, y con solo vn vestido al vso, dos camisas, medio espejo, vn baul a medio llenar de zarandajas de muger de su trato, hizo su camino acomodandose en vna mula, en compañia de su Macias, cõ el qual entrò en Soria, en su casa, a titulo de doncella de labor, muger muy honrada, de grandes prendas, à quien la pobreza la obligava a servir, y la compassion a que la amparasse aquel Cavallero; con todos estos titulos tomò possessiõ de la casa, de las llaves, y de todo lo que auia, haziendose señora de todo, con que cortava a su gusto, como si fuera cosa propria, de que resultò que a pocos dias se pusiesse en igual esfera, y aun en mayor q̃ las hijas de su dueño. No la sufriò el coraçõ dexar de vsar de sus buenas habilidades, porq̃ el

el habito del vicio solo con la penitencia se dexa. Passeava el lugar vn Caualleri to moço, hecho de alcorça, con visosa lo Francès, con brio à lo Español; el qual gouernado de sus pocos años, ò de sus muchos antojos livianos, enamorava à todas quantas topava. Encontrò con Doña Francisca, a quien embidò de recio con su amor, quando ella le admitiera con menos punto; galanteòla a lo tierno; arrullola a lo dulce; mirròla a lo chulo, y passeòla a lo temeron, con q̃ a pocos lances del galanteo se hizo gachas la moça por los pedaços de D. Geronimo (q̃ este era el nõbre del galàn) desechando por viejo a su dueño, a quien trocò por los amores del Adonis Soriano, admitiendole dentro de su casa quebrantando los fueros de la nobleza; pero que no harà vna liviana muger cõ vn moço aconsejado del apetito? Nò se pudo esconder a los ojos de muchos el mal cobro q̃ ponia Doña Francisca en la casa de su dueño; con que fue fuerça que lo llegasse a entender el pobre cauallero, que como fue postrero en las noticias, venian ya tan otras, que no entendiò mas, de que Don Geronimo le galanteaua a su doncella, con que sin dar quẽta à nadie, el enamorado viejo le traspuso a Doña Francisca en vna aldea, de que era señor, por apartarla de las ocasiones de la Ciudad.

En este parage estava Doña Francisca, quando Càrlos vna mañana se divertia en la caça junto a su mismo lugar, al tiempo que la tal moçuela q̃ ò por divertir solitarias melancolias, ò por tomar el Sol en el campo, se assomò a las Eras del lugar, donde los galgos venian dãdo alcance a vna liebre, de la qual casi en sus mismas faldas hizieron presa tan gustosa para Càrlos, que viendo el ayre, el garvo de la dama, se apeò gozoso del sucesso; con que cogiendo la liebre, se la presentò a Doña Frãcisca, diziendola, que supuesto que los perros avian andado tan galantes, que a su vista auian hecho el teatro de sus vitorias, se sirviesse de admitir el despojo que la rendia a sus plantas, juntamente con su persona, tan muerto a violencias

de

de sus ojos, como el fugitiuo animal que la presentaua; admitiò la ofrenda la liviana, si desvanecida moçuela, no tanto por el agassajo cortesano, como por el, que tan galàn como discreto; entre burlas, y veras la dezia su amor, de que gustò por el breve tiempo que le permitiò la censura del villanage cuydado, que no fue tan poco, que faltasse para enseñarle la casa con vna ventana que caìa a vn pequeño jardin cercado de vnas tapias baxas, por el qual podria la vez que quisiessen comunicarse; con esta conformidad se dividierō los dos, y no sè qual dellos mas picado; lo que se puede entender, es, que cada vno tuvo biē que hazer en atarse las heridas, de que se les iba mucha sangre. Retirose Doña Francisca a su estancia con harta pena, de que se le fuesse tan en breve el paxaro de las manos; pero como el exercicio era de caça en el campo del amor mundano, biē se prometiò que caeria Carlos en la red de sus amores. No estava tan poco asido a la cruel, si pegajosa liga de su vicio, q̄ olvidasse la ocasion presente, Todo el dia anduvo Carlos en el campo traçando siempre como bolver a ver aquella noche a Doña Francisca; dispusolo de manera, que lo executò fingiendo con los compañeros vn negocio preciso, con q̄ se apartò dellos, diziendoles, que se fuessen poco a poco, q̄ èl daria la buelta presto, que los alcançaria. El cuidado le puso diligentes espuelas, con que llegò media hora de noche a la aldea donde viuia Doña Francisca; dexò su cauallo cercano a las tapias del jardin, q̄ con facilidad assaltò por ser baxas; pero al primer encuentro de la conuersacion de su lascivo antojo, oyò dezir: Tirale, que èl es; al punto le tiraron vn arcabuzaço, a cuyo ruidoso excesso se arrojò de la tapia a la calle; donde atendiò que venia gente; fuesse retirando con diligencia, montò en el cauallo al tiempo que le acometieron tres villanos con determinado corage; recibiolos Carlos con la espada en la mano, dando buelta sobre sus cōtrarios con tan buen animo, cō tanta presteza, que al vno atropellò con el cauallo, y a los dos hi-

hiriò de dos cuchilladas, con que puso pies al cauallo, que alarga rienda le bolviò a Soria donde le aguardavan con gran cuidado; pero viendole venir sin riesgo, se sossegaron, y por desmentir sospechas fue luego à la casa de la conversacion, dõde llegò nueva, como viniendo Don Geronimo aquella noche de su aldea, tuvo vna pendencia en el camino, de la qual saliò mal herido; mas como la mala opinion ocasiona sospechas assegurandolas por verdad, al otro dia se dixo, y se certificò en el lugar, que Don Geronimo avia sido a quien avian tirado el arcabuzaço en la casa de Doña Francisca, que èl auia herido à los criados, pretendiẽdo escalar la casa de vn tan gran Cauallero como su dueño; esto asegurò la malicia ayudada de la mala opiniõ de Don Geronimo, con que fue fuerça darse por entendido el enamorado, si vicioso viejo, aguardando à que sanasse D. Geronimo para tomar dèl la satisfacion de su duelo. El desempeño fue en la plaça, saliò herido en vna mano Don Geronimo, con que los duelistas sentenciaron estava satisfecho el duelo. En este ajustamiento entrò Carlos, que por ser el viejo muy suyo, le diò la mano para todo. De aqui resultò, que Doña Francisca bolviesse a la Ciudad donde estuvo muy recoleta, hasta que Carlos con la licencia de amigo de su dueño la relaxò de su austeridad, porque como Carlos era tan continuo en su casa, por la estrecha amistad que tenia con su viejo galàn, fue facil travar el empeño, sin notable nota de lo publico. Quien le dixera à Carlos vn año antes, que la voluntad de Doña Beatriz, que tanto le costò, la avia de estragar por vna distraida moçuela? Quien imaginara, que la fogosa llama del amor de Doña Beatriz se mudara con el ayre de vna honrada desgracia? Nadie; pero si el amor passa à vicio, quando se imagina que crece, acava con ruidoso, si repentino accidente.

(***)

CA-

CAPITVLO VIII.

Relatanse algunos lances del empeño de Doña Francisca, hasta que por el postrero la dexa Carlos.

QVe lo puro fragrante de vna rosa ocasione en la dama antojadiza arrojos cortesanos por cogerla? No ay de que admirarse, porque lo fragrante puro, aunque insensible incita a posseerlo. Que la flor que guardada de las conchas de las espinas cueste sangre al que gusta de destrozarla del trono de su jurisdicion, no admira, porque quien pretende con antojos violentos no cuida de la sangre que le cuesta la sazon que ha deseado para posseer. Que obligue a afanados sudores el desasir el oro de los braços de la tierra, vaya, porque la ambicion siempre trabajó para atesorar. Que el apetito humano se incite del donayre modesto de vna perfecta hermosura! Quiē se maravilla a lo mundano? Pero quien no se assombra reparando en vn racional picado de presuncion, que sin ser rosa vna liviana moçuela se desacredita por comunicarla; sin ser flor se dessangra la honra por cogerla; sin ser oro, afana por posseerla; sin ser honesta hermosura se embriaga, de manera, que la estima por rosa, que la coge por flor, que la busca por oro, que la ronda por dama, siendo assi, que ni es rosa, ni flor, ni oro, ni dama, porque no tiene de rosa mas que el mentido color, no siendo flor, y no tiene de dama mas que el averselo llamado.

Que los estremos de galan vicioso de Carlos, se empleara en la pretension de Doña Beatriz, que la vida fuera poco en su estimacion para sacrificarla a las otras de su gusto vaya; porque lo razonable, aun para Dios tiene alguna disculpa; pero que por vna mugercilla liviana, sin hōra, sin prendas, sin buena opinion, aventure la vida, malvarate su credito, vltrage el pundonor? O es linage de locura, ó vna total desesperacion de

arro

arrojo vicioso; pues sin ser vanidad que le despeñe, se expone a perder lo precioso de la opinion que es la honra.

Muchos fueron los lances en que pudo escarmentar Carlos; pero el vicio le tenia tan ageno de la razon, que aunque las experiencias se atropellavan vnas a otras, por darle a entender su despeño, su apetito vicioso que cegava a su voluntad, no acabava de rendirse a los preceptos del entendimiento, para que conociesse su mal empleo. Entre la chusma de la baraja de dançantes de la escuela de Doña Francisca, auia vno, à quien ella favorecia con mas secreto, que aunque eran muchos los penados, tenia tan buena habilidad Doña Francisca, que siendo tantos los que pellizcavan la rosca, ninguno se encontrò jamàs con otro, con que Carlos (a su parecer) viuia muy seguro de la voluntad de su dama, pero porque no se fuesse alabando, de que era solo el correspondido, le diò su liviandad en el juego de su vicio con los ochos, y nueves en la cara. Diole a entender su dama que gustaria de vn poco de arroz con leche, el qual con gran puntualidad procurò Carlos que se hiziesse en vn Convento de Religiosas, con que con todo asseo se le remitiò con vn criado, à titulo de que iba para el dueño de la casa, por si acaso tropezasse con èl; recibiò Doña Francisca el agassajo, acompañado de vna dezima, despidiò el criado, trasladò la dezima de letra agena, y con la persona que la servia de tercero en la correspondencia de Don Luis, se le remitiò con los versos, haziendo fineza de su infamia, dando por dueño del cũplimiento de su antojo la atẽcion de Don Geronimo, que era el galan con quien trazò el primer galanteo, por cuya causa la retiraron al Aldea. Festejò Don Luis la fineza, con que sin reparar en lo que hazia, dexò sobre vn bufete la porcelana, al tiempo que passava por la calle Carlos con otro amigo; Don Luis se assomò a la ventana, siendo fuerça el saludarlos; y como estava satisfecho del favor de su dama, reven-

bentava de harto, porcuya causa llamò à los dos amigos para que gustassen de aquella saçonada vianda; mirò Carlos la porcelana, que aunque le pareciò que era la misma con que auia regalado à su dama Doña Francisca; no obstãte no se persuadiò à la verdad, porque el empeño del vicio hasta del conocimiento natural priva. Comiò Carlos con su amigo del regalo, pero con algun escrupulo zeloso, que por apurarle le diò tormento de preguntas à Don Luis, à quien fue menester poca tortura para trocar en quartos de publicidad lo q̃ auia recibido en plata del secreto; à la primer pregunta sacò la Dezima escrita de mano de vna hija del dueño de Doña Francisca, con grandes misterios, preñezes, y visages reuelò el secreto, aunque callò la persona, dixo, que vna persona de gran calidad le auia favorecido con la sazon con que otro galã la auia regalado, que leyessen la Dezima, porque era de buen gusto; tomò Carlos el papel, y sin saber lo que se hazia le leyò, que fue harto, segun era su turbacion. Oigamosle aora mientras le lee, mas turbado de la Dezima, que cõfuso de la letra.

Avrà, Señora, quien crea,
que ha salido tu cariño
de las mantillas de niño
si assi la leche desea;
pero aunque gigante sea
tu amor, mi atencion preuiene,
que obedecerte conuiene,
pues aunque te sepa mal,
diràs de regalo tal,
con lindo arroz se nos viene.

Acabò Carlos de leer la Dezima, que festejò con grande risa, porque nadie entendiesse q̃ era èl el autor della, no quiso apro-

apretar à Don Luis para que le dixesse quien era la Dama que le avia regalado con tanta fineza, porque harto claro se conocia que era Doña Francisca; no obstante la rabia de Carlos solemnizò el regalo, y por divertir el tiempo se salieron todos tres àzia los portales de el collado, cada vno con diferente capricho de sentimiento, porque Don Luis reventava de favorecido, el amigo anhelava por saber el sujeto de el empleo, Carlos rabiava de que durasse tanto el dia, pues pensava con la noche vengarse de D. Frācisca; pero como el tiēpo corre llegò la hora en q̄; el cadnco dueño de D. Frācisca saliò a cōversaciō, con q̄ tuvo Carlos lugar de entrar en su casa, dōde hallò à su dama con gran dessahogo, sin temor alguno de su mal proceder; porque es credito muy antiguo de la maldad la dissimulacion en el agravio: Preguntòla Carlos, si la avia sabido bien el cumplimiento de su antojo; pero ella como tan sagaz, respondiò, que no lo avia gustado, porque avia regalado a vna amiga con la saçon de sus atenciones; al punto entendiò Doña Francisca el enfado de su galàn, con q̄ puso todo cuydado en disuadirle de su enojo, para lo qual se valiò del cariño hechicero cō alhago; preguntòle que le molestava, pues tan a secas tratava sus caricias? pero como la voluntad ofendida no sabe dissimular, rompiò la nube de el silencio pretendiendo anegar en desazones à la que le avia ofendido tan vivamente en el gusto, que reconocido de Doña Francisca temiò el desayre de Carlos, q̄ rematava con ausentarse de su vista; assiole de la capa, atravesòse en la puerta, cō que no le dexò salir; forcejava Carlos; pero D. Francisca le dixo, no se avia de ir, sin q̄ primero la oyesse su descargo; y como la volūtad de qualquier razō se paga, se determinò Carlos a oir a la que entre lagrimas, y sollozos le dezia; q̄ era vn mal Cavallero, ingrato a tan arrojada volūtad como la suya, que se lucia poco la noble sangre heredada de sus padres, pues con indiscreta presumpcion infamava a vna muger desgraciada, por pobre, afligida, por amante, desacreditada por amor,

que para que ſe certificaſſe de la verdad a que le obligauan ſus ſentimientos indiſcretos, atendieſſe à ſus tan verdaderas, como rendidas razones, porque Don Luis hablava con vna amiga ſuya, a la qual avia regalado con el agaſſajo que le avia hecho, remitiendola la dezima con lo demàs, para que atendieſſe a la fineza que vſava con ella, pues lo que mi galàn (à quien queria mas que à mi alma) me embiava con eſſo miſmo ſin pellizcarlo la ſervia; eſte es mi delito, claro eſtà que no ay otra coſa, porque ſi Don Luis fuera regalado de mi parte, y no de la amiga, era fuerça que la dezima fueſſe la miſma, ò traſladada de mi letra, con papel de la propria; pero no ſiendo aſsi, bien reconocida eſtà la falſedad de la calumnia; ſi la amiga le quiſo picar a Don Luis con aquella treta; no era bien que teniendo la culpa pagaſſe yo la pena; con eſtas razones enlazò lagrimas, ſollozos, anſias, juramentos, caricias, ſuplicas, cariños con que Carlos, que era el ofendido, rendido al golpe deſimuladas ſatisfaciones, la pidiò perdon de ſu enojo, dando por razon, que zelos tambien fundados, no eran culpables.

Muy alegre quedò la taymada moçuela, viendo el rendimiento de Carlos, con que ya le tenia deslumbrado, mas ſugeto à ſus alhagos, los quales bolviò à repetir para aſſegurar mas la voluntad de ſu galàn, el qual ſolenizò las pazes con nuevos rendimientos, formando queſtion, de que era deſgraciada la muger que perdia el guſto de ſus empeños, por vnos falſos, aunque bien fundados zelos. En eſta converſacion les cogiò el aviſo, de que era ya hora de que ſu propio dueño vinieſſe a ſu caſa, con que ſe apartaron los dos amantes, Carlos à rumiar la dicha de la ſolucion de ſus zelos, Doña Franciſca à dar gracias à ſu buena habilidad, de que la avia ſacado del empeño; de que podemos ſacar que es deſgracia de la bondad el ſer ſiempre engañada. No lo entendiò aſsi Carlos, antes ſe perſuadiò à que era pagado en mo-

nes-

neda corriente de buena voluntad; pero no le durò mucho la satisfacion de su gusto, pues no le conservò el contento cabales veinte y quatro horas. Encontròse al otro dia cõ vn amigo, el qual le aplacò para despues de comer, porque necessitava de su lado para vn negocio de mucha importancia, que le aguardasse en la puẽte junto a san Agustin. Con este cuydado, en acavãdo de comer Carlos, se fue passeando a la puente, donde aguardò à Don Antonio (que este era su nombre) pero antes que llegasse oyò Carlos ruido fuera de la puente, donde se acercò por saber la causa de tanto alboroto, hallò a vn criado de Doña Francisca, que procurava maltratar à vna mugercilla, la qual se deshazia a gritos, llegò Carlos, moderò al criado el qual le contò, como àquella mala muger avia sido tercera de su moça para que le encornudasse, que botava a Christo, que si su merced no llegara, la avia de hazer echar la hiel por la bõca, porque era vna hechicera alcagueta. En este tiempo assomò Don Antonio, que viendole la mala hembra, levantò el bramo, pidiendo vengança del lacayo: quiso saber Don Antonio el sucesso, con que fue fuerça, que Carlos se le contasse; pero antes hizo señas al lacayo para que se retirasse, como lo hizò en el Convento de san Agustin de adonde se escapò. Corrido quedò Don Antonio, sabiendo que el lacayo era su competidor en el gusto, por cuya causa le quiso buscar para romperle la cabeça: detuvole Carlos, previniẽdole que era ido, q̃ con la pesquisa se alborotaria el varrio, con que se varajaria la ocasion que buscava, y a la mala hembra le avia dicho a Don Antonio, como en su casa estavan las mugeres que buscava a las quales avia venido siguiẽdo el lacayo, el qual porque no le auia dexado entrar a donde estavan aquellas señoras, la avia dado de puntillazos, con que auia juntado gente, que diesse la buelta porque se sossegasse el varrio. Aunque corrido Don Antonio, tratò de dar satisfacion a Carlos, a quien dixo: Yo os he traido aqui para que me guardeis las espaldas de

dos hombres, que esta muger me ha dicho que la siguen, que segũ lo que ha passado, juzgo, q̃ el vno deue de ser este lacayo; el otro serà su semejante, de q̃ estoy corrido, y casi determinado a darla de bofetadas. No me parece q̃ teneis razon (respondiò Carlos) porq̃ el gusto es libre; cõ que al lacayo la pudo parecer biẽ aquella muger, y antojarsele a ella a vn lacayo, y aun ciento, en q̃ no tiene culpa, antes se la deue alabar, q̃ teniendo gusto lacail, le descartò por subir a la esfera de señor; quadròle a D. Antonio el cõsejo, con q̃ por hazer tiẽpo dieron la buelta a vna ermita, q̃ se llama san Iuan de Duero, de adonde viẽdo sossegado el varrio, bolvieron a casa de aquella infame muger, donde al tiempo de querer entrar, salieron de rondon dos mugeres tapadas, con tanta resoluciõ de escaparse, q̃ por mas que las inſtò D. Antonio, no fue possible el detenerlas. Biẽ conociò Carlos, q̃ eran D. Francisca con su criada; pero no quiso darse por entendido por no hazer duelo del caso, q̃ con la publicidad no era facil de ajustar; siguiò a D. Antonio, q̃ las iba dando alcance, el qual sin mas tormento q̃ vna pregunta cõfessò ser D. Frãcisca con su criada; sintiòlo Carlos como poco versado en semejantes lides, però desimulò, porq̃ es credito del juyzio el ocultar vna pena. Al subir àzia la plaza se le cayò a D. Frãcisca vna liga, cuya falta no sintiò con la fatiga q̃ iba, quando el cuydado de Carlos le hizo dueño del despojo q̃ dexò el enemigo que huìa; pidiòle D. Antonio la prenda, a q̃ respondio Carlos, q̃ a èl le cabia la liga, quando el paxaro le tocava à D. Antonio. Muy apretada se vio la infiel moçuela, viẽdo q̃ la seguiã los passos, cõ q̃ determinò seguir el camino de la plaça, dõde hallò al Corregidor, al qual le dixo, q̃ la importava la vida cõ la hõra, en q̃ no la siguiessẽn Carlos, y D. Antonio, los quales conociẽdo el empeño en q̃ los ponia D. Francisca cõ el Corregidor, se detuvierõ cõ èl, sin darse por entẽdidos, cõ q̃ el Corregidor no tuvo q̃ mandarles, ni ellos el empeño de no obedecerle. Traspuso la mañosa moçuela la calle, cõ q̃ à pocos passos se hallò en su casa, dõde al pũto reconociò la falta de la liga que se le avia caido,

pre-

preguntòla a la criada, si la avia visto, la qual respondiò, que le pareciò aver visto à Carlos baxarse a coger de el suelo vna cosa verde; con este testigo se diò por condenada en su delito la viciosa mugercilla; pèro como la sagacidad acompaña de ordinario la promptitud de el femineo sexo, no perdiò Doña Francisca el animo, antes con prompta solicitud embiò a la criada por tafetan de el mismo color, con que con vnas puntas que tenia como las otras, dontro de dos horas se hallò con ligas bastantes a ligar a otro menos experto que Carlos; el qual rumiando sus pesares, gastò todo el dia en las converfaciones de amigos, hasta que la noche le retirò a su casa, donde al querer entrar en su quarto se le fueron los pies, con que fue fuerça hazer el reparo con las manos, accidente que se las maltratò. El mal sucesso de aquella tarde tenia a D. Francisca puesta en cuydado de espiar a Carlos, de quien supo al punto la caida, con que valiendose de la ocasion, le embiò vn azafate de dulces, con vn vidrio de agua de olor, quatro barros, y las ligas, con vn papel, en que con maña industriosa le dava a entender recibiesse las ligas para vendarse las manos: no quiso Carlos passar la treta sin dar señas de la falsedad, y assi la bolviò las ligas, respondiendola en el mismo estilo, dandola a entender, que no auia mas liga que su voluntad, la qual solicitava bolviessen a su dueño, para que con perfecta salud las pudiesse gozar en mas amoroso laço.

Este achaque le durò a Carlos algunos dias, en los quales divertia el medroso escrupulo de Doña Francisca con papeles, para que se assegurasse de que no era entendido su mal trato; pero el sentimiento de Carlos velava por coger a Doña Francisca en el laço; lance que no alcançò la presumida maña de la moçuela, la qual, pues, assegurada de su presumpcion se dexò arrastrar de su vicioso trato, sin consideracion de que era conocido su mal termino; con todo dissimulo aguardava

Carlos el lance, juzgando (y bien) que la reclusion que tenia en su casa por causa de su achaque, avia de ocasionar en Doña Francisca seguridad des embuelta para lograr su viciosa torpeza, que la sacò de su casa para la de aquella vil tercera, que vivia mas allà de la puente, de que fue auisado Carlos, el qual reconociendo el empeño, sin mas consideracion se fue derecho a casa de aquella mala mugercilla, tercera del demonio, la qual como viò que Carlos se entrava en su casa sin el beneplacito de su voluntad, le defendia la entrada, diziendole, que no entrasse en su casa, que no la desacreditasse, que harto malas aventuras avia passado por los hijos de vezino del lugar, sin que huviesse vno que la huviesse amparado, que a no ser su dinero huviera padecido su honra en poder de justicia, que se fuesse cō Dios, que no alborotasse el varrio; esto lo dezia a grandes gritos, de que no hizo caso Carlos, con que sin embaraçarle el ahullido de sus vozes, se entrò hasta la puerta de vn mal aposentillo, donde reconociò dos mugeres tapadas, que procuravan retirarse para encubrirse de su pesquisa; pero no les valiò la diligencia, porque el fuego de la ofensa, encendiò la polvora de la colera, que sin atender à respetos, descubriò a à Doña Francisca con su criada, que sin valerlas suplicas, lagrimas, bien fingidas disculpas, las llenò de bofetadas; con que se bolviò Carlos al lugar, dexando a Doña Francisca con la paga merecida a su alevoso trato.

Muy ahogada de pesares quedò la viciosa moçuela viendose cogida en el mal acento, maltratada de palabras, vltrajada de obras, todo incentivos para que su vil pecho propusiesse vengarse de Carlos hasta quitarle la vida; para cuya execucion tratò su mal intento cō vn lacayo de su casa (con quiē tambien se pellizcava) con el qual ajustò que le quitasse la vida a Carlos, fuesse como fuesse, que le daria trecientos escudos, con vn cauallo con que passasse a Aragon; acetò el picaro el concierto, con que tra-

tratò de espiar a Carlos para quitarle la vida con toda seguridad; algunos dias se passarō, hasta que vna noche viniendo Carlos de rezar a la Virgē del Espino, trahia vn libro en las manos, que por desembaraçarse para tomar el rosario, le atò de las correas en la petrina; baxava Carlos azia la puente por vn mal camino pedregoso, venia rezando, quando reparò, que le seguia vn hombre a passo largo, que al emparejar con èl le tirò vna estocada milagrosa, à que hizo venturoso reparo el libro que llevava asido de la petrina; desembolviose Carlos; y a pocos lances hiriò a su contrario con tan biē afortunada execucion, que cayò rendido a sus pies pidiendo confessiō. Como era el lugar tan apartado de el bullicio de la gente, tuvo tiempo Carlos para hazerle rendir la espada, y reconocer al que le quiso quitar la vida, que milagrosamente Dios le auia guardado, conociò que era el lacayo de Doña Francisca, al qual procurò alentar, para que ayudado de sus alientos se fuesse à curar del alma, y cuerpo; esforçose el pobre herido, con que con el arrimo de Carlos pudo llegar a casa de vn Cirujano, en el camino, sin mas tormento que su afliccion, le declarò el lacayo; como su ama Doña Francisca avia sido la causa de su loco atrevimiento, que no contenta con sus vicios, vengativa, y sangrienta, le auia obligado con regalos, con cariños, con dinero, a que le quitasse la vida; para cuya execucion, avia muchos dias que le andava espiando, hasta que hallò aquella ocasion, de la qual, por justo castigo de Dios, salia tan mal herido, que segun se sentia, juzgava era llegado el fin de su vida, por cuya causa hazia aquella declaracion, la qual haria ante vn Escrivano, si Dios le dava vida. No permitiò Carlos que passasse adelante con su determinacion el pobre herido, à quien pidiò ocultasse el delito; porque de su publicidad no se seguia mas que infamar à vna muger que estava en buena opinion; tambien lo supo disponer Carlos, tantas razones le diò, que le obligò al herido à darle palabra de callar.

En esto llegaron a casa de vn Barbero donde le tomaron la sangre; de alli le llevaron à casa de su amo, el qual le preguntò, que quien le avia herido? a que respondiò, que tres hombres le avian acometido entre las cercas que baxan de la Virgen del Espino al rio, que procurò retirarse; pero que no pudo, que le dieron aquellas heridas al tiempo que llegò Carlos, a quien devia la vida, porque con su socorro se retiraron sus enemigos; con esto satisfizo à su amo; pero no lo quedò Doña Francisca, porque como era delinquente, qualquiera sombra la amenaçava sangrienta; y asi, apenas saliò su amo de casa, quando baxò al aposento del lacayo, el qual con voz funesta, y dolorida le contò todo el sucesso, añadiendo el afearle su tan ingrata, como infame pretension, contra vn Cavallero tan honrado, que pudiendo quitarle la vida con tanta razon, no lo hizo, que pudiendo vengarse de su infame proceder, la perdonò generoso, obligandole a que no hablasse palabra, acciones todas que obligavan a que como Christiana entendida le pesasse de su malvado intento, procurando servir a tan noble Cavallero. Aqui rematò el pobre doliente su platica, con la qual quedò Doña Francisca como fuera de si, viendo quan ayroso avia salido Carlos de aquel lance, en el qual hallandola tan culpada, la perdonò su nobleza generosa; embaraçada se vio la astuta moçuela, considerando la publicidad de su infamia, perdonada tan noblemente; y como el femineo discurso trabaxa con presteza en encubrir sus faltas, procurò Doña Francisca dorar las suyas con este breve papel.

Negaros, Carlos, mi delito, fuera mayor agrauio; confessarlo, es vergonçoso espectaculo, que quien se viò querida confiesse que ingratamente es culpada, suplicoos, que me sirua la confusion del castigo, para que por lo menos me juzgue vuestra, aunque vos no seais mio, con que me seruirà de gustosa pena, conocer por dueño à quien venero obligada, y rendida.

Re-

Recibiò Carlos el papel, en el qual conociò la malicia de su dueño, con que se determinò a respõder, porq̃ no entendiesse que auia obrado en el la treta del rendimiento (gran torcedor para vn noble) y porque entendiesse la menospreciava escriviò esta dezima de chança en desquite de su mal trato.

Con el passado sucesso
he llegado à discurrir,
que el amor ha de morir,
aunque duro como vn huesso:
muriò el mio de vn excesso,
de que ay mucho que admirar,
que assi viniesse à acabar,
quien con pildoras curado
purgado de resfriado
no muriiesse de purgar.

En el alma sintiò Doña Francisca el desaire, tanto por la perdida de Carlos, como por los temores que la quedavan de que se quisiesse vengar su ofendido amante; consolavase con que era noble, pero como conocia su ingratitud culpada no se assegurava, pero como la voluntad viciosa faltandole el vicio, todo lo convierte en odio, aunque experimente la nobleza del perdon, se revistiò en vengativo encono, quando el Cielo dispuso que se ausentasse Carlos, quizàs porque la auia perdonado su infame proceder, ò porque con nuevas experiencias, aunque rigurosas medicinas sanasse de la peligrosa enfermedad del vicio del amor.

(?§?)

C A-

CAPITVLO VIII.

Sale Carlos de Soria; llega à Agreda, de adonde dà buelta à Vizcaya, y Nauarra, dase cuenta de los lances de su jornada.

DE la salada espuma del Occeano, se levanta aquella montuosa linea, madre de tantas eminencias, y collados, à quien vulgarmente llaman Pirineo: Este tal corcovo de la tierra, prolongado piramide de España, es arbitro juez entre dos juridiciones, dividiendo con toscas peñas, y peñasco sa linea las Lisses flores de Frãcia, de los Leones, y Castillos de España. Bruto parto, ò rama adusta deste promontorio, es aquel eminente collado, de que tantas memorias suyas ocupan las antiguas tablas de los siglos *Moncayo*, que yà por la fertilidad de sus valles, yà por la dulçura de sus aguas, yà por la fragrancia de sus flores, yà por la amenidad de sus cerros, yà por la fecundidad de sus pastos, ò yà por la celebre morada que en èl tuvo aquel astuto ladron Caco, tan celebrado por sus hurtos, de quien acaso pudo hurtar el nombre, ò quizas por las sangrientas, y ruidosas batallas, que en el teatro de sus faldas diò la valiente ossadia de la gentilidad briosa, se eterniza en la memoria de los siglos; pero no contenta su fortuna con tantos aplausos de vitoriosas edades, le labrò la dicha a lo moderno de la ley de gracia, corona ilustre de gloria mas que humana, pues en lo alto de su erguida frente se edificò vn Templo a la Aurora de la gracia Maria, que por singular honor, y lauro se apellida nuestra Señora de Moncayo, donde permanece atalaya de sus dichas, laurel de sus glorias, corona de sus mayores felicidades.

A las vertientes de las frescas aguas desta elevada eminencia de Moncayo, està situada vna Villa, antiguo Solar de la Romana nobleza, moderno asiento de la calidad Española, pues dentro de la capacidad de sus muros alverga antiguos Solares de muy

muy ilustres cavalleros, como el mundo lo publica, siendo notorio por las hazañas de sus nobles hijos a las mas remotas naciones, esta es *Agreda*, cuya devocion, cō catolica fè de sus vezinos se venera en la celebridad de la fiesta de Corpus, con magnificas expensas, alargando a mas dias la festividad, por renovar la memoria del milagro de la Virgen de Yanguas, que siglos hà obrò, haziendose inmovil contra la humana fuerça, para que se reconociesse el protervo coraçon de vn sequaz Mahometano, que en odio de nuestra santa Fè menospreciava la fiesta; quebrantandola contumaz. A esta catolica pompa de la Fè, donde con triunfos humanos se celebrava los del Cielo; fue convocado el afecto Christiano de los circunvezinos lugares; y entre los demas Cavalleros le cupo a Carlos con sus amigos dexar a Soria, ò movido de la celebridad festiva, ò por apartarse de Doña Francisca, la qual picada de los desayres de Carlos, buscava con sangrienro anhelo la vengança del descarte. Fueron todos hospedados en la casa de vn Cavallero, que los regalò con toda ostentacion: celebraronse las fiestas con comedias que representò Sanchez el divino, con su compañia. Huvo toros, en los quales se ofreciò vn empeño, con vn Cavallero forastero, que al tiempo que le maltratava vna fiera, llegò Carlos tan dichoso, que de vna herida le hizo al bruto rendir la vida a los filos de su espada; fue muy celebrada la accion del brio de Carlos, por ser el forastero Cavallero amigo, y Carlos dueño de la buena suerte, con la qual obligò al forastero, à que le pagasse en gracias de agradecido atenciones de valiente, aquella misma noche le buscò para darle las gracras del socorro, por cuyo beneficio le ofrecio su persona con su espada; quedaron por esta causa grandes camaradas, y amigos, tanto que no se hallava Don Alonso (que este era su nombre) sin Carlos, y como viuian tan enlazados en la nueva amistad se comunicaron sus sentimienros, diole cuenta Carlos de su tragedia, con que obli-

obligò a Don Alonſo a que le hizieſſe relacion de los empeños del naufragio de ſu amor, que ſin buſcar mas rodeos, dixo aſsi el anguſtiado Cavallero.

Mi patria es Zaragoça, mis padres nobles, y ricos, con que digo harto para creer que me criaron con toda pulicia, y regalo; he tenido vna hermana, en cuya compañia me crie, juntamente con vna prima nueſtra, que corrimos parejas en amor, con voluntad de hermanos; crecimos todos en pueriles cariños, haſta que en la edad juvenil me enlazò el amor con las prendas de mi prima: reconocieron mis padres la conveniencia que tenia en el lazo del matrimonio con mi prima, que ſabida ſu voluntad, trataron de embiar por la diſpenſacion para vnirnos en el ſuave jugo del matrimonio. En eſte parage eſtava mi fortuna aſſegurada de la cariñoſa correſpondencia de mi prima, quando el Demonio, que cuida ſiempre de embarazar la paz ſanta, incitò a vn Cavallero del lugar al galanteo de mi eſperada eſpoſa, para cuyo efecto hizo grandes diligencias, haſta pedirla a mis padres, que como entendian ſu voluntad le reſpondieron que eſtava para mi la prenda, con que no auia lugar ſu pretenſion. No perdiò el animo Don Ioſeph con la reſpueſta, antes picado de la eſpuela del impoſsible, ſe determinò a mayores ſolicitudes; el medio de la maña le pareciò mas eficaz, ya que el de la ſuerte le deſpintava ſu pretenſion: rondò la calle, cechò criados, inventò ardides, haſta dar con vno, con que puſo en contingencia mi honra, mi vida, y mi guſto; ganò a vna criada confidente de mi prima, con tan irreparable lazo, que ſolo Dios pudo remediar ſu tratazo. Pidiò Don Ioſeph a la infiel ſirviente vn papel de la letra, con firma de mi prima, que fue facil el conſeguirlo, porque era ordinario eſcrivir a vna tia nueſtra, que eſtava en vn Convento, con que haziendo perdidizo vn papel, fue fuerça eſcrivir otro: aſsi ſe hizo, recibiò Don Ioſeph la prenda, ſin voluntad de ſu dueño, con cuyo mate-

rial

rial tratò de falsear la firma con la letra, para que con fementido instrumento la executasse por esposa. El dinero todo lo vence, los ingenios traviesós de los hombres todo lo allanan, con que se executò el intento, con tanta propriedad que nadie que la viesse, y conociesse la letra de mi prima dudara de que era suya letra, y firma. Apenas se viò Don Ioseph dueño del engañoso papel, quando tratò de hazer gran ruido con su galanteo, siendo su intento embarazar de manera mi casamiento, que de necessidad hõrada le diessen a mi prima por esposa. Como las publicidades de Don Ioseph fueron tan ruidosas, fue fuerça que mis padres le bolviessen a desengañar, de que porfiava en valde, sin permitirme a q̃ me diesse por entendido, por no embarazar con el duelo, lo que la prudencia obediente ajustava; pero quãdo juzgaron mis padres que con el desengaño se apartasse del intento Don Ioseph, le hallaron tan empeñado en proseguir su pretension, como le assegurava el instrumento del ardidoso papel de mi prima; confusos quedaron mis padres con la cedula que les mostrò Don Ioseph, con que fue fuerça ceder del derecho de mi desposorio, assegurandole que nunca fue su intento forçar la voluntad de su sobrina, porque siempre auian juzgado era gusto suyo, particular el matrimonio de su primo, pero que a vista de la experiencia de aquella cedula se desengañavã de su imaginada presuncion, assi le suplicavan que aguardasse a que bolviessen de fuera mi prima con mi hermana, que estavan en casa de vna tia suya, con que supuesto que era gusto suyo se efetuaria luego. Esta cession fue al anochecer, en sazon que vino a assistir a mi padre vn señor Regente del Cõsejo, à quien le dixo mi padre, sea v.m. muy bien venido, que le estimo este favor, con toda exageracion, para que v.m. sea testigo de que no es mi intento violentar la libertad de mi sobrina; contole mi padre el caso, aprobò el Regente la determinacion: No quisiera

Don Ioſeph que ſe tomaſſe en ſu preſencia tan de veras la averiguacion de ſu falſedad, y aſsi quiſo irſe, pero no ſe lo permitieron mi padre, ni el ſeñor Regente, con que le fue fuerça a guardar a que vinieſſe mi prima, que a breve rato llegò de la viſita, y antes que ſe quitaſſe el manto, la hablò mi padre, querellandoſe de ſu engañada imaginacion, pues juzgava que por ſu reſpeto la queria violentar ſu voluntad, y aſsi para que todos entendieſſen que ſu intento no era mas que darla guſto, la ſacava delante del ſeñor Regente, para que pues ſu voluntad era la que explicava aquel papel, reconociendolo ſe executaſſe ſu guſto. Oyò mi prima a mi padre, viò la cedula que le moſtrò con gran cautela el Regente, à que con gran valor, prudencia, y diſsimulo, reſpõdiò, que era verdad ſer aquella ſu letra, pero que no la auia formado ella, porque ſiendo en la voluntad eſpoſa de ſu primo Don Alonſo, ni cabia en ſu amor, ni en ſu honor, el obrar con tan vil termino, pero que dexado aquello aparte, queria ſaber quien era el que hazia preſentacion de la cedula, para darle a entender quan engañado pretendia con tan infiel inſtrumento: viendo el Regente la confiança con que mi prima hablava, aſiò del braço a Don Ioſeph, diziendo: veis aqui, ſeñora, à quien vos negais por eſpoſo, ſiendo aſsi que preſenta por teſtigo eſta cedula: no lo auia acabado de pronunciar el Regente, quando mi prima aſsiendo la muleta de mi padre, dixo, miente Don Ioſeph como infame Cavallero, y para que otra vez no ſe atreva a mugeres como yo, le ſeñalo por atrevido, y diole con la muleta, procurando retirarſe, à tiempo que Don Ioſeph ſolicitava el alcance, que no conſiguiò, por cauſa del Regente, y de mi padre, que aunque impedido, baſtò para embarazar à Don Ioſeph, que viendoſe cargado del duelo ſe procurò deſahogar con mi padre, à quien ſeñalò en la cara con la mano, con que ſe saliò a ſu parecer muy ayroſo, pero cuydò de apercebirſe, ſacando la eſpa

pada para la defensa, de que necessitava, viendose acometido de dos criados que tratavan de vengar la ofensa de su amo; à este tiempo lleguè yo, que sin saber el empeño detuve los azeros de los criados, con que di lugar a Don Ioseph para que se retirase. Avisaronme como mi padre era el ofendido, con que seguì a mi enemigo, à quien di alcance, obligandole a que tratasse de su defensa, porque le acometia mi corage, deseando lavar con su sangre la mancha, con que avia afeado la cara de mi hõra; procurò defenderse con valor, pero no pudo prevalecer contra mi justicia, dile vna estocada, obligandole a caer en tierra, pidiendo confessiõ, que reconocido de mi piedad Christiana, le llevè a vn Convento, donde recibiò los Sacramentos, declarando ante vn Escrivano todo lo referido: hizome llamar para pedirme perdon, de que resultò en mi coraçon harta congoja, porque vno es la Ley de Dios, que nos manda no mataràs; y otro es la ley del mundo, que se ha introduzido en los pechos de los hombres que no miran a Dios; alfin Don Ioseph acabò su vida a manos de mi dichoso azero, yo me ausentè de Zaragoça, por dexar que desfogasse el rigor de la justicia, con el enojo de los parientes de Don Ioseph què Dios aya; heme venido a Castilla, donde procurarè passar mientras durare esta borrasca, la qual con vuestra amistad me asegurò pararà en bonança, con q̃ me doy por bien afortunado en mis desgracias; correspondiole Carlos a su cortès exageracion, pagandole en rendimientos, lo que le ofrecia en vrbanidades cortesanas.

Algunos dias fueron los que assistieron en aquella Villa, entretenidos con la alegre vrbanidad de sus nobles vezinos, que a todas horas procuravan festejar a los forasteros, hasta que fue avisado Don Alonso, como se dezia que los parientes de Don Ioseph tratavan de salir a vegar su duelo ocasionado de la muerte de Don Ioseph, que aun què bien merecida las leyes del Demonio no se fundavan en razon.

Con

Con esta noticia le pareciò a Don Alonso que era prudente diligencia el ausentarse, por no aumentar nuevo encono a la desgracia passada, con que imposibilitava la razon del matrimonio de su prima, que tanto èl deseava. Consultò su determinacion con Carlos, que la aprobò, ofreciendose a acompañarle en su peregrinacion, yà que no tenia ocasion de embarazo, de que le diò las gracias Don Alonso, aceptando la palabra, con que trataron de prevenirse para el viage, que como no era mas que auer, y ser vistos, facil fue la prevencion; llevaron consigo a Andres, con otro criado de Don Alonso, con que a vltimos de Iunio salieron de Agreda para Logroño, donde se apearon sin averles sucedido azar en el camino, pero apenas auian llegado a la posada, quando llegò la justicia, que sin alguna averiguacion, echò mano de Andrès, à quien con gran ruido del Pueblo le llevaron a la carcel, aprovechandole poco su desahogo, pues iba diziendo a vozes, miren, señores, que yerran el golpe, porque juro a Dios que ha mas de diez años que no hago porque me prendan con este ruido, juro a Dios que espantan la caza, yo soy Andrès, Roy Montañès honrado, criado de mi amo Carlos, vamos a ver mundo, y a que vean estas personazas de importancia, y nada desto es delito, para que me lleven tan de tiopel; pero aunque mas dixo no le aprovechò para que le dexassen de embocar en la carcel, donde le acomodaron en vn calabozo, con dos pares de grillos puesto a buen recado. Muy cuidadosos quedaron Carlos, y Don Alonso con la prision de Andrès, para cuya soltura le fueron a casa del Corregidor, para informarle de como era su criado, que auia diez años que servia en su casa, y dos que andava a su lado sin apartarse, de todo esto le informaron al Corregidor, suplicandole le diesse noticia de la causa de su prision, porque segun entendia era engaño, juzgando ser otro; sonriose el Corregidor oyendo el informe que le hizo Carlos, à quien respondiò, que el estava bien infor-

ma

mado de que el delinquẽte era su criado, porq̃ desde Soria le venia siguiẽdo persona que le conocia cõ vna requisitoria para prenderle donde hallasse mejor disposicion; en Agreda no pudo, porq̃ vuessas mercedes eran alli poderosos, con que sabiendo que venian a esta Ciudad, se adelantò para hazer la diligencia que està hecha. El negocio no es de cuydado, con que vuessa merced puede estar sin èl; la honra de vna doncella que servia á vn Cavallero anciano de la Ciudad de Soria, con casarse con ella, acabamos con el pleyto, con que paga lo que debe, y vuessas mercedes saldràn deste embarazo. Con esta noticia q̃ les diò el Corregidor, suspẽdieron las diligencias hasta hablar cõ Andres, para cuyo efecto le suplicarõ al Corregidor les diesse licencia para informarse del preso, q̃ segun su dicho vẽdrian a la tarde a ver el expediẽte q̃ se podia tomar en aquel embarazo. El Corregidor mãdò a vn Alguazil q̃ los acompañasse hasta la carcel, cõ orden al Alcayde, para q̃ comunicassen al preso aquellos Cavalleros; despidieronse del Corregidor, fueron a la carcel, donde hallaron a Andrès cantando xacaras, muy sin enfado alguno, aunque enjaulado en vn calabozo, hizieronle subir arriba; preguntaronle si debia la honra a alguna muger, respondiò, que en su vida se auia metido en puntos de honra. Hizieronle otra pregunta: si en Soria auia tenido comunicacion ilicita con alguna moçuela? Respondiò, que èl no tratava de acreditarse de Santo, que al presente entendia no estava en disposicion de confessarse para hazer memoria de sus pecados, porq̃ era largo de contar, siẽdo tantos los de gorronas, q̃ no le hallava guarismo. Pues amigo (le dixo Carlos) la la causa de tu prisiõ es la deuda de la hõra de vna dõzella, miralo biẽ, si la debes, pagala, dãdole la mano de marido, cõ q̃ cũpliràs cõ Dios, y cõ tu cõciẽcia; pero si no lo debes, ten paciẽcia, q̃ aqui estamos para defenderte. Quedò Andrès atolõdrado, oyẽdo à su amo el delito que le acomulavã; pero buelto en si, se puso de rodillas

en vn escalon del calabozo, con las manos puestas, con voz lamentable les suplicò le amparassen, para que no lastasse lo que èl no auia comido, ni bebido, que era maldad insolente de alguna gorrona Soriana, que perdida por sus pedazos, ò rabiosa de que se auia ausentado, inventava aquella infamia: porque si aquello se podia conocer por algun modo, èl se sujetava a que hiziessen en èl cata, y cala, con que a fuerça de experiencias visibles, ò tratables, podria satisfacer a la justicia, probando como nunca auia tomado la mano a cosa que fuesse doncella, porque su passo auia sido siempre llano, sin tropiezo, porque las escogia Gallegas, que traian el testimonio de que no eran doncellas, desde el padron de Ferro; fueron tantas las locuras que ensartò, que le dexaron; de buelta vntaron las manos al Alcayde, con que le sacò del calabozo, aliviandole de grillos. Con esta confession de Andrès, procuráron ver la requisitoria, en la qual vieron que la que pedia su doncellez, era la criada de Doña Francisca, que en Soria diò tan mal pago a Carlos. Avisaronselo a Andrès, el qual declarò como èl no era comprehendido en aquel caso, sino vn lacayo de casa de Doña Francisca, que se llamava Andrès Ruiz, el qual sabia èl muy bien era amartelado del ama, y de la criada, la vna por su dinero, la otra por su gracia. Visto por Carlos, y Don Alonso la declaracion de Andrès, lo advirtieron al Corregidor, el qual respondiò, que no era juez de aquella causa, que en Soria se auia de litigar, con que se determinaron a hazer vn proprio con la declaracion autentica de Andrès, sin tomar en la boca a Doña Francisca, que fue cuydado de la atencion noble de Carlos, el qual con cartas para los amigos lo remitiò con el proprio a Soria, donde los apassionados de Carlos hizieron la diligencia, de que resultò hallar ser verdad la declaracion de Andrès: no obstante la bellaca de la moçuela, viendo que se le auia escapado el lacayo, quiso retener al q̃ tenia asido, pe-

pero entrò su amo de por medio, con algunos de a ocho, con que declarò no ser Andrès Roy el deudor de su hõra, sino Andrès Ruiz, con lo qual se diò despacho para Logroño, para que saliesse libre de la carcel Andrès Roy, el qual al cabo de quinze dias de prision, salio a acompañar en la jornada a su amo, à quien pidiò con gran fuerça le hiziesse merced de hazerle vna Iacara, en que publicasse al mundo su desgracia, que èl prometia no cantar otra en su vida, en memoria de su prision, y soltura. No quiso Carlos que dexasse Andrès de tener en cõplas tan lastimoso caso, con que aquella noche en breve rato le compuso la Iacara siguiente.

Andresillo el Montañès
en la carcel de Logroño,
aherrojado està dos vezes
por sus yerros, ò por otros.
Siète el chulo con mil ansias
que por descoser el forro
le hagan pagar las hechuras
del sayo que rompiò otro.
Querellase de Zamora,
de que calumnie aquel Dolfo,
que no saliò por la puerta,
sino por postigo roto.
Con Alfonso estaua mal
aquel Rey tan manirroto,
que assintiò ser horadado
del capricho de vn Rey Moro.
Quexese de la justicia,
que hurtando la miel el osso,
le quiera à èl castigar,
por retoçar con el corcho.
La doncellez de vna puente
alaba por varios modos,
que aunq̃ mas Tarquino el rio
sin romper quedan sus ojos.
Si de aquesta salgo libre
(dize el Montañès quexoso)
aunque me brinde vna flor,
darà la respuesta vn tronco.
Pienso huir de los jardines,
de los prados, de los sotos,
porque à mi no me acumulen
de sus flores los destroços.

Gran gusto le diò à Andrès la Iacara que compuso Carlos; tanto fue, que ni de dia, ni de noche los dexava sossegar, porque como era Iacara, con la libertad fuera de las molestias de la carcel, à todas horas renovava la memoria de el gozo de la soltura.

CAPITVLO X.

Prosiguen los sucessos de la jornada de Carlos.

COmo se acabò el pleyto de Andrès, trataron los dos amigos de hazer su viage ya que en Logroño no auia q̃ hazer, pues en los dias que auian estado en aquella Ciudad la auian passeado harto, con que se entretuvieron en ver, y ser vistos, ordinario trabajo de la ociosidad con pocos años de edad. Llegò al fin la hora en que montar para hazer jornada, en la qual tomò Dõ Alonso à Andres por su cuenta, dandole vaya por el sucesso de su prision: defendiase Andrès con su inocencia; pero no le valia, con que para rebatir los golpes de la mofa, procurava abroquelarse con dezirle à Don Alõso, que no tirasse piedras al texado del vezino, quien tenia el sayo de vidro, pues antes de casarle estuvo ya bolteado de los cuernos de vn toro, que à no ser su amo tan de los del duelo, acabara la bizarria Aragonesa de mal de cornada, que se fuesse poco à poco, que aunque tenia harta correa, era mucho apretar, no obstante D. Alonso le apretava, con que vnas vezes se enfadava Andrès, otras respondia, con que se passò con alegria el camino, hasta llegar à la Ciudad de Victoria, cabeça de la Provincia de Alaba, donde apenas se apearon, quando entrò la justicia à reconocer que gente era la que auia llegado, que certificandose ser de Castilla, y la derrota que llevava, se bolviò, ofreciendose con toda cortesia a disponer, que si necessitavan de algo, se dispondria con todo cuidado, que porque no tuviessen por desatencion la pesquisa, les dieron satisfacion, diziendo, que era ley inviolable de aquella Ciudad, tan cercana à la raya de Francia, el reconocer los passageros, lo qual en los pocos dias que alli estuviessen reconocerian la ley de aquella bien concertada Republica. Estimaron Don

Alon-

Alonso, y Carlos el agassajo cortesano, con que los fueron acompañando hasta la plaça, donde se quedaron aquellos ministros de justicia, que dieron lugar a nuestros passageros, para entrarse en vna cercana Iglesia, para ir a oir Missa, assi se hizo, donde al entrar a tomar agua bendita le saliò al encuentro vn Religioso, que los saludò con toda vrbanidad, preguntandoles si acaso era alguno dellos vn Cavallero que se llamava Carlos, con quien necessitava de hablar, respondiò Carlos, yo soy la persona a quiē vuessa Paternidad busca, aqui me tiene para mandarme con seguridad, de que le obedecerè, à que el Religioso dixo: pues siendo assi, con licencia de esse Cavallero nos podemos apartar àzia aquella Capilla que està sola. Apartaronse los dos, y como el Religioso se viò a solas con Carlos, le dixo: vuessa merced, señor Carlos, necessita para la seguridad de su vida de salirse al punto del lugar, porque a noche me avisaron de como rres hombres venian en el alcance de vuessa merced, pagados de vna persona para quitarle la vida, porque la auia ofendido: vno dellos, que es el que me diò el aviso, dize, que le estava obligado a vuessa merced, que solo por ver si le podia valer a vuessa merced admitiò la compañia de los dos, vuessa merced logre el aviso, salgase del lugar, apartesé de la ocasion, que estimarè evitarle este peligro, ya que no puedo acompañarle para la defensa; agredeciò Carlos el aviso, con que se despidiò con toda veneracion del Religioso. Oyeron todos Missa, con que hasta que salieron a la calle no se atreviò Don Alonso a preguntar que negocio de tanta importancia era el que le auia comunicado aquel Religioso, respondiole Carlos, que era vn aviso de que tres hombres le buscavan para quitarle la vida, que aquel Religioso le acomsejava se ausentase, pues no conocia al enemigo, que aunque era cierto que le buscavan, no sabia quien era, con que tenia por mejor consejo apartarse del empe-

ño, que le auia prometido de hazerlo asi, porque no conociendo quien le busca. va, en qualquiera parte tenia el mismo peligro, que asi se determinava estar en Victoria aquel dia, y otros si fuessen necessarios, procurando conocer los que le buscavan con tan mala intencion, que andando con aviso seria possible tener alguna luz de sus enemigos: oyò Don Alonso la determinacion de Carlos, y como menos apassionado, le respondiò, que no le parecia bien su dictamen, porque no conociendo a quien le seguia los passos, ni era cordura, ni valentia aguardar en vn lugar grande a vn enemigo, dissimulado, que en vn lugar pequeño se sabia en vn instante los forasteros que auia, los quales conocidos se podia obrar con acertado consejo, sin perder punto al pundonor, que su parecer era que al punto saliessen de Victoria, pero, pues el Sol era tan grande, que aquel dia se estuviessen en Victoria, que echassen voz de que avian de estar alli algunos dias, que al amanecer saliessen con toda comodidad a parar al lugar mas cercano, donde podian aguardar dos dias, por ver quien eran sus enemigos; rehusò Calos la execucion del consejo, pareciendole a su inconsiderado brio que era fuga, lo que era prudencia varonil, pero Don Alonso apretò a Carlos de manera, que le obligò a rendirse a su dictamen. Aquella tarde salieron al lugar con toda prevencion, al otro dia salieron de Victoria, pero al tiempo de atravesar vna calle para salir del lugar, columbrò Andres a vn hombre, que se le procurò retirar, pero no fue tan a tiempo que dexasse Andrès de no conocerle, pero como iba de prisa, no se lo dixo a su amo, no obstante en saliendo a campaña, que viò que se començava conversacion, dixo, pardiez, señores, que la prisa que traemos huyendo de quien no conocemos, ha librado a

aquel

aquel picaron de mi nombre, por quien me tuvieron en Logroño en la carcel, de que yo le envanastasse en vn calabozo en Victoria; viue el señor de Pinto que a no venir con el Iudio en el cuerpo, que èl me la pagara. Detuvo Carlos la mula, advirtiendo lo que Andrès dezia, conociendo era el lacayo de Doña Francisca el que con otros dos le seguian los passos, porque el aviso fue que era vengança de vna muger, siendo el que dava el aviso el obligado, con que sacava por consequencia que Doña Francisca era la vil rabiosa vengativa, que tomava por instrumento al lacayo, à quien pudiendo en Soria quitarle la vida, le dexò de lastima, todo este discursivo bien fundado le obligò a Carlos a tratar de bolver a Victoria, pues (a su parecer) conocia quienes eran sus enemigos, à que se opuso Don Alonso, diziendo, estos hombres nos siguen, pues mejor serà aguardarlos en campaña, que buscarlos en donde no sabemos la casa donde viven ni sus nombres, solo la conjetura nos dà essas noticias, sigamos nuestro viage, donde en el primer lugar los aguardaremos, hasta pue caigan en la red; esta determinacion se tomò a pesar de Carlos, prosiguiendo su camino hasta el primer lugar, donde se detuvieron ocho dias, sin que en ellos tuviesse noticia, ni sospecha de que passasse persona, de que se pudiesse imaginar tal intento, con que Don Alonso obligò a Carlos a que siguiessen su viage, ya que no auia de quien poderse recelar; harto contra su dictamen condescendiò Carlos con Don Alonso, por parecerle que era cobardia, pero alfin huvo de seguir el consejo de su amigo, que estava menos apassionado. Anduvieron sus jornadas hasta llegar a la Villa de Durango, que fue a las tres de la mañana, donde Don Alonso (que siempre se iba burlando con Andres) le dixo: oyes Andrès, en este lugar no ay ninguno que

aya nacido Christiano, porque dizen que solo los Montañeses tienen esse privilegio, porque nacen desde el vientre de sus madres, bautizados con vino aguado: Andrès que la mucha conversacion con Don Alonso le auia hecho facilitar, le respondiò, en mi tierra, señor, nadie bebiò jamàs agua, son muy Christianos viejos, bautizanlos con agua, como lo manda la Santa Madre Iglesia Catolica, esso se debe de vsar en Aragon, porque en la Montaña no ay Iudios; à este tiempo se llegò a el Don Alonso, y le dio vn pescozon, diziendo, tente hermano Andrès, que mientes; que si fueras bautizado con agua, y no en vino aguado como los de tu tierra, tu, y ellos tuvieras cogote, como toda la gente honrada tiene; con esto dio de espuelas Don Alonso a la mula, procurando apartarse de Andres que le seguia por enmedio del lugar, diziendo a grandes vozes, aguardad, hermano Alonso, que yo os pagarè la caridad, hermano Alonnso, aguardad, que yo os pagarè la caridad, esto era a gritos en medio del lugar, donde yà los vezinos estavan trabajando en las Oficinas de Bulcano, y como oyeron las vozes de Andrès, se assomaron a las puertas, donde percibieron lo que iba diziendo alto, y de buen son: Andrès, que sin reparar en que podia ser inociencia lo que su sentimiento juzgava pesadumbre, se encendieron en colera, que en medio Basquence con algo mal Castellano rompieron en afrentosas palabras, quando para las obras les ministrò el furor las armas de su oficio, arrojandole los martillos, las tenazas embueltos con tantas cantidades de piedras, que pensaron todos perder las vidas en la furia de los vezinos de Durango; las mulas las sacaron del peligro, que a todo correr no pararon hasta salir al campo, donde reconociendo que auia cessado la furia del pedrisco, se preguntavan vnos a otros la causa de aquel

su-

sucesso, ningun lo supo entender, solo sabian que salieron de el combate muy bien descalabrados de la borrascosa furia de los de Durango; cada vno se procurò atar las heridas, sin de ar el passo que llevavan, por llegar donde curassen sus ages; con harto trabajo llegaron à vna caseria, dos leguas de Durango, donde hallaron a vn Cavallero anciano del Abito de Santiago, el qual como los viò descalabrados, y aporreados, los hizo apear, mandando à sus criados cuydassen de las mulas, mientras se aderezava el almuerço; hizo baxar vino con que se labaron los chichones, reconocieronse los rasguños, con que cada vno supo lo que avia sacado de la refriega, que visto por el Cavallero, les preguntò la causa de aquel mal trato; la respuesta fue, contarle todo el sucesso, que escuchado de el Cavallero, les dixo: Dèn vuessas mercedes, gracias à Dios, que los librò las vidas de esse tumulto, que ni yo estava seguro aqui, porque los amparo à vuessas mercedes. Sepan vuessas mercedes, que el averles nombrado al hermano Alonso, y su caridad, es su mayor enfado que se les puede dezir à los de Durango, porque ha algunos años que vino aqui vn mal hombre en hahabito de hermitaño, que se llamava hermano Alonso, el qual engañò a vnas pobres mugeres, reduciendolas a vn lascivo vicio con maliciosa maña; quando las iba a ver a sus casas, era con achaque de pedir caridad para el hermano Alonso; supolo el Santo Tribunal, hechò mano de algunas personas, las quales castigò, con que si en nombrando en esto lugar hermano Alonso, ò caridad, le sucederà vn enfado; vuessas mercedes obraron sin malicia, con que Dios los librò de peligro tan manifiesto, que fue gran merced de su divina misericordia. Querian Carlos, y Don Alonso passar à Bilbao, pero no lo permitiò el Cavallero, antes los hizo acostar para que descansassen de la mala noche, y mientras sossegaron embiò

biò por vn Cirujano que los sangrò, y curò, con que en quatro dias estuvieron buenos para irse à Bilbao, acompañandolos su bienhechor, a quien rindieron las gracias del hospedage, quedando reconocidos al beneficio recibido. En Bilbao con los deliciosos regalos del lugar, olvidaron el mal trato de Durãgo, solo cuydaron de ver, y ser vistos; fueron à Portugalete, entraron en vn navio, vieron la mar tan hollada de marinas selvas, gustaron de los entretenimientos de la ria, donde passaron gran parte del Verano; al cabo se determinaron ver à san Sebastian, como lo executaron, donde estuvieron el tiempo suficiente para ver el lugar, el muelle, Santelmo, Renteria, los passages, donde las mugeres vsan el oficio de barqueros; pero viendo, que ya alli no tenian mas que ver, se determinaron passar à Pamplona para ver aquella ilustrissima Ciudad, Cabeça, y Corte del Reyno de Navarra, para donde hizieron su viage, en el qual, cerca de la cuesta de san Adrian, tan celebrada por su aspereça, los detuvo el passo entre vnas peñas el sentimiento de vnas querellosas vozes, à cuyo socorro les moviò la caridad briosa, procurando cada vno por su senda, encontrar con el necessitado; el qual era vn hombre passado de penetrantes heridas, que sintiendo el socorro, avivò la voz, pidiendo los Sacramentos; hallavanse solos nuestros passageros, sin medios para lo que pedia, y assi por estar el lugar cerca, como pudieron, y supieron, le tomaron la sangre a las heridas, montandole en vna mula con Andrès a las ancas, con que le llevaron al lugarejo, donde el Cura le administrò los Sacramentos, de q̃ dieron muchas gracias à Dios. En este estado se hallava el herido, y nuestros passageros, quando entrò la justicia de el lugar para tomar su declaracion, la qual èl hizo en la forma siguiẽte. Confessò llamarse Andrès Ruiz, que era criado de vn Cavallero de la Ciudad de Soria, en cuya casa tratò amores con vna criada suya, à quien diò palabra de casamiento, juzgãdo ser doncella, que por hallar no serlo dexò de cumplir su palabra,

bra, que vna dama d su feñor, que governava la cafa, le perfuadiò con dadivas, à que quitaffe la vida à vn Cavallero de aquel lugar, à quien Dios librò milagrofamnnte varias vezes, y en particular en vna ocafion, aviendole tirado vna eftocada, le falvò Dios con tanta feguridad, que tuvo tiempo de facar la efpada, cõ que le diò vna cuchillada, que le derribò en tierra, donde pudo quitarle la vida fin embaraço; pero que anduvo tan cauallero, que no folo no le ofendiò, fino que le ayudò à levantarfe, con cuyo arrimo llegò à cafa de vn Cirujano donde fe curò, lo qual no hizo fu ama de la venenofa llaga del odio que tenia contra aquel Cavallero, el qual fe aufentò, en cuyo alcance le embiò fu ama con dos pagados affefinos, para que en la ocafiõ que fe pudieffe le quitaffemos la vida. Efta derrota fegui llevado del agradecimiento, por fi acafo le podia valer, para que no peligraffe fu vida. En vitoria le avisè con vn Religiofo. lo qual fofpècharon mis camaradas, à quien engañè, diziendo le figuieffemos à Pamplona, donde hemo eftado hafta dos dias ha, defefperados de hallarle; tuvimos noticia que eftava en San Sebaftian, con que falimos en fu bufca. Mis compañeros fiempre juzgavan que yo le avia avifado, dixeronm elo con algun enfado viniendo en fu bufca; enfademe con ellos, defmentilos, por cuya caufa facaron las efpadas, y me han dexado por muerto, que como eran dos, ha fido harta dicha mia dexarme con vida, para que recivieffe los Sacramentos, que à la piedad de effos Cavalleros devo efta dicha, la qual efpero en fu divina mifericordia, que fe lo ha de pagar, con darles buena muerte; aqui le faltaron las fuerças, y con ellas la vida. Supo luego Carlos lo que avia declarado, con que movido de fu noble piedad, le hizo enterrar a fu cofta, dandofe tan buena maña, que rompiò la declaracion, que vn noble pecho, ni aun memorias de vna ingrata correfpondencia, quiere que vivan, aunque fe oculte fu noble trato.

***

CA-

CAPITVLO XI.

Entra Carlos en Pamplona; lo que le sucede hasta salir de la Ciudad.

QVe es ver à la prudente sabia abejuela al romper del Alva, dar las ordenes para que sus vassallos salgan à forragear las campañas? Apenas se publica el vando en voz de leve susurro, quando los obedientes jornaleros buelan en aladas tropas para dar buelta à los montes mas vezinos, à los prados mas cercanos, à los valles mas amenos, donde aqui pellizcan la rosa, alli pican del clavel, acà muerden la retama, allà punçan la mosqueta, con q̃cō cada flor hazen el plato al gusto con diferencia de fragrantes sazones, nuevo manjar al apetito, particular alimento de regalo, de quo hartas ya de dulces suavidades, buelven à la hora señalada à su Corte cargadas de los viveres de flores, que à fuerça de el calor de su trabajo convierten en melosa, si dulce suavidad. Bien aya, amen, tal ambicion de novedades, pues la variedad de el gusto engendra vn todo de admirables deleytes; pero, ò infiel, y barbaro el del hombre, que qual venenosa araña, alimentada de flores, fomentada de dulçuras, convierta en veneno lo que fue triaca; trueca en tosigo, lo que fue amparo de el coraçon, estraga en muerte lo que fue alimento de la vida, cuidando de vitales novedades, por reducirlas a fatales angustias de la muerte.

No ay mayor demonstraciō desta breve moralidad, que lo que les sucede a estos Cavalleros moços, pues aviendo dado buelta à la Rioja, à casi toda Vizcaya, con cuyas Republicas podian aprender virtud exemplar de vida cortesana, santidad, que no solo no tomaron nada de sus exēplares virtudes, sino que se estragaron mas con la variedad de politicas; vivo exemplar del vicioso, seguro despertador del q̃ dormido pretende sacudir de si el letargo de sus vicios.

Con esta tan desaprovechada jornada se apearon en la Corte de Navarra, en la Ciudad

dad de Pamplona, ilustre en el mundo por la nobleza de sus Ciudadanos; terror al Francès por la fortaleza de sus muros; defensa de toda España, por lo inexpugnable de su castillo, donde apenas huvieron entrado en la posada, quando repararon que passavan por la calle vnos soldados, los quales acompañavan vn venerable Cavallero, el qual atendiendo a los forasteros, reconociò à Carlos, à quien con los braços abiertos diò la bienvenida, quexandose cortesanamente, de que se huviesse apeado en otra parte que en su casa, siẽdo tan suya en su voluntad como la de su tio, a quien tenia tantas obligaciones, como publicava el puesto que tenia a fuerça de su amparo. Embaraçado se viò Carlos entre la quexa del venerable Cavallero, que era el Castellano del castillo; pero con la presteza de moço, procurò satisfacer, diziendo; que la assistencia à aquel Cavallero amigo suyo, le avia descaminado de su casa, que assi, que le permitiesse la vrbanidad debida à vn amigo, camarada. No le valiò a Carlos la disculpa, antes le picò màs al Castellano en el duelo, pues amorosamente enojado, le dixo: Mayor quexa tengo aora de vuessa merced, señor Carlos, pues me dà a entender, que mi casa no puede suplir faltas de vna posada; vuessas mercedes se han de servir de venirse conmigo, aceptando mi buena volũtad, todo el tiempo que aqui estuvieren. Pareciòle a Carlos poco vrbana cortedad la resistẽcia del agassajo; y assi mandò à los criados, que cargassen con las maletas, y siguiessen el orden que les diesse el Castellano, el qual mandò a vn criado, que los comboyasse al castillo, donde todos fueron regalados todo el tiempo que alli estuvieron, con voluntad desseosa de satisfacer obligaciones. Sossegaron aquella noche, previniendo salir al siguiente dia a gozar de la grandeza de aquella ilustre Ciudad: vieron la Iglesia Mayor servida de Canonigos Reglares de san Agustin; atendieron a la autoridad magestuosa de su Real Cõsejo;

vie-

vieron muy despacio el castillo con la muralla, que cerca toda la Ciudad, que es nueva maravilla del mundo; no olvidaron el lugar de Sansueña, donde Andrès, con gran sossiego preguntò por la casa de Don Gayferos, y Melisendra, que tan gran memoria avian dexado de sus amores en el mundo, fuele respondiendo, q̃ de las casas, y de el lugar solo vna torre avia dexado el tiempo por seña memorable de su mucha antiguedad; al fin no huvo recreacion que fuesse particular, que no gozassen de su vista en los dias que estuvieron en la Ciudad; pero en vno dellos les sucedio vn embaraço, que fue, aviendose salido al campo, al tiempo de recogerse cerca de las oraciones (porque en aquella Ciudad se cierran las puertas, que se haze guardia como si estuvieran à vista del enemigo) vieron venir à buen passo a vna muger tapada, que cercanòose con ellos, les dixo entre turbada, y medrosa, que la favoreciessen de la justicia, que movida de sus enemigos, le seguian los passos, procurando atropellar su inocencia. No supo dezir mas la angustiada dama, porque el ahogo la cortò el hilo de las razones; pero pocas avian menester los dos amigos para obligarse al empeño de favorecer a vna afligida muger, con el sobreescrito de buẽ talle; al punto la respondieron, que podia proseguir su viage con toda seguridad al castillo, donde los podia aguardar por si necessitava de mas socorro; agradeciò la dama con mudas señas el amparo, que suele ser mas eloquente vna seña, que la lengua; pero los passos de la justicia no le dieron mas lugar, con que acelerò el suyo, dexãdo a sus dos auxiliadores, àque detuviessen a tres Aguaziles, que la venian dando alcance, el qual embarazaron Carlos, y Don Alonso que se pusieron delante para detenerlos; pero no fue possible por cortesia, con que se valieron de sus espadas, procurando tener a raya aquellos Ministros; los quales viendo la impossibilidad de su pretension, se ayudaron de las vozes, pidiendo favor à la justicia, que reconocido por los dos amigos, procuraron aca-

acabar de presto con el empeño, apretardo de manera a los Alguaziles, que los hizieron dexar la calle, que reconocido de Carlos, y Don Alonso, se retiraron al castillo, donde hallaron la afligida dama, que los aguardava con harto cuydado del Castellano, à quien contaron Carlos, y Don Alonso el sucesso; a que respondiò el Castellano, que no les diesse cuydado, porque estando en el castillo no avia que temer; a demas que no siendo conocidos, ni sucedido muerte, todo se haria noche, porque vn rasguño mas, ò menos en vn Alguazil, con medicina de plata se curava; cenarõ con mucho gusto, aviẽdose retirado a dentro la dama, donde estuvo con la gẽte del Castellano, hasta que se levantò la mesa, que la hizieron salir para saber la causa; porque la dava alcance la justicia con tanto empeño: sentòse en vn taburete, desembarazò la nube de su manto, que ocultava (al parecer de todos) vna singular hermosura; pero en gran rato no pudo hablar impedida del ahogo de las lagrimas, y sollozos, que pusierõ freno à su lengua, si hermoseavan mas su cara con roxos matizes de congojas; porque lagrimas en la belleza, son esmalte del oro de lo hermoso; no obstante puso termino al ahogo, con el premio de poder contar sus trabajos, que es singular alivio de la pena el poder hazer relacion de sus naufragios.

Yo, señores (dixo la angustiada dama) soy vna desgraciada muger, nacida (al parecer) para ser baldon de la fortuna, blanco de los azares, y estremo de todo genero de desdichas. Mis padres juzgo que fueron de Cerdeña; porque solo conocì a vna que se dezia mi madre, à quien re. dia siẽpre sujeciones de hija, aunque mi espiritu me dize aver tenido diferente origen de lo que diò à entender aquella que me criò, la qual (segun he entendido) se ausentò de Cerdeña, porque la sucediò mal cierto embeleco de hechizos. Traxerõme a Madrid de pocos años con razonable hermosura; creci en dias, juntamente con aumento del buen parecer, con que passè la inocencia de mi

niñez. No olvido la que conoci por madre, con aver mudado de tierra; el trato por el que la obligò a salir huyendo de Cerdeña, pues si en mi tierra era dada à supersticiones magicas; en Madrid no se vaciaua la casa de mugerzillas, q̃ buscavan remedio de enamorar (como si estuviera en manos de las criaturas rendir las voluntades à que Dios ha dexado libres.) En estas visiones necias passè hasta los quinze años, poco mas, quando (ò señores, que dolor me causa hazer memoria del principio de mi mala fortuna!) se ofreciò el lance en que se encadenaron à porfia mis desgracias. Saliamos mi madre, y yo de la Iglesia del Carmen, vna mañana de mucha nieve, por cuya causa nos detuvimos en la Iglesia, hasta muy tarde, por si acaso alguna amiga nos combidava con el coche; pero no huvo ninguna que lo quisiesse hazer, ò por no poder, ò porque semejante gente como mi madre, nunca la amistad con ẽ en lo publico, solo se conoce en la ocasion, que juzgan que la han menester, Al fin nos determinamos à vadear la calle, à tiempo que nos saliò al encuentro vn Cauallerito moço, con el Abito de Alcantara en los pechos; el qual toda la mañana no se avia alexado de mi vista; el qual viẽdo que acometiamos el passo de la calle, dixo à mi madre todo hecho vn almivar: Como, señora, permite vuessa merced, que esta niña pise tanta nieve, deviendo ir en el carro del Sol? A que respondiò mi madre: Que la causa era, que aquel dia no avia aparecido la carroça del Sol, ni coche cortesano de Madrid, para que me comboyasse; à lo qual respondiò Don Alvaro (que este era su nombre) mucha dicha es la mia, pues quando todos faltã al rayar de la buena fortuna, solo yo me hallo a punto para servir a vuessa merced; aì està el coche, mi señora, sirvase vuessa merced dèl, de mi, que nunca mas feliz, que en saçon en que pueda ser cochero de la carroça en quien se ha de depositar la hermosa llama q̃ me ha abrasado el alma. Venga el coche, dixo mi madre, dexemonos de llamas, que no

las

las entendemos; arrimò el coche el cochero, entramos en èl, pluguiera à Dios que fuera mi sepultura, con que evitara tantas desdichas como se me han seguido de aquel lance: llegamos à casa, agradecimos al cochero la galanteria de su amo, el qual desde aquel dia, fue sombra de mi calle, girasol de mi ventana, ordinario assistente de todas mis acciones, las quales (segun su sentir) le obligaron tanto, que se determinò a hablar a mi madre, pretendiendo que fuesse su dama; respondiòle mi madre, que su hija era doncella honrada, que aunque pobre, no admitia visitas sin el pretexto de matrimonio, con que la entrada de su casa no era tratable sin la bendicion de la Iglesia. Don Alvaro, como moço enamorado, respondiò, que su voluntad estava tan fina, que no se le haria dificultoso el casarse conmigo; pero que deseava verme con mas cercania, para encenderse mas en la hoguera del amor. No quiso mi madre alargar mas el plaço de el sufrimiento de Don Alvaro, y assi le sossegò, prometiendole ser su agente; pero siempre con el presupuesto, de q̃ avia de ser para darme la mano de esposo, cõ que se haria todo a su gusto: con este ajuste se despidieron Dõ Alvaro, y mi madre, la qual hizo luego diligencia por saber quien era Don Alvaro; certificòse, de que era vn Cavallero de seis mil ducados de renta, siendo su calidad de lo mejor de España. Con esta cierta noticia diò la buelta à casa, donde sin quitarse el mãto, me diò cuenta de la pretension de D. Alvaro, à quien yo, aunque retirada, aviamirado con atencion, que como esta engendra novedades de voluntad, mi cuydado avia formado en el gusto su imagen, no para quererle, dezia mi engaño, sino para divertirme, formava mi disculpa. O que mal haze la que consulta con su voluntad aciertos de la razon! Repondile a mi madre, tan obediente, como vergonçosa; no obstante la propuse las dificultades de el matrimonio, con vn tan ilustre Cavallero, con vna muger tan humilde como yo;

H to-

todo lo qual no la hizo embaraço a mi madre, antes me respondiò, que la dexasse, que ella me assegurava el buen sucesso de todo. Con esto se alentò mi desmayada passion, encendiòse mayor llama en mi simulado cariño con el soplo de la possibilidad de posseer à Don Alvaro, el qual no se descuydò en hazerse encontradizo con mi madre, que tambien buscava lo mismo, festejando el encuentro, dandole los buenos dias a Don Alvaro, el qual bolviò à repetir en amoroso ardor; pero hallò por respuesta en mi madre el presupuesto matrimonio, que dificultò algo Don Alvaro, à que mi madre le dixo: Sepa vuessa merced, que por servirle lo he comunicado con mi hija, la qual es tan zelosa de su honra, que me respondiò con toda resolucion, que primero perderà la vida que la honra, que no la hablasse mas en esta materia, porque lo sentirà mucho. Esta fue la respuesta de mi madre; pero adelantòse mas diziendole, que para que reconociesse lo que le estimava le queria dar vn gusto, que era dezir à su hija, que estava mala, con que à titulo de mi achaque le podrà vuessa merced tomar para entrar en mi casa, donde podrà vuessa merced ver à Laureana, y aun dezirla algo de su voluntad, que el oìdo de vna muger suele ocasionar grandes novedades. Festejò Don Alvaro con los braços, juntamente con vna sortija, la traça que le dava para verme, cõ que se despidieron las dos; D. Alvaro à pensar en el dia siguiente, y mi madre à prevenirme para que me aliñasse (que la mas hermosa bien prendida, siempre parece mejor) industriòme de gestos, diòme licion de medrosa, enseñòme a retirarme con cariño, con que con todas estas liciones, junto con la que mi simulada voluntad me dictava, aguardè la noche siguiente à mi Don Alvaro, el qual apenas faltò el dia, quando a titulo de la enfermedad de mi madre, se entrò en casa, donde luego topò con-

conmigo, a su parecer muy descuydada; pero a la verdad muy prevenida; pues como he dicho, asi lo tenia traçado mi madre. Hablòme muy tierno, que no todos los amantes pierden la ocasion de turbados; dixome su amor, exageròme su voluntad, declarome todo su cuydado, a tiempo que vsando yo de mi prevenido estudio, le dige toda asustada: Como, señor, se atreve vuessa merced à entrarse de ron-don en vna casa tan honrada, arriesgando el credito de vna pobre doncella? vuessa merced se retire, que no es de muy amante pretender quitar con la publicidad, lo que rehusa dar por amor; si busca a mi madre, su merced se levantarà, para que allà fuera pueda vuessa merced hablar con su merced, que aqui no se lo permitirà mi pundonor. Con esta tan justa, como resuelta platica, se acobardò Don Alvaro pero mi madre, temiendo con su retiro se barajasse mi pretension, le llamò desde la alcova, donde enfermava de astucia maliciosa, riñòme muy à lo de madre, tratandome de impertinente, con que Don Alvaro se alentò de manera, que passò adelante: hizo la visita a mi madre, que pretendia darle a entender el desseo de darle gusto, siendo cautela de su pretension; procure retirarme con modestia cortesana, despidiendome con la postrer licion, de lo que ya el cariño me dictava, diziendole, que perdonasse la acedia de mi resolucion, pues conocia lo quebradizo de la opinion, que a no ser assi, siempre su persona se haria lugar en todo tiempo. Con esto Don Alvaro tomò alas para bolverla a proponer a mi madre lo de dama, lo qual le fue afeado por mi madre, repitiendole lo de la honra, con el agrio, de que si assi no le estava bien, que le hiziesse merced de olvidar su casa con su calle: turbòse Don Alvaro con la decreteda despedida, con que bolviò pies atràs, diziendo,

que el amor que me tenia à todo le obligava; pero que vn pariente de quien dependia en herencia de gran parte de hazienda; era gran impedimento para el matrimonio, que lo permitiessen galanteo, que èl dava palabra de matrimonio. Esto no, mi señor Don Alvaro, dixo mi madre, mi hija, aunque pobre, a nadie deve nada, si a vuessa merced le està bien darle la mano de esposo, quedarà en casa, y sino, no le quite vuessa merced lo que no la quiere dar, y amigos como antes, y mas si pudieremos. Y porque vuessamerced entienda, que no quedo desabrida, le quiero regalar con vn poco de dulce, que me embio vna amiga; comale vuessa merced, hagale buena pro, como yo le desseo. Admitiò Don Alvaro el agassajo, y porque se hazia tarde, se fue sin permitir mi madre, que le bolviesse a ver. Aquella noche me dixo mi madre, que esperança en Dios que avia de ser mi marido Don Alvaro, el qual el dia siguiente, apenas avia rayado el Sol, quando se entrò en mi casa buscando à mi madre, con vn notable dessassossiego; mi madre le saliò al encuentro, preguntandole, que venida era aquella tan desatinada, sin reparo del descredito de su casa? a que respondiò Don Alvaro: Madre mia, esto es querer, dispongalo vuessa merced como quisiere, sea de manera, que viva yo en possession de Laureana, porque es tal el fuego de mi amor, que me privara de la vida, à no assegurarme la esperança la buena fortuna de mi pretension. No se descuidava mi madre; pero como ya le tenia asido, le bolviò a dezir, que lo mirasse bien; porque aunque su hija era doncella honrada, tambien era pobre, de linage no conocido; partidas todas, que se devia consultar con la razon; à todo lo qual respondiò Don Alvaro, que èl se casava por amor, el qual no averigua calidades mas que las que fueron poderosas para rendir toda su voluntad,

tad, la qual le dava vozes, porque fe detenia vn inftante en dar la mano con el alma, y la vida à Laureana. No obftante eftas finezas de Don Alvaro, no permitiò mi madre, que afsiftieffe en cafa, hafta que nos defpofamos, aviendo precedido las amoneftaciones, las quales fe hizieron en vna femana, en la qual huvo dos dias de fiefta, con que nos dimos las manos con mucho gufto mio, y de Don Alvaro; el qual al otro dia me llevò à fan Blas, donde nos velamos, affegurando, con la bendicion de la Iglefia, conveniencias de el matrimonial amor, con que vivimos algunos mefes, encubriendo fiempre Don Alvaro el cafamiento à los fuyos; porque dezia, que fi lo fupieffe fu tio, perderia con fu gracia mucha hazienda. Paffava yo con alegria efta vida, porque amar con correfpondencia, es toda la felicidad que fe puede dar en lo humano; hafta que vna noche, ya que nos aviamos recogido, me dixo Don Alvaro, que fu tio hazia gran diligencia para aclarar la noticia de nueftro matrimonio; de que refultaria gran embaraço, con perdida de mucha hazienda: que para deslumbrarle le parecia acertado hazer vn viage, con el qual cefftarian las pefquifas del pariente. El cariño de muger propia, con accidentes de enamorada de mi efpofo, me tenia rendida a fu voluntad, con que me rendi à fu dictamen; pero con condicion, que le avia de acompañar, porque no eftava tan poco amartelada, que pudieffe fufrir fu aufencia. No le pareciò à Don Alvaro bien mi propoficion, la qual nacia mas del amor que le tenia, que de alguna fofpecha temerofa que podia tener de fu resfrio; valiòfe de alhagos, embueltos en promeffas, de la feguridad de fu amor, con que rindiò la fuerça de mi amorofa pretenfion. Quien ama, feñores, es facil de padecer engaño, el qual por mi defgracia he experimẽtado, pues me ha puefto en el potro de tan inmenfos trabajos. Al otro dia al amanecer fe aufentò de

mis braços, con que se me desaparecciò la luz de mi alegria, siguiendome tempestad deshecha de desgracias. Su viage, me dixo, era à Toledo, donde si hallasse disposicion para ello me llevaria; pero mi coraçon, como tan leal, no le diò credito, porque adivinò mis amarguras; buenos testigos fueron mis ojos, ventanas del alma, que anegados en amargas lagrimas solemnizaron las exequias de mi perdido honor, en los adivinados baxos de mis futuras tragedias. Aqui pusò fin Laureana con vn desmayo à su lastimosa narracion.

CAPITVLO XII.

Prosigue Laureana los trabajos de su vida.

LAstimados estavan todos de ver el ahogo en que la avia puesto la memoria de sus penas à Laureana, pues bastò à privarla de sus lastimados sentidos, que socorridos de los rocios de vn poco de agua bolvierō en si, dando lugar à Laureana, à que prosiguiesse en la narracion tragica de sus pocos años. O quien pudiera, señores (prosiguiò) contaros mis afanes con la viveza con que la memoria me las represènta à mi alma, no con la torpeza de mi lengua, que borra los colores de la angustia, para que compadecidos noblemente, me amparassedes, fijando el arco de vuestra piedad en la rueda de mi mala fortuna, con que deteniēdo sus precipitados buelos, parara ya mi desgracia, dando principio à mi sossiego; pero para que me canso en implorar vuestro auxilio, si reconozco, que aunq̄ vuestros pechos son noblemente ilustrados de la caridad; mi desgracia es tan firme, que à pessar de vuestro compassivo valor, permanece en el golfo de mis mayores ahogos, que no ay mayor infelizidad, que peligrar en braços del mismo socorro. Desta calidad han sido todas mis fatigas: y porque las atendais à cada vna de por si en la tabla de mis miserias

(si

(si es que se pueden relatar) buelvo a proseguir diziendo: como Don Alvaro se retirò de mi con el achaque de su jornada à Toledo, que creì como novel amante, aunque la sentì como leal adivino, de los azahares del amor; no obstante con el alivio de la engañosa esperança me alentè, con q̃ me entretuve algunos dias entre la çoçobra de aguardar a vn bien perdido, hasta que vna noche que assistia a mi ventana, rezando mis devociones, oì que me dezian: *Huye Laureana, que la justicia te busca.* No apercibi las razones, con que me di a imaginar si era ilusion fantastica de mi melancolico humor; pero el cuydado me hizo reparar, en que se acercava vna persona, la qual me bolviò a repetir cõ toda claridad lo mismo. En la voz me pareciò à Don Alvaro à quien llamè, à cuyo reclamo se acercò mas para dezirme, cõ la voz turbada: Huye, esposa mia, porque nuestros enemigos te amenaçan de afrentosa muerte; tanto, que por no acelerar la execucion de la amenaza: no entro à gozar del amoroso laço de tus braços; queda con Dios, que te guarde para que gozes de mi amor sin çoçobras, satisfecho de que le avia atẽdido, se retirò: quise dar vozes, viendo que mi esposo se ausentava; pero el susto me detuvo: procurè seguirle, pero embaraçòme el femenil asseo de las faldas, con que quando lleguè al vmbral de la puerta, ni Don Alvaro pareçia, ni mi aliento estava en estado de poder passar adelante; con cuya congoxa se me siguiò vn desmayo, à tiempo que llegò mi madre con vna criada, que sin sentirlo me llevaron a mi quarto, donde al cabo de vna hora dispertè del congoxoso letargo, rompiendo en llanto, con que tuvo lugar mi madre para preguntarme la causa de mi ahogo, la qual le dixe, haziendola saber todo lo que me avia succedido con Don Alvaro, que aunque la amenaçava rigores, no se turbò, antes con animo varonil dispuso al punto la fuga de su casa; embiò a la criada fuera de casa con ocupacion precisa de quedarse fuera

ra aquella noche, ella tambien salió diziendo, que bolvia luego, mandandome que fuesse recogiendo mis joyas, y lo mas bien parado de casa, miẽtras dava la buelta, que no fue muy presto; porque segun me dixo, fue al rastro, de donde traxo ocho ganapanes, que en breve espacio traspassaron las alhajas de casa en la de vna amiga, que vivia al barrio de san Andrès; con que pagados bien los ganapanes, nosotras tomamos otro rumbo, yendo a parar junto à las Maravillas; de manera, que a las doze de la noche nos hallamos fuera del contorno del Carmen, à distancia tan larga, con que nos dimos por seguras de la pesquisa de la justicia. Toda aquella noche no sossegamos; mi madre con el cuydado del peligro, yo cõ la pena de la ausencia de mi esposo, à quien echava la culpa de mis penas, por ser èl el principio de mis desgracias. Amaneciò Dios, con que mi madre, como quien estava tambien en los puntos, hizo, que la persona, en cuya casa estavamos, se passasse por la calle donde viviamos, para averiguar, si acaso nos buscavan, ò si se hazia alguna diligencia en nuestra busca: llegò la muger à la calle, donde viò gran alboroto de justicia; llegòse à vn corro de gente, à quiẽ preguntò la causa de aquel bullicio: fuela respondido, que por orden del Presidente de Castilla avia ido vn Alcalde de Corte à hazer vna prision de dos mugeres, que eran madre, y hija; pero quando llegò ya se aviã huido. Cõ esta cierta noticia quiso mi madre buscar à Don Alvaro, por si acaso èl lastimado de nuestro trabajo, dava modo de componerlo; salia mi madre muy tapada, mudado el habito, con todo genero de dissimulo, porque no la conociessen; pero nada bastò à divertir el cuydado de la justicia, que asiendola, la llevò à la carcel de Corte. Avisaronme de la prision de mi madre, con que temiendo no me sucediesse lo mismo, ò por la mucha diligencia de la justicia, ò por la cõfession de mi madre, me determinè, con toda resolucion, à poner tierra en medio; para lo qual me va-

liò de vn santo Religioso de el Colegio de Doña Maria de Aragon, cō quien me confessè, dandole noticia de mis penas, de mi intēto, el qual aprobò, aconsejandome, que luego me apartasse veinte, ò treinta leguas de la Corte, mientras passava el primer rigor de la justicia. Cō este buen consejo me resolvi a depositar en èl lo mas de mis alhajas, reservando joyas, dinero, con que con su bendicion me sali de Madrid, haziendo mi viage à Barcelona, en compañia de vnas criadas, que passavan à Italia en servicio de el señor Conde de Monterrey, que iba por Virrey de Napoles, con que fin con toda seguridad; fortuna que debi à mi Padre Confessor, que fue efecto de su agente caridad. Lleguè à Barcelona, donde halle carta de mi Confessor, en que me avisava, de como mi madre estava condenada à tormento por el dicho de vna criada, q̃ declarò aver visto à mi madre hazer grandes invenciones supersticiosas, en particular en vn poco de conserva que dieron à Don Alvaro, el qual no parecia, porque segun se dezia, avia passado à Italia, que me aconsejava no me quedasse en España, que ya que llevava buena compañia, passasse à Italia, donde Dios, como à inocente, me favoreceria, que èl haria vender las alhajas, con que socorreria a mi madre, y me remitiria lo que restasse. Admiti el consejo, con que me acomodè à la sombra de las criadas de el Virrey, con quien passè à Napoles, con las descomodidades de la mar, sirviendo de criada de las que lo eran de la Virreyna mi señora; al fin aportamos à Napoles tras tantos trabajos de mar, y tierra, donde se me siguiò el cuydado de passar mi vida con honra, con estimacion; para lo qual me procurè introducir en el servicio de aquel Principe, que me fue facil, viendo mi señora la Condesa mi poca edad, mi razonable cara, con el continuo resguardo de mi estimacion, que presentado todo en el tribunal de su gran clemencia, fue muy facil el assentar

la asistencia del servicio de su casa, donde passè tres años con varios afanes de miserias serviles, sin dar à entender à nadie mis desgracias. En todo este tiempo no tuve noticia de mi esposo, de mi madre si, que por orden de mi Confessor supe como avia muerto del tormento; donde confessò raras maldades; la mayor fue aver declarado, que no era yo su hija, sino de vna señora de gran calidad, de la Isla de Cerdeña, à quien avia escrito todo el sucesso de mi casamiento, que por no maltratar el credito de vna tan principal señora no lo publicava, que esperava en Dios; que con las diligencias que dexava hechas, me buscaria mi madre. Con estas buenas noticias me aliviè algo de mis ahogos; aunque senti amargamente su muerte; porque me avia criado, sin aver conocido otra madre. Remitiòme mi Confessor lo restante que avia quedado de las alhajas de mi casa, con que me reparè, tomando nuevo aliento para buscar a mi esposo: hize nuevas diligencias, pero como D. Alvaro se avia mudado el nombre, no era fazil hallar noticias suyas: no obstante di buelta à toda Italia, hasta que aportè a Genova, con intento de passar à España. En toda esta peregrinacion no os digo las fatigas, afanes, y trabajos que passè; por no cansaros, alargando mi relacion; solo os sè dezir, que he avido menester mucho de Dios, porque tan largo viage, vna muger de buena cara, con la compañia sola de vna santa muger, que me acompañò de lastima, todo fuerō tropiezos, embarazos, que solo Dios los pudo componer. Al fin aguardè en Genova ocasion para embarcarme, y mientras que se hazia tiempo; solicitava con oraciones, y plegarias, me amparasse Dios, dandome sossiego en mis tribulaciones; no me olvidava el Señor, pues estando vn dia en vna Iglesia junto a la marina, solicitando el auxilio divino à que me favoreciesse, reparè, en que entravan en la Iglesia soldados Españoles muy galanes, bolvi los ojos à mirarlos, por si acaso venia entre ellos mi esposo; dixomelo el coraçō con tantas

ve-

veras, que fegura del hallazgo entrefaquè à mi efpofo cō la vifta entre la foldadefca tropa; turbada le feftejò el alma, pero medrofa fe retirò à pefar de los arrojos de la voluntad, cubri con el debil cendal del māto la cara, para que por entre fus celages alentaffe con la vifta defmayos de el coraçon. No fue mucho el efpacio que permaneciò el embelefo de mi dicha, pues no hizo mas Don Alvaro, que hazer breve oracion, y dar vna buelta al Templo para mirar el edificio, con que fe faliò de la Iglefia; donde quedè fola, aunque acompañada de mil imaginaciones de congoja, temiendo à mi efpofo, que tanto me avia coftado fu hallazgo, que aunque eftava inocente en el delito que confefsò la que muriò; con todo rezelava la furia foldadefca, con empeños de la imaginada culpa, por la qual, fin reparar en mi inocencia, me podia atropellar por delinquente; bolvime à Dios de quien me vino el animo para hazer llamar à vn Religiofo Efpañol, que aguardava tambien viage para Efpaña, à quien fupliquè me confeffaffe, y debaxo de el figilo del Sacramento, le contè mis defgracias, pidiendole confejo en la tribulacion prefente; dixome, que fu dictamē era, que mientras no fupieffe del color que eftava Don Alvaro, era de parecer, que me rezelaffe dèl, que èl, fi yo guftava, le bufcaria, y veria el tēple que tenia, con que podria tomar refolucion; pareciòme bien el confejo, con que le fupliquè le bufcaffe luego; porque no fe embarcaffe, y fe perdieffe la ocafion. Al punto faliò el Santo Religiofo, el qual por las feñas que le di, y por algunas noticias que èl tenia, le diò alcance aquella mifma mañana; apartòle de los camaradas para con toda claridad encaminarle al buen fin de mi defeo: y defpues de averle exortado por mayor al cumplimiento de Chriftiano Cavallero, rematè con dezirle, como yo eftava en Napoles, aviendole bufcado por toda Italia, à cofta de infinitos trabajos, tan firme en la voluntad, como fegura en la honra; prendas todas, que fe devian

pagar con toda fineza, sin que hiziesse oposicion la calumnia de la que suponia ser mi madre, pues ya avia confessado su maldad con mi inocencia, con que por Christiano, por Cavallero, por Dios, por el mundo, me devia toda buena acogida, y amparo. Con esto cessò el Religioso, dando lugar à que le respondiesse Don Alvaro, que fue como mi mala fortuna lo traça siempre. Negarle à vuessa Paternidad (dixo Don Alvaro) todas essas obligaciones, q̃ por Christiano Cavallero racional, tengo à Laureana, fuera, ò poca atencion à su respeto, ò demasiado encono en su imaginado delito, de que la quiero tãto, y mas que el primer dia, tampoco lo puedo negar; pero de que no la està bien, de que yo la dè alcãce, estè vuessa Paternidad cierto, porque la nobleza de mi sangre me lo aconseja, à tiempo que el pũdonor de Cavallero me lo dicta: si tuvo, ò no culpa, Dios lo sabe, yo lo pago; la voluntad que yo la tengo intercede en el tribunal de mi corage, à que no la busque para la sangrienta vengança; vuessa Paternidad la aconseje, que no parezca en mi presencia, porque temo, que guiado de mi duelo, se ensangriẽte mi azero en su vida, aunque mas la apadrine mi amor, que serà lo mismo, q̃ darme à mi la muerte: y assi, para que la necessidad no la detenga à mis ojos, obligando à mi pundonor à derramar su sangre à las aras del oraculo de mi honra; vuessa Paternidad la dè esse bolsillo, en que vàn mil escudos, encargandola, que pues dize que ama, haga esta fineza de ausentarse por quiẽ ama, que si Dios la viere inocente, èl bolverà estos ahogos en bien de entrambos. No pudo proseguir mas Don Alvaro, porque las lagrimas le atajaron las palabras, con que se despidio del Religioso, que al punto me diò la respuesta, la qual aguardava yo con el alma en los ojos, que à pocas palabras dieron vista al vagio en que naufragava el vagel de mi mala suerte. Animòme el santo Sacerdote a llevar el peso de lance tan amargo; entregòme el bolsillo con los mil escudos,

dos, con que pensada bien la derrota que avia de tomar, me animè à embarcarme en vna nao Flamenca, que venia a España, con la qual venia vn Cavallero Navarro con su muger, donde imaginava poder aclarar la certeza de quien eran mis padres; porque como la que me criò no lo declarò, aunque en Cerdeña, y Sicilia se avia hecho diligengencia, no pude descubrir nada, con que me persuadi, que entre las amigas, y conocidas de la que me criò, seria possible dar alcãce a alguna verdadera noticia. Al otro dia me embarquè, y sali del puerto con buen temporal, aunque escaso, con el qual navegamos prosperamente tres dias; pero al quarto nos amanecieron por proa tres velas, que à todo trapo se vinieron a nosotros: el Capitan conociò ser navios de Moros, con que sin dexar su derrota, se dispuso à pelear, q̃ presto le fue fuerça valerse de la buena, y bien jugada artilleria que llevava; con la qual, llegando a tiro de cañon, les diò vna carga tan a tiempo, que el vn navio se iba a pique, con que los otros dos procuraron apartarse, dexandonos seguir nuestro viage, que fue sin mas açar que lo dicho, que para el pecho de vna muger no fue pequeño. Aportamos a San Sebastian, donde saltè en tierra; despedime de mi Patron, saquè la ropa, con la qual me vine à Pamplona, en compañia del Cavallero, y su muger, à cuyo amparo venia; busquè la persona, que era muy de la q̃ me criò; ha dos meses que vivo sola, y desesperada.

Esta tarde me alarguè à casa de vna amiga, donde apenas lleguè, quando la justicia diò sobre mi, sin saber porquè, fue Dios servido, q̃ estava cerrada la puerta, con que mientras la abrierõ me escapè por la puerta falsa; pero no tan oculta, q̃ me dexassen de sẽtir para dar alcance a mi fuga, q̃ a no encõtrar a v.mrs. oy acabara mi vida, y mi honra. Esta es mi trabajosa vida, señores; estos, en suma, mis trabajos; estas mis miserias, que bastan para obligar a vuestros coraçones, que como nobles, como pios, como de Cavalleros

tan ilustres se muevan a amparme, favoreciendo a vna desgraciada muger, a vna infeliz criatura, que combatida de infortunios, llega à vuestros pies por cobrar alientos, para lograr en ellos nueva fortuna.

Con esto acabò Laureana su historia, dando principio à nuevo mar de lagrimas; que fueron tan poderosas, q̃ obligaron a los circunstantes à acõpañarla con ternura. Trataron luego de su sossiego, porque no se les fuesse el tiẽpo solo en muestras de favorecerla; los forasteros quisierõ ser los primeros en su amparo; pero el Castellano la tomò por su cuenta, dando por razon el estar en su casa, cõ que podian descuidar Carlos, y Don Alonso, tratando solo de sus conveniencias. Quedò assentado, que el Castellano assegurasse a Laureana, que fue facil, porque fue yerro de los Ministros la diligencia que se hizo, y que dentro de tres, ò quatro dias, saliessen Carlos, y Don Alonso de Pamplona con todo secreto, por si acaso le avian hecho alguna causa de resistencia, la qual pareciò al otro dia en manos de vn Escrivano, al qual ablandò el Castellano con vnos doblones, contentando a los Alguaziles con otros, con que la causa se rompiò; Carlos, y Don Alonso hizieron su viage, sin que se les pudiesse temer tropiezo alguno en todo Navarra.

CAPITVLO XIII.

Sale Carlos à proseguir su viage, llega à vn lugar cerca de la raya de Castilla, donde le festejan vna noche.

BVela la mariposa, hermoseada de colores de la primavera, aviendose esmerado la naturaleza en su dibuxo, quando el arte de embidia la adula, à imitacion del oro que la luce. Tornos dà a vna luz, con varios rumbos, ya la pellizca, ya la haze sombra, y a la lisonjea, ya la ronda, y a la bate las alas, ya a toda priessa se le acerca, pero quãdo mas oficiosa en su cariño, procura beber la luz, ò llevarsela en el

pico; muere abrassada en braços de la llama, pierde la vida a manos de la luz apetecida, acava el vivir a fuerça del calor, porque anhelava; ò infeliz abecilla! ò mal afortunado galanteo! triste fin! corta dicha! amarga pena! infausta suerte!

Como en espejo sin adulacion alguna, si Carlos se mirava en este tan manual, como vulgar exẽplo, se huviera retratado tan al vivo, que le juzgara, ò que vivian la verdad profetica en su dibuxo, ò que era verdadera copia de lo que le avia de suceder, pues saliò de Pamplona, aviendo dado buelta a la Rroja, Vizcaya, y Navarra, para venir a precipitarse en el empeño mas peligroso, que experimentò en la variedad de los lances trabajosos de su vida. Circulos hizo a la tierra, para ir a parar en su ruina: rebueltas diò a aquella parte de España para engolfarse en el prozeloso mar del vicio, que le puso en riesgo de perder la vida, la honra, el alma, que es lo mas precioso.

Saliò, pues, Carlos de aquella insigne Ciudad, en compañia de su amigo Don Alonso, que le dava mucha prisa, porque llegasse a tiempo de poder assistir a la fiesta de la Natividad de la Virgen, que se celebrava con general concurso de los tres Reynos confinãtes, Castilla, Navarra, y Aragon, en la Ermita de la celebrada eminencia de Moncayo, dõde le avian avisado, que avia de ir vna persona, en cuya mano estava mucha parte del buen sucesso de su negocio. Despidieronse de Don Iuan el Castellano del Castillo, dandole las gracias de el buen hospedage que les avia hecho; encomẽdaronle à Laureana, de la qual, con muchas lagrimas suyas, y sentimiento proprio, se desassieron, prometiendola hazer todo el esfuerço para sacarla del empeño de sus trabajos. Concluida esta cession à veinte y nueve de Agosto, dia de la Degollacion de san IuanBautista, llegaron a la venta de las campanas, de adonde, sin detenerse, por sus jornadas vinieron a aportar al amanecer a los confines de Navarra, à vna

lugar apacible, fresco, y regalado, en el qual, como avia dos noches que no dormian, trataron de descansar, viendo que les sobrava tiempo para ir à Moncayo, donde se determinaron à embiar à vn criado a saber si avia llegado el tal personage, con orden, que los avisasse en Agreda, donde los hallaria. Con esta disposicion descansaron hasta medio dia, que Andrès les sirviò la comida, con que repossaron vn rato; pero como el calor era grande, no pudieron sossegar, con que se lebantaron, entreteniendo el tiempo mientras se quebrantava el rigor de el Sol, en disponer el modo que se avia de tener en el negocio de Don Alonso, el qual consultaron entre si cõ todo cuidado, que vna dificultad tratada con maduro juizio, deseoso de acertar, se puede assegurar antes de el sucesso el desempeño. Visto ya, y considerado el medio que se auia de tomar, se resolvieron à salir al lugar, supuesto que sobrava tiempo; llegaron à la plaça, donde encontraron al Medico del lugar, que era vn insigne Filosofo, que vivia por conveniencia propria, en el lugar en aquel tiempo, el qual, como criado en las Escuelas, apenas viò los forasteros, quando los saludò con agassajo, y como tan cercano à Agreda, al punto los conociò. A esta sazon llegaron otros Cavalleros de el lugar, gar, que como tan conocidos, festejaron a los recien venidos; y para que entendiessen, que no era menor la cortesania de Navarra, que la de Castilla con los forasteros, los cõbidaron a cenar a casa de vno dellos, donde los querian entretener, con vn graceјo de vn negro, que todos los años solemnizava la fiesta de san Roque, con vn modo particular; pero q̃ aquel año les avia caìdo tan en gusto, que juzgavan suplir las faltas de la cena, que a ser dia de fiesta, les representaran vn auto, cõ que el lugar avia alegrado la fiesta de su Patron; pero que los Representantes estavan en el campo, que solo el negro podia hazer sus habilidades. Estimaron Carlos, y Don Alonso, el agassajo, y por no pare-

cer vraños aceptaron el combite, dexandose llevar de vn Cavallero a su casa, donde los regalaron, como si fuera de pensado el combite; pero donde ay gana, y con que como sea en poblado, todo se halla. Levantaron las mesas, salieronse a otra sala, donde cada vno tomò su assiento, deseando nuestros forasteros la fiesta, por ver lo que tanto celebravan los naturales. Para dar principio al festejo, tomò vno de los circunstantes la guitarra, que sin templar, ni ser rogado, con buena voz, y mejor ayre, cantò este Romance.

DEl Tajo à la verde margẽ,
se quexa el pastor Anfriso,
que por ser el rio Tajo
se destajò para oirlo.

Corre presurosa el agua,
temiendo, que sus suspiros
deshagan golfos de perlas
en tempestades de vidrios.

Gime la voz en el ayre,
porque se vè de èl herido
que es açote de los vientos
vn accento repetido.

Tristes Endechas las aves
lamentan en su conflicto,
que tambien saben los brutos
sentir los males vezinos.

El ladrido de los perros
es vn gemidor ahullido,
que no quiso su lealtad
perdonalle por gemido.

Hasta vn escollo eminente
se vè llorar hilo à hilo,
que ay penas de calidad,
que haràn llorar a los riscos.

Todos celebraron el Romance con el donayre del que le cantò, que con melodia cortesana diò principio a la celebridad del festejo. En esta ocupacion los cogiò la vision de vn Negro, pequeño de cuerpo, vestido à la vsança de su Pais, con vna toca de red, que desde la frente le cubria las espaldas, entretexida de plumas de papagayo, verdes, amarillas, y coloradas; vnos faldones de la misma tela le cubriã desde la cintura hasta la rodilla; vna aljava con flechas terciada al cuerpo, vn arco con su flecha; todo el cuerpo, que se divisava, que era pechos, braços, y piernas, pintado à trechos de almagre. Cõ este disfraz entrò el Negro dãdo grandes saltos, silvos, castañetadas cõ la boca, tã disformes q̃, metian miedo al q̃ no conociera

ra el momo; paróse en medio de la sala, tras aver hecho sus entradas, y salidas con el arco, y la flecha, haziendo ya q̃ acometia, ò ya que se retirava, con que sossegandose vn poco de los saltos que avia dado, hizo esta graciosa relacion.

Ya sabè que samo nengro,
mas nẽgro sà muy hõrada,
descendienta de Faetonta,
hijo del Sor abrasada.

Por linea reta venimo
del huma, madre murata,
que vesida manta nengro,
mo dexo cara tisnada.

Tenè la pelo torsida,
como bayeto frisada,
dienta branca, ojos linda,
la labio tura encarnada.

Gente sà neta del Sor,
bisnieto de lo luz crara,
tataranieto der juego,
sà rinage autorisada.

De eya veni mucha Reya
amparradora Monarca,
mucha Capitana, Alferas,
Sargenta, Caba esquadra.

Toda sà gente de ben,
sino que dise canaya,
que lo nengro non sà gente,
que sà perro que lo ladra.

Es vn gran vellacuria,
si và lo Nengro àlacaya,
lo ladra, como si Nengro
fora perro, ò fora garga.

Si và por carne argun dia,
desi, carnisero mara,
to, to, perrio, to, to,
dà la guesa descarnada.

Si se enoja lo Nengria
la dezi, Nengro, diabra,
querè tu tambe falà
en roda de gente branca?

Sufri mucho, mi señore,
Carretorrenda passada,
jugà con la Nengro al toro,
daca el maço, daca el maça.

Por aqueso mara vida,
toro Nengro angustiada,
mo prometemo deuoto,
amparà ae Roco santa.

Que sà santa cõtra el pesse
santa de perrio hunrada,
santa linda peregrino,
que trae bon carrbaça.

Aquessa nocha, siore
fassemo sessa sonada,
ay churumias, pandero,
castanetos, y sornajas.

Veni lo nengria toro,
que aũque Nengro, linda cara,
y aunq̃ en noche su hermosura,
sabe mostrar luz crara.

Eya, sargan lo primia,
mana Fransisquiya crara,
sali fasamo lo sesa,
baylemo, baylemo mana.

Aqui acabò el Negro su relacion, con que la risa de todos, que hasta este tiempo estuvo represada, saliò de la prision del silencio, con tan descompassado alboroto, que en gran rato no se pudo sossegar al auditorio, porque el modo de la representacion de el Negro, los acentos graciosos de la lengua, la confiança con que los hizo reir à todos, era de grandissimo gusto. En esta alegre confusion estava la sala, quando se aparecieron en ella quatro moças con sus mascarillas, representando el linage de los Negros, que festejavan a san Roque, que con el repique de las castañetas, al discante de vna guitarra, cantaron, y baylaron estas coplas, con mucha graciosidad.

Todos. *Lo perria de san Roque*
be, be, be,
que no naciò en Casia,
sino en noso san Thomè.

Negra. *Amiga Negria,*
veni besaremo
la nosa perria,
que tè Roca al pè,
be, be, be, &c.

Negra. *En fesa de Roca*
turo baylaremo,
con que haremo extremo
de deuota fee,
be, be, be, &c.

Negra. *Demos al perrio*
confessa, y con grado,
la ossa de pauo
para que comè,
be, be, be, &c.

Negra. *Fransisca morena*
bayla aqui, siores
por ganar perdones
donde ay tanto, que,
be, be, be, &c.

Roca peregrina,
turo aqui baylamo,
con que asseguramo
nos hagais merced,
be, be, be, &c.

Amiga, folguemo,
y fesa fasamo,
porque no digamo,
que sà bujame,
be, be, be, &c.

Fue tambien governado el bayle, y cantado con tanta gracia, que a todos diò particular gusto, pues aunque los del lugar le avian visto otras vezes, no obstante lo festejaron, como si fuera nuevo jamas visto, ni representado. Bien pensaron todos, que avia acabado ya el Negro con sus

gracias; pero viendo que los demàs dançantes, aunque se retiraron, se quedava el Negro solo, dando gran prisa à que le tocassen la guitarra a su modo, se detuvieron suspensos, atendiendo à que dezia el Negro, que queria cantar, y baylar, solo por alegrar los forasteros con tres coplas que le aviã sobrado de aquel año para el siguiente. Sossegosse el auditorio, con que el Negro con gran confiança al discante de la guitarra, q̃ correspondida de su movimiẽto, cantò, y baylô estas coplas.

Zambambu morinico de
Congo,
Zambambu,
que galane me pongo,
zambambu.

Mañana sa fesa
de sior san Roque,
no sabè que haga,
sino que le toque
dansa de Perù,
zambambu morinico, &c.

Lo camiso branca,
si lo corpo negra,
aunque ser persona
teme la perrera,
que sa Bersebu,
zambambu, &c.

Yo sudà ya tinta
como la tintera
del sior san Marco,
con que no quisiera
manshar el lau,
zambambu, &c.

Fueron tantos los visages, los meneos con q̃ el Negro cantò, y baylò estas coplas, que à todos los sacò del barrio de la alegria, compuesta a la plaça de la desbaratada risa; regalaronle los forasteros, particularmente D. Alonso, q̃ le prometiò que si Dios le sacava con bien de sus trabajos, le avia de dar libertad palabra, con que el Negro con saltos, y brincos por darle gusto pagò; pero viẽdo el dueño de casa, q̃ era tarde, q̃ los forasteros aviã de caminar, se levantò de sù assiento, con q̃ tuvo fin la fiesta, la qual en agradecimientos corteses pagaron los dos amigos, los quales acompañados de aquellos Cavalleros llegaron a la posada donde se quedaron, oyendo a Andrès remedar al negro, que no fue menor entretenimiento; pareciòles muy à tiempo de caminar, con que montaron a cavallo, y con toda comodidad

con

con la freſcura de la mañana por entre vnas huertas, ſalieron de el lugar, de el qual al de Agreda ſe puſieron en pocas horas, donde ſus amigos los aguardavan.

CAPITVLO XIV.

Llega Carlos à Moncayo, lo que le ſucede haſta llegar à Zaragoza, donde dà principio à ſu mayor empeño.

EL cuydado del buen deſpacho de Don Alonſo le ſaco a Carlos de entre lo guſtoſo del trato de ſus amigos, para ir a Moncayo, para dõde, ſaliò de Agreda vna mañana de las alegres de aquel Pais, à ſiete de Setiembre, que corresponde en Caſtilla la nueva, al mes de Abril, pues en flores, en freſcura de el ayre, en amenidad de los prados, en el dulce canto de las aves, en la alegria de la florida campaña, no ſolo en verde, ſi fragrante promeſſa, ſino en ſuave deleyte de poſſeſsion, porque el mes de Setiembre es en aquel pais Abril en flores, Setiembre en frutos. Abril, en verdoſa pompa de eſperanças, y Setiembre, en ſazonados eſquilmos de el Agoſto. Por entre eſta deleytoſa amenidad caminava Carlos, contemplando la armonioſa conſonancia, con que el poder de Dios ſuſtenta el vniverſo para la apetecible conſervacion de la vida de el hombre, pues en la corta diſtancia de dos leguas; todo era variedad de guſtos, en flores, en frutos, en criſtalinas fuentes, que corriendo preſuroſas, fructificavan, divertian, alegravan, y obligavan a que reparaſſe al natural menos atento. Llegò, pues, Carlos al lugarejo de Vozmediano, donde ſeſteò, porque convenia llegar de noche a Moncayo, y porque deſeava ver la celebrada fuente, madre de el Rio Vozmediano, que nace tan padre, ſiendo hijo, que à diſtancia de cinco, ò ſeis paſſos dà agua baſtante para moler quatro piedras de vn molino, y a menos de ducientos paſſos ſuſtenta vnas herrerias. Naze eſte Rio en cuna tan ſomera de la tierra, que ſin tener recueſto alguno, hierve a borbollones

en la llanura del prado, de manera, que no parece que viene arrojada por manantial, que se vierte, sino que la abũdancia le obliga à que se descuelgue a la madre por donde sigue su curso con tan alentados brios, que à pocos lancés es mar, si començò fuente, si prosiguiò rio.

Muy atento considerò Carlos las circunstancias del nacimiento de tan poderoso rio, hasta que fue hora de caminar, lo qual hizo montando à cavallo, en compañia de Andrès, con que en breve rato se pusieron al pie del recuesto de la Hermita, de adonde oyeron el ruido de la gente, que con bayles, con juegos diferentes celebravan la Natividad de la Virgen Santissima; y aunque la noche era obscura, a falta de la Luna, eran tantas las luzes, los fuegos que avia en el terrero de la Santa Casa, que alumbravan como si fuera dia à los caminantes, que ya en este tiempo era grãde el concurso de gente que subia, guiada de la luz grande de las luminarias, y fuegos. Con brevedad, nuestros dos caminantes, traspusieron lo agrio de la colina, hasta dar de cara con la plaça de la Hermita, donde estava vn bien formado castillo, à que pusieron fuego, que les sirviò de lucido, si ruidoso entretenimiento; el qual acabado, tratò Carlos al punto de ir en busca de Don Ioseph, que era vn Cavallero anciano de grandes prendas, recien casado con vna señora noble, hermosa, y niña, calidades todas para empleadas en menos años de lo que tenia Don Ioseph, que no creìa tenia mas edad que la que le informavan sus apetitosos brios; hallòle Carlos q̃ bolvia con su reciente esposa de ver los fuegos, y por no perder la ocasion, procurò Carlos la primer atencion cortesana, acompañando a la mal empleada juventud; no se lo permitiò su anciano esposo, pero como era corto el viage, tuvo Carlos lugar de llegar hasta la puerta de su posada, donde se quedò, dilatando para el siguiente dia el primer punto de su pretēsiõ, de que reccelava el mal sucesso, porque segun las señas que pudo pe-

penetrar en los primeros lances el duelo de aquella tierra, se estendia mas allà de los barrios de la muerte, porque los parientes del difunto quedavan substituyendo su vida para vengar el agravio. No flaqueò Carlos con las malas nuevas que le dava el semblãte del duelista juez, antes se empeño con mayor connato para la revista, entendiendo, que es de sabios el mudar dictamen, quando es de sapientissimos Christianos el saber perdonar; despidiòse de Don Ioseph, diziendole, que mas despacio le buscaria al otro dia, en el qual se esmeraron las galas, las hermosuras, los lozanos brios de las tres Naciones, Aragõ, Castilla, y Navarra, que a competencia se emulavan vnas à otras. Huvo Missa, y Sermon, con tan gran regozijo de los coraçones Catolicos, q̃ tuvo el Demonio embidia dèl, el qual mostrò por la tarde, incitando, ò ya con el ardor del vino (comũ achaque de plebeyos viles) ò ya con la loca emulacion de las Naciones pretendientes, ambiciosas de llevarse la palma en todo genero de agilidad, y valentia, à dos moçuelos revoltosos, que los traìa de manga el Demonio para hazerla de desdichas contra los hombres; estos viendose maltratar en el juego de la esgrima de dos diestros en la espada, se determinaron a vengar la afrenta, que su loca fantasia suponia, como si fuera delito saber mas de la espada, en tiempo que es vso el saber menos de todo: amotinòse el vno, con que dexò la espada negra para vengarse con la blanca; tratò de hazer locuras, que ayudadas de otros de su nacion, crecieron a tanta altura, que se temiò grande estrago tras la muerte de los alborotadores, porque se armaron las tres naciones, como si estuvieran en campaña rasa, a vista del enemigo: fue Dios servido, por medio de la Virgen su Madre, a quien festejavan los Catolicos coraçones de todos, que no passe à mas rotura, q̃ al castigo merecido de aquellos pertubadores de la paz santa, con que se celebrava el dia del Nacimiento de su Madre Santissima.

En el tiempo en que se trabò la pendencia, estava Carlos con el anciano Don Iosep, solicitando hallar modo como componer el duelo de D. Alonso, para acabar de sossegar aquellos dos calificados linages. Passeavanse ambos a dos apartados del concurso, à la sombra que hazia la misma Hermita, muy fuera de imaginar lo que luego sucediò; pero a pocas bueltas de el passeo, oyeron grande ruido de vozes, de golpes de armas, que los obligò à procurar saber la causa de tan ruidoso alboroto; pero antes de dar buelta a la Hermita, vierō venir a vn brioso moço retirarse de vna gavilla de moços, q̄ le teniā mal herido, y aun acosado de muerte, congojado se viò Carlos sin armas a vista de tan gran fuspecheria; pero como a la nobleza del animo valeroso nunca le faltan brios, aunque la falten las armas, echò mano de vn desgajado tronco de vn arbol, que estava arrimado a las paredes de la Hermita (que suele ser ordinaria colgadura de la montaña) con que blandiendole a dos manos, enfrenò la furia de aquella agavillada canalla, dando lugar al pobre Cavallero, à que cobrasse aliento, que venia fatigado, con que tambien se logrò el valor de sus amigos con el cuydado de la justicia, que vnida la virtud, se desvniò la maldad que tratava de destruir la paz santa de aquel dia. Con este tan valiente, como dichoso accidente, se començò a tomar forma en todo con tan buena fortuna, que en menos de dos horas se sossegò el tumulto; huyeron los dilinquentes, murieron los reboltosos, los pacificos bien intencionados, por medio de su valor, bolvieron à gozar de la paz, dando gracias à Dios, y a su Madre Santissima, de la merced que les avia hecho, retiraron al Cavallero, que estava herido, a la possada de Don Ioseph, de quien era sobrino, y hermano de Don Ioseph, à quien quitò la vida Don Alonso, el amigo de Carlos; curaronle de tres heridas que le auian dando, con

que trataron de dar orden como llevarle a Taraçona, para cuidar de su vida con mas assistencia, y regalo, porque aquella estancia era vn monte, la comodidad como de montaña el vagaje, que avian traido mulas; Don Iayme estava muy desangrado; las heridas eran, al parecer, de cuydado, que todo era de congoja para Don Ioseph su tio; pero a todos estos ahogos quiso Carlos dar remedio, ofreciendose a traer litera con que llevar à Don Iayme a Tarazona, para que de alli, si pareciesse à los Cirujanos, passasse à Zaragoza. No puso dilacion alguna en executar lo que avía prometido, pues con Andres, en breves horas se puso en Agreda, de adonde despachò a Tarazona a prevenir posada en la casa de vn amigo; mientras tanto llegò Carlos a Moncayo à las dos de la noche, con vna litera, que era de vn Cavallero de Agreda, con que al punto salieron para Tarazona, Don Iayme muy bien acomodado en la litera, los demas en mulas, que à corto passo llegaron à las seis de la mañana à la casa de el amigo, donde los comboyò Andrès, que los aguardò a la entrada de el lugar. No quisiera Don Ioseph obligarse con tanta demasia; pero viendo que era fuerça, por ser forasteros, y estar en vna posada, las quales en España, en ningun tiempo son buenas, quanto y mas en Setiembre, diò lugar, por persuasion de su muger, à que admitiesse el agassajo de Carlos, a quien mirava ya con mas cuidado que el ordinario. Acostòse Don Iayme, vinieron los Cirujanos, que no quisieron curarle hasta las veinte y quatro horas; pero a la hora señalada lo hizieron, declarando no ser de tanto peligro las heridas, cō que todos se alegraron, y en particular Carlos, por el valor q̄ viò en D. Iayme, y juntamente porq̄ juzgava, q̄ con su salud conseguiria su pretension; al fin, dētro de veinte dias le asseguraro͂ los cirujanos, q̄ podia caminar; y assi se hizo, en la misma litera,

con que Carlos le avia traìdo de Moncayo, que por orden de Don Alonſo la bolvieron à remitir, que con buen viage llegò Don Iayme à Zaragoça en compañia de Don Ioſeph, ſu muger, y Carlos, que los acompañò haſta ſu caſa, donde Don Ioſeph, y Don Iayme le regalaron, y feſtejaron, procurando pagar con eſtas atenciones, las que tuvo Carlos en todo el ſuceſſo paſſado, particularmente Don Iayme, que como mas obligado eſtava reconocido como noble, y como tal deſeava ſatisfacer: ſacabale a paſſear à orillas de el rio Ebro; llevavale a los entretenimientos, à las Torres, que es lo miſmo que en Caſtilla caſas de Campo, en Toledo Cigarrales, en Granada Carmenes, y en Portugal Quintas; al fin, a todo lo que avia en el lugar que fueſſe de guſto, le llevava.

Vn dia deſtos, que eſtavan ſolos orillas de Ebro, le dixo Don Iayme a Carlos: Amigo, ya entendereis de mi nobleza quan reconocido eſtarè à lo que os devo, ſuplicoos, que me trateis como à vueſtro deudor, ſin que aya entre los dos cumplimientos, ſino buena voluntad, ſin afeytes de corteſana politica; porque a mi me eſtà tambien vueſtra amiſtad, que en mi eſtimacion, la tengo por grangeria. No deſeava Carlos mas que eſte lance, para hazer las amiſtades entre Don Iayme, y Don Alonſo, con que valiendoſe de la ocaſion, le dixo: Mi jornada a Mõcayo (amigo Don Iayme) fue ſolo a vuſcaros a vos, y à vueſtro tio Don Ioſeph, para comunicaros vn negocio, que à todos nos eſtà bien, à vos, y à vueſtro linage, por el ſoſsiego que conſeguis; a mi, por el buen logro de mi amiſtad: haſta aora no os he dicho nada, porque aguardava eſte lance; aora lo hago con toda cõfiança, de que conſeguirè mi pretenſion; en vueſtra mano eſtà, mirad ſi os lo puedo ſuplicar, porque me peſara hazer empeño con mis amigos, para ſalir deſayrado en el ſuceſſo. Rebentando eſtava Don Iayme por dezirle a Carlos, que diſpuſieſſe a ſu guſto todo lo q̃ eſtava en ſu mano; pero atendiòle con todo cuidado, haſta

que

que acabò, à que respondiò Don Iayme: Amigo, si pudiera tener quexa de quien tan obligado me tiene, ninguna mayor que la que podia tener de vos, pues aveis alargado el plaço al tiempo, pudiendo acortarlo, insinuandome vuestro gusto; pero pues lo aveis callado, vuestra serà la culpa, quando es mia la pena. Vna sola cosa podia exceptuar de la concession general, que es la de la honra, la qual fio tanto de vos, como de mi propio; y assi podreis disponer, sin genero de duda, que sereis obedecido. Estimò mucho Carlos el cortesano empeño, con que sin mas preambulos le dixo, como era amigo de Don Alonso, por cuya amistad estava obligado a solicitar su sossiego; porque el enfado avia sido muy honrado, en el qual no avia duelo; pero si quedava algo de purgar, no era de Cavalleros satisfacerse por mano de la justicia, sino por la propia espada; para cuyo ajuste estava D. Alonso prompto, como Cavallero, si fuesse necessario, à salir à campaña; pero como la causa no era de duelo, sino de composicion, como personas de juyzio, verdaderos Catolicos, que a esto era a lo que venia, con determinacion de no salir de Zaragoça sin acabar de ajustar estas amistades, que le suplicava, que pues era la parte como hermano de D. Ioseph el difunto, dispusiesse la materia de manera que estuviesse bien à todos. Con gran atencion estuvo Don Iayme a todo lo que le propuso Carlos, que visto que parava en hazer amistades con D. Alonso, se fue à èl con los braços abiertos, diziendo: Solo vos, amigo, podeis darme tantas vezes la vida, con que me vengo a persuadir, que solo vos sereis poderoso para conseguir lo que tanto deseo. Y porque conozcais mi fortuna, hagoos saber que solo vivo de la esperança, de que podrè alcançar vn favor de la hermana de Don Alonso, esso es lo que deseo, esso es lo que pretendo; pero a todo se opone vna hermana mia, que es la que impide el buen sucesso de nuestra pretension, esta lo baraja todo, esta hermana, amigo

go Carlos, es la que impide mi bien, la qual turba mi sossiego, la que embaraça mi dicha; al fin, la que dificulta todo el buen sucesso que deseamos. Es vana, aunque entendida; es cortesana, aunque vengativa, con que obliga à todo el linage à que le hagã guerra à Don Alonso, con que me tienen sin salud, sin gusto, sin sossiego; mirad vos, amigo, si os atreveis con tan poderoso enemigo, que lo que toca de mi parte aqui me teneis para obedeceros.

Suspenso quedò Carlos cõ la respuesta de Don Iayme, porque aunque podia festejar la seguridad de tenerle de su parte, la oposicion del coraçon vengarivo de vna muger le pudo zozobrar el gusto, Mas quisiera (dize Carlos) pelear con vna fiera sangrienta, que con vna muger airada, y vengativa; pero siendo entendida, bien me prometo buẽ sucesso en toda nuestra pretension, porque el entendimiento claro sossiega la borrasca mas deshecha, que levãtò la vanidad en el golfo de la passion vengativa. Donde vive esta vuestra hermana, D. Iayme? que no se que me ha dado, que me parece, que con el favor de Dios, he de conseguir, q̃ essa señora sea nuestra agente en esta causa; vamos a hablarla, donde vereis como Dios me ha traido a Zaragoza para meter en paz estos dos linages, tan sin razon encontrados. Pues vamos (dixo D. Iayme) que yo os mostrarè la casa, sin que me vea, porque me tiene por sospechoso.

Llegò Carlos al vmbral de la casa; llamò, respõdieronle, preguntò por la señora Doña Ines, a quien suplicava le diesse licencia para besarla la mano; mandaronle que entrasse en vna sala, donde se hallò con vna dama viuda, moça, hermosa, cortesana, con mas punta de vanidad entendida, que de necia presumpcion. No le pareciò à Carlos tan cruel el enemigo en la relaciõ de Don Iayme, como a vista de su hermana Doña Ines, porque vna hermosura turba; no obstante se armò de confiança, porque es gran principio de la fortuna la buena espe-

ran-

rança del despacho. Propuso su pretension, previniendo a Doña Inès de Angel de paz, en cuya mano estava el sossiego de aquellos dos nobles linages, assegurandola, que Don Alonso la tomava por su amparo, aunque no le escrivia, por parecerle que la cobardia se graduava de benemerita, à vista de sugetos mayores; que estava tan a su obediencia, q̃ postrado a sus pies se remetiò a su voluntad, para que dispusiesse de su persona, lo que mas conviniesse a su gusto, que si gustava de q̃ viniesse a Zaragoça, à entregarse a la justicia, empeñava su palabra de obedecerle. Aqui acabò Carlos el memorial de su pretẽsion, diziẽdo a D. Inès, q̃ no se preciasse de fiera en el rigor, ya q̃ su vista lo era cõ los hõbres, q̃ dexasse lo sangriẽto, para lo barbaro, pues el Cielo la graduava de venebola, que fuesse paloma de segura esperãça de la paz; espiritu de amistad, suave medio, por dõde se cõsiguiesse la dicha del sossiego. Supo Carlos disponer tã biẽ el gusto de la hermosa dama; que consiguiò de presente tan buenas esperanças del buen sucesso, como assegurarle Doña Inès el buen despacho, dando su palabra, de q̃ consultaria la materia cõ su linage, q̃ ò podria poco, ò antes de veinte dias se aviã de sossegar el encono de las dos parẽtelas, con q̃ D. Alonso gozaria de la possession de su prima; y porq̃ se assegurasse mas Carlos de su palabra, se la dava, de q̃ el siguiente dia iria a visitar a D. Ana, porq̃ todo se devia a su buena disposicion, q̃ cõ tal medianero tendriã paz las mas barbaras naciones. Con esto se despidieron, Carlos muy agradecido a la galanteria, con que le tratò Doña Ines.

Al pũto q̃ saliò Carlos de casa de D. Inès, encõtrò cõ D. Jayme, q̃ le aguardava con hartos temores de q̃ su hermana se negasse a la agẽcia de su anhelo; pero en viẽdo a Carlos, se imaginò dichoso, porq̃ el pretendiẽte, hasta en los semblãtes assegura, ò no, el buen, ò mal fin de su pretẽsiõ: cõtòle Carlos lo q̃ le avia passado con su hermana, con que era fuerça el nõ detenerle, por ir a casa de Don Alonso a avisar a Doña

Ana, para que ganasse por la mano gozar de la ocasion, para ver a su Dama, en compañia de su amigo; pero no se lo permitiò Carlos, porque no fuesse accidente, que pusiesse en contingencia la buena sazon, en que estava su negocio: no replicò Don Iayme, con que se despidieron los dos, Don Iayme, à contemplar en las buenas esperanças de la possessión de su Dama, Carlos a disponer a Doña Ana, para la visita de Doña Inès, que no fue tan facil, porque no se acabò de determinar, hasta consultarlo cõ los suyos, porque en este Reyno, hasta las mugeres se goviernan por las leyes del duelo. A todos les pareciò, que encaminava Carlos felizmente su negocio, con que se dispuso que las dos primas, à titulo de que venian de la Virgen del Pilar, visitassen a Doña Inès, la qual se obligò tanto de la cortesania, que en pocos dias despacharon por Don Alonso, el qual perdonado ya de la parte, fue facil alcançar el perdon del Virrey, con el qual entrò en Zaragoça; pero antes que se casasse con su prima, se ajustaron las bodas de Don Iayme con su hermana, con que se confirmaron las pazes, las bodas se celebraron, con gran regozijo, con sarao publicò, donde Carlos diò principio al empeño mayor de su vida, la qual pudo perder con harta desgracia. Carcose en el sarao con Doña Antonia, muger del anciano Don Ioseph, y como los pocos años en braços de vna senectud, en breves dias conocen la diferencia de los climas, resfriase el calor del matrimonio, padeciendo achaque peligroso el primer cariño de las bodas. Doña Antonia era niña de diez y siete años, con prendas de aseo, y hermosura; Don Ioseph passava de sesenta y tres años, què aunque la cuẽta del climaterico passado assegurava por algun tiempo su vida, su nevada cabeça, à fuerça de tantos Inviernos, la desposseia a su esposa de las sazones de casada; al fin las estrellas de Carlos, y Doña Antonia confrontaron, con que a pocos lancès se encendiò fogosa llama, del vicioso

amor

amor en sus dos coraçones. Los primeros lances, fueron cercanias continuas de la vista, fuerte, si executivo cañon, para dar bateria a la fuerça de la voluntad; los segundos esfuerços deste amor, fueron repetidas visitas, en dulce cõversacion; si la vista hiere, las palabras matan, con que en breves dias se hallò Carlos en possessio de Doña Antonia. O hipocrita passion de la voluntad! con que facilidad se introduce, que blandamente embriaga, que facilmente se empeña, que dificultad no allana; que tropiezos no desvia; y alfin, que duro natural no aprisiona.

CAPITVLO XV.

Sigue Carlos el empeño, hasta la permission del premio.

CON las promesas de la esperança vana, se enamora el pecho mas brioso de las plumas, y de las galas soldadescas; ambicioso de lauros de la honra, pretende, à fuerça de sus brios, alcançar los boltarios aplausos de fortuna. Dexa los paternales alhagos de su casa, y patria, por la palestra campal del enemigo; sus amigos caros dexa, su regalo, y sossiego, sin permitir embarazos al belico ardor que le empeña. A largas jornadas dà alcance a su compañia, que yà le aguarda, haziẽdo valiente cara al enemigo; sigue la marcha con juvenil orgullo, hasta que en campo raso, tremolan las enemigas vanderas, apellidando alegres empeños de los horrores de Marte. No le turba la sangrienta amenaza que le aguarda; no le haze cegar a su coraje, el horroroso espectaculo de las armas, à todo ofrece el pecho por conseguir el premio, laureado del valor. Presenta el General la batalla al enemigo: las caxas, clarines, y trompetas hazen seña para entrar en la batalla; relinchan los cavallos, irritados del belico estruendo: bufa el valor, reconociendo que ha llegado el lance de esgrimir el azero en partida campaña, cuerpo a cuerpo: brama el aire, açotado la furia de las valas: salen las

mangas de la infanteria, guarnecidas de las tropas de cavallos: danse la carga con destreza, ò rabia: turbase el Sol, à oposiciones de las nubes del humo, y polvo: rõpe la cavalleria la contraria hueste: resisten los infantes cõ sus picas el tropel de cavallos enemigos: suena la voz de la victoria alegre: retirase el mas valiente, buelve la espalda el cobarde, gime el herido, pelea con la muerte el quasi yà difunto, siente el prisionero, quando el vencedor canta la gloria del dichoso encuentro. Preguntemosle al valor racional, mas sin segundo, si era esto lo que imaginava de la guerra en su patrio suelo? Si algun dia en su idea formò el violento destrozo de vna vala, el granizo sangriento de pelotas, el sangriento estrago del azero, y nos responderà que no, porque el valor no discurre, pues las experiencias enseñan. O mundo loco! ò vicio del amor! embeleso de los hombres, que siendo tus sazones vna guerra viua, ay quien ciña tus laureles, ay quien los ronde; pero que no harà vn vicioso, picado del aspid, que llaman voluntad?

Veamoslo en Carlos, el qual aquella noche de su mala estrella, donde se festejaron con alegre sarao las bodas de Don Jayme, y Don Alonso le cupo (como forastero, que tãta parte avia tenido en el buẽ sucesso de las amistades de aquellos tan encontrados linages) el lugar entre los parientes mas cercanos; y como Doña Antonia, siendo muger de Don Ioseph, era la mas allegada, juntandosele el ser madrina, fue la que se sentò junto a Carlos, ò porque acaso sucediò asi, ò porque alguno dellos picado de la vista, quiso remitir a experiencias mas cercanas, el veneno de los ojos. Iuntos, pues, se hallaron los dos, que se conformaron tan de golpe, que parece que sus dos coraçones, ò siempre se comunicaron por estrellas, ò nunca dexaron de ser vno, por conformes; con que sin caer en el crimen de ser facil Doña Antonia, pudo arrojarse, sin dar largas al empeño, en el qual quedaron

con-

conformes en buscar la ocasion, para lograrla con menos publicidad, y mientras llegava este dia, se comunicaron por los ojos todo lo que pudo permitir el publico festejo. Passavase la noche, sin que los dos amantes hiziessen papel particular en el alegre aplauso de las bodas, cosa q̃ podia ocasionar reparo; pero como avia tantos assistentes al gusto del sarao, huvo lugar para q̃ Carlos, y D. Antonia se comunicassen los coraçones, sin nota de la malicia popular, pero reparãdo Carlos, en q̃ para adelãte podia ocasionar sospecha, viẽdo q̃ D. Inès, hermana de D. Iayme, y grande amiga de D. Antonia, dançava sola, se levãtò a acõpañarla en el corro, q̃ juntos cõ gala, y donayre sazonarõ el gusto del auditorio; sentose la dama, en cuyo lugar entrò D. Antoniã, por estrenar la gallarda a compàs de su galan; al qual sacò del empeño D. Alõso, q̃ aviendo dançado corto espacio con D. Antonia, le sustituyò su esposa, que en compañia de su hermana, y de D. Iayme formarõ vn gustoso cõbate entre los quatro, de vn torneo, el qual dançaron con tan gran compàs, compostrera, y destreza, que admirarõ gustosamente a los circunstantes, con que se diò fin por aquella noche al sarao; siguieronse otras ocho, en que Carlos acabò de amartelar a su dama, con que ambos a dos se olvidaron ya del temor de la publicidad de sus amores, tanto, que a ser mas largo el festejo, dieran mucho que notar a los mirones; pero como se diò fin al aplauso festivo de las bodas, feneciò la dulce conversacion de los dos amantes. Bien conocieron los dos la dificultad que avia de tener para comunicarse, porque la vejez de D. Ioseph velava como zelosa de si misma, y aunque no assistia en el quarto de Doña Antonia los criados, que todos estavan a su devocion, no permitia su vigilancia vn rato de desahogo. Don Ioseph, sino era a medio dia à la mesa, no comunicava a su esposa, que de buena gana lo escusara Doña Antonia, porque toda comida era gruñida, dando ordenes como encerrar mas

a su esposa, porque como se veìa con catarro eterno, asma perdurable, sueño a todas horas, orina a cada passo, con braguero a todos lados, la muger moça, y de buen gusto, temia no relaxarse los fueros santos del matrimonio; pero, ò engaño de la vejez decrepita! pues este missmo cuydado vigilante, la obligò a su esposa a romper la rienda del precepto, buscando traza, ò modo, como entrar en su casa a su querido Carlos. No fue facil hallar medio, porque aunque los dos interessados le buscavan, la vigilancia de Don Joseph, con el fiel cuydado de sus criados, no permitian el acierto de su pretension, porque ni aun para consultarlo avia lugar, porque las visitas eran publicas, y pocas; los papeles raros, aunque de parte de Doña Antonia avia algunos, por aver facilidad de assomarse a vna ventana, por donde le dexava caer al tiempo que passava Carlos. Sustentose este loco amor vicioso, en las vassas de vn temeroso apetito, seis meses de duracion, afiançado en las venideras possessiones. La ronda era ordinaria en Carlos; su cuydado no perdia la ocasion, la diligencia, no se suspendia, con que sin desmayarse la atencion viuian los dos amantes alentados de vna loca esperança, en quien assegura el amor sus mayores interesses; buena fiança para afiançar la possession, sino mejor seguridad para arrojarse a navegar el golfo de dificultades, de los empeños de vn amor vicioso; pero todo lo vence la voluntad, todo lo rinde la tenacidad industriosa de vn empeñado vicio.

No los engañò su esperança, aunque puede llamarse engaño todo lo que promete, porque aunque se efetuè lo esperado, es con tantas zoçobras, y torturas, que no es lo prometido, sino lo no esperado, porque es el mas amargo gusto que pudo inventar la tirania, pero la ceguedad del vicio lo sazona, pues con industrioso cuydado, dà ajustadas trazas, aunque peligrosas, para llegar al deseado termino, à que anhelan.

Assi

Afsi le fucediò a D. Antonia, la qual reparò en vn quarto baxo de fu cafa, donde avia vna rexa muy hermofa, aunq afeada con la maleza de los temporales, con que dava a entender el poco cuydado que della fe tenia; preguntò a vna criada, quien habitava aquel quarto, que con tanto defaliño le tratava? fuele refpondido, que nadie, porque era vn quarto baxo, en q folia afsiftir D. Iofeph fu marido, pero que la falta de falud, con la fobra de achaques, le obligaron a olvidarle, por hazer fu habitacion, por mas fana en el quarto alto: no es bueno (dixo D. Antonia) que fea yo la feñora de cafa, y que me aya puefto mi fortuna en tal eftado, que no fepa donde viuo, ni aya reparado en fi ay otros quartos en efta habitacion, que puede fer que aya alguna alhaja en aquel quarto, de que poder echar mano para el adorno, ò fervicio de mi cafa, dad acà la llave, que me pienfo entretener en efto oy, ya que mi hado me ha deftinado a tan trifte vida. El ama, en cuya atencion affegurava el viejo Don Iofeph toda fu confiança, rehusò el entregar la llave, con que obligò al empeño a Doña Antonia, en quien viuian anhelos de lograr fu efperança, cuyo dichofo efecto columbrava; enfadofe la dama de lo terrible, obligandola al ama a que le dieffe la llave, q viẽdola en fu poder, con determinacion colerica, dexò los chapines, procurando baxar al quarto por la efcalera principal, fuele advertido por vna criada, que por vn apofento muy cercano al de fu quarto, fe podia baxar, lo qual pufo en execucion, baxando por la fecreta efcalera, hafta llegar al quarto baxo, donde reparò mas aliño del que prometia habitacion, tan olvidada, porque eftava todo adornado de pinturas, efcritorios, bufetes, fillas, todo tan rico, que quedò, fino admirada, confufa; pero atendiendo mas fu cuydado, hallò vn velon muy limpio, con prevencion de azeyte, que publicava no fer aquella alhaja de olvido; facola defta confufion vn catre de

granadillo, con su cama alhajada de muy blanca ropa, con que su prudente malicia se asseguò de todo, sin hazer movimiento ruidoso, porque reparò, como discreta, que en materias tan agrias, el alboroto es causa de grandes males; callò la malicia bien fundada, determinando el remedio, sin que se publicasse el delito: hizo a la criada, que la acompañò, que llamasse al ama, mientras se entretenia en mirar todo el quarto: subiò la doncella, y Doña Antonia, abriò la ventana de la calle, à tiempo que acaso passava Carlos (que no siempre anda avara la fortuna con los amantes) dixole la astuta dama, que aquel portillo avia hallado en su casa, que ella le avisaria el dia que la suerte permitiesse el comunicarse, demas cerca, que se retirasse presto, no le viessen las criadas, q̃ por instantes aguardava: obedeciò Carlos, à tiempo que bolviò la doncella muy alborotada, diziendo, que el ama estava tomando el manto para irse, à cuyo reclamo subiò en su alcance la astuta dama, con tanta prissa, que la detuvo, obligandola a q̃ baxasse al quarto baxo, y a la doncella q̃ cerresse las puertas, porque no comunicasse con las demas lo sucedido; obedeciò la doncella, porque tambien tenia parte en el delito, gustò de que su señora lo ocultasse. Como Doña Antonia se viò cerradas las puertas, con sola el ama, y la doncella; procurò reprimir su enojo, por dar a entender al ama su delito, como requeria el caso; afeò el atrevimiento, confundiendola con la verdad averiguada, arguyola de infame, ingrata, à la confiãça que su dueño avia hecho de su persona; tan eficazes fueron las palabras, con que la reprehendiò, que la desdichada muger rompiò en vn vergonçoso llanto, echandose a los pies de su ama, pidiẽdo perdon de su ingrata correspondencia: menos era menester, para q̃ la atenta dama, procurasse su cõsuelo, como luego se viò, porq̃ cõ grã blãdura la dixo, q̃ no se admirava de flaquezas de mugeres, pero que

que la dixesse la verdad, para que segun ella se pusiesse el remedio conveniente. En pocas palabras (dixo el ama) podrè dezir a vuessa merced, mi infame maldad. Vn hombre, señora, me galãteò, para casarse conmigo, como lo hizo seis meses ha, pero por no perder la comodidad de su casa de vuessa merced, no lo he publicado; como me vi casada, le he dado lugar à que todas las noches entre à verme por medio de la rexa deste quarto, este ha sido mi delito, esta mi poca fidelidad, esta mi degraciada culpa; la qual ha llegado a su tribunal de vuessa merced, de que no me espanto, porque el pecado trae consigo la publicidad con la pena: de lo q̃ me querello, es, q̃ por estorvar otro galanteo a esta moça, se lo aya dicho a vuessa merced, con que me ha deshonrado, desacreditãdome con la demonstraciõ de mi poca fidelidad, con q̃ ha ocasionado el quedar en desgracia de mi señora, desto estarè siẽpre sentida desta mala hẽbra. A que terminò con lagrimas, con suspiros, dando lugar a la doncella, à que con maldiciones, con juramentos negasse la calumnia, con que el ama la acusava. Muy ahogada de embarazos se viò la discreta dama, con las dos criadas, à quien procurò sossegar, porque nunca la podia estar bien, ni a su honra, ni a su pretension que se supiesse este caso, porque en Don Ioseph le avia de causar sospechoso cuydado el escalamiẽto de su casa, con que era fuerça andar siempre en centinela de su hõra, sin dar lugar al buen principio, que se divisava, para conseguir el fruto deseado de los dos amantes; alfin la prudencia industriosa de Doña Antonia allanò las dificultades que se opusieron a su deseada pretension, sossegò a las dos culpadas contendoras, q̃ desfogavan su rabia, con lagrimas de los ojos. Viendo la discreta dama, q̃ la tempestad del encuentro de las dos criadas, avia terminado en llanto, que es efecto ordinario del femineo coraje, las dixo: ya aveis amigas que la asistencia en mi casa, no es factible, porque yo soy moça, vosotras livianas

atrevidas, y lo que vosotras infielmente villanas aveis pecado, no es biẽ que mi opiniõ lo pague, la vuestra queda por mi cuenta, procurando con mi esposo os favorezca, sin q̃ nadie pueda calumniar vuestro credito, porque à mi pecho solo fiarè este sucesso; lo que os pido, es, que ya que yo cõ tãta atencion miro por vuestro pundonor, callando vuestra alevosia, no la descubrais vos, con publicar vuestra deshonra; dentro de quatro, ò seis dias se lo dire a mi esposo: en este tiempo tratarè de buscar personas, que me assistan con mas verdad; pero vos las aveis de calificar a vuestro amo, que no quiero yo que juzgue Don Ioseph que sale de mi cuydado esta prevencion. No supo el ama como agradecer a su señora la merced que la hazia, sino echandose a sus pies, para besarselos, q̃ vn delito, no solo perdonado, sino bautizado con el color de honrosa determinacion, mas es que perdonar, porque es cautivar con honra al reconocido delinquente. Acabada esta accion, mandò Doña Antonia al ama, y a la doncella, que se fuessen a hazer sus haziendas, por dissimular con las demas criadas.

En estos dias, q̃ tomò de termino, hizo D. Antonia eleccion de la persona, en q̃ pudiesse depositar la seguridad del secreto de sus amores, eligiò vna muger mayor, que su amiga D. Ines, hermana de Don Iayme, la avia propuesto en otra ocasion, en la qual no se hallò, porque Don Ioseph se avia empeñado, por la q̃ estava en casa, y salia della, por lo sucedido, con que no huvo lugar; pero aora sin sacar la cara conseguia lo que antes deseava, porque el cuydado discreto no pierde el lance que se le ofrece. Avisò a Doña Inès, de quien tuvo respuesta, de que vendria la persona, en quien tenia puesto los ojos a servirla con mucho gusto. Con este aviso dispuso al ama, para que supiesse a quien avia de apoyar, y por quien se avia de empeñar con su amo, para que quedasse en casa por su ausencia; con mucho gusto lo asseguró el ama, prometien-

tiendose tras su delito, buena fortuna en todo, como su señora lo disponia, con que apenas llegò de fuera Don Ioseph, quando su esposa, con simulada retorica, la hizo saber, como vn hombre honrado se queria casar con el ama, que lo tuviesse por bien, acreditãdo su buen intento con ayudarla, para poner su casa, porque era credito de todos la comodidad que sus criadas conseguian a su sombra, que ya que por su cuenta quedava el alajarla con algunos trastos de casa, quedasse por la de Don Ioseph el socorrerla con algun dinero, para dàr principio al trato de como avia de buscar su vida. No admitio Don Ioseph con mucho gusto la platica del casamiento; pero viendo que Doña Antonia le rogava, que el ama con lisongeras sumissiones la obligava, vino en ello, con condicion, que dexasse antes de irse, quiẽ sustituyesse su cuydado, porque el estava tan pagado de su atencion, que no viviera satisfecho, sin el apoyo de la seguridad de su ama. O lo que puede la *lisonja*! que de engaños forja la adulacion, que de seguridades falsas grãgea vna astuta malicia! no se descuidò el ama en la respuesta (como quien tanto le importava) dandole a entender al pobre Cavallero, como el amor que tenia a su casa, jũto con la obligacion a sus dueños, la sacavan con el alma en los ojos, desecha en lagrimas; pero que la conveniencia era grande, la qual la obligava a salir de casa, pero siempre rendida al gusto de sus señores, à quien tanto debia, cuya obligacion reconocia con todo rendimiento, y assi que no era ella muger que se huviesse de ir, sin primero dexar persona a su satisfacion, que descuidasse su merced, que ella dexaria quien la hiziesse muchas ventajas en la assistencia, aunque no en la buena voluntad. Muy satisfecho quedò el buen Cavallero de la verdad de su ama, con el alegato que le hizo, mandola que le dixesse a su novio que le viesse, porque queria saber su empleo, para conocerle. Cõ

esto se fue el ama a su señora Doña Antonia, para que embiasse por la persona, de que gustava para su servicio; no se avia descuydado Doña Antonia, pues tenia aviso de de Doña Inès, que vendria al punto, que la avisassen, y como el ama deseava salir de casa en paz, y Doña Antonia echarla con gracia, facilmente se conformaron, avisando a la prevenida criada, la qual fue tan puntual al reclamo, que aquella misma tarde vino con su hija, para concordarse con el ama, y con Doña Antonia, que aguardavan a que viniesse Don Ioseph, para que se quedassen madre, y hija en su servicio; poco fue el tiempo que aguardaron, pues a breve rato avisò vn paje, que su señor estava ya en casa. No quiso el ama perder tiempo, con que tomando de la mano a la recien venida criada, se presentò ante el inocente Cavallero, à quien con lagrimas, mezcladas con funestos ademanes, hijos al parecer de su sentimiento, pues con medias palabras, interrumpidas de sollozos, le dixo, como aquella era la persona de toda su satisfacion, à quien abonava con harta embidia suya, pues quando hazia ausencia de su casa, se quedava ella en su lugar; pero muy satisfecha, de que cumpliria con el empeño, en que la quedava, porque era persona de quien tenia gran experiencia de su proceder, por aver sido amigas del alma muchos años. Satisfecho quedò el buen Don Ioseph, con la nueva criada, por la relacion de la antigua, y mas viendo que su muger no avia intervenido en ello, porque solo ella la apoyava, porque dezia, que era su conocida antigua la criada, de quien tantos años avia sido servido (y a su parecer) con tanta lealtad, por lo qual mandò fuesse por su ropa, para que se quedasse en casa, porque antes que saliesse la vna criada, quedasse industriada la otra.

El coraçon feminco, si se estraga con el vicio, es padre de toda simulacion, y como Doña Antonia desea-

va

va assegurar el sucesso de su vicioso amor; diò traça como su zeloso esposo quedasse sin sospecha de la criada, que nuevamente recibia, que entrava con su gusto, para que sin reparo de su esposo fuesse toda su confidencia. Fue el ardid como de muger, que se sabe enojar quãdo siente lo contrario: quexòse criminalmente à su esposo, de que siẽdo ella la que avia de vivir expuesta al cuydado, ò desatencion de aquessa muger, era tan desgraciada, que sin darla alguna noticia hazia èl la eleccion de la que la avia de servir, cosa q̃ no se podia tolerar, pues en aquella casa era solo dueño en la apariencia, sin permitirla algun uso de la administracion; fue tanto lo que se embrabeciò Doña Antonia, que le obligò à Don Ioseph à acallarla con prudentes alhagos; pero no fueron tan poderosos como la razon prometia, con que se obligò a valerse de mas apretada diligencia; asiòla de la mano, entròla dentro de su quarto, donde abriò vn escritorio, de el qual sacò algunos diges, acompañandolos de los diamantes, y de el oro de vna joya, con que amansò la fingida, aunque ruidosa colera de su muger. O desgraciada inocencia, que suele pagar à peso de oro su deshonra! Al sossiego de Doña Antonia se siguiò su ausencia, que no dura mas la asistencia de vna voluntad simulada, que el tiempo en que se entabla la maraña. Tenia ya escrito vn papel a su Don Carlos, para que a *las* onze de la noche se acercasse a la ventana del quarto baxo; con este ansioso cuydado se asomava por instantes a la rexa, hasta que passò Carlos, a cuya vista dexò caer el papel, que recibiò, que sin detenerse partiò como el mas veloz animal, que alcançò a ver el premio en el termino de su carrera; assi Carlos, deseoso de alcançar el premio de sus amorosos anhelos, no parò hasta su quarto, donde rompiò la nema del papel, y viò que dezia assi:

El cuydado, Carlos mio, ha llegado à purar los vltimos lances del deseo, con que me determino à no perder la ocasion que me ha grangeado la solicitud de mi fina voluntad: esta es la noche tan deseada de mi afecto, si el vuestro està del mismo parecer: en la reja os aguardo à las onze, dende me hallareis como siempre.

Vuestra.

No supo Carlos como apressurar los passos al dia para q̃ llegasse la obscura tiniebla de la noche, a cuya sombra avia de gozar de los alhagos de su dama, sino con introducirse à poeta mendigon, que pedia al Sol en el Soneto siguiente, que se ausentasse, por dar lugar a la noche a que cubriesse la tierra con su vistoso manto.

O Dorica Deidad! tus esplendores
Acelera con passo mas violento,
Y pues menos te pica mi ardimiento
Espuelas pueden darte mis ardores.
Quando à Dafne seguiste los rigores,
Alas te diò el amor, impulso el viento,
Pues por què ha de poder su esquivo aliento
Moverte mas que à grados superiores?
Pisaràs las Estrellas diligente
Si en mas alta Deidad triunfos procuras,
La mitad del laurel te toca en suerte:
Embidia de los rayos de tu frente
Corre por las flamantes espesuras,
Que en que tu viuas mucho, està mi muerte.

En

En esta ocupacion passò Carlos lo restante del dia, el qual entretuvo Doña Antonia en despedir al ama, que se fue dexando encomendado à su señora, que echasse tambiē de casa a la doncella. Todo se lo prometiò Doña Antonia, conque el ama se fue para su casa, deseosa de vengarse de la criada; quedando su señora assegurada del buen termino, en que tenia el premio de sus amores, pues aguardava por horas la noche: fin de tan larga esperança; principio de el mayor gozo imaginado.

CAPITVLO XVI.

Prosigue el primer encuentro del mayor empeño.

AVnque en los principios la fortuna promet a con aciertos, felizes fines en su curso; no obstante no se puede prometer la seguridad de la dicha; en que comēçò a comunicarse favorable, porque vn accidente de vn acaso, basta a barajar la fortuna de tal modo, que començando feliz, prosigue tā azarosa, que la pone en terminos, sino perdidos, peligrosos.

Tal le sucediò a Carlos, pues a fuerça de su galanteo, obligada Doña Antonia de su amor, agenciò el logro de sus anhelos en la sazon de vna deseada noche, como si fuera dia en que no pudieran tropezar con la desgracia. Con la prevencion que hizo Doña Antonia se asseguró de los temores que la pudiera dar la atencion de su esposo, a quien persuadiò con lastimosos ademanes, que adolecia de congojosos dolores; recetòla el buen Cavallero sossiego, porque la hallò alterado el pulso, que tanto zozobra vn esperado gusto, como los agrios de vna pena. Admitiò la dama la receta, como quien la deseava. Retiròse Don Ioseph ordenando que cuydassen las criadas del silencio, para que no inquietassen a su dueño; para cuyo cumplimiento mādò cerrar las puertas, disponiendo, que sólo Alvarez, que era la nueva ama, sabidora ya de la enfermedad de Doña Antonia, la assistiesse. Con esta disposicion se retirò a su

quar-

quarto Don Ioseph, dexando solas a las traidoras confidentes de su honra. Hasta las onze de la noche velaron juntas, pensando como dar fin a tan peligroso, aunque deseado lance: no se descuydò Carlos, que tan puntual, como cuidadoso aguardava la seña del relox, que siendo atendida de la veladora dama, diò orden a Alvarez, para que cuydasse de la gente del quarto, con que tomò Doña Antonia vna luz, y sin temer los assombros de la soledad (porque es muy valiente el amor) se baxò al quarto, por vna escusada escalera, donde ocultando la luz, se assomò a la ventana, à cuya rexa hallò puntual a su amante Carlos, que aguardava los amorosos excessos de su dama; la qual conjeturando por la sombra ser Carlos, la centinela de su gusto, le ceceò su alhago, à cuyo amante arrullo correspondiò Carlos, à pesar de turbaciones noveles, con que luchava el alma: acercose a la rexa, en cuyo claro reconociò a su dueño, que cobarde, sino pesaroso del arrojo regateava medroso los devidos cariños a su amante, que aunque turbado, supo obligar con ansias, que ablandaron los honrorosos rezelos de la dama, la qual picada de su cobardia, aviendole franqueado los primeros lances del cariño, le permitiò los vltimos anhelos del amor vicioso, mostrole el costado de la rexa, por donde se comunicava mas facil la entrada, à que Carlos, sin dar lugar al arrepētimiēto, se procurò introduzir en el quarto; pero las armas, se lo impidieron, de tal suerte, que se viò oprimido entre dos rexas, sin que le permitiessen la entrada, ò la salida: forcejava Carlos, por dessasirse de la nueva prision, à tiempo que sintiò passos en la calle, con que hizo todo el esfuerço possible, por desembarazarse, pero fue en vano, que reparado del que passava por la calle, sin darle lugar a Carlos para la defensa, le diò dos estocadas, tan a su salvo, que bien le pudo juzgar yà por muerto; la colera agitada de la maldad enemiga, abriò camino a Carlos, para que saliesse de aquella nunca imaginada pri-

prision, à tiempo que no contento su enemigo con los executados golpes, pretendia acabarle con el tercero; pero el valor con la destreza de Carlos, no le dieron lugar a la execucion, pues apenas se viò libre de la carcel, de dos rexas, rebatiò la espada de su contrario, à quien a pocos lances de su retirada le diò dos heridas peligrosas, tanto, que le obligaron a pedir confession a grandes vozes; esto sucedio ya fuera de la calle, porque de industria se fue retirando Carlos, hasta salir del puesto de la casa de su dama, la qual asustada del primer lance azaroso de su viciosa voluntad, cerrò la ventana, sin atreverse a aguardar a su amante, ò ya de turbada, ò de medrosa, ò juzgando que avia muerto a manos de su enemigo, con que se determinò a bolver a su quarto, donde llegò bañada en lagrimas, ahogado el coraçon en ansias, lastimada el alma de congoja: sintiò Alvarez la buelta de su dueño, saliola a recibir, y como la viò con señas de mortales congojas, la preguntò la causa de su angustia; pero como la turbacion de la pena no dava lugar a la respuesta, imaginò Alvarez vn gran mal en su señora, la qual atropellada de razones bien sentidas, puso en terminos mortales sus alientos, dexò caer la luz la angustiada dama, y con mortal desmayo se dexò caer en los braços del ama, la qual como pudo la echò sobre la cama, donde la rociò con agua, con cuyo refrigerio despertò del pesado letargo de la pena, al cabo de gran rato, dando vn suspiro pregonero del verdugo, que ahogava su coraçon: llegose Alvarez a su señora, preguntole la causa de su afan, y no supo dezir mas la condolida dama, que avian muerto a su amante Carlos, con que bolviò a repetir el desmayo: no se turbò el ama en este lance, porque era muger de juizio, aunque lo aplicava mal; al punto desnudò a su señora, procurando se hallasse en la cama, quando saliesse de aque-

aquella congoja, y por si acaso el cuydado le hiziesse madrugar a su amo, no hallasse indicios de su afrenta, con que turbar el sossiego del secreto, con que todo se pōdria de peor calidad, porque assegurada esta partida, el tiempo curaria lo demas. Con esta prudente disposicion aguardò la discreta criada el fin del desmayo de Doña Antonia, la qual a fuerça de diligencias de Alvarez, despertò del pesado parasismo, y lo que hasta aquel punto avia sido ahogo del coraçon, se mudò en llanto, soltando los diques de la mar de su congoja, con que anegaron el campo de sus mexillas, con inundaciones de lagrimas. Ay ama (dezia) que he perdido en vn instante mi hō-ra, mi vida, mi gusto, mi amante Carlos, que si èl no huviera muerto, nada importara de lo dicho! O mal logrado amor! ò infeliz voluntad! ò desgraciado cariño! ò mal afortunado amante! infausto hado! estrella triste! fatal cometa de fortuna! Quien (dime ama) puede viuir acosada de tantas penas? A que criatura le ha sucedido tal desgracia! Aora no me admiro de aquellos fabulosos arrojos de los amantes, que elegian la muerte por sus manos, movidos, ò incitados de fatales presagios de sus amores: yo le vi yo (Alvarez) por mis ojos passar el pecho, por dos vezes, sin poderle defender de la aleve, si traydora mano de su enemigo, yo le vi a mi querido Carlos batallar con las ansias postreras de la vida, con tan estremado valor, que a pesar de los embargos de la muerte, se arrojo sobre su contrario: claro està, que ya seria sin fuerças para defenderse, porque segun mi triste imaginacion me avisa, à larga distancia, me parece que oì pedir confession, y mi mala suerte me assegura ser mi amante el herido, quando por nuestro desgraciado hado nos puede juzgar el mundo à ambos por muertos: esta es ama mi desgracia, esta es la causa de mi mayor ahogo, quitadme la vida, que os lo estimarè, porque vida sin mi Don Carlos, mas es muerte prolongada, que duracion de vida, para apetecer: las lagrimas embuel-

bueltas con sollozos, dieron fin a la lastimosa quexa de la ansiada dama, à quien procurò Alvarez consolar, diziendola, que la noche era madre de fantasmas, que procurasse sossegar, que esperava en Dios que venido el dia, se avia de bolver todo en alegria, porque segun su mal juizio, Carlos venia armado; porque à semejantes lances, no viene vn hombre sin prevenciõ muy conocida; el ruido en la calle fue tan corto, que no lo apercibiò, con estar con toda atẽcion: circunstancias que asseguravan el buen sucesso; pero que quando fuesse malo, no la estava bien a su señora darse por entendida, porque primero era la opinion de su honra, la qual peligrava si los criados de casa rastreassen algo de su achaque, porque eran enemigos domesticos, de cuyas lenguas dependia toda su reputacion, que tuviesse buen animo, procurando encomendarlo a Dios, y a la Virgen de las Angustias, que venido el dia, se aclararia todo; saliendo de aquella angustiada confusiõ. Con este breve consuelo quedò Doña Antonia mas alentada, para aguardar el buen sucesso en la temida desgracia de su amor, para cuyo logro se estuvieron las dos, dando trazas, como saber lo sucedido, sin que se entendiesse, que era cuidadosa diligencia; fueron varios los dictamenes, hasta que se conformaron, en que con el dia se abriria camino, para que sin nota tuviessen noticia de lo que deseavan.

Muy congojosa fue con sus assombros esta noche para Doña Antonia, aunque no menos atribulada para Carlos, porque ademàs del peligroso lance, en que su vida estuvo arriesgada, su discurso le acosava con sangrientos golpes, sin acabar de dar vado a sus imaginaciones: en el desgraciado sucesso de aquella noche, le ocasionava el temor de su mala fortuna, à imaginar, que podia su dama ser traidora, pues cerrò la ventana, viendole sangrientamente acometido de su enemigo, el qual, ò podia ser su galan, ò su pariente; si era su galan, le tocava al pundonor; si su pariẽ-

te le obligava a mantener el empeño por su credito.

En este chaos de congojosas confussiones, le tenia aprisionado su discurso a Carlos, adelantandole mas el sucesso de su enemigo, que viendose tan mal herido, era fuerça declarar el lance sucedido, que todo militava contra los dos amantes. Tocavale a Doña Antonia, en descredito de su lealtad, por imaginada autora de aquel sucesso: contra Carlos era la mayor bateria, porque por todos lados era sangrienta la causa, por zelos, por empeño del duelo; no obstante toda esta tropellia de discursos, aviendose desnudado, y viendo que la prevencion de vn buen jaco le librò de la muerte, porque requiriendo la venturosa defensa, hallò estar desgovernada por dos partes, por cuya causa diò gracias a Dios, que le librò de tan gran peligio, donde pudo acabar con su vida, como imaginava le avia sucedido a su contrario, el qual el rigor de dos heridas que le diò, le obligò a pedir confessión, En estos, y otros discursos enfadosos passò Carlos lo restante de la noche, hasta que llegò el dia, con el qual se aclararon las tristes sombras de aquella noche: vistiose Carlos, por salir a Missa a la Virgen del Pilar, donde se encontrò con el buen Cavallero Don Ioseph, marido de Doña Antonia, que iba a hazer que le dixessen vnas Missas por la salud de su esposa; saludaronse ambos a dos, Don Ioseph se le querellò mucho de su retiro, pues eran raras las vezes que le avia visto despues que estava en Zaragoça, que èl como viejo no le podia dar vn alcance, y Carlos como moço podia sin trabajo verle, pero que la mocedad no se acordava de amigos viejos, pues el dia, y la noche, todo era poco para gozar de sus entretenimientos; pero que ya que le avia cogido, que no le avia de valer el sagrado, porque le avia de llevar a su casa, aunque era tiempo en que Doña Antonia estava achacosa, pero que con su conversacion entretenida, divertiria a su esposa de su gran tristeza, admitiò

tio Carlos el convite, si bien con algun recelo de que fuesse maña maliciosa del inocente Cavallero. A este tiempo se llegaron tambien a la conversacion Don Jayme con Don Alonso, que venian a Missa, de quien se quexò tambien el anciano Don Ioseph, porque no le tratavan, à que respondieron ser recien casados, con pocos años, con mucha conformidad en sus matrimonios; la Missa que saliò partiò la contienda; pero acabada les rogò Don Iosep a todos, que le hiziessen merced en su casa, por estar enferma Doña Antonia, todo lo qual se dava la mano, con diferentes discursos, que hazia Carlos, porque le propuso la imaginacion ser misteriosa la junta de parientes, no obstante se determinò à seguirlos, porque el valor no teme la amenaza de el discurso, sino los escrupulos del credito.

Mientras Don Ioseph estuvo en Missa, tuvo Doña Antonia otro susto bastante à aumentarle sus penas, que fue que el marido de el ama que saliò de casa, sentido de que su muger se desacomodasse por causa (a su parecer) de la doncella que avia quedado sirviendo; rondava la calle, imaginando hallar al galàn de la criada, de quien se quexava su muger para reñir con èl, y como la noche antes viò à Carlos, que se procurava introducir al quarto baxo de la casa de sus amos, juzgò ser el que buscava, y juntamente vengarse de èl a su salvo; pero sucediòle muy al contrario de lo que le pintò su imaginacion vengativa, pues en lugar de el galàn que buscava, hallò a Carlos prevenido de armas, con que resistiò la alevosia de sus dos estocadas, y desembaraçado de la rexa, le diò dos peligrosas heridas, que reconocidas de su muger, se vino à casa de D. Antonia, donde entrò pidiendo justicia contra la doncella, cuyo galã (dezia) avia herido a su marido. Iusticia pido, señora, contra esta mala hembra dezia la taimada ama. Como Doña Antonia estava afligida con los temores de la noche passada,

ausentose de la querella del ama, sin que su turbacion diesse lugar al discurso, para atẽder a la luz que le iba dando el tiẽpo, de que no era tãto el mal, como el que su fatal presuncion temia, no obstante se armò de paciencia, por sossegar al alma, porq̃ no alborotasse la casa: acariciòla cõ agrado, llorò igualmẽte su desgracia, cõ q̃ la rindiò al sossiego preguntola como fue el caso, respõdiola el ama, q̃ declarava su marido, q̃ el galan de la dõcella de casa, con otros dos valientes, le avian herido, que ella no sabia otra cosa, à que respondio la afligida D. Antonia: pues amiga sepase cõ verdad el delinquẽte que puede ser, no tenga culpa mi doncella, porq̃ es mucha passion el culparla, sin mas testigos que los apassionados, yo os prometo de cuydar de la cura, y regalo de vuestro marido, pero aveisme de hazer gusto de sossegaros, porque no entienda D. Ioseph q̃ se turba su casa, por causa tan inorme, que supuesto q̃ en el lance que a vos os importò, fui yo la causa de q̃ se ocultasse, sin que nadie lo entendiesse, callad vos aora en el presente, procurãdo saber la verdad, para q̃ se remedie; pero sino quereis moderaros, os juro por vida de D. Ioseph, de hazer q̃ os tapen la boca, de manera, que no sepais hablar otra vez en vuestra vida, pues siendo muger, à quien se ha hecho el beneficio de recatar vuestra deshonra de los ojos del mũdo, sois tã ruin muger, q̃ sin conocimiẽto cierto de la verdad, atropellais la honra de vna doncella, que viue en vna casa, donde vos aveis comido el pan. En esta batalla estavan el ama, y D. Antonia, quando llegò Alvarez muy alegre, diziendo, alientese v.m. señora, que ha venido mi señor D. Ioseph muy cõtento, de q̃ ha hecho dezir las Missas a la Virgen del Pilar, tan seguro de q̃ le ha de dar à v.m. salud, q̃ para festejarla, trae consigo a su sobrino D. Iayme, al señor D. Alonso, con otro Cavallero, para darlos chocolate, y como le he dicho que està v.m. mucho mejor, los ha cõbidado a comer, con razon, porque su salud de v.m. es muy digna de estimar, alegrese v.m. que aun-

aunque la noche fue tã molesta, el dia, sea Dios vendito (como la dixe à v.m.) nos assegura bonãça. El cuydado q̃ D. Antonia tenia del sucesso de la noche passada, la hizo atẽder à lo que Alvarez la dixo, pregũtandola, quien es el q̃ acompaña a Don Iayme, y D. Alonso, porq̃ si es persona estraña, serà necessaria mas prevẽcion. No me parece, respondiò Alvarez, q̃ es persona de cumplimiẽto, porq̃ segun he reparado, se tratan todos como hermanos, llamase (Dios me lo acuerde con bien) Carlos, si, Carlos, debe de ser pariente, ò amigo intimo. Cõ esta deseada noticia, diò D. Antonia a su coraçon mil parabienes, q̃ tan congojado estava hecho a pesares, tanto, que apenas la dava credito; no obstante como felicidad apetecida, sino biẽ lograda por los resabios de la incredulidad, se cõformò cõ darle credito, por dar vn rato de descanso al coraçõ maltratado cõ temerosas angustias, las quales, trocadas en risueño sossiego, diò D. Antonia orden al ama, para la comida de los huespedes, no obstante la zoçobra que tenia por no acabar de enterarse del sucesso de aquella noche, pero como estava cierta, de q̃ Carlos viuia, atropellò suspensiones medrosas, à fuerça de seguridades de la vida de su amãte. Enmedio desta suspẽsiõ de armas, de temores, para asegurar las pazes de rezelos, entrò D. Ioseph, su esposo, à saber como la iba previniẽdola, como su sobrino D. Iayme, acõpañado de Carlos, y D. Alonso q̃ la queriã hazer vna visita, mientras se aderezava la comida. Aqui fue donde Doña Antonia acabò de echar las tinieblas de temores a cintarazos de la luz de verdad tan deseada. Entren en hora buena, respondiò Doña Antonia con el coraçon en los labios hechos risa: como mas de casa Don Iayme hizo guia a los demas, los quales haziendo chança, la dixeron, que su enfermedad era dolencia de melindre, que se levantasse, porque venian desafiados a jugar al hombre aquella tarde, la qual seria muy pesada, sino la viessen con probables señas de su salud, que tãto deseavã. Rogoselo D. Ioseph tambiẽ, cõ

que protestando la fuerça D. Antonia se dexò vencer, alegãdo del derecho que tenia, à q̃ la festejassen, pues su achaque era melancolia ocasionada de la soledad q̃ padecia, cõ q̃ por divertirse, y por obligarlos a q̃ no fuesse solo aquel dia, el q̃ viniessen a su casa, sacaria fuerças de flaqueza para vestirse, prometierõ todos de visitarla, con q̃ la dexaron vestir. Retirarõse al quarto de D. Ioseph, donde se tratò de las heridas q̃ la noche passada avian dado a vn valiente del, sin saberse el que le avia señalado, aũque el herido declarava en su confession, que le avian acometido tres hombres, que en los primeros lances, procuraron despachar con el, pero que al ruido de pedir confession le dexaron; Carlos, que era el que solo podia hablar en la materia, respondiò, bien tarde passè yo a noche por la otra calle, donde dizen que sucediò el caso, pero ni vi, ni oì nada, mas de vn instante a otro sucede. Son picaros que vnos a otros se muerden, à titulo de guapos temerones. En esto dieron las dos, hora en que sacaron la comida, à la qual acompañò D. Antonia, porque le hiziesse buen provecho a Carlos; venia tan hermosa, tan alegre, tan placentera, que a todos enamorò, con particularidad a D. Ioseph por esposa, quãto a Carlos por galan; entro diziendo, q̃ lo que le tocava a su parte, ya auia cumplido, q̃ assi devian cumplir todos, pues los venia à acompañar en la mesa, segura de q̃ la comida no los hiziesse mal, pues era sin prevencion como a personas tan de casa. Con sazon, y gusto comieron todos; los dos recien casados regalaron a sus mugeres con los platos particulares que se sirvieron, solo Carlos no tuvo con quien cumplir, sino con su dama que le hazia el plato, tãto con la vianda, como con el coraçon que se le assomava a los ojos, cõ que en sazones de muestras de voluntad dos almas conformes se regalavan. Acabose la comida, à que se siguiò tomar Don Iayme la guitarra, que sin melindre, ni aguardar a que le rogassen con dulce voz, y mejor gracia cantò este romance.

Achaques siente Fenisa,
causados de cierto mal,
que desmaya en dulce cielo
rayos, Soles de cristal.
El Mayo de sus mexillas
pompa fue vn tiempo, mas ya
de la Primauera, apenas
no se vè mas que el Azar.
El campo de su belleza,
es desmayo de deidad,
sombra del Sol, que caduca
en su esfera de cristal.
Cielo parece Fenisa;
pero cielo en tempestad,
que raya entre obscuras sõbras
santelmos de claridad.
Negros cercos à sus soles
les puso el dolor fatal,
porque no se assombren ellos
sin sombras de calidad.
Buelue Fenisa en Abriles
la inuerniza enfermedad,
y flores, y rosas brote
el campo de su beldad.

Con lindo gusto cãtò D. Iayme el Romance, el qual todos celebraron, viendo q̃ le cantò con armonia, trayendolo tan à tiempo del achaque de Doña Antonia, la qual porque no se perdiesse tiempo, hizo q̃ sacassen naypes, para que todos quatro se entretuviessen: porque lo licito del juego es virtud, quando el ser tahur es infame vicio. Retiròse D. Antonia, prometiẽdo bolver al pũto, que despachasse al ama antigua, la qual dexò à su marido mal herido, por grangear con su ama algo, à titulo, ò cõ ocasion del enfado de la criada, su señora la diò vn doblon de à quatro, con que la embiò contenta, prometiendola hechar de casa à su contendora; con esto se fue el ama muy contenta, y Doña Antonia se bolviò al juego à tiempo, que se le auia hecho hombre Carlos, jugaron vna carta, à que atravesaron la malilla, à que saliò Doña Antonia, diziendo, bravo apreton de espada señor Don Carlos, à que respondiò Carlos, matando con la espadilla, nada importò el aprieto mi señora, porque traigo vn coleto de prueba, y con esta espada mato al contrario, con que me llevarè la polla; muy bien entendiò Doña Antonia à Carlos, pues le respondiò, si la polla tuviera discurso, mientras no le juzgara à v. merced aforrado de coleto, con la matadora

espada en brava aflicion se veria, no dudo dello, dixo Carlos, pero ello sucede assi, conque me prometo, no solo ganar en esta ocasion, sino en otra con mas triunfos. Quien tiene tan buen coraçon, dixo la dama, digno es de ganarlo todo. En el juego passaron lo restante de la tarde, con parte de la noche, que por no molestar a Don Ioseph, levantaron la tabla, con que cada vno se fue a su casa, Carlos acompañò a Don Alonso, en cuya casa viuia Doña Antonia, le diò a entender como pudo, que era bien dexar sossegar el ruido, porque el tiempo daria lugar a todo, con que se le desvanecieron a Carlos sus imaginaciones, à que se le siguio el descanso, en descuento del mal dia con la noche que tuvo, aguardando sazon para conseguir el premio de sus trabajos.

(?)

CAPITVLO XVII.

Prosigue el sucesso del empeño, hasta ausentarse de Zaragoça.

Es alfombra apacible de vn escollo, el florido tapete de vn verde prado, para cuya guarda (quizàs lo dispuso el natural acaso) vna serrania de eminentes rocas, à quien preside vn descollado risco, tan essento del parentesco de las peñas, que se desdeña del terrestre suelo, porque se halla de la region primera coronado; en cuya altiva frente hizo su nido la Reyna de las aves, vna Aguila Real, aliñada de pluma, riso el copete, el pico corvo, la garra corta, el ala larga, con que en pielagos del ayre, vela de pluma, remos de navajas, buela, corre, cortando con suma ligereza las encrespadas ondas, que se le oponen del fuerte vracan, en tempestad deshecha. Esta, pues, viuiente corona de los vientos, animada garçota de los ayres, bandera viua del vario elemento, enamorada de sus

sus tiernos pollos, procura, à fuerça del ala, garra, y pico, aviuar los pueriles alientos de su vida; pero el cazador astuto, o embidioso de su volante imperio, ò pretendiente de mayor gloria, en el acertado triunfo de su muerte, la haze punteria con el ardiente rayo de vna vala, à tiempo que la altanera ave hizo otra punta, con que dexò burlada la assechança del cazador tirano, dexandole por señas de su errado tiro, los remates de las plumas de vna ala, que sin hazerla falta volò vfana a su fuerte nido. Mas ay! que, ò por su demasiado aliento, ò por el amor de sus infantes pollos; ò por el natural desprecio del peligro, olvida la amenaza rigurosa de la muerte, no haze caso del horrible assombro de aquel trueno, conociendo la falta de sus perdidas plumas, en la assechança del cazador sangriento, pues no teme naufragar en el mismo encuentro, donde perdiò las puntas de sus alas, golosa del pasto, enviciada en el faynete de aquel cebo, ò enamorada de sus tiernos pollos, ni teme la muerte, ni le dà horror la assechança enemiga, porque el vicio con el amor, olvida todo peligro. O ave misteriosa, que con tu olvido nos enseñas la locura del vicioso, pues olvidado del peligro, donde le amenazò la muerte, embriagado de su gusto, buelve, y repite la assistencia, sin temer el horror de la amenaza! O loco vicio! ò barbaro perseverar del loco amante! ni el azar que le sucediò le assusta, ni le zoçobran las señas del peligro.

No es pequeña prueba desta moralidad, la solicitud de Carlos en su empleo, la perseverancia de Doña Antonia en sus amores, pues aunque el susto passado les turbò los aliẽtos, no fue poderoso a baxar sus animos, pues despreciaron el rayo; por no aver sentido mas que el relampago con el trueno. Passada la tempestad de los azares que trae consigo el vicio, diò traza Doña Antonia, por assegurar mas su partido, de componer el duelo del herido, con el inocente moçuelo, a quien acomulavan las heridas; el qual,

aunq̃ no avia ſido el agreſſor, guſtava de q̃ corrieſſe aſsi la opiniõ, porq̃ la vanidad de valiẽte en la cõpetencia ſe iluſtrava. Porq̃ ay hõbres q̃ ſe ſuſtentã de la opiniõ, ſin aver viſto la cara al enemigo. Hablò D. Antonia a D. Iayme, cōtôle el cuydado amoroſo de ſu dõzella, encargole el ſecreto con la cõpoſiciõ del duelo; la qual ſe hizo cõ toda ſolemnidad, tomãdoles las manos D. Iayme, quedãdo D. Antonia a la ſatiſfaciõ de la cura del herido, al amparo del ſano para ſu boda, cõ la antigua criada de caſa, con veneplacito de Don Ioſeph, que los favoreciò en todo lo que le tocò, con que ſe caſaron, quedando D. Antonia ſin la zoçobra de enemigos caſeros, con que la vicioſa volũtad de los dos amãtes, diò velas al apetito, para q̃ navegaſſe en el golfo de ſu guſto, haſta llegar al pueſto deſeado, fin vltimo de ſu vicioſa volũtad. Avisò a Carlos la incõſiderada dama, para q̃ la noche ſiguiẽte vinieſſe a lograr en ſus braços, lo q̃ el ſuſto paſſado les robò; no ſe deſcuydò Carlos, antes como quiẽ tãto lo deſeava, fue tã puntual a la rexa, cõmo ſu dama en franquear le el paſſo. Recibiole turbada, y deguſtoſa, aſuſtada de amãte, aũq̃ medroſa, de q̃ ſe le baraxaſſe la ſazon cõ otro azar que ſe pareciesſe al paſſado, no fue aſſi, porq̃ no ſõ tã iguales los tropiezos, aunq̃ la cauſa ſea vna; ſue pũtual cẽtinela Alvarez, q̃ velava en la ſeguridad del empleo, pero no ſe neceſsitò del cuydado, porq̃ a D. Ioſep ſus años cõ ſus achaques le echavã grillos los criados, el cãſancio del dia les ocaſionò el deſcuydo en la noche, la qual lograron los dos amantes, en premio de ſu vicioſo amor.

Viuio aſsi eſte amor, reciproco vn año, ſin cõſiderable tropiezo, haſta q̃, ò porq̃ ſe cãsò la fortuna en ampararle, ò porq̃ el vicio (como ſuele) quiſo barajar tã igual, ſi amãte correſpondencia, ò porq̃ el amor no puede eſtar ſin las zoçobras de las penas, ò porq̃ Dios (q̃ es lo cierto) quiſo poner termino a ſus ofenſas; llegò alfin el tiẽpo en q̃ ſe comẽçò a turbar la ſerenidad de las ſazones, trocãdoſe en borraſcoſas olas de tormẽta. La cauſa fue vna cõdiciõ

aspera, cõ su pũta de zelos, esta era la de D. Inès, hermana de D. Iayme, aquella viuda con quiẽ concluyò Carlos el buen despacho del negocio de D. Alõso. Esta tal señora, era muy del alma de D. Antonia, y como en las mugeres vnas con otras el secreto no se recata, porq̃ ni aũ el q̃ le toca a la hõra sabẽ ocultar, no supo D. Antonia recatalle de D. Inès, aũq̃ no la revelò todo el empeño, pero expressola el caudal de su cariño; q̃ le parecia biẽ Carlos, q̃ era correspõdida cõ tã igual cõformidad, q̃ se pagavan los dos. Reconociò D. Inès flaqueza en si, con q̃ procurò recatar la vista comunicada, porque no entrasse por estos dos portillos la passion violenta, à rendir la flaca plaça de su voluntad; que aunque encubierta, avia q̃ la maltratava mucho tiempo, con q̃ mientras no se manifestò con el yerro de los zelos, no se entendiò lo mortal de su achaque, pero (ò rabiosa passion.) apenas entendiò de boca de su amiga D. Antonia, como Carlos la correspondia amante, quando llevada del espiritu rabioso de los zelos, diò traza como saliesse de Zaragoça Carlos. Valiose D. Inès para la execucion deste rigor de su hermano D. Iayme, de su tio Don Ioseph, embiolos a llamar, à quienes dixo, que avia dos años q̃ Carlos estava en Zaragoça, estimado de todos, por su cortesano trato, venerado de D. Alonso, y D. Iayme, por aver ajustado los encuentros de sus linages, reduziendo las enconadas voluntades, à pacifica conformidad del matrimonio. En todo este tiempo ha viuido Carlos en nuestras casas, como hijo, ò hermano de todos. En casa de D. Alonso ha viuido, en la mia ha entrado a todas horas, en las de vuessas mercedes de ordinario, con q̃ no serà mucho, ni nuevo, q̃ el mordaz Pueblo aya murmurado la assistencia deste moço en nuestras casas; la mia es mas ocasionada a qualquier mordacidad, por causa de ser sola, viuda, y no de mala cara; hamelo advertido mi Confessor, que mi credito peligra, que mi honra se atropella, q̃ vna muger como yo, qualquier nota le toca;

muy en el alma, vuessas mercedes lo remedien, pues son Cavalleros, à quien les toca el ampararme, si quiera por muger sola; y si acaso no se determinan, ò por razon de estado, del que diran, ò por amistad mal regida, diganmelo, que yo sabrè como he de salir del ahogo. Respondiò Don Ioseph, como mas anciano, no le parezca a vuessa merced, sobrina, que es tan facil la execucion de lo que pretende, pues Don Alonso es mas que hermano de Carlos, Don Iayme, y las esposas de los dos, le veneran como a padre; èl es vn Cavallero, à quiẽ devemos el sossiego de los animos, la quietud de nuestras casas, la seguridad de las vidas, y haziendas, dezirle que se vaya, no parece razon, porque el proponerselo, es infamia, obligarle a ello, ruindad, dezirle la causa, es locura, con que no hallo modo como ajustar la pretension de vuessa merced: mi parecer, es que lo pensemos bien, demos cuenta de todo a Don Alonso, para que nos juntemos otro dia, en el qual se puede tomar el mejor medio. Con esta determinacion se salieron Don Ioseph, y Don Iayme de casa de Doña Inès, la qual como su rabia tenia tramado el lance; apenas los viò bolver las espaldas, quando tomò el manto, y se saliò con vna criada en busca de Carlos, que fue facil encontrarle, aguardandole cerca de la casa de Don Alonso, donde avia de venir a comer, como sucedio, que a breve rato le dio alcance el cuydado de Doña Inès, la qual desde vn portal le ceceò, à cuyo reclamo se llegò Carlos a saber lo que mandava, respondiole Doña Inès, tan turbada, como medrosa (porque nunca la maldad dexa de turbar al coraçon, aunque sea mas arrojado.) Señor Carlos, estimad el aviso, por ser de quien os tiene en el alma, pagadla con quererla, olvidando a quien pretende acabar con vuestra vida, con que la mia fenecerà en vuestros riesgos, Dios os guarde, para que me guardeis el secreto, y porque algun dia conozcais a quien os avisa, temiendo el fin de su vida en vuestra muerte, tomad

ta media sortija, y quedaos haziendome gusto (por ser el primero que os suplico) de no seguirme, porque no ay paraquè, pues en el coraçon os llevo gravado. Apartose Doña Inès, como pajaro que le sueltan de la prision de la jaula, dexando a Carlos, que ò ya por cortesia, ò ya por turbacion, no supo dar vn passo para seguirla, solo supo obedecer, prosiguiendo su camino a casa, porque siendo tarde no entrasse en cuydado Don Alonso.

Como Doña Inès tenia ya vrdida la tela en su juizio, al punto que llegò a casa, embiò a Doña Antonia, avisandola, como iba luego a verla, y a Don Ioseph avia dicho a su muger el lance que les avia passado con Doña Inès, con que quando llegò ya Doña Antonia, estava prevenida de susto, aguardando a su amiga Doña Inès, por saber la novedad que la avia obligado a dezirle a Don Ioseph, y Don Iayme, como convenia que saliesse Carlos de Zaragoça. Vino Doña Inès, à quien Doña Antonia con el alma en los labios, la preguntò qual era la causa, de que tratava con tanto empeño de echar del lugar a Carlos, siendo assi, que los niños publicavan a vozes, su modestia, su cortesia, prendas con q̃ Carlos se enoblecia, siendo en toda la Ciudad de grande estimacion. Las entradas de sus casas, eran tan pocas, que nadie las podia calumniar; la causa porque assistia en Zaragoça, todos la sabian, olgandose de que assi fuesse, de que todos le davan las gracias, de que huviesse puesto en paz los ruidosos tumultos de los dos encontrados linages. Segun esto, que nadie lo puede negar, quien puede murmurar su assistencia? si todos le alaban de cortès, de bien hablado, de amigo de sus amigos, y salir tu aora con essa nueva opinion, no se que te diga, amiga, solo procuro suspender el juizio, por saber de ti la causa de tan gran novedad. Atenta estuvo Doña Inès a la sentida pregunta de su amiga Doña Antonia, y como deseava embarazar el empleo de la inocente dama, la atendiò con cuydado, por res-

responderla a todo. Fue la respuesta vn bien trazado engaño, porque la malicia apréde todas ciencias, por salir con el empeño que pretende. Ay amiga (la dixo Doña Inès, assiendola de las manos a Doña Antonia) lo que me cuestas de sustos, mi Confessor (que congoja!) me ha dicho como es publico en el lugar tu empleo con Carlos. Quien lo ha derramado ha sido vna mugercilla, que pierde el juizio por èl, porque viendole que no haze caso de su amor, le amenaza de muerte, y a ti con deshonra: yo querida mia, viendo el peligro de tu credito, con el riesgo de la vida de Carlos, he tomado este medio, diziendo, à mi tio, y hermano, que procuren echarle de aqui, para dar lugar a que cure el tiempo con su ausencia el rabioso amor desta mugercilla, que arruina tu honra, amenazando su vida de Carlos. A toda esta fantastica platica estuvo la inocente Doña Antonia, creyendo que eran afectos de la amistad de Doña Inès, que zelava con todas veras su reputacion, con que creyendo que era assi, la diò las gracias. Embarazadase viò la pobre dama, con el impensado destrozo de su gusto, en que se arriesgava su honra, con la vida de su amante Carlos, y por assegurarle, pidiò a su amiga Doña Inès se encargasse de remitirle vn papel, para avisarle del peligro, en que estava su credito con su vida; que fue facil de acabar cō D. Ines, porq̄ el deseo de lograr vna vengança, se allana a toda mala fortuna. Entregola D. Antonia el papel, q̄ en breves palabras le avisava del sucesso, como se verà en èl.

El tiempo es todo borrascoso, el viento de la fortuna contrario à vuestra vida, guardadla con ausentaros, y creed al piloto que os guia, que es quien mas os estima.

No quiso Doña Antonia alargar mas la pluma, ò yà por no dar nada a Doña Ines, ò ya porque si le abriesse el papel, no hallasse en èl mas testigos que los de vna cortesana volun-

lantad. Abreviò Doña Inès la visita, por averiguar con mayor claridad sus mortales zelos; entrò en su casa con el mal rabioso de sus zelos, abrio el papel, donde, aunque no avia mas que señas de buena voluntad, fueron incentivos, con que encendiò en su pecho mayor llama de enojosa, y ya contra los dos amantes. Remitiò el papel à Carlos, que le recibiò muy en breve; porque el pessar buela quando el bien es mas tardo. Hallòse Carlos embaraçado con el papel de su dama, aviendo precedido el aviso aquella mañana, con el misterioso señuelo de la media sortija de Doña Inès; no obstante procurò à fuerça de el discurso rastrear la senda por donde corria su mala fortuna; pero como el ayre de la borrasca amenazava desgraciado naufragio al animado baxel de su amorosa voluntad, no tuvo lugar el discurso para conseguir su pretension; porque impensados accidentes marean al mas experto Piloto en el govierno; pero aunque la turbacion le embargava en las prisiones de considerados temores; no faltò Carlos a la obligacion del cariño, pues no quiso determinarse, sin que passasse su determinacion por el registro de su dama, para cuyo efecto aquella noche con mas prevencion de armas que otra, se fue à ver à D. Antonia, a quiẽ hallò a la vẽtana del quarto, cuidadosa de su querido Carlos, temiendo era tan corta su fortuna, que no la permitiria el el despedirse de su amante, si bien diera por escusada la fineza por el peligro que tenia de la vida de Carlos; pero todas estas fantasias se acabaron con la presencia de su amante, a quien introduxo en su quarto cõ harta çoçobra de su mala estrella. Apenas los dos amãtes se vieron sin mas testigos que sus ansias; quando sus dos coraçones desfojaron por las sendas de sus ojos, lastimosos conceptos de triste llanto. Sossegose el turbiõ de cõgojas, a q̃ se siguiò el mayor ahogo, procurando D. Antonia persuadir a Carlos q̃ se ausentasse, porq̃ corria riesgo su vida. Contòle lo q̃ D. Inès le

avia dicho la consulta q̃ avia tenido con su marido, y Don Iayme apoyando su amistad, pues procurava que se ausentasse Carlos por algun tiempo, porque no peligrasse su credito con su vida. No se atreviò Carlos à dezirla a Doña Antonia el lance de la media sortija, porque aunque no entendia el misterio, temia causar lastimoso destroço en el pecho de su dama; la qual con cariños, con lagrimas, cõ amorosas ansias persuadia a Carlos a que saliesse de Zaragoza desterrado por infeliz, sin mas prevencion, que montar en vn cavallo, y sin despedirse de sus amigos hazer su viage à Madrid, donde podia estar, hasta que el tiempo rompiesse la niebla de peligros, aclarando la luz de mejor fortuna. En este empeño los hallò la Aurora à los dos amantes, tiempo en que se avian de apartar, con que se renovò el dolor, se repitiò la angustia, se doblò la pena, contrarios que procuravan çoçobrar el baxel de la prudencia, que anhelava por salir del baxio que le amenazava con la luz del dia. Pero, ò rigor de la prudencia, q̃ obligo à Carlos a romper por medio del cariño, porque no peligrasse el credito de su dama en la plaça de la publicidad! Retiròse Carlos, dexando a su dueño sin esperança de bolverle a ver, porque turba tanto vna ausencia, que hasta de la esperança le despoja à vn coraçon amante.

Llegò Carlos a su casa, dõde dispuso, q̃ Andrès ensillasse dos cavallos, dandole a entender, que le importava llegar presto a Madrid. De buena gana vino en ello Andrès, por q̃ mejor le sabian los vinos de Castilla (aunque dava al diablo los taberneros de Madrid) que los de Aragon, con que con toda brevedad dispuso con mucho gusto lo que su amo le mandava, y mas en aquella sazon, que estava de ganancia de treinta de a ocho. Mientras Andrès disponia subiò Carlos a despedirse de Don Alonso, y Doña Ana, los quales viendole de camino a aquella hora se asustaron, à que Carlos satisfizo con responder que le era forçoso llegar a Madrid; pero no obstan-

te esta respuesta, Don Alonso, y su muger quedaron suspensos, porque ya sabian el lance de Doña Ines, y no eran de parecer que saliesse Carlos de Zaragoça, porque era calumniar su amistad, por solo el disque de vna muger disparatada; de todo esto en breves palabras le hizieron relacion a Carlos, que sin darse por entendido, respondiò, que a el le importava hallarse presto en Madrid, que le diessen licencia, que le disculpassen con los amigos. No se atrevieron D. Alonso, y su muger a replicar a la determinacion de Carlos, con que sin mas replicas le dieron los braços de verdadera amistad, encomendandoles avissase de su llegada cõ salud. Hecha esta diligencia saliò Carlos de casa, haziendo su viage por la calle de su dama, la qual le aguardava en la vẽtana; porque el amor por lo q̃ tiene de hechizero, se preciò de adivino; miraronse los dos tan tiernamente suspensos, que a poder dar vozes la honra, se desahogava el dolor en publicos sentimientos, pero la corta distancia de la calle, no permitiò mas que el dulce relampago del rayo violento de su vista, con que traspuso Carlos el corto termino de la calle, de la qual se apartò cõ vn suspiro D. Antonia se retirò a su quarto ahogada de ansias del cordel de la ausẽcia de su amante, pagando con lagrimas la falta de su querido Carlos; no obstante se previno de cuidado para sobre llevar con publica prudencia el tropel de tantas penas; porque la prevencion, ayudada de el valor, allana los mayores imposibles. Carlos, acompañado de sus ansias, siguiò su camino hasta llegar à Agreda, sin permitir le desahogasse Andrès con sus locuras; porque quando el pecho se oprime de cõgojas, no admite ordinarios desahogos. Detuvose en Agreda tres dias, por llevar compañia hasta Madrid. Hizo su camino por Soria, donde se detuvieron algunos dias, en los quales la antigua Doña Francisca, no olvidada de su lasciva voluntad, le rondò los vmbrales del apetito; pero como Carlos llevava el alma embaraçada con la ausencia senti-

da de su dama, menospreciò los engañosos cuydados de su alagueña enemiga: Llegòse el tiempo de salir de Soria, con q̃ consiguieron su viage hasta llegar a Madrid, sin que en el viage les sucediesse novedad alguna, solo la triste suspension de Carlos les diò harto en que entẽder a sus amigos, pero como los males del alma no se curan sino es con medicina superior, no se atrevierõ a procurar su sanidad con exteriores medicamentos; porque es sabia prudencia en el amigo no procurar saber mas de lo que le dizen. Llegaron al fin, à Madrid, apearonse en la casa del tio de Carlos, que ya sabia que venian, recibiòlos como obligado, festejòlos como Cavallero, admitiendo entre sus braços a su sobrino Carlos, repitiendo con su vista los antiguos cariños, tan de padre, que en la presente ocasion no sabia el venerable Prebendado como festejar la prenda, que tantos años avia que faltava de su vista: Lo mismo le sucediò a Carlos, que aunque acosado de sus penas, solemnizò con lagrimas alegres la presencia de su tio, aunque, a mi vèr, no supo el coraçon qual era la causa de su llanto, si la memoria tierna de su ausente dama, ò si la gustosa alegria de hallarse en la casa de su deudo, todo deviò de ser, porque en dos empeños tan forçosos a todo hizieron cara las tiernas lagrimas de Carlos, el qual passava con toda caricia en casa de su deudo; pero como la memoria de vn bien ausente, era fatal garrote para vn amante, las delicias paternas se le olvidavan, viviendo en el tormento de sus ansias, que por darlas mas vida, las dibuxò con la pluma en estas tres Octavas.

Acabasele el dia à los mortales,
vistiendose la tierra de la noche,
alivios persuadiendo à tantos males
en el dulce regazo de su coche:
à dormidos pastores, y zagales,

hasta

hasta que el Sol sus luzes desabroche,
solo mi pecho vela en sus enojos
por arrojar diluuios à mis ojos.
Llora el dia, emboçado en arreboles,
la ausencia que haze el Sol con sus desmayos,
vierte el Aurora perlas sobre flores,
porque sepan de lagrimas ensayos:
gime el aue del Alua à los amores,
porque ofuscan del Sol, sombras los rayos,
y yo lloro vna ausencia, y zelos, tanto,
que acabarè la vida con mi llanto.
Riese el Alua de ver la sombra fria,
huyendo de los rayos luminosos,
que à luzes bellas dà fauor al dia:
alegranse los prados yà vistosos,
vistiendose los campos de alegria
con adornos del Sol, giros hermosos,
solo yo lloro en lagrimas deshecho,
zelos, y amor venenas de mi pecho,

Este era su desahogo de Carlos, ò salirse al campo à publicar sus penas à los arboles, à las plantas, à las peñas, à las flores, y à las fuentes, que como insensibles, parece que atienden a las quexas, sin barajar las ansias amorosas de el pecho afligido de vn amante.

CAPITVLO XVIII.

Buelve Carlos à Zaragoza, donde su dama procura quitarle la vida.

CON gemidos, si arrullos lastimosos, se quexa el ave de su mala suerte, pues aviendola juntado en dulce talamo

la fortuna de el amor mas ala-gueño, por dar muestras de su fuerte braço, vn labrador enlaçò vna piedra en vna onda, que sacudida del cañamo torcido, con segura, si fuerte punteria, le derribò el nido bien compuesto, cõ cuyo golpe esparciò al viento plumas, barro, pajuelas, solidos materiales del edificio, que fuera corta perdida, si con el destroço de la facil cuña no se ahuyentara el timido galàn de su cõsorte, dexando triste, sola, y afligida à su amãte ave, sin nido, sin galàn, y sin sus hijos. Lastimoso espectaculo de due los, pues apenas supieron del talamo los gustos, quando su mala estrella los condenò à rigores de la ausencia! Dura pena, triste afan, infausto llanto! O gemidora ave, que en muerto arrullo publicas el ansia de tu pecho! O paxaro doliente fugitivo, q̃ en tragicos reclamos dizes tu congoja! O desgraciado animal, que con funesto canto das à entẽder afanes de tu vida, zoçobrada de congojas de vna ausencia! Pero si el ave gime, si el paxaro solloza, si el animal llora con triste canto, la pena de vna ausencia; que mucho que vn racional, que entiende lo q̃ pierde, gima, llore, y se quexe en el potro fatal de estar ausente.

Embarcado Carlos en el baxel de su memoria con su ausente prenda, fluctuava en el golfo de congojas cõ la tempestad de ausencia, sin dexarle ver tierra de cõsuelo, ni luz alguna de esperança de mejor fortuna. Assi nauegava à arbol seco, temiendo a cada passo peligrar en zoçobras temerosas, hasta que en el correo le socorriò su dama con vna carta, que fue arco de serenidad, si el iris de amor se cree, cõ que sino se mitigò de todo la tormẽta, se sossegò el rigor de la amenaza del naufragio. Con este amoroso cõsuelo de sus ansias se saliò Carlos àzia la casa del Campo, à contemplar en la carta de su dama, en que no leyò tantas letras, como derramò lagrimas, venerã do sus luzes el papel en que firmava ser suya.

En este indirecto embeleco estava Carlos, quando se llegò a èl vn medio estudiantron cõ cara de Filosofo, gesto meta

fisico

fifico, el fombrero caido de faldas, mal aliñado el cuello, fotana larga, con manteo, q̃ olia el tiempo del dafuvo, el qual aviendo atendido à los geftos con que Carlos fe arrebatava de fu imaginacion, le dixo afsi: Rato ha que os eftoy mirando enagenado de vueftro mifmo fer racional, de que me ha caufado gran dolor, porq̃ cõfiderar a vn Cavallero, como vos, de tan buen arte, todo embelefado en fu imaginativa, fegun las feñas a q̃ he atendido, es cierto, que puede mas en vos vna pafsion amorofa, q̃ el entendimiento de que Dios os ha dotado. Llevado de mi natural compafsivo, os fuplico deis treguas à la voluntad, porque a no fer afsi, faltareis à la razon, con que acabareis la vida. Defahogaos, feñor, q̃ no ha de fer tan poderofa la pena de vna aufencia, que os prive de la comunicacion de los hombres; recobraos de tan violenta pafsion, q̃ puede fer (fegun congeturo) que fi alargarades la vifta al laftimofo fin de vueftra voluntad, la olvidarades mas que de paffo. Atento eftuvo Carlos al razonamiento del Magico eftudianton, porque como atendiò à que le avia leido fu pafsiõ en el fobreefcrito del femblante, no fe atreviò a barajarle el difcurfo, antes viendo que terminava, le refpondiò cõ toda el alma en los labios, confeffando toda la verdad de fu ahogo, pero difculpando fu pafsion; porque nunca acava de conocer el que ama viciofamẽte lo mal que haze en amar. Si vueffa merced como ha reconocido mi pafsion (refpondiò Carlos) huviera comunicado la caufa de tanto amor, facilmente me difculpara; pero como folo regla la por mayor, no puede fentenciar juftificadamente. Yo amo, yo quiero, yo adoro à vna dama con prendas tan relevantes, que la razon mas religiofa, no fe admirarà que la quiera con exceffo, vivo aufente, fiento la pena, turbame el no verla; con que le he dicho à vueffa merced la caufa, por medio de las feñas del dolor. En pocas palabras, aũ que bien fentidas (dixo el eftudiãton) me ha dicho vueffa merced fu fentimiento, que aunque

que lo auia conocido, ya por la experiencia estudiosa que tengo, por cuya causa me he condolido de vuessa merced, viẽdole tan apassionado; que dà de mano à la razon, porque pervalezca la voluntad, manejando imperiosa las potencias del alma, sin rendirse à lo mejor; esto es lo que me enternece, porque es materia muy de llorar, que mande la volũtad en causas de el endender. Vuessa merced se modere, y creame que le està bien, porque segun mi conocimiento de experimentada ciencia, à vuessa merced le amenaza fatal ruina, si prosigue en el empeño. Carlos, que nunca temiò su coraçon peligros de fortuna, quanto y mas amenaças de vna estrella, y estas anunciadas por vn mal trapo, ò peor, satiro aforrado en bayeta; pero en esta ocasion le turbò lo particulrr del adivino, con que se bolviò impaciente à èl, diziendole: Vuessa merced, es acaso mal profeta, ò peor anũcio, que tan malas nuevas me dà de la perpetuidad del empleo de mi voluntad? Pues adviertole, que si en lo demàs acierta como en esto, biẽ puede aprender a otro oficio, porque mi dama es noble, entẽdida, y amante con estremo, y de todo tiene hecho bastantes pruebas en favor de mi cariño, con que se desbarata toda la maquina de su juizio. En verdad, señor mio (respondiò el Magico) que si por solo necia, infame, ò ingrata avia la muger de ocasionar desdichas, muchas se evitaran; pero bolvamos los ojos a la rueda de los siglos, donde veremos como la necedad del hendido, es mucho mas q̃ necedad. El desahogo de la nobleza, es infamia, en modo superlativo; la crueldad del mas fino amãte, es vengança tan sangriẽta, que no parece poder ser imaginada, con que no es prueba la vuestra para contravenir al Astro, que os amenaza. El quitar la ocasion, es buẽ modo de desmentir a la estrella, porque el ser, ò no ser en vn futuro contingente, lo encamina à ser verdadero, ò falso la voluntad que se le carga, ò no; pero no arguyamos en vna verdad tan assentada, tratemos solo de el remedio, que es olvidar.

Har-

Harta fuerça le hizieron las verdaderas razones de el Magico à Carlos; pero como su voluntad estava alimentada con razones de buena correspondencia; pareciòle à Carlos que repetia en duracion para eterna, con que no fue posible divertirle de su correspondencia; antes viendo que se preciava Leonardo (que este era su nõbre del Estudianton) de la magia, juzgando, que su vida se mantenia de la vista de su dama, se determinò à probar si era verdad algo de lo que se dezia desta supersticiosa ciencia, para cuyo efecto le pidiò se fiasse de su nobleza, favoreciendole con su sabiduria en la presente ocasion; a que satisfaria muy conforme al gusto que le haria en mostrarle a su dama, porque juzgava que su vista mitigaria el dolor de ausencia tan penosa. No se hizo muy de rogar Leonardo, pues al primer embite de Carlos quiso todo el resto, y para acreditar mas su sabiduria, le pidiò a Carlos la mano, assegurando, que en sus rayas, junto con la fisonomia de la cara, conoceria todos los sucessos de su vida, como si la cara, ò la mano fueran donde Dios escrivia los acasos de la vida, permitiendo su conocimiento a vn hombre que tenia hecho pacto con el Demonio. Quedò Carlos con algunas cosas, que le dixo Leonardo, tan satisfecho de el buen hallazgo de aquel dia, que le combidò a que habitasse en vn quarto de su casa. En paga de este agassajo le contò Leonardo lo particular de su vida; señalò por su patria Grecia, su estudio en Bolonia, su habitacion en todo el Orbe; aplaudiò su ciencia por no ser publica su enseñança, pues en grutas, ò ocultas cuevas, avia Maestros que la enseñavan, porque no se perdiesse en el mundo tan gran tesoro de ciencia. Con esta conversacion llegaron à la Puerta Cerrada, donde Leonardo tenia su habitacion, mas parecida a calaboço de delinquentes, ò caberna del infierno, que habitable estancia de hombre redimido con la sangre de Christo.

Entrò Leonardo en su lobrega habitacion, de adonde en ombros de vn esportillero sacò vnos libros, acompañados de algunos papeles. Pagò Carlos al dueño de la infernal estancia lo que se devia de posada, con que se fueron a casa, de donde le dispuso quarto à parte, en que habitò todo el tiẽpo q̃ estuvo en Madrid.

Tan alegre estava Carlos, como si huviera encõtrado al Angel de su guarda en forma humana, paraque le amparasse en los riesgos desta mortal carrera. No faltava de su quarto à ninguna hora de el dia, por consultar cõ el imaginado Angel sus tristezas. Pero que de ellos ay que nos parecen Angeles de luz, siendo en las tinieblas de sus vicios Demonios! Vn dia en q̃ à Carlos le apretò mas la locura de su passion, pareciendole que tenia en casa todo su remedio, se determinò a persuadir à Leonardo à q̃ vsasse de su diabolica ciencia, para q̃ viesse à Doña Antonia, aunque estava en Zaragoza; porque no le parecia possible poder passar su ausencia sin su vista, pues avia seis meses que vivia tan mortal en sus ansias, tan vivo en las penas, que acabava su aliẽto por instantes, cobrando vida para ser nuevamente atormẽtado, con que le cõfessava sin valor, tanto, que a no mostrarle a su dama a fuerça de su ciencia; necessitava por conservar la vida, bolver a Zaragoza, donde podia acabar de vna vez con la vida, que le ocasionava tantas muertes. Arqueò las cejas el hechizero, baxò los ojos a la tierra, y tras el divertimiento de breve suspensiõ; le preguntò a Carlos, si tenia alguna prenda de lienço que huviesse llegado a cara, manos, ò parte del cuerpo de su dama, a que respondiò Carlos, que vn pañuelo tenia alli; tomòle el diabolico racional, prometiendo, de que al otro dia le daria gusto en su pretension, porque era bastante alhaja el pañuelo para q̃ obrasse su ciencia, como si fuera de ciencia para executar tan gran maldad la materia de vn lençuelo. Passo Carlos aquel dia con su noche desassossegado con la esperança prometida, hasta que llegò el termino

efperado, q̃ fue el dia figuiente a la Oracion, que baxò al quarto de fu mal amigo, el qual no le quifo maltratar mas que el tiempo que avia aguardado; entregòle el pañuelo, advirtiendole, que con èl limpiaffe la luna de el efpejo que tenia en fu quarto, dõde veria à fu dama en el eftado que eftava à aquella hora. Partiò Carlos, como a quien le iba la vida en gozar de la vifta de fu amada prenda, fubiò al quarto tán temerario, como interpuefto à las intercadencias de fus alientos. Limpiò el efpejo con el lienço, y apenas diò la mano al adulador criftal, quando (ò diabolico engaño!) fe le reprefentò à la vifta fu dama en vna cama de granadillo, guarnecida de bronce, colgada de damafco, con flores de oro, recoftada la mexilla fobre vna mano, terciado el cabello, vẽdada la frente con vn lifton negro, defcubriò vn braço del juftillo blanco con flores negras, toda fufpenfa en triftezas, defmayada de congojas, turbado el color, defquadernado el aliento, y al fin enlutada en affombros de profunda melancolia. Confiderò Carlos el vivo retrato dolorido de fu dama, a cuya vifta, fin poder mas fu valor, efpumaron los ojos en tiernas lagrimas, alhagos triftes de el coraçon. Quifo hablarla, y no fupo, porque el pafmo de la voluntad lo que primero embarga es la lengua; no obftante no fabia apartarfe de fu vifta, porque el amor, aun entre las triftes fombras del engaño, apetece verdaderos cariños de la vida. En efta turbada fufpenfiõ permanecia Carlos, embebido todo el coraçon en fu vifta, hafta que llegò Leonardo, que cortò las lineas de lo reprefentado, dando con el lienço otra mano al efpejo, cõ que borrò las diabolicas efpecies del lifongero criftal. Quedò Carlos turbado, impaciente, difguftado, tanto, q̃ el gufto de ver a fu dama, fe le convirtiò en rabiofa pena. O que ajuftados defearan los hõbres, fi fupierã los fines de fu defeo! Procurò Leonardo foffegarle, divirtiendole de los fantafticos affombros, que le duraron muchos dias, en los quales reci-

cibiò cartas de su dama, que se quexava del rigor de su ausencia. Tratavale de cobarde, poco amante, pues permitia tanto ahogo, a quien sabia, que le amava con ternura. Recibiò tambien algunas cartas de la simulada Doña Inès, de letra agena, en que le galanteava con cariño, afeandole el rigor del maltrato, que dezia vsava Doña Antonia, à quien atribuia la causa de su retiro. Obligavale con cariñosas demõstraciones de su voluntad, à que dexasse la asistencia de de Doña Antonia, que bolviesse a Zaragoza, donde hallaria, en quien le estimava, amor, verdad, y lealtad, que abriesse los ojos, y veria como quien le escrivia le amava, al passo que Doña Antonia le ofendia; que si quisiesse respõder, fuesse a la persona que le señalava, que si fuesse tan bien afortunada, que quisiesse pagar su verdadero amor, fuesse èl mismo el que llevasse la respuesta, a quien aguardava su cariño, mas fielmente amante, que la ingrata Doña Antonia, que tan infiel lograva sus atenciones.

Bateria fue esta tan violenta contra la seguridad de Carlos, que con las balas rigurosas de los zelos, desbaratò la fuerte muralla de el sossiego de Carlos, que ya dudoso de la lealtad de su dama, discurria (turbado) sobre quien podia ser la dama que le avisava la poca lealtad de Doña Antonia. Muchos fueron sus discursos; pero todos errados, porque en la batalla de los zelos, no ay Capitan, por mas diestro que sea, que dè el punto fixo à la vitoria. En el ahogo mayor de diferencias, se bolviò Carlos a su adivino Leonardo, para que con su diabolica ciencia le sacasse de este aprieto, respondiòle, que levantaria figura, como de hecho lo hizo, para dezirle, como la que le abisava de el mal termino de Doña Antonia era vna viuda moça que frisava en parentesco con su dama; con que Carlos se persuadiò à que Doña Inès era la que tramava esta enredada, si maliciosa tela, con que no se diò por entendido, ni quiso

so responder a sus avisos, solo tratò de satisfacer à su dama, pidiendola licencia para romper su mandato, trocando a Madrid por Zaragoça, donde con su fineza amansaria la braveza de su enojo, pues su ausencia no era tanto por assegurar su vida, quanto por su mandato, afiançado en los temores de que podia bajar su credito, que si le relaxava la obligacion de obediente, executaria su deseada determinaciõ, porq̃ estava expuesto a qualquier lãce de fortuna, por solo darla a conocer la seguridad de su afecto.

Activo fuego fue esta carta para Doña Antonia, para incitar a su amorosa passion, à que respõdiesse à Carlos, q̃ si amava como la dezia, era mucho su sufrimiẽto aguardar a mas lances, pues la experiencia le enseñava sus penas con las q̃ afirmava q̃ padecia. No estava Carlos para discurrir con la prudencia q̃ devia, pues estava apassionado amãte: bien se viò en el afecto, pues apenas supo la quexa de su dama, quando sin embarazarle los peligros que le amenazavan, tratò de la jornada: comunicò su determinacion con su confidente Leonardo, el qual le rechazò el intento, pero no pudo acabar con Carlos que dexasse la jornada por mas razones que le diò; no obstãte quiso q̃ le acompañase, dispuso que se quedase Andres en Madrid, para q̃ recibiesse las cartas, cõ orden de remitirlas, à quien se le avisasse. Despidiose de su tio, perviniendo que no se publicasse, q̃ su jornada era a Zaragoça, sino a los montes de Toledo, con que recibiẽdo su bendiciõ del anciano Prevendado, se puso en camino en compañia de su confidente Leonardo. Durò la jornada dos dias mas q̃ lo q̃ se suele de ordinario, por caminar por diferentes trochas, huyendo del camino Real, por no ser conocidos en jornada, en q̃ se podia imaginar tan gran peligro; al fin aportaron de noche a Zaragoça, donde Leonardo llevò a la posada las mulas, mientras Carlos diò buelta a la calle de su dama, que hallò ocupada con quatro embozados, que le dierõ harta mohina

hasta

hasta el Alva, que se retiraron todos; pero pesaroso de no averlos reconocido, picado de sus zelos, aunque el secreto de sus amores le mantuvo prudente; comunicò con Leonardo su enfado, diziendole, que segun la seña, era verdad lo que Doña Inès le avisava, y assi que la noche siguiente estava determinado a romper con todo, porque sus zelos no davan lugar a tanto sufrimiento, aunque fuesse prudencia el callar. Entendida, por Leonardo, la zelosa determinacion de Carlos, procurò apartarle de su intento, persuadiendole podia ser el galanteo de aquellos quatro embozados, con otra dama, y juzgando fuesse con Doña Antonia, no era cobardia retirarse, quando se conocia la ventaja del contrario, con que era el peligro evidente, en que no interessava mas que perderse, que se sosegasse, y diesse lugar al tiempo; que èl le prometia de averiguarlo con todo secreto, que avisaria de su llegada a Doña Antonia, que si fuesse conveniente introduzirle en su quarto, sin impedimento alguno, que lo fiasse de su cuydado, que èl procuraria ajustarlo sin ruido. Pareciole bien a Carlos la proposicion de Leonardo, con que al punto saliò a tratar del ajuste del negocio.

El aviso de la mala correspondencia de Doña Antonia, que D. Inès le avia dado, le tenia inquieto a Carlos, y assi al punto que saliò Leonardo, tratò Carlos de buscar la persona, que Doña Inès le avisava que viesse si bolviesse a Zaragoça; encontrò en barrio apartado con la casa, donde topò con vna muger, à quien diò las señas, que reconocidas de la persona, le dixo, q̃ se aguardasse, porque iba a avissar a su señora Doña Inès. Iba Carlos tan desfigurado, que era impossible conocerle, porque llevava cabellera postiza, vn parche en vn ojo, la barba crecida, salpicada la cara de lunares, con que nadie le podia conocer. Con harta confussion quedò Carlos mientras la muger fue a dar aviso de su llegada a Doña Inès, de quien Carlos no aca-

acabava de persuadirse, que era la que le avisava, y menos que fuesse la que le escrivia, solicitando su amistad; alfin, en esta tropellia de confussion le cogiò la buelta de la muger, que le dixo, que aguardasse vn rato; porque ya su señora venia, hizola Carlos algunas preguntas, pero a ninguna saliò, porque estava industriada de Doña Inès, que la enseñò a callar.

Ya serian las diez del dia, quando llegò Doña Inès toda rebuelta en vn manto de anascote, muy fatigada del cansancio del camino, y como Carlos estava retirado en otro aposento, entrò Doña Inès preguntando por èl, fuele respondido, que estava mas adentro, àdonde entrò diziendo: bueno es señor Carlos tener amigos, en la Corte de v.m. gracias a Dios, y a mi buena voluntad que le ha dado vista para conocer la ofensa que le han hecho a su buen proceder, aqui me tiene, sin rebozos con toda verdad, amante, pues desde el dia que le vi, hizo mi voluntad empleo de su persona, yo soy la que le di a v.m. la media sortija, con el aviso de su mal pagada correspondencia, yo soy la que le escrito tantas vezes a Madrid, sin merecer respuesta, yo la que aora vengo aqui, atropellando mi punto, sòlo para llevarle a mi casa, donde no ay mas que yo, que soy de v.m. Admirado estava Carlos de ver a Doña Ines, vna muger de tanto punto, tan vana, tan presumida, tan rendida, y tan otra, que apenas la conocia. Segun el aprieto del lance, natural cosa era que Carlos correspondiesse con fineza a vna voluntad tan acendrada, como la de Doña Inès, que atropellava por el punto del pundonor, que junto con la vanidad de su dueño, parecia caso impossible. No obstante como Doña Antonia era el dueño de su voluntad, y contra su proceder no avia mas testigo que Doña Inès, que ya estava tachado por apassionado, no se persuadia Carlos, à que Doña Antonia huviesse delinquido contra su cariño, porque no es facil culpar lo que se quiere, sino preceden evidentes las ofensas. No sabia Carlos

los como averse con Doña Inès sin culpar a Doña Antonia, porque justificar por delito el que no consta de mas que por vna relacion de testigo apassionado, es desear que aya culpa para obrar ingratamente, no pagar avisos de vna voluntad conocida, que importan al credito, y al gusto, por solo el discurso apassionado del cariño, es infame correspondencia. Carlos adorava a Doña Antonia; devia ser agradecido a Doña Inès; dessestimar su voluntad con menosprecio, era infamia; no corresponder a su dama, sin mas fundamento que lo dicho, era mal termino; desengañar a Doña Inès, poca prudencia, olvidar a su dama, no lo permitia su voluntad; con que se viò Carlos tan fatigado, que no sabia dar vado a tanta inundacion de dificultades; no obstante procurò dar vn corte a todo, diziendola a Doña Inès, como èl era desgraciado en todo, pues pudiendo aver hecho eleccion de su persona, la avia hecho, de quien no solo no pagava su voluntad, sino (que segun su informe) le ofendia ingrata, trato tan infame, à que por su pundonor no avia dado credito, hasta que se le assegurava con tantas veras, pero que no obstante que conocia la ingrata correspondencia de Doña Antonia, no se atrevia a corresponderla con las veras que devia, porque no era facil introduzir en la monarquia de la voluntad vn amor niño, donde reynava vn gigante afecto, con que tomava por partido el huir de los hombres por infeliz, asssegurandola, que aquella noche saldria de Zaragoça, para no bolver mas a sus ojos, que era lo que mas sentia, no poder pagar la la voluntad que le mostrava, que le perdonasse la ingratitud que devia hazerlo, porque para no corresponderla con fineza, no era bien admitirle por galan, mejor era perdonarle por desgraciado. Turbada se viò Doña Inès con la determinacion de Carlos, à quien quiso obligar con rogadores de lagrimas; pero como Carlos avia hecho empeño, tuvo mal despacho D. Inès, la qual viendo el pundonor de

Carlos q̃ se defendia con razõ que la obligava, procurò sanear su credito, empeñando a Carlos en el secreto deste lance, que aunque viesse a D. Antonia no le diesse noticia dèl, q̃ con esto quedaria satisfecha, Carlos le jurò de no descubrir el lance a nadie, aunque le importasse la vida. En este desempeño se estuvieron los dos lo mas del dia, culpãdo su mala fortuna, que tan contraria se les mostrava, hasta que llegò la noche, en q̃ bolviendo Carlos a repetir su palabra, se retirò a su posada, donde hallò muy cuydadoso de su persona a Leonardo, el qual assi como viò a Carlos, le puso en las manos vn papel de Doña Antonia, en q̃ le dezia, que aunque arriesgasse su credito la viesse luego, q̃ tẽdria dispuesta su casa, de manera que nadie le viesse. Festejò Carlos su dicha, porque no son siempre tan necios los zelos, que descarten la buena fortuna, por el aparẽte duelo. Contò Carlos a Leonardo el lance que le avia passado con Doña Ines (encubriendole la persona), dixole como le avia dado palabra de irse de Zaragoça, sin que nadie entendiesse el sucesso. Advirtiole tambien las presunciones tan aparentes que tenia de la infidelidad de Doña Antonia, que junto con la veleidad de ser muger, bien se podia temer la avia estragado a su amor el veneno de vna ausencia, pero que como su voluntad era tan estremada, no acabava de dar credito a los avisos de la pretendiente dama, porque juzgava era todo embidiosa rabia de sus amores, que le hazia relacion de todo, para que le aconsejasse, como amigo sabio: ya sabe v.m. (respondiò Leonardo) que ha sido esta jornada cõtra mi parecer, pero empeñados ya, no es de Cavalleros dexar de ir a ver a su dama, la qual, segun el semblante q̃ me ha mostrado, no es possible q̃ aya engaño en su coraçon, intrepido arrojo, si de su verdadera voluntad, v.m. la vea, procurando con maña sacar la verdad, que esta no se oculta, por mas que la reboze la malicia, la experincia en el lance le enseñara a v.m. como se

ſe ha de aver en todo. Con eſta reſolucion ſalieron ambos a dos de la poſada, en buſca de la caſa de Doña Antonia, la qual recibiò a ſu Don Carlos con mas amoroſa inociencia, que vengativa cautela, deſpidieron a Leonardo, con orden de que dentro de dos dias vinieſſe a buſcar a Alvarez, à titulo de pariente, con la qual le aviſarian lo que convinieſſe.

Obedeciò Leonardo, dexando a Carlos tan picado de los amores de Doña Antonia, como olvidado de los zelos que Doña Inès le avia ocaſionado; retirado quedò Carlos en el quarto, por donde comunicò la primera vez a Doña Antonia, la qual como ſe viò en poſſeſsion de ſu amante, le diò cuenta como Doña Inès la avia aſſegurado de que ſe correſpondia con otra dama en Zaragoça, para cuyo enlaze buſcava modo, como deſcartarſe de ſu correſpondencia. Bien conociò Carlos el enredo de Doña Inès, con que podia ſalir del empeño de ſu palabra, pero no quiſo, porq̃ vn honrado no admite explicaciones al empeño de ſu palabra. Aſſegurò Carlos a ſu dama, que todo era falſo, pidiola que no dieſſe oìdos a Doña Inès, porque ſegun lo que ſe ſacava de lo que avia obrado en aquel lãce, no era ſegura ſu amiſtad, que no la dieſſe noticia de que eſtava en ſu caſa, porque temia otro lance mas peſado que alli le tenia, con que ſe aſſegurava de la verdad de ſu cariño. No quiſo Carlos dar a entender a ſu dama el infame trato de ſu amiga Doña Inès, porque la vengança es de cobardes, quando el perdonar es de entendidos. O que dello ha meneſter vn pecho noble, para cumplir con el duelo del que diran! El termino de los dias ſe llegò, en que acabò Doña Antonia con Carlos, que ſe quedaſſe oculto en ſu caſa el tiempo que huvieſſe de eſtar en Zaragoça, con que ſe aſſeguraron los dos amantes, de que ſus zelos avian ſido juguetes del amor, con que ſazonavan la poſſeſsion. Pero quien no repara en la locura del vicio que aſſegura el ſoſſiego, à viſta del mayor peligro

gro, Carlos en vna prision gustosa, Doña Antonia en vn riesgo tan notorio apetecido. Bolviò Leonardo el dia señalado, en que hallò vn papel de Carlos, que le dezia su determinacion, fiado en la seguridad del cariño de su dama, con que se bolviò a su posada, dexando a los dos amantes en dulce, si amigable prision, en la qual passavan su vida contentos con su fortuna, encargando siempre Carlos a Doña Antonia el secreto para con Doña Inès, porque aunque dezia era su amiga del alma, ya sabia que era muy zelosa de la casa de Don Ioseph, como lo auia mostrado en la ocasion passada para echarle de Zaragoça. Encargaron tambien el secreto à Alvarez, porque era antigua confidente de Doña Inès; con todo este cuidado viuierõ seguros Carlos con su dama seis meses en este genero de vida; pero siempre asustados de la cercania de Don Ioseph, y Doña Ines (pero que gusto ay sin zozobra!) hasta que cansada ya la fortuna de consentir sazones al vicio, les pagò por junto en pesares, los gustos que cõ tantas zozobras auian gozado.

Nunca el secreto durò mucho en el pecho de animos serviles, por mas obligados que se sientan, porque quien no sabe que es honra, no sabe conservar el secreto que haja la hõra. Muy prevenida estava Alvarez de Doña Antonia, para que no vaciasse en la calle su credito; pero aũque mas la beneficiò, no tuvo calor su estomago para digerir el secreto, con que lo revelò à Doña Inès, la qual apenas entendiò el empeño de Carlos, quando imaginò zelosa, que la auia revelado su liviandad, suponiendo, que entre amantes no ay secreto, y mas el q̃ conduce à assegurar la fineza de la voluntad. Assegurando Doña Inès esta zelosa imaginacion, se determinò à tomar vengança, aunque arriesgasse la honra de su tio Dõ Ioseph, para cuyo efecto se fue à casa de Doña Antonia, à quiẽ afeò la temeridad de ocultar en casa à vn tan ruin hombre como Carlos, el qual publicava su deshõra por medio de vna

dama que tenia en Zaragoça, à quien asistia vn estudiantón, que era el que todo lo mullia; rematò su braveza, con que no avia de salir de alli, sin que Carlos saliesse de su casa. Turbada quedò la inocente Doña Antonia con el arrojo de Doña Inès, no obstante tratò de sossegarla, que fue imposible, porque el empeño con que Doña Inès obrava era de indomable resolucion; las vozes con que se explicava podian ser escandalo, y mas en sazon que era ya hora de que Don Ioseph diesse la buelta a su casa, que todo, considerado de la afligida Doña Antonia, se determinò a obligar a su amante Carlos, à que dexasse su dulze reclusion, y saliesse de su casa; consiguiolo a fuerça de lagrimas, causadas tanto de ver que le apartavan el alma, dividiendo la de Carlos, como de que fuesse la causa la violencia de vnos zelos. Saliò alfin Carlos, pero antes que se retirasse, le dixo a Doña Inès, que atendiesse al credito de Doña Antonia, que antes pagasse su vida, su enojo, que no su dama, que bien sabia su merced que en Zaragoça no avia muger a quien hiziesse cara, con que era sobrado el rigor, pues su atencion no se lo merecia, pues callava la causa de su enojo, que no fiasse tanto de su palabra, porque podia juzgar que sus temeridades imprudentes le desobligavan del empeño. Aqui fue donde Doña Inès se precipitò, temiendo, que si le dava mas lugar a Carlos, publicaria a vozes cara a cara su liviano termino, con que temerosa de que sucediesse assi, apretò de manera, que sin oir a Carlos le pusieron en la calle, quedando entrambas a dos damas batallando, si bien con armas desiguales, Doña Antonia con inocencia medrosa, y Doña Inès con temeraria malicia, tanto, que por acabar con la afligida Doña Antonia la assiò de las manos, bañandoselas con lagrimas de su corage, y la dixo: venguemonos amiga deste nuestro enemigo, tambien a mi me ha engañado, yo soy la infeliz burlada, a mi me ha galanteado con toda assistencia, mira sus papeles

les llenos de fementidos engaños (estos eran vnos papeles que Carlos le avia escrito a Doña Antonia, y se los auia cogido Alvarez prra darlos à Doña Inès) ves aqui media sortija, hermana de otra media que nuestro enemigo tiene; lee essas letras, que te explicarè, en que veràs la maldad deste fementido; y si tienes, acaso, la otra media, que bien puede ser (porque èl es tan infame, que te la avrà dado por fineza) juntalas, donde veràs mi verdad gravada en sus letras. Levantòse Doña Antonia picada de tan aparentes razones, acordandose, que tenia vn bolsico que avia quitado a Carlos, donde le parecia estava la otra media sortija, que hallò donde pensava, que junta cõ la otra media sortija, dezia: *Tu Inès, Carlos*. Bastò esta aparente prueba, para que Doña Antonia descartasse el cariño de su viciosa voluntad, por la rigurosa vengança que su enojo prometia. Lagrimas tiernas le costò el empeño; de corage serian ya, porque suele el coraçon tambien prestar para la vengança el lenguage de el cariño. Consultaron, al fin, las dos el duelo de su ofensa, que resolviò su enojo en quitar la vida a Carlos. O infame rigor de dos amantes pechos! ò crueldad horrible de dos vengativos coraçones!

Turbado de el sucesso, sin aliento con la pena, llegò Carlos a la posada donde hallò a Leonardo, a quien diò noticia de su ahogo: Leonardo le aconsejò que saliesse al punto de Zaragoça, porque le amenazava el infeliz estrago de su vida, que el mas prudente consejo era huir el golpe de vna muger poderosa despreciada. Bueno era el consejo; pero no le admitiò Carlos, dando por razon, que el retirarse era confessarse culpado, en ocasion, que su voluntad estava obligada a la devida correspondencia de su dama, a quien no avia de faltar, aunque le costasse la vida, porque mas honroso era morir en el empeño, que faltar a su obligacion, aunque se arriesgasse la vida, que lo que convenia

era, que llevasse vn papel a Doña Antonia, para que estuviesse segura, de que no la avia de faltar en todo trance. Llevò Leonardo el papel, à que respondiò Doña Antonia de palabra, que le importava su credito, que Carlos pareciesse en publico en Zaragoça. Con esta respuesta, que era causa de mayor empeño, se fue Carlos a casa de Don Alonso, donde le festejaron èl, y su muger con sumo gusto. Hizieron que viniesse Leonardo, el qual, a titulo de confidente de Carlos, le acomodaron en casa. Al otro dia saliò Carlos al lugar, en compañia de Don Alonso, y de Don Iayme, fueron a Missa al Pilar, donde se llegò vna muger tapada, la qual le dixo: *El guardar la vida comun, es el acertado valor; porque con la vida se vence, lo que con la muerte se acava.* Bastante aviso fue este para que Carlos cejasse de su empeño; pero hizo donayre de todo, contandoselo a Leonardo por gracia; pero Leonardo, que mirava la materia sin passion, le amonestò se valiesse de el aviso; pero no aprovechò con el capricho de Carlos, el qual continuava escrivir à su dama, assegurando la fidelidad de su amor, que era correspondido de Doña Antonia con fingidas demonstraciones de voluntad, que duraron algunos dias, en que ajustaron las dos vengativas damas, Doña Antonia, y Doña Inès, de despojar de la vida à Carlos, con la violencia de vn mortal veneno. La traça fue, que Don Ioseph combidasse à Don Alonso, à Don Iayme, y a Carlos a comer: executòse assi, admitiendo el agasajo, pareciendole à Carlos, què era disposicion de Doña Antonia para el sossiego de su amoroso vicio. El dia señalado, passando Carlos con sus amigos por la calle de el Coso, oyò dezir à grandes vozes: *Adonde vàs hombre, detente, mira que vàs al degolladero.* Bien reparò en el dicho, pero no hizo caso dèl, antes siguiò su camino con sus amigos hasta la casa de Don Ioseph, donde en plato seña-

ñalado le combidò Doña Antonia con su muerte, siendo el instrumento vn violento veneno. Apenas probò Carlos el mortal alimento, quando conociò por experiencia las veras de su desgracia; pidiò licencia a sus amigos para retirarse, como lo hizo, con gran priessa. Llegò a casa, donde hallò a Leonardo, a quien diò noticia de los ahogos que le molestavan; recetòle Leonardo vn poco de azeyte, que bebido cayò Carlos en tierra, expressando era llegado el fin de su vida, pues las señas del humor que arrojava, pronosticava su temprana muerte. Pidiò confession, la qual fue tan turbada, que despues no se acordava de averla hecho: exemplar digno de temer para que no nos halle desprevenidos. Fueron llamados a toda priessa los Medicos, à quien Carlos ya con mas sentidos declarò lo que juzgava prudentemente de su enfermedad, encargando el secreto; atencion de el lastimado Carlos, porque no peligrasse el credito de su homicida. Curaronle los Medicos con todo cuydado; pero aunque la aplicacion de la medicina fue acertada, la venenosa causa fue mas poderosa. Tullòse el desgraciado mancebo, pagando en lastimosa congoja, lo que le asseguraron confianças. Vn año estuvo en Zaragoça en el brete de vna cama, sin mas esperança de la vida que la que le pudo dar lo robusto de su mocedad; y aunque su vida era vna prolongada muerte, no acabavan sus enemigas de contentarse con esta muerte, pues por diversas vezes trataron de despojarle de vida tan lastimosa, a titulo de cortesana atencion le regalaron con vnos envenenados dulzes, que a descuydarse Leonardo consiguieran su pretension. Aconsejaron los Medicos a Carlos, que se fuesse a su natural, porque todo lo que avia alcançado su ciencia, avian executado, sin que consiguiesse la salud que deseavan. Pareciòle bien a Carlos este consejo,

con que se determinò a venirse a Madrid a casa de su tio; pero antes de hazer la jornada, ayudado de vna muleta, y de Leonardo, visitò a Don Ioseph, y a Doña Antonia, por desvanecer alguna presumpcion, de que auia sido Doña Antonia su homicida. La noche antes que se huvo de ir, le suplicò a Don Alonso, que le acompañasse hasta Agreda, porque iba solo, y enfermo. Como Don Alonso le queria, como verdadero amigo, avisò a Don Iayme, que juntos, sin mas prevencion que sus criados, acompañaron à Carlos hasta Agreda, que iba acomodado en vna litera, que acaso huvo de retorno para Madrid. Dos leguas de Zaragoça les salieron al camino seis enmascarados, que reconociendo la guarda que llevava el enfermo, se retiraron, dexando passar la tropa, cosa que sintieron agriamente las vengativas damas, que auian dispuesto, que ya que el veneno no pudo acabar con Carlos, acabasse con su vida à balazos en el camino. No quiso Dios que assi fuesse, pues los que venian pagados para executar la maldad, no se atrevieron viendo la escolta que lleuaua, con que llegaron a Agreda sin considerable tropieço, donde Don Alonso, y Don Iayme se quedaron, atendiendo a que iban a Madrid vnos amigos, en cuya compañia iba con toda seguridad Carlos, el qual se despidiò de Don Alonso, y Don Iayme con gran ternura, juzgando que era el vltimo abraço de la vida, porque iba tal, que pensava eran pocos los dias de su vida. No fue menor el sentimiento de los dos amigos, viendo tan lastimoso à Carlos, el qual, sin otro azar, llegò à Madrid a casa de su tio.





CA-

CAPITVLO XIX.

Sana Carlos de su achaque; buelue à los montes donde se criò, entra en Toledo, donde le sucede vn azar.

SI el facineroso temiera la justicia, y si el delinquēte se acordara del castigo, y si el mal hechor reparara en el mal que le amenaza; y al fin si el vicioso pecador reconociera el el paradero de sus culpas, ni el vicio se entronizarà, ni el pecado permaneciera, ni la culpa llegara a presumir duracion estable, porque la justicia amedrenta, el rigor acobarda, la amenaza del castigo desmaya. O hombres olvidados de la pena, ò viciosos, faltos de memoria de la amenaza del castigo! ò amantes ciegos privados del conocimiento de desgraciados fines! que rumbo es el que seguis, embarcados en el baxel del licencioso apetito, navegando el proceloso golfo desta vida, sin timon, sin govierno, trabajando por perderos en el escollo, donde han acabado tantos en desdichado naufragio?

Bien se conoce esta verdad en viua tabla de la experiēcia de Carlos, que asido al potro de vna cama, con las crueles ligaduras de vn mortal achaque, postrado el valor de sus brios a la violencia lastimosa de dolores, rendido su corage al fatal verdugo de vn veneno, vltrajadas sus fuerças a las porfiadas zoçobras de vna cōgojosa enfermedad le fatigarō los efectos de sus vicios por dos años, en q̄ la cōtinuacion de congojas pudo acabar con la enmienda su viciosa passion; pero no fue assi, como lo veremos en los sucessos restantes de su vida, hasta q̄ Dios fue servido, por medio de grādes trabajos, de reduzirle al conocimiento de sus culpas. Dos años (buelvo a dezir) fueron los que fatigaron a Carlos los rigurosos efectos del veneno, con q̄ las dos damas en Zaragoça pretendieron vengar sus zelos, despojando violētamente de la vida a Carlos, el qual fatigado de ahogos, permanecio doliēte, hasta q̄ vn valiēte padre de la medicina, de aquellos tiempos, assistēte en Madrid, le diò la vida con la aplicacion de no vsados

medicamentos, con que cobrò salud; pero no la logrò en escarmiẽtos, pues apenas se viò libre de la congojosa enfermedad, quando tratò de bolver a Zaragoça para acabar con su vida, pues bolvia à renovar las heridas de los zelos de Doña Inès, y Doña Antonia, a quien con su presencia incitava à nuevo sentimiento; no lo permitiò Dios que assi fuesse, pues barajò el intento de Carlos con la prision de Leonardo, el qual se avia buelto a Zaragoça à persuasion de Carlos; però teniendo noticia el Santo Tribunal de su mala vida, echò mano dèl, retirandole à vna carcel, donde acabò con su vida.

Esta fue la causa porque no siguiò su dictamen desatinado Carlos, con que assistiò por algunos meses en Madrid; pero cansado dèl modo de viuir cortesano, diò buelta à los montes de Toledo, donde gozò los primeros aliẽtos de su vida, y donde en este tiempo tratò de lograrla en compañia de sus verdaderos amigos por espacio de vn año, exercitandose en la caça, ya rondando el monte con sus camaradas, ò ya solo fatigando la selva, dando alcance al corço fugitivo, habitador de la espesura mas oculta. Los dias de fiesta passava en el lugar, ò saltãdo por apuesta, ò tirãdo a la barra, cõ los labradores, exercicio virtuoso de valiẽtes, aunq̃ cansado. Los dias de trabajo que no eran de caza, se apartava à los lugares comarcanos a tratar con los amigos, seguro de que sus obras eran hijas de sus leales coraçones. En todo este tiempo no saliò de los terminos de los montes, sin que permitiesse su doliente, si escarmẽtada memoria, la comunicacion de la Ciudad de Toledo, hasta que vn dia de nuestra Señora de Agosto, en el qual todo el Reyno se convoca para celebrar la Assumpcion de la Virgen en su santa Iglesia, le obligaron à entrar en la Ciudad, en la qual fue festejado de sus amigos, como à recien venido de tantos años de ausencia, con que cada vno de porfi, y todos juntos celebraron su veni-

nida con vrbanas aclamaciones. Asistiò Carlos con devoto afecto en la procession, en que aquel dia sale la Imagen de la Virgen de el Sagrario, quizàs pagando en gracias favores no merecidos, por la intercession de tan Soberana Señora. Muy conforme se hallava Carlos con el nuevo modo de su vida; pero ni sus años prometian permanecer en su determinacion, ni su espiritu alegre assegurava duracion en el empeño. Aquel dia acaso diò buelta a las naves de el Templo, donde en devota confusion de asistencia, se esmerava lo rico, en competencia de el aliño de las damas de Toledo. Entre la confusa turba de hermosuras Toledanas, se encontrò el incauto Carlos con los ojos de la antigua Doña Beatriz, principio de sus trabajos, ocasionados de su necia correspondencia; hallòla en habito de viuda, que segun supo de sus amigos, no le durò el matrimonio mas de dos años: desgracia merecida a ingratitud tan notoria; pero como el cariño renace como el Fenix, porque lo que bien se quiso, cobra vida de entre las cenizas muertas del olvido. No se atreviò Carlos a hazer experiencias del valor, repitiendo nuevos golpes de la vista, por no caer en despeño en el peligro de vnos ojos, por quien vn tiẽpo viuia. Retiròse Carlos temeroso, porque algo, quando no todo, escarmientan los trabajos a los apassionados del vicio. No fue assi en Doña Beatriz, la qual, como muger veleidosa, se le olvidaron las ofensas que avia hecho a Carlos, quedando solo en la memoria las sazones con que la hazia de los passados cariños, formãdo su amor propio quexa de Carlos, cõ q̃ quando se deviò reconocer ingrata, cargò a su galàn la partida de poco amante. O desconocimiento infame, que forma materia de cargo ageno, lo que devia avergonçarse siendo proprio!

Aunque se acabò el cõcurso de aquel dia, no feneciò en Doña Beatriz el imprudente enfado de que Carlos no la assistiesse atento, porq̃ el mayor disgusto del ingrato, es el

prudente acuerdo de no hazer caso de sus malos terminos. Esta fue la razon, porq Carlos procurava barajar los encuẽtros, q le podian empeñar en hablar à D. Beatriz, tanto, que sus amigos le tachavan de impertinente; pero como no entendian la causa, se les podia perdonar. Estos temores de Carlos parece q con su retiro ocasionavan a D. Beatriz, à q assistiesse à todos los concursos, por si acaso topava ocasiõ en que despicarse; pero como Carlos temia prudẽtemẽte, adivinava el intento de la ingrata dama, con que con su retiro frustrava sus intentos; pero como la diligencia es madre del hallazgo pretẽdido, siendo los concursos muchos à q los amigos de Carlos le llevavan, fue fuerça encontrar el dia de san Bartolomè con lance à q no se pudo negar, porq es festividad q se celebra en la Vega à la vocacion del Tẽplo de los Religiosos de san Frãcisco de Paula, q siendo en Agosto, à titulo de tomar el fresco, se dize q se và à ganar el Jubileo. El Sol se avia ausentado quãdo Carlos con sus amigos, baxaron en vn coche à gozar de la frescura del ayre, refrigerado del rio. Dexaron el passeo de las celebradas azudas, por no alexarse de la vega, donde cõcurria lo luzido de Toledo. Hizieron su viage àzia el rio, arrimados à las tapias del santo Christo. Iba Carlos al estrivo, gozando de la viueza de chistis, q las damas, q tan celebradas son en España por sus repentinos donayres, dezian; pero aunq via la armonia de gustosos juguetes q aplaudiã sus camaradas, no obstante cõ melancolia modestia, atendia sin cuidado à todo, llevandole mas la cõversacion de sus amigos, q el gustoso desenfado de el femineo rebozo; pero como todas le conociã, todas, como à reciẽ venido, le procuravan pellizcar el gusto, à q Carlos respõdia de passo, sin dar lugar a segundo lãce. Assi todo el coche hasta llegar a las orillas del rio, dõde parò debaxo de vnos arboles, q al movimiento del ayre fresco, comunicavan deleytosa su estãcia, à q se llegaron dos mugeres tapadas cõ los mãtos, q se sentaron al pie de vno de aquellos arboles,

les, haziẽdo frẽte al estrivo dõde iba Carlos, à quiẽ procuraro obligar à q̃ travasse conversacion; pero como el gusto es el que haze el plato, y no la vianda; por mas q̃ le dixeron, no le sacarõ mas razones, q̃ las medidas a la vrbanidad cortesana, de q̃ enfadadas las del embozo, se llegarõ al coche, pregũtando si venia Carlos à Toledo à pretender la plaça de Maestro de Ceremonias de la santa Iglesia; porq̃ segũ venia de ministro ajustado a terminos legales de mudas ceremonias, parecia era esta su pretẽsiõ, q̃ si assi era, se explicasse, porque tenian gran valimiento con el señor Arçobispo, cõ q̃ facilmente se llevaria la plaça. Picòse Carlos, de q̃ le tachassen de encogido (O q̃ de males causa esta vrbanidad desahogada!) con q̃ las respondiò en terminos prohibidos, à quiẽ trata de apartarse de el vicio. Mis señoras (las dixo) a vn forastero, q̃ ha años q̃ està ausente, se le olvida el lenguage de la tierra, cõ q̃ a trueque de no errar torpe, tẽgo por mejor el dar à entẽder q̃ soy mudo; pero si por ajustado les parezco mal, crean q̃ les devo parecer bien, porq̃ a vista de la valentia de sus garvos, estoy de parecer, q̃ serè gran pecador, cõ q̃ si alguna de vuessas mercedes me quiere para q̃ la sirva, aqui me tiene muy suyo. Apenas acabò Carlos con su cortesana adulacion, quãdo la vna de las dos reboçadas dixo: Mi compañera me està haziendo señas para que os diga que os apeeis, porq̃ os quiere hablar al alma. Bien conociò Carlos, q̃ se devia rezelar de aquel cuidado, y assi respondiò con èl, diziendo, q̃ bien podia hoblar en publico, porq̃ todos aquellos cavalleros cõ quiẽ venia, eran amigos de quien se podia fiar todo; pero quisiera materia de mas espacio, q̃ le dixessen su casa, q̃ el empeñava su palabra de ir el dia q̃ le señalassen. Esso no (respõdio la dama) bien sè yo q̃ no cũplireis, porq̃ venis de otro parecer del q̃ fuisteis. No harè (dixo Carlos) q̃ estos señores quedarã por mi. Ya he dicho (repitiò la embozada) que venis de otro parecer, con que importandonos el hablaros, no serà bien q̃ perdamos la ocasion que hemos buscado. Apeaos, que nos importa comu-

nicaron vn negocio. Viendo Carlos el aprieto del empeño, pretendiò barajar el lance, reduziendolo a chança; pero no le valiò, porque los amigos le obligaron a que se apartasse con Doña Beatriz, que rebozada, porque no la conociessen, no quiso hablar palabra, pero viendose ya en la estacada, en lugar apartado de la gente, en el silencio de la noche, no quiso perder el lance por el menoscabo de cobarde, sino tratar de vencer, ò darse por olvidada de Carlos.

No presumais (dixo Doña Beatriz) Carlos, que esta acciõ, por lo que tiene de buscada, que tiene mucho de liuiana, sino estimadla por preciosa, por lo que tiene de particular en la fineza, porque buscar vna muger à vn hombre no es mucho, porque de finezas se alimenta el amor; pero buscar vna muger como yo tan leal, à vn hombre como vos tan infiel, tan ingrato, tan vil, tan cobarde, que dexò à su dama cercada de sus enemigos, embuelta en llanto, amenazada de muerte, no puede ser liuiandad, sino fineza; no veleidad, sino amor, y al fin no tiene sombras de ficcion, sino vivezas de voluntad. Vuestros desayres, ò por mejor dezir, grosserias, que en estos dias aueis obrado conmigo, bien pudieran resfriar el ardor de mi antiguo cariño; pero no solo no lo entibiaron, sino que encendieron mayor llama de la que ocultaua la fria ceniza de la ausencia, con que es obligacion vuestra estimar esta fineza, al passo de vuestra ingratitud, premiando esta constante voluntad, coronada de mi perseruado cariño al passo de los años de vuestra infame correspondencia. No permanezca, no, en la villania del oluido vuestra obligacion, à luzes de mi ruego; crezca en vos la llama, pues os comunico la materia, que en mi està tan dispuesta; pero si terco os quereis mostrar villano, sin dar vn aliento de vida à mi consuelo; sabed, que toda soy fuego, que incitado del ayre de mis ansias, leuantarè tal incendio, que acabe con vuestra vida; y si mi llanto amoroso no pudiere anegar vuestra ingrati-

titud, podràn acabar con mi vida enardientes incendios de voluntad.

Con esta falsa, si bien al parecer bien sentida querella, cessò Doña Beatriz su quexa, à tiempo que Carlos suspenso de su determinada ossadia, no sabia como responderla con la decencia devida, pero animado de la razon, acompañado de la verdad, la respondiò en esta forma, con mas sentimiento, que palabras.

Si las experiencias no me huvieran hecho maestro en el conocimiento de las engañosas trazas de lo ingrato, facil fuera, mi señora, auer caido esta noche en el tropiezo de vuestro fingido llanto; pero la experiencia de vuestro ingrato proceder me ha abierto los ojos, para que no caiga en el peligroso lance de creeros, quando à vuestra correspondiencia deuo el conocimiento de la senda, por adonde he podido olvidaros. Si à vos os dà el conocimiento de mi buen trato aliento para obligarme, à mi vuestro ingrato termino me dà valor para deziros que busqueis amor menos espadachin, con calidades de mas necio, porque ni he olvidado el valor que heredè de mis padres, ni menos he perdido el conocimiento de vuestra ingrata voluntad, con que en breves palabras os he dicho la verdad de vuestro amor, con algo del sentimiento con que os he oido hasta aora.

Quiso Carlos bolver la espalda, y dexarla (porque vna ingratitud haze villano al mas cortès) pero reparò, que ò la rabia, ò la vergonçosa congoja, ò la inventiva de vna muger pretendiente la avia ocasionado vn desmayo; llamò la criada, la qual con vn breve rocio del agua la hizo cobrar su aliento, retirando el llanto, que diò a entender con ansiosos suspiros. Retirose Carlos, temiendo la assistencia de la peligrosa bateria, rezelandose, mas de si lastimado, que combatido de su dama; pretendiente de su correspondiencia; porque no ay mayor enemigo que vn pecho tierno, quando le combaten memorias de vn amor antiguo. Entrò Carlos en el coche, donde le aguardavan sus ami-

gos para darle bexamen, ò brega por averse estado con vna dama; que le buscava en tan larga conversacion, siendo, que desde que avia venido a Toledo, no permitia tan gran desahogo, porque hazia alarde de recoleto. A que respōdiò Carlos cõn jocoso desẽbarazo, diziẽdo, q̃ no se admirassen, porq̃ por forastero, ò ya por Aldeano, q̃ era fruta nueva, que podia ser apetecida de alguna golosa Toledana, ordinario agasajo de la fortuna, que al que menos lo agencia, le regala; con esta chança llegaron a la posada de la carcel de Corte, donde se quedò Carlos, rumiando cuidadoso el lance que con Doña Beatriz le auia sucedido, porque se debe cuydar, y aun temer de vna muger despreciada, porque engendra rayos para abortar en monstruosas vengançàs.

Algunos dias, despues deste lance, se detuvo Carlos en la Ciudad, sin dar cuenta a sus amigos de lo que le auia sucedido con Doña Beatriz, porque el silencio en los encuentros del mar de la fortuna, es el timon de la seguridad en el naufragio. Despachò lo mas aprisa que pudo, con que se bolviò a su primitivo Solar; pero no pudo lograr su intento, porque vn amigo suyo, à quien en Toledo tenia obligacion, no permitiò que gozasse el descanso de la Aldea, pues le escriviò con todo aprieto, que viniesse luego luego, porque le importava su credito, à que fue fuerça dar buelta a Toledo Carlos, donde con la mano que tenia en la Ciudad, procurò ajustar lo que venia, que no fue tan facil, que dexasse de detenerse muchos dias, en los quales peligrava su vida por la sangrienta assechança del corage de Doña Beatriz, la qual con empeño vengativo hazia toda diligencia por derramar la sangre con la vida de su antiguo galan, para cuya execucion se valiò de vn assesino, obligandole al delito con trecientos reales de a ocho de prendas, siendo seiscientos los que prometia, à quien le diesse la muerte a Carlos, el qual no se descuydava, pues sabia muy bien que

la vengança de vna muger despreciada es tan cierta como la misma muerte, buena experiencia tenia en si mesmo con Doña Inès en Zaragoça, no obstante era fuerça acudir al empeño de su amistad, por quien los pechos nobles menosprecian peligros; pero enmedio del que Carlos temia de la assechança de Doña Beatriz, velava sobre su vida con cuydado; pero no fuera bastante a librarle, si Dios no le socorriera por medio del mismo assesino, el qual picado de hombre agradecido a la buena diligencia de Carlos, que a costa de su dinero, y agencia, le auia sacado en vna ocasion de la carcel, quiso Dios que en esta ocasion se le antojasse pagarle la obligacion que le tenia, con avisarle el empeño del mal coraçon de Doña Beatriz, que porque le quitasse la vida le auia dado en prendas de seiscientos, trecientos reales de a ocho, agradecioselo Carlos, admirado de que se hallasse en el pecho de vn ruin hombre, la nobleza de agradecido, quando en el coraçon de su dama noble, preciada de amante, viuia el odio tan sangriento, que olvidava todo lo que le podia embarazar para la vengança: trataron entre los dos la traza que se podia dar, para que se entretuviesse a Doña Beatriz con buen modo, hasta que diesse lugar el negocio en que estava para ausentarse de Toledo, con que se enfriaria el corage vengativo de Doña Beatriz. En este estado quedò la seguridad de la vida de Carlos; pero estava tan mal afiançado como en la constancia de vn vil hombre, y en la dilacion de vna muger vengativa. No obstante fue fuerça assistir Carlos algunos dias en Toledo, en los quales sucediò, que por indicios de vna muerte echò mano la justicia del assesino, à quien Doña Beatriz tenia pagado parte del precio que tenia prometido, porque le quitassen la vida a Carlos; los indicios eran grandes, la opinion de hombre ruin

era-

era mayor, con que le pusieron a question de tormento, en el qual confessò lo hecho, y por hazer. Entre los delitos que confessò, fue aver recibido de Doña Beatriz trecientos reales de a ocho, en prendas de los seiscientos, porque le quitasse la vida à Carlos, que no tuvo efecto, porque le tenia obligaciones à Carlos, a quien avisò la intencion de la vengativa dama. El Corregidor viendo lo que resultava de la confession del delinquente, embiò a llamar a Carlos para prevenirle de cuydado de las assechanças de su enemiga. Bien podian hazerla vna causa muy enfadosa; pero la prudencia del Corregidor, cō la nobleza de Carlos, ajustaron, que no se hablasse en ello. Al assesino le ajusticiaron, el Corregidor diò traça como entendiesse Doña Beatriz, como ante la justicia estava comprobada su intenciō vengativa, para que vna vez conocida, se retirasse del sangriento intento; pero era tal su vengativo corage, que aunque el aviso del Corregidor obligava a ceder de su ingrato enojo, no se retirò de su pretensiō, antes agenciò nuevos medios para acabar con la vida de Carlos. El de que hechò mano fue de vna mala muger, a quien el demonio traìa engañada, assegurandola, q̄ con el pacto de su infame amistad le obedecerian los elementos, con que seria venerada de los hombres. Esta vil criatura, infame alhaja de lo racional, tomò por su quenta dar muerte à Carlos, hizose encontradizo con èl, en sazon, que con otros amigos salia por el puente de san Martin àzia el Convēto de los Capuchinos. Trabò conversacion, à que se siguiò la peticion de merēdar, contentaronla con vn poco de dulce, que acaso vno de ellos llevava en los bolsillos, a que en retorno, la vil muger, les diò vnos clavos de alcorça, haziendo grāde fuerça, a que los comiesse Carlos, el qual, como andava con cuydado, respondiò, que aquel regalo no era para golosina, sino para guardarlo por favor, arrimandole al pecho, donde se conservauan los alhagos del cariño. Con esto se dividieron,

que-

quedando Carlos persuadiẽdo a sus amigos a que echassen a mal aquellas alcorças, porque el dueño no era conocido, que vn manto solia cubrir en poblado fieras sangrientas del campo; ello assi se hizo, pero a costa de vna vaya que le dieron a Carlos, mofandole de medroso, a que respondia, que èl, como acuchillado, prevenia los lances a los que no sabian: no le valiò a Carlos la solucion, porque como moços, sin experiencia, no le dexaron de apretar, hasta que llegò la hora de irse cada vno para su casa. En la suya hallò Carlos carta de su tio, en que le mandava que procurasse abreviar, porque le avia menester en Madrid; harto lo deseava Carlos, pero no fue possible en aquellos ocho dias, en que acabò de dar final negocio de su amigo, con que a toda prisa mandò a Andrès que le hiziesse la maleta, pusola Andrès por execucion, pero al tiempo de alcançar de sobre vn bufete vn poco de ropa, hallò vn papel doblado, preguntò a su amo, si era cosa que importaua: no se acordava Carlos que aquel papel era el donde auia embuelto los clavos de alcorça, con que los auian regalado las tapadas, y assi le dixo a Andrès: veamos que cosa es, alcançole Andres, abriole Carlos, y hallò, que todos los clavos se auian convertido en horribles gusanos, cubiertos de pelo todo el lomo. Quedò Carlos assombrado, dando gracias a Dios de las mercedes que le auia hecho; y porque no le sucediesse algun azar a alguno de sus amigos, los fue a buscar para que escarmentassen con la experiencia milagrosa, hallolos en la Iglesia Mayor; preguntarõle, quando era la jornada, respondiò Carlos, que ya huviera sido, sino necessitara de hablarlos. Paraquè, preguntarõ? respondiò Carlos, para mostraros este papel con estos horribles gusanos: he aqui amigos en lo que se ha buelto la mercaderia de los clavos de alcorça, que el otro dia feriamos junto a los Capuchinos, si alguno de vuessas mercedes ha sido goloso, mire por si, que le importa. Vno dellos sacò

cò del bolſillo vn papel, diziẽdo, los mios aqui eſtàn, q̃ deſembolviendole hallarõ las miſmas ſabandijas; la propria diligencia hizieron los demas en ſus caſas, y todos reconocieron, que a no ſer la experiencia de Carlos, huvieran peligrado ſus vidas, por cuya cauſa, rabioſos, procuraron ſaber quien podia ſer dueño de tan gran maldad, pero como el manto con cuydado, es mas obſcuro ceño que el de vna denſa nube, que aborta rayos, no pudieron dar alcance al autora de tan gran delito; ſolo Carlos, como tenia tantos fundamentos, pudo conocer el arco de adonde ſe diſparò la flecha, para cuyo reparo procurò poner tierra en medio; porque vn enemigo cobarde con entrañas de vengança, no ay fuerça para vencerle, como dexarle.

Vinoſe Carlos a Madrid, donde fue bien recibido de ſu tio, el qual le mandò que aſsiſtieſſe al pleyto de vn preſo algo pariente ſuyo, que eſtava preſo en la carcel de Corte, por indicios de vna muerte, con baſtante prueba de vna reſiſtencia, con que no tuvo Carlos lugar de deſcanſar; pero al noble coraçon bienhechor, el hazer bien es deſcanſo. Al punto ſe fue Carlos a la carcel, donde ſe informò del preſo, ajuſtandoſe a la verdad del hecho, porque aunque eſta ſe aya de ocultar, es bien ſaberla, para encaminarla defenſa, la qual previniendo al Procurador, al Eſcrivano, con medicinales confortativos del Potoſi, con que ſe hazen milagros en lo criminal, ſe puſo el pleyto de mejor color, aſſegurando la eſperança del buen ſuceſſo. Con eſta diligencia diò buelta a la carcel, donde hallò a Don Antonio (que eſte era el nombre del pariente) en compañia de vn guapo, con calidades de inocente, aunque en poſſeſsion de valeroſos brios, adornavaſe de ſombrero, color de perla, veſtido de color, balona caida, coleto largo, cabos pagizos, çapatos azabalados, algo cargado de eſpaldas, con vigote que le hablava al oido, vn par de grillos le apriſsionava, y la cara toda bañada en ſangre, ocaſio-

ſionado de muy gentiles aruños con que le aviã ſeñalado. A eſte tal tagarote de lo bravo, le procurava domeſticar D. Antonio, tratando de ſuavizar ciertas puñadas, que en tropa de aquellos aruños le avia comunicado vn cuñado ſuyo, el qual ſin averle eſcrito, ni aviſado, de q̃ le queria hazer merced, le cogiò de repente, con q̃ le puſo de aquel modo, porque como èl eſtava preſo cõ los grillos, y el cuñado (aunq̃ detenido en la carcel) ſin ellos, pudo a ſu ſalvo maltratarle. Como la ſangre dava ſeñas del mal trato, y los aruños mortificavã la cara del valiẽte, eſtava furioſo; pero la diſcreciõ de D. Antonio, reconociendo el ſugeto, diſpuſo la materia de modo, q̃ el tal temerõ ſe diò por ſatisfecho, porq̃ le dixerõ, q̃ ſu cuñado tenia ſeñalados los dedos de ſu mano por dos, ò tres partes en ſu cara, con q̃ ſe ſoſſegò el duelo, porq̃ los aruños (dezian) eran heridas de mugercilla rabioſa, q̃ a traicion ſe vale de las armas de ſus vñas: y aunq̃ iba, y bolvia con el puño cerrado; pero todo ello no obligava al duelo a vn hombre entẽdido, y de valor. Baſtantes fuerõ eſtas razones para ſoſſegar la colera del valiente melenudo, el qual ſe labò la cara con vino, à buelta de las tripas con biſcochos, con q̃ por entõces ſe acabò el enojo, aunq̃ para en futuro le amenazò de muerte. Aunq̃ Carlos atendiò al horrible aſpecto del valiẽte, no ſabia el caſo, y aſsi procurò, q̃ D. Antonio ſe lo dixeſſe; hizolo D. Antonio, procurando minorar el diſguſto, por no avivar el duelo; pero no le pareciò al bravo bien la narraciõ de D. Antonio, con q̃ porque no quedaſſe (a ſu parecer) algun imaginado eſcrupulo del duelo, rompiò por todo, diziendo;

Vè mi amo, como nunca ha paſſeado el arenal de Sevilla, ni curſado el corral de los naranjos, dõde ſe lee Catedra de duelo; aũq̃ tiene valor, no acaba de dar el pũto al enfado, y aſsi, porq̃ eſtos cavalleros no queden con eſcrupulo, lo dirè en dos palabras. Vaya, pues, dixerõ todos. Mi cuñado (proſiguiò el temeron) me diò con puño cerrado; llenèle la cara

de dedos cõ mi mano pecadora; este es el caso, en q̃ no hemos de hablar mas. Todos al punto le conocieron al hõbre por su laconica relacion, por cuya causa Carlos, como curioso imaginativo, quiso saber porq̃ estava enjaulado aquel inocẽte bruto; determinòse à preguntarle la causa de su prision, para cuyo efecto, sin cõsultarlo, le encarò afable con media risa, diziendole: los trabajos, señor, son muy amargos, pero sabrosos, quando se haze memoria dellos, despues que passan, y nunca dà Dios grandes afanes, sino es a coraçones q̃ los puedẽ llevar; v.m. mi amo, le cõsidero con gesto de aver sobrellevado pesados golpes de fortuna, con q̃ llego à discurrir, que le ha dado Dios a v. m. valor para q̃ con brioso desahogo aya podido vẽcer lo agrio de la desgracia; suplicòle, q̃ sino lo ha por enojo, nos haga gusto de cõtarnos algo de lo mucho de lo escabroso q̃ la fortuna comunica à los hõbres de valor, para que nos consolemos en nuestras desgracias, considerando el brioso aliento q̃ v. m. ha tenido en el discurso de su trabajosa vida. A todo esto estuvo el bravo reparãdo en la persona de Carlos, en la qual hallò buen arte con modestia, q̃ todos los circunstantes se conformavan con su gusto, con q̃ se obligò a condescender con su pretension; pero a este tiempo llegò la comida, con q̃ no pudo satisfacer el deseo de los camaradas; pero prometiò hazer a la tarde larga relacion de su mala fortuna; quisose ir, pero no le dexaron, cõ que se quedò a comer, donde le dexarèmos.

CAPITVLO XX.

Dà quenta el bravo de los varios accidentes de su vida.

LEvantòse la mesa, dieron agua manos, fueronse los criados a comer, con q̃ quedarõ solos los tres, D. Antonio, Carlos, y el valenton mondãdose los dientes, q̃ es el postre de mas largo entretenimiẽto q̃ se ha inventado. Acudieron los que estavan combidados, q̃ reconocido por el bravo, tras levantarse el vigote, igualandose en la silla, dixo assi:

No quisiera molestar a vuessas mercedes por largo, con q̃ con

con brevedad darè passo a todos los accidentes de mi vida, deteniẽdome solo en lo essencial. Mi patria es Gibraleon, mis padres pobres; pero honrados. Mi padre fue gran soldado, pero loco; mi madre hermosa; pero necia; passò triste vida con la locura de mi padre, q̃ tocava en demasia de zelosa. Fuymos quatro hermanos, pero solo yo varõ, a quiẽ dexò mi padre por su muerte, de veinte años; el viage a la otra vida de mi padre, fue muy apresurado, q̃ vna bala gruessa del enemigo le llevò en vn galeon del Rey, con q̃ no nos pudo dexar caudal con q̃ passar la vida, conforme a la vanidad de su deseo. Con la muerte de mi padre quedè solo, cargado de obligaciones, sin saber como dar abasto à mi casa, con q̃ tomè por expediente vẽder las pocas alhajas q̃ tenia, y transplantarme en Sevilla, dõde a la sombra de vn amigo de mi padre pudiesse grãgear el sustẽto de mi madre, y hermanas. Como lo pensè, assi lo puse por obra; pero vime en Sevilla en grande aprieto, porq̃ aunque en el gran charco todos los pezes campan, no obstante, como era bozal campeador, no podia dar vn passo, y mas faltandome al mejor tiẽpo la persona, en quien tenia afiançado mi amparo; pero aũ q̃ me vi en el golfo de mayores dificultades, no desmayò mi coraçon, antes a fuerça del valor heredado de mi padre, determinè no darme por vẽcido, con q̃ siẽdo mi valor la alhaja, q̃ solo me avia quedado, me vali della, desesperado de poder hallar otro camino decente por donde alcançar mi pretension. Todo mi manejo de grangeria era en este tiẽpo entre los bravos del arenal, y puerta de Triana; pero como de aqui no se sacava mas q̃ comer, no me aficionè à la mercãcia, con q̃ tratè de rondar los ministros mayores de la Aduana, cõ quien me procurè introducir, por si acaso podia valer por mi pluma; pero fue en valde, porq̃ donde no ay favor, ni potencia, la diligencia no se logra. En esta suspension de fortuna estava mi cuydado, quando vn dia, que lleguè a la Aduana, reparè, en q̃ vn Capitan, al parecer, muy preciado de valiente, atropellava de palabra a vn ministro del Rey, de

venerables canas; entrème de por medio, procurando moderar al Capitá, pero no fue possible; porq̃ como llevaua quatro camaradas de respeto, juzgò que todos se agallinarian; dexò la pendencia de el viejo por travarla conmigo, que no deseava otra cosa, pues sin aguardar a segundo láce; arranquè la espada a tiempo q̃ me acometieron todos cinco; pero con muy buen ayre cogi la punta de vno de mis cõtrarios, y sin permitirle reparo, le descalabrè con cinco puntos; ya en este tiempo la justicia, ayudada de las guardas de la Aduana, vsava de su jurisdicion, asiendo a vnos, y auyenrando à otros. Y como conocieron, q̃ yo hazia las partes del ministro del Rey, defendiendole de aquella tropa, aunq̃ el vno estava herido de mi mano, le llevaron à la carcel en compañia del Capitan, dexandome a mi en la Aduana, donde mi venerable ministro del Rey me diò las gracias de su defensa, ofreciendoseme, y aun pidiendome quisiesse assistirle en su ministerio, q̃ èl me prometia de disponerlo de manera, que se lograsse su buena voluntad de hazerme merced. No deseava yo otra cosa, cõ que admiti el embite, echando todo el resto, ofreciendo servir al Rey con toda fidelidad. Cõ mi apacible respuesta quedò mi venerable ministro muy alegre, satisfecho de q̃ me quedava à servir; pero si el quedò satisfecho, yo pagado, pues dẽtro de quatro dias me vi con vn honrado oficio en la Aduana, no sin embidia de muchos q̃ avian servido; pero no cõ tanta fortuna como yo, q̃ al punto tomè possession, que como se supo luego mi fortuna, me rõdaron la puerta los valientes, de manera, q̃ no huvo crudo, temeron, que dexasse de visitarme, dandome todos la norabuena del oficio, embuelta con el buen sucesso de las cuchilladas, admiti a todos con toda vrbanidad, y cortesia, procurando mostrarme mas humilde, quando me alabavan de valiente, porque mas hablan las obras, que las palabras.

Con esto cobrè opinion de valiente; y de cortès, por cuya causa quisieron embaynar mi voluntad las marcas de la Ciudad; muchas dellas vinieron a

la Aduana a hazerme cocos: pero como yo no tratava de mas que de mi ministerio, no hazia caso, con que se dieron al diablo, el qual no dormia, pues me tentò con vna moçuela de buē arte, q̄ cada dia me hazia el brindis en la plaça con su fruta; no me parecia a mi mal el ogeo, pero acobardavanme mi poco caudal, junto cô mis obligaciones, porq̄ a quien estas no rindē, ò es loco, ò no es hōrado. Divertia el intēto con la chāça; dissimulava el ahogo cō la risa, hasta que viendo la moçuela el poco caso q̄ yo hazia de su garvo, tratò de obligarme con mas claridad, pues tan mal la iba con lo oculto; agradecila el desahogo, pagādola en la misma moneda tan clara, como la verdad q̄ la dixe, manifestandola mi obligaciō, que cargava sobre los cimientos de mi cuidadosa agēcia. Picose la agridulce moçuela, y como si fuera muy grā de, afeò mi cortedad en el tribunal de su amor: pues amo mio (me respōdiò cō imperio) pēsava vuessarced q̄ le buscava por rico? pues engañase, porq̄ le advierto q̄ vale mi tienda con mi cara, mas de lo q̄ pēsa, q̄ a querer yo poner en precio el gusto de la persona, muchos ay en gradas, con muchos mil ducados, q̄ se tuvierā por muy dichosos, q̄ admitiesse yo sus doblas de dos caras, por esta q̄ v.m. aqui vè entre el manoseo de la fruta; no mi señor, no le quiero para q̄ gaste su haziēda cōmigo, quierole para servirle, que a ley de muger de buen gusto, q̄ me trae a mal traer esta alma pecadora, trabucado el gusto, y bazucado el coraçō. Alētome el desahogo de la mozuela, cō q̄ al punto nos dimos el *si* de la volūtad, con el *no sè que* del amor. Retireme por entonces, por no dar q̄ dezir a la malicia, y juntamente por acudir a mi exercicio. Supe la casa de mis amores, fruta nueva de huesso dulce, busquela en cerrādo la noche; hallela tā biē prevenida, como el cuydado de su dueño lo auia trazado: viuia con su madre vieja, y ciega; era casada con vn hombre de mar de la carrera de Indias, q̄ auia seis años, que ligado del amor de vna muleta, se detenia en Cartagena, Socorria todos los

años en los Galeones à su muger, porque se olvidasse de executarle por la buelta; pero mi Iuana (que esta era su gracia) no cuydava de requerirle de zelos, porque no la hazia falta, pues estava en vn lugar, que abundava de marineros de el mar de amor, que marcan las velas del gusto a mejor rumbo que en el Cabo de buena Esperança; vno de ellos fuy yo para su vicioso empleo, afinandose tanto con el trato, que ya aquello no parecia amor, sino locura, pues por darme gusto, parece que olvidava el govierno de su trato. Toda su atencion era el lucimiento de mi persona, el regalo de mi casa; y lo peor de el caso era, que sin que yo lo entendiesse, assistia al abasto insaciable de la golosina de mis hermanas, que fueron sanguijuelas de su dinero, polillas de su caudal, y estrago de su hazienda. Como Iuana no me dezia nada, mis hermanas todo lo ocultavan, algo que alcançava a ver, juzgava que era muchacheria; pero la experiencia, que es gran maestra, me mostrò, que como Iuana viuia enamorada, no reparava en la estafa de mis hermanas, y menos, en que faltandolas el pecho avian de llorar por èl, procurando que no les faltasse el pasto, que si este fenecia, formarian tales embustes, que acabarian con la vida de los dos, assi fue ello, pues llegando yo a entender los excessivos gastos que hazia Iuana con mis hermanas, procurè poner remedio en ello, afeando a mis hermanas la amistad con la frutera mi amiga; y a Iuana la obligue con la amigable razon, à que no diesse que dezir con la assistencia de mi casa. Duramente lo llevaron mis hermanas; pero la vanidad las hizo callar. Iuana, como el gasto era excessivo, aunque repugnò al principio, diòse por obligada a mi atencion, con que se ajustò la materia, con pesar de mis hermanas, aunque en lo publico satisfechas.

En esta altura me via regalado de las finezas de Iuana, con la propriedad de las conveniencias de mi oficio.

causas todas para ser embidiado de todos los bravos, aũque ninguno dellos se atrevia à hazer cara al empleo de mi gusto. Assi passè algun tiẽpo, hasta que vno dellos, ò por mas atrevido, ò porque hallò mas lugar en el agrado de Iuana, a escusas mias la galanteava, de que ella no parece que gustava poco de verse rondar dèl, a quien todos rendian la espada por valiente. Mis hermanas, como las faltava la assistencia de Iuana, rabiavan (a titulo de zelosas Christianas) por alborotar el boliche de nuestra amistad; pero no acabauã de dar en la conjuntura; hallaronla por el acaso que dirè.

Avia en la plaça vna tendera de especeria, que se burlava conmigo todas las vezes que por alli passava, aũque se piçava de el gusto con vn bravo, temeron de la manga ancha, espada de torear, con mas hierro de guarnicion que vna herreria en Vizcaya, el qual diò en zelar a su daifa, de mi parla, por cuya causa la diò vn dia no sè què torniscones, con que al otro dia, que por alli passè, me dixo la tal cominera: En verdad, mi Rey, que ya me questa caro su conversacion de vuessa merced, con que parece que quiere ser algo, pues entra con sangre: mi cuyo me ha visto parlar con vuessa merced, de que resultò, que yendo al puesto señalado de nuestro gusto, me barajò la cara a bofetadas con el cuerpo a puntapies: ofensa, que a parecerle yo biẽ a vuessa merced, vengara mi agravio, aporreando a este picaro gallina fanfarron, que solo tiene manos cõtra vna debil muger; cortadas se las vea yo en la plaça de San Francisco, tacaño, ruin. Las lagrimas remataron la deprecacion de la especiera, que ponderado de mi tierno coraçon, la procurè cõsolar, assegurandola de vẽgar su duelo; pero que advirtiesse, que no le conocia, que me le diesse a conocer, q̃ veria como quedava satisfecha: No serà vuessa merced hõbre (respondiò la cominera) sino Angel de mi guarda, q̃ auyenta de mi alma al demonio; vengueme vuessa merced de este picaño gallinazo, y hagalo

que quisiere de mi, y de mi hazienda; oy passò por aqui muy guapo, y me dixo: Oye ella, señora; como quien se le olvida de ir al puesto esta tarde, q̃ por vida desta cara de Abindarraez, q̃ sino và, que lo pague todo junto. Temole, porque es vn desalmado, con que serà fuerça ir; pero si vuessa merced quiere verle para vẽgarme, en Cal de Cocheros tengo vna amiga, donde nos vemos; à las tres en punto saldrè de aqui, con que podrà v.m. seguirme; y por mi quenta quedarà el darle a conocer à v.m. este vergante; aunque yo no pretendia empeñarme; como la especiera moria por vengarse, fue tanto lo que me supo dezir, q̃ fue fuerça darla palabra de que iria, porq̃ vna muger de buena cara, aunque sea humilde, tiene imperio sobre todo.

Apartème del puesto, fuyme a despachar a mi oficio, de adonde sali à las dos; comi de priessa, prevenime de vn coleto (porq̃ no fiarse de si solo, es grã cordura) con q̃ sali en busca de mi cominera; q̃ el demonio, q̃ no duerme, me la deparò en el portal de su casa, poniendose el manto, la qual assi como me viò pũtual, partiò de carrera, en cuyo alcance fui hasta llegar a la señalada casa. Aguardème en vna esquina, por si acaso avia llegado el temeron; pero sacome de cuydado la dueña de la casa, q̃ saliò a hazerme vna seña, assegurãdome, q̃ estava dentro; cõ que viendome ya obligado al empeño, me entrè de rõdon en el puesto, donde hallè al bravo galàn de su daifa, la qual zahareña, ò disgustada, divertia cõ desayres los alhagos. Aqui entrè yo, q̃ sin aguardar a lances de palabras, arranquè de la tizona, diziendole, q̃ si era para ello, q̃ tomasse la suya, porq̃ supiesse, como avia de obrar, y no braveasse tanto con vna pobre muger, cõ quien yo no tenia mas que vna chança, de que avia resultado, el que por sola esta causa la huviesse mal tratado. No me respondiò palabra; vile medroso, q̃ aunque tenia la espada al lado, no hizo movimiento, con q̃ me enfadè de ver vn valiente melecudo, cargadado de hierro viejo, sin atreverse à defender

su

su empeño; levantè la espada, con q̃ le di quatro cintarazos por aquella cabeça, q̃ le hizierō despertar del medroso passmo, y apretando a correr a carrera abierta, q̃ aora pienso q̃ corre. Esta faccion se hizo sin ruido, porque èl no chistò, ni ellas dieron vozes; lo q̃ èl hizo, fue correr, bien mortificado de los latigazos, y mi comminera quedò muy vfana, aũque temerosa, de q̃ bolviesse a tomar satisfacion; pero yo la assegurè de q̃ no tenia q̃ temer, porq̃ era muy de la vādera de la paz, sin querer embaraçar en peligro de la guerra. Satisfecha de su seguridad cō mis razones, tratò de q̃ no me fuesse, combidandome a merēdar, con lo q̃ estava dispuesto para regalar à su bravo galàn, q̃ escurriò la bola. Procurè escusarme cō el empeño de mi Iuana, junto con la ocupacion de mi assistēcia en la Aduana; pero no fue admitida la disculpa, con q̃ fue fuerça el gustar de todo el matalotage, perdonādo solo a vn jarro de media arroba de vino del puerto de Santa Maria, porq̃ hasta aquel tiēpo nunca le avia hecho la venia al Dios Baco. Solemnizòse la fiesta à todo ruedo, hasta q̃ la noche nos obligò a salir de la estacada. Acōpañè la comminerà hasta su posada, de la qual di buelta a la mia, donde me aguardavan mi madre, y hermanas muy assustadas, de q̃ las avia dicho vn amigo mio estudiante, que vn bravo de la puerta de Macarena le avia dicho, q̃ avia tenido vn encuentro, q̃ juzgava me dexaria mal herido. Reìme de el modo de zurcir la cobardia. Dexè a mi gente, pusème à mirar vnos papeles; pero apenas tomè la pluma, quando llamaron a la puerta; hize que abriessen; subiò mi amigo el estudiante, acompañado de vn Alguazil, q̃ era nuestro camarada. Contaronme como Iuan Sanchez Moreno, se avia alabado, de q̃ me dexava herido, con q̃ fue fuerça darles satisfaciō; relatandoles todo el sucesso. Riòse mucho del caso mi Licēciado, que se preciava de poeta, hizo vn soneto de buē gusto, para que se publicasse por Sevilla. Es muy particular, y por esso le encomendè à la memoria. Oìganle vuessas mercedes,

O.

O linax de valient, gente maldit,
Que aborrez la luz, y puer abiert,
Y Sol con la noche en lo encubiert
Relumbr, con el espad en lo escondit,
Diz à la gent, que todo es valentit,
Y que la mala lengue nunca aciert:
Pero un valient, de ver llegò à la puert,
Dende con la moçuel està à la brit,
Tiròle un ladrillat el matalot,
Acudiendole apris con un moquet,
Y si el vezin no acudid, alli le mat;
Sacò el valient con sangr todo el cogot,
Y apretant las plant del solet
No la pudo decir, à Diu quedat.

El gusto del soneto se viò con gran solemnidad, hizieronse muchos traslados para echallos por Sevilla; el caso se hizo tan publico, que el tal valiente Iuan Sanchez Moreno, temeroso de mis manos, ò avergonçado de su gallineria, no se atrevia a parecer, buscando algun buen medio para vengarse, con que saliesse del duelo.

Mis hermanas, como les faltava el pasto de Iuana, al punto que supieron el lance se fueron a su casa, donde la pintaron vna amistad hecha, y derecha, con la cominera, juntando à esto la compassió, que la tenian de ver el mal pago que yo la dava a sus finezas: Iuana, que queria de voluntad, sin entendimiento, sin reparar en lo que podia resultar, se fue a la tienda de la especeria, aquien a puñadas, à aruños, a bocados, la puso como a vna desdichada, sin dexarla pelo en la cabeça, que no la arrãcasse. Llenòla de los nombres de las Pascuas, sin perdonarla el mas vil vocablo

con que desfoga la colera de la plaça. Esta rebuelta andava en casa de mi especiera, à tiẽpo que yo venia a saber como la auia ido aquella noche; oì el ruido de los muchachos, en consonancia de las vozes de los apaciguadores, considerè el embarazo, y retireme, porque no ay mayor cordura que el huir de la colera de vna muger. Procurè informarme de la pendencia, que fue facil, por relacion de vn amigo mio, que asistiò a todo el duelo de Iuana, à la qual fui aquella noche a ver, como lo acostumbrava las mas; hallèla furiosa, quisome arañar, pero hurtela el cuerpo, procurando entrarla por camino; asseguréla, de que no la auia hecho ofensa a su voluntad, porque al caso vino rodado, sin genero de cuydado: dixela, de manera mi sentir, que se satisfizo, parando en lagrimas toda la tempestad de truenos, hizela mil alagos, con que quedò mas amartelada que antes.

En este tiempo, como la cominera auia salido de la refriega tan maltratada, como muger alfin, deseava la vengança, para cuyo efecto se dexò arrullar de Iuan Sanchez Moreno, hizole cara, aũque con aruños, aporreada; llorole vn poco, ò de rabia, ò de dolor, con que los dos se conformaron en tratar de la vengança de su afrenta, para cuya execucion dexaron passar algunos dias, en los quales Iuan Sanchez Moreno se conchavò con otros dos temerones (gente que solo tratan deste ministerio, que agavillados matan; pero en hallando resistencia huyen) los quales en anocheciendo vn dia se pusieron en vna esquina de la calle de mi Iuana, por donde era fuerça que yo passasse para entrar en su casa; aquel dia se me antojò ir a verla antes de anochecer, y como su intento era començar por mi, para acabar en Iuana, no se les logrò el intento, pues supieron de vn criado, como yo estava dentro, con que se determinaron començar por Iuana, para que saliendo yo a la defensa acabassen con su pretension: llamaron a grandes golpes a la puerta, acudiò Iuana,

la

la qual fue tan dichosa; que aunque la tiraron vn redomazo de tinta, no la alcançò a bajarla, solo de resulta la manchò algo; el espanto de vna muger, es muy natural, siguiendose a èl el alarido de la voz, que fue el de Iuana, diziendo: que me han muerto, à cuyo clamor sali con vna alabárda, que acaso encontre, y aunque me procuraron detener, no lo permitiò mi corage; sali a la calle, donde encontrè con tres Sansones, pretendientes de quitarme la vida, pero salioles mal la pretension, porque como la alabardá es arma mas larga que la espada, la qual con las fuerças que yo tenia, sabia jugar con destreza, al primer encuentro, aviẽdolos cogido en anchura, pidiò el vno confession, à cuyo clamor se procuravan retirar los dos que quedaron, pero mi enfado no les diò lugar a que fuesse a passos contados, que atendido de su cobardia, soltaron las espadas, y broqueles, con que trataron de escaparse por pies, seguilos vn buen trecho; pero reparando que era locura, porque al enemigo que huye, la puente de plata; di buelta a casa de Iuana, à quien halle rebuelta con vn Alguazil, que la queria llevar a la carcel, y como yo no venia para sufrir supercherias de vn Alguazilillo de basura, cogile de vn braço, y encerrele en vn aposento, cerrè la puerta de la calle, escapè por vna puerta falsa a Iuana, para que se retirasse en casa de vna amiga suya, mientras se disponia de lo que auia en casa, que a fuerça de mi diligencia, en menos de vna hora se despojò de todo, sin que quedasse cosa que valiesse vn cornado. Ocupado andava yo en el despojo, quando adverti que llamavan a grandes golpes, reconoci que era la justicia, con que por la puerta falsa me retirè con todo cuydado a la casa donde se retirò Iuana, y juzgando que no estavamos seguros, mudè de hito, fuimonos a casa de vn Alguazil muy mio, que vivia àzia la parte de la heria: la justicia viendo que no le franqueavan las puertas, las rompiò; pero quando pensaron los ministros hallar donde hin

car la vña, reconocieron el despojo de todo, que por la puerta falsa lo auian escapado. Todo lo que fue oro, y plata, entre Iuana, y yo lo retiramos, lo demas que se pudo comboyar, se entrò en vna Iglesia de vna Parroquia, que estava al lado, con que todo quedò a buen recado. No obstante aquella misma noche se dispuso con vn Escrivano la materia, de manera, que aunque la justicia supiesse donde estava, no podria hazer mella en ello. Toda aquella noche se passò en assegurar la hazienda, avisando a los mas amigos, para que averiguassen como auian quedado los bravos, de los quales se supo aquella noche que el vno (que era Iuan Sanchez Moreno) estava mortal, dados los Sacramentos; los otros no se sabia quienes eran, aunque se alucinava; pero al otro dia se supo, que Iuan Sanchez auia muerto, que la justicia auia preso a vn compañero suyo, que llamavan el Chato, el qual declarò ser yo el agressor. Con esta declaracion se hizieron grandes diligencias por pescarme, pero todas en valde, porque estava a buen recado,

Resfriose el ardor de la justicia, con que pude campear de noche, aunque con harto riesgo; pero el deseo de la libertad, atropellava por todo. Como no auia parte, y la justicia se auia ya informado del hecho, no estava tan criminal cõmigo, con que di forma de que vna persona de gran autoridad informasse la verdad del sucesso al Assistente, de q̃ resultò el sossiego del rigor, dãdo lugar al descargo. En la sumaria huvo muchos testigos q̃ dixeron la verdad; pero el Escrivano no era afecto, con q̃ mi justicia se anublava. Hizose diligencia para q̃ los criados dixessen su dicho, q̃ con algunos vezinos honrados se puso forma en el descargo: prosiguiose la causa, la qual dentro de seis meses diò de si lo que auia de dar, informaronse los Iuezes, y con su parecer me presentè en la carcel, donde me tuvieron dos meses, y como no auia parte, porque el muerto era soltero, sin pa-

padre, ni madre, probòse la invasion que hizieron los tres en la casa de Iuana, a quien tiraron vn redomazo, que mi salida no fue sino por defender mi vida, de que los tres me querian despojar. Con este descargo, y la buena diligencia de mis amigos, y con vntar el carro de los ministros, me echaron los señores Iuezes la puerta fuera, con vn año de destierro, a voluntad de la Sala; con que mi Iuana bolviò con mucha honra à su trato, y nosotros podremos descansar para passar adelante con lo que falta de la relaciõ

CAPITVLO XXI.

Prosigue el bravo con la relacion de su vida.

EN este trabajo (prosiguiò el valiente) me socorriò con gran fineza vn sobrino de aquel ministro de el Rey, que me amparò al principio que entrè en Sevilla, padre de este bendito mi cuñadejo. Era vn Cavallero muy gallardo, gran Poeta, discreto, galàn, valiente, prendas todas que su hijo ha olvidado. Aviame cobrado gran aficion, por el buen sucesso que ambos a dos tuvimos en vn desafio, en que salimos heridos; pero dexando a los contrarios tan mal tratados, que los ayudamos a llegar a vn Convento a solicitar los Sacramentos. No murieron, con que resultò de la pendencia gran amistad entre todos. Esta fue, pues, la causa, porque el padre de mi cuñado me amparò, con que criò en mi vn esclavo; que como tal le servi, procurando pagar, en reconocimientos honrados, la deuda de mayor atencion. No me aprovechò poco este mi debido proceder, pues fue causa de que bolviesse a encarrilar en la Aduana con mi oficio, a fuerça de las diligencias del padre de mi cuñado; porque los nobles pechos se obligan de solo el reconocimiento de la deuda, esta serà eterna en mi memoria, aunque me veo mal tratado de su hijo: pero yo hago lo que devo que es lo que me toca. Bolvi a mi oficio (como he dicho) en que passè dos años con todo sossiego, regalado de la

amo

amorosa assistencia de mi Iuana, hasta que vna mala hembra de Triana, con quien tuve algunos embaraços de passo por variar el gusto; diò en que me avia de apartar del empeño de Iuana, valiòse de vnos ministros de justicia, que por hazer causas que les valgan dinero, sueñan delitos, hizieronme vna causa de amancebamiento, fueron testigos mis hermanas; ofendidas de que no les valia como al principio mi galanteo; quisieròme prender, resistime, y aun los descalabrè, con que fue fuerça poner tierra en medio. Vineme à Madrid, donde me sustentè de el nombre de travieso, comiendo en tinelos de señores, a titulo de guapo de mala fortuna. El padre de mi cuñado, a quien yo debi tanto, riñò en esta ocasiõ con su tio; por cuya causa se saliò de su casa; valiòse de la mia, donde assistiò con su hijo, hasta que le diò el mal de la muerte. Curaronle con grande assistencia mi madre, y hermanas, como si fuera su hijo; al fin muriò, dexandome en paga de el servicio que le hizieron mi madre, y hermanas, esta buena alhaja de su hijo; que se casò por amores con mi hermana la mayor; avisaronme de el casamiento, de que me alegrè infinito, con q̃ olvidè el enfado que tenia cõ mi madre, y hermanas, a quien avisè, como tenia comodidad en Madrid para passar decentemente, que era vna comission de Millones que me avia hecho merced vn señor de el Consejo de Hazienda, que si gustavan de venirse a Madrid, que las embiaria dinero para el viage. Quando llegò esta carta à Sevilla, ya mi madre avia muerto, con que mi cuñado viẽdose sin padre, echado de la gracia de su tio, que que estava tan airado contra el, que podia temer vn mal sucesso de su vida, con que se determinò a venir a Madrid con su muger, y sus dos cuñadas, mis hermanas, fundando su esperança de mejor fortuna, en vna prima suya, hija de vna hermana de su padre; avisòme para que le remitiesse dinero, embiele el que pude, bastante para el viage, y aun para vna gala para entrar en Madrid, todo conforme a mi

poss-

posſibilidad;pero reſpondiò-me mi hermana, que la ſocorrieſſe con mas largueza, porque no ſe compadecia ſer muger de vn tal Cavallero como ſu marido, hermana de vn Adminiſtrador de Millones, para entrar en Madrid con vna ropa de bayeta: que eſſo no podia ſer, porque era razon, que entraſſe en tierra no conocida con habito, conforme a ſu calidad. Con eſta vana reſolució de mi hermana, fue fuerça empeñarme para embiarla mas dinero, cō que ſe alhajaſſe de ropa de ſeda, capotillos, y otras zarandajas, hijas de la locura de mis hermanas. Aviſaronme el dia que ſalian de Sevilla, para que las ſalieſſe à recibir; hizelo aſsi, juzgando toparlas en Toledo, ò en Mora; pero no fue aſsi, porque me alarguè hasta cerca de la Mēbrilla; donde al tiempo que lleguè, vi que mi cuñado huia de vn mal trapo de vn eſtudiāte, que le pretendia maltratar; apeeme, arranque la eſpada, ladeeme con mi cuñado, el qual reconociendo la defenſa, ſe alborotò tan vilmente, que no cabiamos en el campo con èl; ſaliò el ventero, que junto con la demàs gente que avia en la venta, nos puſieron en paz.

Entrè en la venta, donde quiſe ſaber de mis hermanas la cauſa de aquel deſman, hallelas cada vna por ſu parte todas arañadas las caras, rotas las tocas, al fin hechas vn arapo, preguntèlas el caſo; pero ninguna me reſpondiò a propoſito, aunque todas lloravan ſin èl; quiſe ſaberlo de mi cuñado; pero vn buen varon, que acaſo ſe hallò en la venta, el qual viuia de alli dos leguas, en vna Hermita, me dixo: Vueſſa merced no cuide de ſaber la cauſa del enfado, porque es coſa ridicula, y no ſerà bien, que vn hombre como v. merced ſe embarace en vna materia como eſta. No, hermano, le reſpondi, yo lo he de ſaber, y le doy palabra de no enfadarme; pues oiga vueſſa merced, me dixo el buen hombre, porque eſta es la verdad, y ſacandome de la mano fuera de la venta, me dixo: Aqui llegò eſte coche avrà dos horas, dōde venian eſſos dos Cavalleros cō eſſas ſeñoras, que traìan vn ni-

niño en los braços; apearonse en esse portal, donde hizieron su rancho; tomò su madre el hijo en los braços, à quien dixo amorosas locuras; vna dellas fue, que avia de ser Comendador de Santiago; la otra señora la dixo: Ay hermana, mejor serà de Calatrava, que es Abito mas fanfarron. No gustò la madre de lo que su hermana dezia, y assi la respondiò: No serà en buena fe, amiga, sino de Santiago como sus tios. Mire vuessa merced, la dixò la hermana, que en vna comedia oì, que el Abito de Santiago era lagarto, y puede ser que se le coma a Luisico. Atufose la madre con esta chança, juzgando que la hermana hazia burla de su devaneo, con que con gran colera la respondiò; De Santiago ha de ser, pese a quien pesare; atemò la hermana à que avia de ser de Calatrava, y no de Santiago, por ser lagarto, que comeria al niño. A este tiempo llegò el marido de essa señora, q̃ terciò en favor de su muger; la hermana tercera acudiò por la segunda, con que se travarõ de palabras, de que resultaron aquellos arunos. El marido sacò la espada en defensa de su esposa, executando la colera con algunos espaldarazos en sus cuñadas. Socorriòlas el Estudiante de los antojos, arrancado la espada contra esse Cavallero, que dize ser su primo. A este tiempo llegò vuessa merced, que los apartò. Esta es la verdad, y no otra. Vuessa merced no se amohine, porq̃ pleytos de mugeres, casi todos son de essa manera. Aqui acabò el Hermitaño su relacion, de la qual quedè tan corrido, que tomè mi mula, y sin hablar palabra me bolvi a Madrid, creyendo no se atreverian a verme, pero engañème, porque donde no ay entendimiento, faltan todas las atenciones.

Muy asseguirado estava yo de mi pundonor, de que mis hermanas, y cuñado avian de buscar otra posada que la mia; pero desengañeme al tercer dia, que con gran desenfado se entraron por mi casa, y no tuve animo para dezirlas vna palabra, antes los procurè agassajar, por-

que me pareciò mas conveniente, que darles a entẽder su bobaria, quando no se podia remediar, ni avia capacidad para la enmienda. Quando me fuy a mi comissiõn, los dexè en mi casa, donde los sustentè vn año, y mas, que me durò la ocupacion de Millones; que me faltò, porque me cogiò el carro cõ vna sota bolandera en trage de peregrina, que pidiendo por Dios, la dava mas por su buena cara; esta me llenò de bubas por amor del diablo, con q̃ acabò conmigo, y con la comissiõn; pero no fue esto lo peor de naufragio, sino q̃ viendome comido de la peregrina, y de mis hermanas, q̃ me quedaron en los huessos, y essos lisiados del humor galico, me bolvi à Madrid, juzgando hallar mi hogar cõ mis pobres alhajas, con el descanso de mi casa; assi lo pensè yo; pero no me sucediò assi, porq̃ apeandome à puerta de mi casa, adverti, que baxavan mis hermanas al portal, consolème en mi trabajo, porq̃ entendi que baxavan a consolarme en mi miseria, con la atenciõ cariñosa de hermanas à vn hermano enfermo, q̃ tanto biẽ les avia hecho; pero sucediome el sueño de el perro, porq̃ su baxada no fue sino dezirme, q̃ no entrasse en su casa, porq̃ vna prima de su marido se lo avia mandado; a q̃ yo respondi con grã humildad: sea muy en hora buena, mis señoras, pero mi cama, cõ mis pobres alhajas, no las comprehende el decreto; respondieronme, que todo lo avian vendido para sustentar con el punto q̃ se devia a vn hombre tan honrado como su marido. Enfademe de la ingrata resolucion; tẽtòme la colera para maltratarlas; pero reconoci, q̃ eran tan contrarias a mi coraçon las bubas que tenia, que no tenia buen partido cõ tres hermanas moças, arrestadas; bolvi sobre mi, con q̃ tuve por mejor advitrio el irme a vna posada conocida, dõde assistia por dueño vna gallega, a quien yo avia hecho el amor antes de salir de Madrid. Dios, que no desampara à los afligidos, puso en el coraçon à aquella buena muger, à q̃ me recibiesse con gran caridad, sin reparar en el estado que me veia, antes con gran

gran generosidad me ofreciò su persona, su hazienda, y toda su voluntad, con su casa para mi cura. Cōsoleme con esta buena suerte, admitiēdo la merced q̃ me hazia, dando gracias a Dios, que me embiava el remedio para mi necessidad por medio de aquella muger con quien le avia ofendido, para que me enmēdasse de mi estragada vida. Al punto se tratò de mi cura, llamando à vn oficial de Anton Martin, con quien se concertò la cura; la huespeda quedò a pagarlo todo; diome vn aposento retirado, donde en menos de vn mes sali con los huessos tan apurados, y tan diafano el cuerpo, que me penetrava la luz de vn candil. Tratè de cōvalecer, fuy cobrādo fuerças, con regalo de mi gallega; ayudado de la atēcion de vna señora, con quien me casè despues. Sali a la calle, donde en pocos dias cobrè color, alientos, y salud. Busquè la vida, ayudado de amigos que tenia grangeados, los quales me socorrieron, con que en breve bolvi a mi passado lustre.

En este tiempo riñò mi cuñado cō su prima, ò por mejor dezir, su prima con èl, porq̃ le estafava, pues mas comia èl de sus galanes, q̃ ella que se acostava con ellos. La tal prima traia en rueda tres matrimonios; vno, de que totalmēte se descasò, dando por causa, de q̃ la forçaron. El otro, de q̃ estava apartada, porque probava, de que la avia querido matar: El otro, q̃ andava para ser dando a entender al nobio, q̃ eran nulos los dos matrimonios, por causas dirimētes; de todos estos comia el primo, porque a todos con los demàs servia de tercero; con que la prima no gustò de que huviesse quien hiziesse grangeria de su cuerpo, porque bastava q̃ la hiziesse ella de sus matrimonios. Enfadose con el primo, mādòle que no entrasse en su casa; sintiòlo el picarillo al passo que le faltavā sus gages; tratò de bolverse a enquadernar con la prima; pero nada le valiò para ablandar el dictamen de la taymada parienta. Sintiòse mi cuñado con hambre, no pudiendo sufrir los reclamos de sus tripas, que à congojosos roncos publica-

van ſu neceſsidad, la qual en compañia de la poca verguença, ſe reſolviò a buſcar el remedio en tan gran aprieto; no hallò otro que el de mi caſa, donde entrò acompañado de mis hermanas, que ſe avian valido de la gallega, mi caritativa enfermera, y de la ſeñora, con quien oy eſtoy caſado; con que los valedores me obligaron à que los ſocorrieſſe, porque no los pude perder el reſpeto, con que los amparè. Pagòme mi cuñado eſta buena obra con meterme en vna zalagarda, por la qual me tienen aqui preſo. Contome la maldad de los tres matrimonios de ſu prima, con no sè què coſitas de hechicera, con otras pocas de bruja, añadiendo, que ſe avia de vengar, ſacandola la hazienda que gozava de ſu abuela. Con eſte intento puſo el pleyto ante vn Alcalde, aviendolo comunicado con vn Eſcrivano, a quien (ſegun lo que eſtà ſucediendo) revelò todas las habilidades de ſu prima, la qual como tenia con ſu buena cara eſcuela de dançantes, fue luego aviſada, con que ſe previno de el amparo de ſus penados, particularmente de vno, que era vn gran perſonage en cuya compañia ſe fue a echar a los pies de el ſeñor Preſidente de Caſtilla, donde con abundancia de lagrimas ſe querellò de ſu primo, y de mi, metiendome à mi en la dança, porque juzgò que ſu primo no tenia animo para atreverſele, que por mi conſejo, y agencia lo hazia; ella lo ſupo dezir tambien en compañia de abundancia de lagrimas, acompañadas de ſu buena cara, que aunque el pleyto que la ponia ſu primo era juſto. Mandò el ſeñor Preſidente nos metieſſen en vn calaboço, y a mi con mas aprieto. Hizoſe aſsi, ocho dias me han tenido encerrado, ſin q̃ eſte picarillo de mi cuñado trataſſe de aliviarme de priſion. Sacaronme eſta mañana; quexeme à mi cuñado, de que eſtando ſuelto, me huvieſſe olvidado en vn calaboço. Reſpondiome mil infamias; lleguème a èl, dile dos bofetadas, para que apren-

aprẽdiesse à hablar bien, quise maltratarle mas, mas huyò como picaro; pero como ruin mugercilla me dexò descuidar para arañarme. Esta es mi historia, vzedes perdonen, si los he cansado. Quedaron todos admirados con la narracion del pobre preso, indignados contra las hermanas, contra el vil proceder del cuñado; contra el descoco de la prima; y al fin suspensos de admiracion de ver la blandura del coraçon de aquel hombre, cuya inclinacion era rasgada, dando a entender, que era de los temerones, siendo en las obras hombre honrado, y de valor. En esta suspension sacaron naypes, con que algunos de los circunstantes se pusieron a jugar.

CAPITVLO XXII.

Tratase vna curiosa question del amor mundano.

EL juego, aunque entretiene divirtiendo los sentimientos del alma, con todo si la causa que predomina en la passion es poderosa, arrastra, llevando tras si los contrarios embaraços, porq̃ la actividad de la pena vive tiranizãdo los alentados accidentes q̃ fortalecen la sazon del gusto. Don Antonio, aunq̃ el juego de los concurrentes divertia sus cuydados, no obstante le fatigava su pleyto el espiritu, porq̃ la parte era poderosa, los indicios eran evidentes, causas bastantes, para q̃ consideradas baraxassen de tropel la diversion con q̃ el arte divertia desazones. Pero Carlos como tã diestro en penas, por la experiencia q̃ tenia, le procurava divertir a D. Antonio la consideracion penosa, sin dar treguas al gusto, porq̃ no se introduxesse el pesar; y como la sazon intelectual, es la soberana autoridad q̃ govierna las porciones inferiores, tratava Carlos (como tã advertido) de alimentarla, por trãpear à la pena la introduccion desazonada. Varias fuerõ las questiones q̃ propuso, por cebar al entendimiento de D. Antonio cõ suave pasto del mas vivo ingenio; pero solo vna question le inquietò el discurso a D. Antonio. Y porque no passe en silẽcio, la pondrè aqui, cõ la brevedad que requiere este assumpto.

La question es, si el que toma por causa la hermosura para amar, es amor ò apetito, ò si es vanidad, y no cariño querer a vn sugeto por entendido? reducese la questiõ: *Amar por lo entendido, ò querer por la hermosura.* Muy ventilada es esta controversia entre los politicos del amor, con que se ventila con empeño, siendo el gusto, ò la razon el que empeña a la defensa de la opinion que sigue. Defendia Don Antonio la parte de que la hermosa, aunque necia era mas digna de ser amada, fundando su opinion, en que la vista era la tercera del amar, porque proponia à la voluntad gustosa, la perfeccion hermosa del objeto, que era digno de ser amado, pues en el tribunal del entendimiento, passava por cosa juzgada ser la hermosura el todo deleytable, con que se prendan las voluntades; cosa (dezia Don Antonio) que no parece que sucede assi en el que ama por lo entendido, porque el oido propone al entendimiento, lo conceptuoso, lo delgado, lo sentencioso felizes, partos de la fecundidad intelectual, que debe ser venerada, con que por razon de estado de potencias, querrà la voluntad, lo que solo le agrada al entendimiento, porque lo deleytable de la hermosura, es la causa primera, porque se dexa arrastrar la voluntad, y si assi no fuera à Seneca, à Platon, à Ciceron, y a otros Padres, y Maestros de lo cientifico, dignos de la veneracion del Orbe, los deviamos querer con el cariño mas afectuoso de la voluntad; pero no passa assi, porque no son actos para ser amados de las voluntades, porque se prendan de lo hermoso, dexando la veneracion para lo entendido.

Atento estuvo Carlos al discurso de Don Antonio, y viendo que avia dado fin, dixo assi: Nuestra question es de vna hermosura necia, ò de vna entendida fea, qual de las dos es mas digna de ser amada, y a mi mal parecer la discreta fea, es la que debe ser querida; porque en la valentia de vn pinzel alentado de colores, se gusta de la hermosura en la destreza de vn cin-

cel

cel, guiado del mas diestro Ensamblador, que en la tabla de alabastro aviva hermosuras con primor. En la Vniversidad de vna Floresta, al lado de vn ameno Pais se arroban los sentidos en la belleza de las flores, en la lindeza de las plantas, en la amenidad fragrante del jardin, en el qual como diosas habitadoras de aquel deleytable vergel, se obstentan bellas estatuas, labradas al mayor primor de la Escultura, donde admira la perfeccion, deleyta lo hermoso, regala lo gentil; pero no obstante, ni la estatua por perfecta, y hermosa, es digna de ser amada, ni la flor por lozana merece ser querida, ni la floresta por deleytable en sazones, se le deve estimacion de voluntad, sino por gusto, por apetito, por regalo; porq̃ la estatua el tiempo la acaba, la flor vn ayre, el vergel vn Invierno, y solo el alma entẽdida es la que permanece en su ser, digna de ser de todos amada. Oid a este proposito à vn galan de las Musas en vna Dezima.

Soledad, no ay compañia
Mayor, donde el alma yaze
Consigo, y en ella nace
Vna verdad cada dia:
En esta breue armonia
Miro quan breue reposa
En vn peligro la rosa,
En vn desmayo el jazmin,
Y que solo el alma al fin
Permanece siempre hermosa.

Muy del punto pareciò à los circunstantes el discurso de Carlos, en que probò su intento con particular acierto de su florido ingenio; pero D. Antonio, como de opues-

to ſentir, no ſe conformò con ſu parecer, antes le bolviò a replicar con deſtreza de ingenio, aſſentando, que la hermoſura del cuerpo era hija, imagen verdadera de la ſoberania del alma, porque la explayada proporcion de vna frente, la atractiva viueza de vnos ojos, embozada en la enrexada cortina de peſtañas, el juridico perfil de la nariz, que parte floridas juriſdiciones de roſadas mexillas, floreſta del amor, el qual combida en el clavel de ſu boca, reſpiraciones del ambar de aquel pecho, que exala por blancas, ſi iguales perlas, para que ſe admire el guſto, ſobre que garganta eſtableciò tan perfecta imagen del alma que la anima: la cintura, que la pueden comprehender con vna mano, el talle gentil, el aire brioſo, la gala con el no ſe que de todas las ſazones naturales, que todas ſon hijas del alma, pues cada vna de por ſi, eſtà probando con ſu perfeccion el noble linage, de que es animada, que es del alma noble, hermoſa con lauros, y coronas de entendida, que participando al cuerpo animadas perfecciones de ſu ſer, le haze digno de ſer amado, porque aunque al alma cientifica, ſe debe amar, como a mas noble en la dignidad de perfeccion; no obſtaute no la podemos querer, y amar por el conocimiẽto proprio, ſino comunicara al cuerpo las ſeñas de ſu belleza: eſtas ſon la hermoſura, la gala, el donayre, q̃ ſon prendas del alma, ſabia, y noble que ſe comunica a los hombres en la hermoſura del cuerpo, adonde aſsiſte, para que le amen con razon indubitable, de que es mas digno de ſer amado cuerpo, que todo es alma de perfecciones hermoſas, porque alma, y cuerpo eſtàn en vn miſmo parage de ſer queridos, porque ya que el alma es inviſible, ſuſtituye en el cuerpo ſu belleza, con que ſe prueba, que al cuerpo agraciado, con hermoſas perfecciones, ſe le debe querer, y amar, como a vivo retrato corporal de la ſazõ hermoſa inviſible del alma, quereislo ver (dixo Don Antonio) pues no me lo aueis de llevar por Dezimas de buen guſto, oidme vna de vn Autor

tor que no quiere que le co- nozcan.

Viue el alma en lo exterior,
Aliento de su viueza,
Fiel cristal de su pureza;
Igual coral à su honor,
No tiene el rostro color,
Sin el alma, à quien dà el
Retrato suyo tàn fiel,
Que duda bien de su palma,
Si es el retrato del alma;
O es ella retrato dèl.

Muy vano quedò D. Antonio con el argumento que hizo en prueba de su sentir, juzgando que a fuerça de su razon se reduziria Carlos a seguir su parecer; pero no estava Carlos de esse color, antes picado de lo vanaglorioso, cō que Don Antonio auia quedado, se determinò a hazer nueva instancia, juzgando concluirle con su proprio argumēto, con que le negò la proposicion que assentò, sobre cuyos cimientos levantò la fantastica quimera, con que pretēdiò assegurar su opiniō. Dezir (repitiò Carlos) q̄ el alma es la q̄ matiza de colores, la que hermosea, y perficiona al cuerpo, ès falso, porq̄ segū esse sentir, las feas tēdriā las almas alqueros as, pues eran imagen del alma q̄ les comunicava la suma fealdad que padecia: ademas, que el cuerpo, quando se le infunde el alma, ya tiene sus calidades buenas, ò malas, porq̄ el alma no matiza, solo dà vida: el alma no perficiona las facciones, animalas: el alma no haze delgada, ò gorda, blanca, ò negra, pequeña, ò grande: lo q̄ el alma haze, es animar, alentar; y si los organos del cuerpo estàn bien dispuestos, auiua con mas aliento sus potencias, de q̄ resulta, que el que es mas entēdido, prudente, discreto, se le comunica mas la perfecciō del alma, que al necio, barbaro sin razon, porque la inteligencia es toda espiritual, y siendo las acciones del hombre

obradas con sabia discrecciõ, llega a tan gran felicidad, que parece q̃ ha dexado los achaques de humano, pues se haze respetar como divino. Con q̃ se sigue, q̃ quanto và de amar à vna alma de perfecta inteleccion, ò a vn cuerpo inanimado, tanta diferencia ay del querer a vna entendida, aunque sea fea, ò amar a vna necia, aunque sea hermosa. Ademas, que emplear la voluntad en vna hermosura, es descredito de la razon, porque es amar a vn engaño, querer vna falsedad, idolatrar en vn engañoso simulacro; porque todo lo que no es la hermosura del alma, es imaginado empeño del querer, porque amar lo falso, lo fingido, lo que acaba vn soplo, es mas querer por apetito. Quereis oir toda nuestra controversia en vnas Redondillas? pues atended.

1 *Lisi boba, pero bella,*
Laura fea, aunq̃ entẽdida,
esta vista, mas no oida,
oida, y no vista aquella,

2 *Sobre qual mas pena sea*
llegan a controvertirse,
si ay quiẽ pueda persuadirse
à que es necia, ò a q̃ es fea.

3 *De Lisi son los oidos,*
Relatores, y Fiscales,
porq̃ del alma en los males
no son voto los sentidos.

4 *De Laura el conocimiento*
la vista juzga, y sentencia,
que del cuerpo la dolencia
no toca al entendimiento.

5 *Con que solo es la question*
qual es peor, la necia, ò fea,
pues no ay quiẽ oyga, ni vea
hermosura, ò discreccion.

6 *Que es el de Lisi tormento*
mayor, la razon admira,
pues nada apacible mira
en ella el entendimiento.

7 *Que de Laura los enojos*
son mas justos, biẽ se atiẽdẽ,
pues nada apacible entiẽdẽ
quando la miran los ojos.

8 *Mas ocasion de tormento*
la razon en Lisi apura, (ra,
Laura pierde vna hermosu-
mas Lisi vn entendimiẽto.

9 *Mayor pena es la fealdad,*
pues nunca tiene razon,
y no falta discreccion
à quien le sobra beldad.

10 *Faltando el conocimiento,*
tambien la pena faltò,
falta à Lisi, à Laura no,
luego es mayor su tormẽto?

11 *De Laura la discrecion*

so-

solo llega à persuadir
mas razon para sentir,
no sentir con mas razon.

12 *I assi dexe el sentimiento*
Laura à Lisi, si repara,
que echa a perder vna cara
la falta de entendimiento.

13 *Y si vno, y otro es fealdad*
de alma, y cuerpo; bien lo aduierto,
fealdad por fealdad, es cierto,
que es mayor la necedad.

14 *Con q̃ pueden sus querellas*
y à las feas suspender,
quien no lo quisiere creer
vaya, y preguntelo à ellas.

El empeño de Carlos, fortalecido de las pruebas de su erudicion, passò de opinable, al parecer, de evidencia, por cuya causa quiso Don Antonio barajar la question, diziẽdo, que el cuerpo era todo hijo del alma, y assi el chiquito era bullicioso, inquieto, entremetido, todo señas del alma, que se vè oprimida en tan pequeño vaso, deseosa de salir de tan estrecha carcel. Esso no, dixo Carlos, no puedo consentir barajos en este juego, porque es entretenimiento de juyzio. El entendimiento (amigo Don Antonio) no se califica de noble por el bullicio, porque todos los necios sõ entremetidos bulliciosos. Es el entendimiento vna prenda soberana, en que el alma, segun los organos q̃ tiene, le comunica viveza intelectiva, con que faltando esta hermosura, por mas linda que sea la rosa, por mas suave el clavel, por mas hermosa la flor, por mas fragrante el jardin; todo es caduca põpa, loca hermosura, vana loçania, desvanecida presumpciõ, porque en faltando la prenda que nos semeja con lo divino, todo es caduco, y indigno de la nobleza de ser amado. Oid en estos versos a vn alegre cortesano de las Musas.

Clarinda, donde faltare
entendimiento por guia,
los que tu precias por dones,
son trastos que escandalizan.

Si à ti propria no te entiendes,
y si la razon olvidas,
de valde pagas al alma,
de sal quieres que te sirva.
A quien Dios quitò el saber,
aunque de hermosa se engria,
mas le quitò lo que tiene,
que lo mesmo que le quita.
Si entiendes que el ser hermosa
Sin entendimiento, es dicha,
darte ha la mucha hermosura
mas asco, que no codicia.

Bien le pareciò a Don Antonio, atendiendo a estas coplas, que no le estava bien proseguir el argumento, porque aũque el apetito sensual, apadrinado del ingenio, le podia dictar repugnancias a la razõ, la claridad de su entendimiẽto, sentenciava con rectitud las competencias de el gusto humano, contra las evidencias de la razon, y querer valerse del entendimiento, que conoce las torpezas de el gusto humano, para oponerse a las vinezas, que el alma noble comunica al entendido, era querer graduarse de ingenioso, actuar de descreditos de porfiado; con que ponderando Don Antonio (como discreto) esta prudente politica, quiso mas que quedasse el campo por su contrario, que no en descredito de su juizio, acreditarse de erudito porfiado, cõ q̃ le dixo a Carlos: Amigo, ya yo veo, que si la voluntad se governara por terminos habiles de la razon, solo lo entendido es digno de ser amado: pero el amor mundano, todo es animal sin preceptos de razon; ama lo que vè, menosprecia lo que se opone al deleyte de la vista, con que es fuerça confessar, que el que ama por solo lo hermoso, passan-

ſando por los achaques de necia, ama con voluntad viciosa, aunque tiene razon para amar; y el que quiſiere por ſolo lo entendido, perdonando los cocos de la fealdad, quiere por razon de mas noble linage; pero el gaſto no es para imitado, aunque lo es para aplaudido, porque ſon razones que ſon buenas para calificarlas con aplauſos, pero no para ſeguirlas con afecto; vna dellas es amar a la fea por entendida, que es credito del entendimiento noble; pero no es calidad razonable del guſto, porque eſte no ay hombre, por Platonico que ſea, que no le arraſtre mas la hermoſura, para amarla, que el entendimiento, porque las ſazones deſte, aunque ſon mas nobles, ſon deſgraciados con el guſto de la voluntad de los hombres, porq̃ como la voluntad es apetitoſa, llevale mas la viſta q̃ el oìdo. Aqui acabò D. Antonio de dar ſatisfacion a los circũſtãtes de la razõ, porque ſeguia la opinion mas comun, ſiendo aſsi que reconocia mas nobleza en el contrario ſentir; pero muchas vezes, ò ſiempre haze el guſto ley, à peſar de la razon. Muy guſtoſo quedò Carlos, de ver a ſu pariente D. Antonio tan en los puntos de la diſcrecion, con el eſmalte de tan dulce ingenio, con que tambien cediò de ſu derecho, porq̃ en la paleſtra de la volũtad viciosa, no vencen las armas de la nobleza del eſpiritu, ſino la apariencia de la ſazon del guſto deleytoſo, con q̃ ſe conformò, diziendo, que cada vno podia ſeguir ſin embarazo ſu dictamen, porque en la Monarquia del guſto, haſta lo q̃ era injuſto, paſſava por razonable. Con eſto quedaron los dos amigos, y parientes, ſatisfechos de que con ingenio, y erudicion avian dado a entender a todos los circunſtantes ſu ſentir, pues en la cara davan a entender que avian quedado guſtoſos de aver oìdo tratar tan nueva queſtion para los corteſanos deſte ſiglo, ſiendo tan antigua para los Politicos Platonicos de aquella dorada edad.

El exercicio deſtas ſazonadas queſtiones, les ha-

hazian a Carlos, y à Don Antonio olvidar el enfado de las çoçobras de vna carcel, que juntas con lo necessario de los accidentes de vn mal pleyto, molestavan su imaginativa con rigor; porque las trampas de vn Procurador contrario, a quien no maltratan? La codicia de vn Escrivano, pretendiente de zanjar rico patrimonio en el embaraço de pleytos, quien le puede aguardar? La riguro rosa intencion de vn Fiscal, deseoso de ganar credito, por cuya causa dà por delito hecho la calumnia del enemigo, à quien no ha lastimado? Toda esta baraja de pesares acosavan à los dos amigos, que temerosos del rigor de la sentencia, pretendian desvanecer cõel fuego del oro. Dos años durò el pleyto, que visto lo alegado, y probado, sentenciaron à Don Antonio en vista, y revista en diez años de destierro del Reyno, seis precisos, y quatro voluntarios, con vna pena pecuniaria para la parte. A la buena diligẽcia de Carlos se deviò el buen sucesso deste negocio, porque la resistencia estaua probada, cõ que se hazia evidente la prueba de la muerte; no obstante el dinero en manos de los ministros hizo milagros, dando à vnos vista, que no podian vèr, cegando a otros, que por aver visto devian hablar; pero quitoseles el habla.

En todo este tiempo que asistiò Carlos al pleyto de su pariente, aunque de la opiniõ Platonica, se entregò en el vicio, como si le faltara entendimiento, ò experiencias: maestras que le enseñaran la verdad; pero el veneno de la hermosura cortesana le encenegò indiscreto, porque no ay mayor necedad, que cursar en la escuela de el vicio, quando le dexa libre la razõ. Buen pago le dieron, pues en todas hallò trato doble, infame amistad, infiel correspondencia, aunque lo duro bastò para enmendarse de su vicioso devaneo; pero vicio con años, viue, aũq cano, sin cansarle el tiempo, como si peynara juveniles hebras de oro. Algunos lances le sucedieron à Carlos andando en la varaja de sabandijas del trato del vi-

cio portatil del amor, que ſon mas para conſideradas con vergüença, que no para publicarlas por exẽplos; porque como tan ſoezes enfadan, aunque como cicateras mueuen à riſa. Vnas damas ſe vendian por ſolas, a tiempo q̃ ſe acompañavan de tres del gaſto, con ciento del gaſto: Otras pretendian ſer pagadas, tanto cõ la fineza, como cõ el oro, porque afirmavan ſer cuydado de vn gran ſeñor, que la zelava con tantas veras, que ſus pages, y lacayos a todas horas continuavan ſu caſa, aunque, ſegun la opiniõ mas cierta, todos entravan al eſcote: Otras, que ſiendo engendradas, y aun criadas entre los caxones de la plaça, ſe ſoñavan Infantas de Leon, transformadas de Elviras, Blancas, Soles, y Vrracas, en Maricas, Antonias, y Manuelas. O lo que puede la neceſsidad! a lo que obliga la pobreza (deziã) quien les dixera à mis padres en lo que ſe avia de ver ſu hija? con tantos mil ducados; pero mejor es olvidar eſto por tratar de como el mundo eſtà acabado, ya no ay voluntad en èl, todo es interès; y lo peor es, q̃ en ſiẽdo vna muger principal, y honrada como yo, nos igualan con las demàs; cõ que en eſte ſiglo ſolo las picaras, que hazen à ambas manos, campan. Otras q̃ hazen mercaderia de la voluntad, ſiendo falſa, con que para venderla a cada eſquina, la engalanan cõ diges del guſto, de el agrado, de la ſazon, del entretenimiẽto, aliñandola con mas afeytes que a vna fea, con que la venden por tan fina, como hermoſa. Otras, que miradas à vna luz parecen finas, ſi a otra falſas, ſi à muchas tacañas, ſi a todas embeleco del vicio, ò juego del amor bumano. Todas, al fin, eran tratos del vicio, con que jugava la juventud deslumbrada, creyendo ſeguir la derrota de la voluntad ſencilla, haſta que el miſmo vicio le moſtrava, con ſangrienta experiencia, que ſeguia la ſenda de vn principio laſtimoſo. Eſta mundana rueda de la inmundicia de el apetito, le cogiò a Carlos todo el tiempo que aſsiſtiò a ſu pariente, la quàl ſin ſer rueda a que juega la juventud, ſacò

de todas sus rebueltas, ò vn codazo, ò vna coz, no siendo tanta experinncia poderosa, para el escarmiento; pero quando se enhastia el vicioso, si Dios no se compadece de su desdicha.

Metido en el vicio de su apetito estava Carlos, quando sentenciaron a Don Antonio, el qual era fuerça salir de Castilla, con que Carlos, aunque se saboreava vicioso en el deleyte de su barbaro apetito, no obstante deseava retirarse, porque vn buen entendimiẽto es gran ayuda de costa para salir del barranco de la culpa. Facil fue el ajuste de los parientes, porque si a Don Antonio era fuerça ausentarse, para cumplir la sentencia, Carlos de grado le seguia, porque la voluntad discreta, siempre rinde la passion. A seguir vna fortuna se determinaron Carlos, y Don Antonio, dexando por algunos años a Castilla, para cuyo efecto hizieron eleccion de la insigne Ciudad de Lisboa, Corte del Reyno de Portugal, escala del Orbe, assombro de Europa, emporio de nobleza, ilustre seminario de las armas, aviendo sido fundacion de Vlises. Aqui, pues, se determinaron a hazer su viage, por causa de vn deudo que tenian en aquella ilustre Ciudad, ocupado en el servicio del Rey, por pagador general de la Milicia.

CAPITVLO XXIII.

Salen de Madrid, sucedeles en Mostoles vna burla.

OBscura gruta, caliginoso seno, lobrega estancia es la que abriga de las inclemencias del Cielo, la ferocidad horrible de vna fiera; la qual, aunque codiciosa de mas suave alimento, aunque mude habitacion, alvergandose en tres flores, que son pictimas fragrantes de las selvas, siempre serà sierpe que respire veneno, que aliente horrores, que escupa ponçoña, porque ni la estancia la domestica, ni el pasto la suaviza, ni el nuevo cielo la influye amigable rendimiento, porque naciò sierpe, viviò fiera, y morirá horror de la campaña, en cõpetẽcia de contrarios accidentes.

To-

Toda efta verdad moralizada, milita contra la apetitofa liviandad de Carlos, que fale de Madrid camino de Lisboa, donde, aunque mude de cielo, de lugar, de clima, fiempre profigue en el vicio, pudiendo con los torcedores de fus trabajofas experiencias efcarmentar para fer nuevo hombre feliz, que figue la carrera de la virtud. Pero, ò dura tenacidad de el vicio, que a todo Dios amante fe refifte!

En alegre dia falieron los dos parientes, y amigos de Madrid, en compañia de dos criados; el de Carlos era el antiguo Andrès, que nunca le faltò en todos fus viages: nueva felicidad en vn defgraciado, hallar el bien, donde fe dificulta, pues aunque Carlos le procurò difuadir de la jornada, no fue pofsible, por que dezia, que ni fu amo fin èl, ni èl fin fu amo podia fer que fe hallaffen; conque fue fuerça llevarle, mas por pagarle fu buena fe, que por la necefsidad que avia del; pero à la fidelidad, y amor de vn criado no ay con que pagarlo, fino con fervirfe dèl en las ocafiones, donde fe neceffita de la feguridad de mayor confiança.

El primer dia de fu jornada fueron a hazer noche a Mofloles, lugar fituado tres leguas de Madrid, donde comerçò Andrès a hazer de las fuyas, porque al punto que acabò de dar cebada a las mulas, fe faliò en bufcá de la cafa del Sacriftan, a quien dixo, como tenia noticia, de que en aquel lugar avia vnos organos de gran primor, dadiva de la liberalidad religiofa de vn Principe de Efpaña, que por fer aficiònado a la mufica, le fuplicava fe los enfeñaffe, dando mueftra a la dulce confonancia con la deftreza de fus manos, cuya noticia avia en la Corte, que èl fe lo fatisfaria. Codiciofo el Sacriftan de la paga, le llevò a Andrès à la Iglefia, donde en efpacio de vna hora mudò la diferencia de regiftros del organo, tocando con todo cuydado, por ganar la promeffa que le avià becho Andres. Acafo pafsò el Cura a aquella hora por la Iglefia, enfadofe

con el Sacristan, porque siendo tan noche tenia abierta la puerta de la Iglesia. Como Andrès viò al Cura enfadado, saliòle al encuentro, suplicandole por forastero, aficionado a la musica, permitiesse aquel desahogo; pero no le valiò a Andrès; porque el Cura no gustava de burlas, con que le embiò con Dios, mandando al Sacristan, que al punto cerrasse la puerta de la Iglesia. Obedeciò el Sacristan; retiròse Andrès a la posada, en la qual no hallò a sus amos, porque avian salido a vn negocio; pero a breve rato llegò el Sacristan, diziendo, que le pagasse su trabajo. No estava Andres de esse parecer, con que le respõdiò: Amigo, vuessa merced no ha cumplido, porque no ha tocado los atabales, ni el atambor, ni el Ruyseñor, ni el clarin, ni la celebre batalla de Pedraza, ni otros registros particulares que el organo tiene; satisfagame vuessa merced, que yo le darè vn real de a ocho; pero mientras mis oìdos no gozaren desta singular armonia; no trate vuessa merced de paga. No le gustò al Sacristã la respuesta de Andrès, pareciole lo que era, que se burlava Andrès dèl, y que incitado de la colera, que ayudava media arroba de vino, que traìa sobre el coraçõ, cerrò con Andrès, procurando que le pagasse a puñadas, lo que le debia del credito en que le avia fiado sobre las teclas de el organo. Andres que no era mal amañado, recibiò en la capa con destreza dos, ò tres puñadas de el Sacristan; y viendole descubierto, le diò vna puñada en los dientes, con tan gran pujança, que le echò dos dientes fuera embueltos en vino, y sangre, que todo es vno en vn borracho. Cayò en tierra el Sacristan atolondrado del puñete; pero incitado de la borrachez, diò vozes, diziendo, que le avian muerto. Al ruido acudiò el mesonero con vna alabarda; los huespedes que alli se hallaron sacaron las espadas, a cuyo alboroto acudiò la justicia, a quien seguia el poblacho, movido de la voz de que avian muerto al Sacristan. Andrès que viò el aparato que

traìa

traìa consigo su delito, se retraxo a la cavalleriza, la qual atrancò mientras le dava lugar la confusion; pero con el miedo que le echasse la mano la justicia; tratò de escaparse, puso el freno a su mula, y amparado de la noche, se saliò al corral, donde hallò vn portillo que le diò passo franco para la calle, en la qual no parò hasta salir del lugar, siendo tanta la priessa que llevava, que sin parar caminò toda la noche, y a la mañana se hallò nueve leguas de Mostoles, que se assegurò de los Alcaldes de Mostoles, que pensando estava cerrado en la cavalleriza, apalancaron la puerta, con que se desengañaron, que la buena diligencia de Andrès, les auia sacado de las manos la recta judicatura de el delito que imaginavan; pero viendo que era cierta la fuga del delinquente Andres. Trataron de averiguar el caso, por si acaso avia entre los huespedes del meson alguno que fuesse comprehendido en el delito, para cuyo efecto embargaron todo el vagage de los forasteros. A este tiempo llegò Carlos con su pariente Don Antonio, los quales como vieron q̃ estava embargada su ropa, procuraron saber la causa, fueles dicho, que vn moço que evia venido en su compañia, avia muerto al Sacristan del lugar, que era vn gran ministro de voz, y manos, por cuya causa aviã embargado los Alcaldes su vagage, diziendo, que hasta que pareciesse el delinquẽte no la aviã de desembargar. Reconocida la causa del embargo, procuraron Carlos, y Don Antonio entrar por camino a los Alcaldes; pero no fue possible, con que lo dexaron hasta ver en que parava aquel primer calor de la colera de los Alcaldes; procuraron ver al herido, el qual estava en vna cama de la posada, arrojando espadañas de sangre, embueltas en vino, haziendo grandes visages con los ojos. assistiale vn Barbero de el lugar, el qual con circunspeccion sabia, dezia, que era herida que no tenia remedio, porque con la almarada con que le avia dado, le avia roto vna parte junto al higa-

do, de que resultaria vaciarse todo en sangre. Cō todas estas malas noticias se fueron Carlos, y D. Antonio, acōpañados de vn hidalgo del lugar a hablar al Cura, que era hombre docto, y de razon, que los acariciò, y les dixo, que se fuessen a la posada, dexando sossegar la colera de los Alcaldes, que por la mañana, a buena hora, lo ajustarian facilmente, porque desfogada la primera judicatura de los Alcaldes de la aldea; todo se componia cō suavidad. Con esto se bolvieron al meson, donde hallaron otra vez la justicia con vn Medico, y vn Cirujano de Madrid, que bolvian de Talavera, que sabido de la muger de el Sacristan, que estavan alli; hizo con los Alcaldes, que los obligassen a que hiziessen vna visita a su marido, el qual como le avian dexado solo se avia dormido. Antes q̄ el Medico entrasse a hazer su visita, quiso saber del Barbero, que era el que avia sido el Galeno de aquella cura, q̄ herida era la que acabava con la vida del Sacristan. Vino el Barbero, hizo su relacion con gran confiança, diziendo, que aunque le avia mirado, no avia hallado herida; pero q̄ los accidentes eran mortales, porque la calentura era grande; las bascas con bomitos sanguineos continuos, indicavan herida mortal penetrante, q̄ este era su parecer. Hizierōle algunas preguntas entre los dos: a que respondiò siempre, pronosticando muerte; con que el Medico, y Cirujano trataron de ver al herido; abrierō la puerta del aposento, a tiempo que el doliente Sacristan, embriagado del vinoso sueño, roncava con mas diferencias de ronquidos, que las que avia en su organo de Mostoles. Al punto que le oyò el Barbero, dixo: Muy mal me parecē aquellos gorgoritos ello es hecho, señores, aquel es pecho levātado, q̄ dà vozes, que se le acaba la respiracion; lleguē vs. mds. de presto, y dē priessa por si dà lugar la mortal herida a recibir los Sacramētos: tomòle el Medico el pulso, y aunq̄ estava dormido el Sacristàn, conociò su enfermedad, mandò q̄ le cerrassen la puerta, que le dexassen sossegar, Preguntò

à la muger si era aguado su marido, a que respondiò: Que en su vida avia bebido agua, siendo tan opuesto al agua, que vn dia que fueron al rio, aunque no se bañò: en mas de quinze dias no pudo sossegar, diziendo, que el agua del rio le avia hecho mal; pues señora (respondiò el Medico) esse es su mal, que es de cõsideracion, tenga vuessa merced cuydado que no le despierten, que esse es el remedio, q̃ espero en Dios no serà mas de lo que suele. Con esto se saliò el Medico en compañia de el Cirujano, a quienes siguiò tambien el Barbero, dexando dicho a la muger de el Sacristan con gran prosopopeya: Cuyde vuessa merced de el enfermo, que el mal es de cuydado. En el portal de la posada estavan los Alcaldes, a quien assistian D. Antonio con Carlos, aguardando a que saliesse el Medico, que era muy conocido de todos, que saliò con la cara toda llena de risa, diziendo: Mis señores, retirense vuessas mercedes conmigo a este aposento, oiràn milagros, y maravillas: siguieronle los Alcaldes, Carlos, y Don Antonio, à quienes perdido de risa dixo el Medico: Ya vuessas mercedes, señores Alcaldes, avràn oido cantar: Este mal que se quita durmiendo, yo bien le entiendo; pues buelvo a dezir, que entiendo este mal, porque se le quitarà mañana, queriendo Dios, al amanecer, porque es achaque borrachal, que le proviene de el accidente de alguna arroba sin sisa; manden vuessas mercedes que le arropen, para que le guarden el sudor, que serà critico, con que terminarà la enfermedad. Aunque los Alcaldes oyerõ al Medico, no se acababã de persuadir a que era solo vino (aunque lo barruntavan) el mal de el Sacristàn, con que por certificarse mas, le dixeron al Medico: Vuessa merced nos hable claro, diganos si es mortal la herida, ò que es esto que ha causado tanto alboroto en el lugar? Como la pregunta era tan de aldea, los forasteros cortesanos no se pudierõ cõtener, y assi se bolvieron a los Alcaldes, diziendo:

Lo que el señor Doctor dize es muy claro; pero ya q̃ vuessas mercedes no lo quierẽ entender, se lo dirèmos mas claro. En buen romance, dize el señor Doctor, que està borracho el Sacristan, que no tiene otra enfermedad, que no ha avido almaradi, ni estocada, ni cosa que lo valga, que no huvo mas que vnas puñadas, como todos atestiguan, que se le subiò a la cabeça, con la colera el vino, con que se le trastornò el temporal. Vno de los Alcaldes era duro de cholla, no sè yo si era el hombre bueno, ò el hidalgo, lo que sè, es, que suele aver Cavalleros que son peores que villanos. Este tal era cerrado de sienes, cabeçudo, sin dar oìdo a razon, con que no reparò en que era gente de porte la con quien hablaua; apollidò el auxilio Real de la justicia, tratando de dar con todos los forasteros en la carcel, dando por causa, que hazian burla de la justicia de Mostoles, a que lebantava el grito, diziendo: Yo les dare a entender con meterlos en vn calaboço, que los Alcaldes de Mostoles lo pueden ser de Corte. Llevenlos à la carcel, que yo los enseñarè como han de tratar con la justicia. Las vozes agitadas de la colera del Alcalde, eran tales, que nadie sabia qual era la ocasion del enfado; todos hablavan, y ninguno se entendia. Al fin, el otro Alcalde q̃ estava mas sobre si, considerando, que su compañero estava corrido de el sucesso, le dixo: Señor Alcalde, estos Cavalleros no han delinquido, el borracho si; llevemos al Sacristan a la carcel, que estos señores yo los fio que no se iràn, y que mañana pareceràn en nuestro Tribunal; maltratarlos, porque nos dizẽ la verdad, es dar lugar a que digan, que la justicia de Mostoles es peor que la de Arroyomolinos; quedense aqui, que mañana nos queda harto tiempo para nuestra judicatura. Hallòse alli vn Clerigo, persona de autoridad, que terciò por los forasteros, con que todos los demàs hizieron lo mismo; con que el Alcalde se moderò en la dureza de su cholla; aunque no quiso desistir de todo, mandò que se quedassen

en

en la posada; pero con guardas. Al Sacristan le llevaron en bolandas a la carcel, donde durmiò la zorra hasta por la mañana que dispertò, preguntava con gran suspension, que delito era el suyo, que tã sin hazerle cargo se hallava aerrojado a vn cepo, castigado con la falta de dos dietes? El Doctor, el Cirujano, Carlos, y Don Antonio, apenas amaneciò, quando se fueron à la carcel con sus guardas, dõde hallaron al Sacristan fresco como vna lechuga, muy confuso de su impensada prision; tomòle el pulso el Medico, mandole escupir, todo lo hizo el Sacristan con gran impaciencia: pregũtòle el Medico, que como se hallava? respondiò, q̃ en la carcel; pero que nunca mejor; porque aquella noche se avia soñado en deleytables gustos de los eliseos cãpos; pero que todo se le avia buelto en pesar, como moneda de duende, pues se hallava sin dos dientes, amarrado à vn pesado cepo; y levantando la voz con gran congoja, dixo: Saqueme vuessa merced, señor Doctor, deste pasmo: què enfermedad es esta, que me han aplicado carcel por medicina? Riose el Medico, contòle todo el sucesso, a que le respondiò el Sacristan muy a lo payo: Pues señor Doctor, aora salen los señores Alcaldes con essa media espada? si yo no tuviera estas sobras, tuviera yo la falta de ser Sacristan de Mostoles, pudiendo ocupar vna plaça en la Iglesia de Toledo, ò en la Capilla Real? Pues no se congoja mi muger que la he bebido su hazienda, ni el lugar, que dize, que nunca canto mejor, que quando he bebido bien, y se alborotã los señores Alcaldes? Dexense de niñerias, que vnas pañadas mas, ò menos, ni hazen, ni deshazen para el credito de la justicia; saquenme de aqui, que harto castigado estoy, sin dientes, amarrado a vn cepo, despues de aver passado vna noche, la mas deliciosa q̃ he tenido en mi vida. A este tiempo llegaron los Alcaldes, que se certificaron de todo, con q̃ el Alcalde cabeçudo se enfureciò contra el Sacristan, diziendole: Es tal vuestra borrachera, que alborotarà el mundo,

do, y quanto y mas el lugar; venid acà, que iràn a dezir a Madrid, ò adonde vàn estos señores, de la justicia de Mostóles, que sufre estas maldades passando por ellas, sin executar en vos, y en otros como vos, vn riguroso castigo; pues yo os prometo, que por esta vez no se os vaya en dulce la embriaguez. A este tiempo llegò el Cura con otros señores Clerigos, que procuraron moderar el enfado de el Alcalde, pero èl se estuvo terco en su tesón: mandò desembargar el vagage de los forasteros por complacer a todos; pero sentenciò al Sacristan en treinta dias de carcel, con pena de cinquenta reales al carcelero, si se probasse, que le avia permitido beber vino, que esto se pudiesse redimir a dinero para gastos de justicia; pero que en su lugar entrasse el Barbero, que fue causa de tan afrentoso sucesso para el lugar de Mostoles. Esta sentencia se executò al punto, traxeron al Barbero a la carcel, donde le enjaularon al lado de el Sacristan, el qual en voz vinosa, y ronca se le querellò de su idiotez, acriminando su necia preuencion, causa de tantos males; no se atreviò el Barbero a responder; pero el Doctor, que se le hazia tarde, respondiò por èl con vn texto vsual: *Aliquando dormitat Homerus*; de hombres es errar, y assi deven los señores Alcaldes perdonarle, pero no fue possible. El Cura tomò por su quenta la soltura de los presos, con que a los forasteros se les hazia tarde para el viage; se despidieron de el Cura, Alcaldes, y demàs gente de plaça, con que montaron en sus mulas, el Doctor con el Cirujano se fueron à Madrid, y Carlos con D. Antonio siguieron su viage a Casarrubios del Monte, donde antes de comer visitaron la milagrosa Imagen de la Virgen de Gracia, que està en el Convẽto de San Agustin. De alli fueron a hazer noche a Santa Olalla, donde admiraron el raro milagro que cada año obra Dios en veneracion de su imagen;

em-

embiando vn pajaro de genero no conocido, el qual dias señalados, viene todos los años à limpiar vna imagen de vn Santo Cristo, que està sobre vna puerta de la Villa, y hecha su diligencia se buelve a ir; y aunque le amenazan tocando trompetas, y diferentes instrumentos, no desiste de su ministerio. Desta Villa fueron a parar nuestros caminantes a Talavera, donde hallaron noticias de Andrès, que les dexò escrito vn papel, cuyo tenor es el siguiente:

Mi desgracia, señores, ya el ruido se la avrà dicho à vuessas mercedes, juntamente con mi fuga, porque siempre he tenido para mi, que mas vale salto de mata, que ruego de buenos. Lo que vuessas mercedes no avran sabido, serà el instrumento con q̃ barrenè la vida de aquel Sacristan impertinente, que tampoco yo lo sè, ni lo he acabado de entender, porque mis puños nũca se han graduado de almaradas, fatales instrumentos de la muerte de vn Sacristan que me cupo por suerte, quando èl la tuuo muy mala en meterse conmigo; por cuya causa voy llorando mi mala fortuna, pues ya que huue de obrar vna hazaña tan notoria, fuesse con vn tal pregonero de la muerte, ò con vn qual rascador de teclas, y no con vn Rey de Marruecos, ò con vn Emperador de Trapisonda, con que podia ilustrar mi linage grauando en mis armas vn puñete. Esta es la causa que me lleua desesperado, huyendo de mi mismo, hasta parar en Portugal, porque los Organos de Mostoles me van dando priessa à que me aparte de la jurisdicion de sus fuelles, porque el alma de aquel probete, pide vengança en recia consonancia contra mi, con que me es fuerça, por todos estos titulos, alexarme de los payses de Mostoles, con mas priessa de lo que yo quisiera. Suplico a vs. mds, amos, y señores mios, que no se detengan.

y ya que el alma del Sacristan se la llevaron los diablos, por la mala quenta que tuvo còn los organos de su Iglesia; no quieran vuessas mercedes, q̃ la mia se atormente en el infierno del aguardar. Bueluoles à suplicar à vuessas mercedes por amor de Dios, y de la Virgen del Buen Sucesso, que no se detengan, porque mientras vuessas mercedes me faltaren, me obligan à fixarme a las puertas de Yelues pidiendo por Dios, que guarde à vuessas mercedes de Sacristanes de Mostoles, para dexarmelos ver como deseo.

A los pies de vuessas mercedes B.S.M. su criado.

Andres Roy.

Causòles tanta risa a los dos caminantes el papel de Andres, que no sabiã que hazerse, ponderando ya la congoja de Andres, pensando dexava muerto al Sacristan, yà el corage del Alcalde cabeçudo, ya la borrachera del Sacristan, ya la necedad del Barbero, que todo junto era vn gracioso entremes, digno de solemniçarlo con risa, con la qual passaron gran trecho de su viage.

****

CAPITVLO XXIV.

Siguen Don Antonio, y Carlos su viage, y hazenle vna burla à Andrès.

CAnsado, y molesto exercicio es caminar; pero en edad robusta, con el hechizo de la buena conversacion se modera de manera, que se cõvierte en entretenimiento apacible. Assi les sucediò a Carlos, y Don Antonio, que divertidos con la variedad de los acasos de vn camino, se hallaron en Badajoz, postrer lugar de Estremadura, fin de la Corona de Castilla, donde

de se detuvieron tres dias, descansando de la molestia de el camino, y por aguardar a vn Cavallero de el Abito de Alcantara, que se llamava D. Basilio, que era muy conocido en toda aquella tierra, por ser camarada muy valido del Governador de las Armas de Portugal. Viuia todos en vna posada, donde con musicas, bayles, y todo genero de divertimiento, los entretenian à costa de su dinero, porque en semejantes estancias, todo genero de vicio se compra; harta lastima es, que passe esto en tierra de Catolicos Christianos.

Desta posada salieron los tres camaradas, y como Don Antonio, y Carlos avian contado a Don Basilio el sucesso de Mostoles, forjaron entre los tres de hazerle vna burla a Andres, porque no se alabasse de que era burlon, sin pagarla patente. Passaron la puẽte, en la qual tardaron mas de lo que les permitia el deseo, pues sin considerar con admiracion la hermosa antigualla de la puente de Badajoz, les arrastrò todo el cuydado la burla que llevauan tramada contra Andrès. A buen passo aportaron cerca de Yelves, de adonde se apartò Don Basilio, por elegir diferente posada, donde sin nota pudiesse disponer el negocio. Como Don Basilio era Cabo de la Milicia, q̃ estava en los Castillos, y era muy conocido de todos, requiriò a la justicia de Yelves le diesse favor, y ayuda para prender a vn hombre, que convenia al servicio del Rey; al punto se mandò à los ministros, que prendiessen la persona que les dixesse D. Basilio. Con esta prevencion se estuvo quedo Don Basilio, dando lugar, a que Carlos, y Don Antonio tomassen posada; pero a poco rato que Andrès estava ya en el mayor calor de sus locuras, festejando la bien venida de sus amos, entrò Don Basilio con todos los ministros de justicia, Alguaziles, y corchetes, que sin dexarle respirar echaron mano de Andrès, diziendo Don Basilio a sus amos, que perdonassen, porque era cedula particular del Consejo de Guerra, para que se hiziesse aque-

lla

lla prision, que el negocio, segun entendia, era pesado; pero que las leyes de aquel Rey no le defenderian la vida. Andrès, que se viò asir de Alguaziles, y corchetes, sin saber como le avia venido tan gran desdicha, le dixo a Don Basilio: Señor Maestro de Campo, V. Señoria no me conoce, que a saber quien yo soy, no hiziera esta prisiõ tan sin què, ni para què; porque yo nunca he tenido que ver con la guerra, ni le he tomado vna mano à su Consejo, para que por su mandato me lleven a embanastar en vn calaboço. Ciertas puñadas tuve con el Sacristan de Mostoles, el qual tenia el alma tierna con demasia, apretesela con alguna pujança en vna refriega de puñetes, donde que quiso, que no quiso, se le entregò al diablo follador, que es abogado de los malos Sacristanes. Este no es delito, sino hazaña muy notable para premiarla el Cõsejo, y no para tratar de el castigo, que es caso de Inquisicion, y contra la regalia, introducir rigor de justicia, donde todo avia de ser premio triunfal. Para su jurisdicion tiene el Consejo de Guerra autoridad; pero se meten adonde no le llaman, pues porque a fuerça de braço executè el castigo de Dios en vn mal Sacristan que alborotava con sus malos sones la Iglesia. El Consejo de Guerra haze autos contra mi, dà requisitoria para que me prendan, pretendiẽdo por via de fuerça hazerla a vn Ministro de Dios tan legal como yo. Viue el Señor de Pinto, que es muy gran injusticia. Amigo, respondiò D. Basilio, yo no sè la causa de esta prision, lo que sè, es, que por particular comission me mandan que haga esta diligencia, que en llegando a Aldea Gallega, que son tres leguas de Lisboa, que es la travesia del Tajo, me ordenan que abra vn pliego, para que se execute lo ordenado dentro de veinte y qutro horas. Mirad vos en que aveis delinquido, que segun vuestra conciencia, serà, ò no, la justicia. Quando Andres oyò el aparato que traia su prision, quedò atolondrado, porque Consejo de Guerra, abrir pliego,

y a las veinte y quatro horas execucion de justicia, le hizo vna ruidosa disgrãcia, que le obligò à dezir cõ gran suspension: Malo es esto, señores, caso de escalera parece, colgar me quieren sin ser dia de mi Santo, siendo la causa, porque de vna puñada acabè con vn mal Sacristan, pues viue el Señor de Pinto, q̃ es injusticia. (Aqui levantò el grito, diziendo:) Como, señores amos mios, permiten vuessas mercedes tal sin razon? Para quãdo es la de Iuanes, embuelta en la zabullida? Aqui de el valor de mis amos; cõ quienes se asiò tan fuertemẽte, que no era possible desasirle; al fin a pura fuerça le llevarõ a la carcel, cõde estuvo en vn calabozo hasta el otro dia, q̃ le sacarõ maniatado en su mula, aviẽdo se entregado dèl D. Basilio, q̃ le llevo con todo cuidado hasta Aldea Gallega, cõde la noche q̃ llegaron procurò que le guardassen en casa conocida, donde a poco rato de la noche entrò D. Basilio, acompañado de vn Clerigo, con cara de pesame, ò semblãte de requiẽ, para dezirle, como era mandado por ordẽ superior, q̃ executasse lo decretado dentro de dos dias, q̃ aguardava el verdugo, para q̃ la execucion, y q̃ segũ llegaua a entender, era muerte de horca, q̃ para q̃ tuviesse mas tiẽpo de disponer su alma, se lo prevenia, q̃ alli le traia el Confessor, con quien podia ajustar su conciencia, porq̃ aunque no avia abierto el pliego, juzgava con bastantes fundamẽtos, q̃ auia de morir. En grã aprieto de cõgoja le puso D. Basilio à Andres, el qual tragãdo la pildora de la burla, se le saltaron las lagrimas de los ojos; pero cobrando aliẽto, le pidiò con dolorosa voz a D. Basilio hiziesse llamar a sus amos, porque ya que auia de morir, les queria encomendar su alma a buelta de su hazienda. Dexòle Don Basilio à Andres, con vn Clerigo que venia de jornada, y sabia de la cantaleta que se le dava; diò Don Basilio la buelta con toda diligencia, trayendo consigo a Carlos, y a Don Antonio, a quienes Andrès cõdolido, como quiẽ aguardava la muerte por horas, les pidiò perdõ de los enfados q̃ les

auia causado con sus burlas, pidioles que ocultassen su muerte de horca, porque no se dixesse que auia auido Asturiano que no truxesse consigo la executoria de hijodalgo, que amparassen vna gorrona que dexava en Madrid con obligaciones de hijos, que la favoreciessen para que no anduviesse tras lacayos, que era gran trabajo; que su hazienda eran tres vestidos, dos que traia, y vno que dexò empeñado en Madrid, los quales se podian guardar, para quando sus hijos fuessen grãdes, que esperava en Dios que auian de ser sus criados, para que los amparassen, si quiera por la buena voluntad con que los auia servido su padre. Con esta declaracion rematò Andrès la noticia que dava de su vltima voluntad, abraçò a Carlos, y a Don Antonio; los quales pesarosos de que la burla passasse tan adelante, le rogaron a Don Basilio que abriesse el pliego para saber el orden que le davan, que puede ser fuesse otro orden diferente del que imaginava; respondiò Don Basilio, yo le abrirè, pero segun las circunstancias que trae por afuera, es evidente que es sentencia de muerte, porque si assi no fuera, de que servia la prevencion de verdugo, à que replicaron todos, diziendo, que se abriesse, fuesse lo que fuesse, à que respondiò Andrès muy dolorido, no tienen que cansarse, señores, porque es cierto lo que el señor Maestro de Campo dize, porque esta maldicion me echò vna vieja, porque la llamè alcahueta: no obstante dixo, D. Antonio, abrasse el pliego, salgamos deste preñado: ya en este tiempo estavan todos, que no podian sufrir la risa, con que Don Basilio tomò el pliego en la mano, y echandole vna bendicion, dixo: plegue à Dios que seas de vida; rompiò la nema, y leyò assi: *Mi Maestro de Campo Don Basilio, al punto que abrieredes este pliego, executareis en Andrès Roy la sentencia que se os ordena: dad orden que se le quiten las prisiones, y que se eche vn vando, que nadie sea ossado à llegar treinta passos de la horca.* Con gran atenciõ esta-

estava Andrès oyendo la sentencia; pero quando llegò D. Basilio a nombrar la horca, se estremeciò, diziendo, Iesus sea conmigo: prosiguiò Don Basilio, leyendo el orden, que dezia: *Sacareis à Andrès Roy en vn borrico à la brida, con vn pregon que diga: Esta es la justicia que manda hazer el Consejo de Guerra de las burlas, assustar à este hombre por burlon mayor, mata Sacristanes, quien tal haze que tal pague.* A este tiempo no pudieron todos contener la risa, con que Andrès entendiò la burla que le auian hecho, con que se cobrò de tal manera que se levantò, diziendo, yo prometo, señores, no burlarme mas en mi vida, saquenme de aqui por Dios; porque aunque conozco que ha sido burla, no me acabarè de persuadir a que lo es, hasta que me quiten los grillos, mandandome dar de comer, porque ha tres dias que ni como, ni bebo, por lo qual tenia poco el verdugo que hazer conmigo, porque horca por horca la de la hambre es mas penosa. Mucho dixera Andrès fuera del susto; pero Don Basilio le hizo callar, amonestandole, que no se burlasse mas, porque los burlones suelen caer, como èl, en la trampa, y los tratan sin piedad. Andrès se lo prometiò assi, y como ya estava asido de vn plato de pescado fresco, arrimado à vn jarro de vino, asseguròlo prometido con vn brindis de media azumbre.

CAPITVLO XXV.

Entra Carlos en Lisboa, con intentos de retirarse del mundo, pero embarazase en nueuo empeño.

LA risa de todos fue tal, que en toda la noche nadie sossegò, solo Andrès, aunque tenia buen animo, quedò tan suspenso del bullicio natural, que en muchos dias no estuvo para burlas, que reparado de sus amos, viendole tan circunspecto con achaques de pasmo, no era possible tener la risa, de que enfadado Andrès le dezia a sus amos: vuessas mercedes con la burla passada me-

me han hecho callar, que no fue para menos, que para dexarme sin habla; pero confiança en Dios que me la bolverà, para que pague otro pobrete lo que vuessas mercedes pecaron.

Amaneciò el otro dia, en que trataron de embarcarse, para llegar à la insigne Ciudad de Lisboa, donde ya el pariente de Don Antonio sabia que auian de llegar aquel dia, porque el dia antes auia embiado vna fragata de tres remos por vanda, que en el barco de la vez, avisò como auiã llegado los caminantes, con que à la mañana se embarcaron en la fragata: la qual en dos horas atravesò el rio, que por aquel parage tiene tres leguas de ancho, y por otras mas, y menos. Llegaron en fin à saltar en tierra en terrero de Palacio, aviendo admirado dende la mar aquella selva de casas, montes de edificios, laberinto de poblacion, que assistiendo mas de dos horas à la vista de la Ciudad, les diò pena llegar à tierra, por no gozar mas de espacio de la hermosura de su vista. Aguardãdolos estava, cõ algunos amigos, el pariente de Don Antonio, que les diò la bien venida, entre el alhago cortesano de sus braços: despidierõse de Don Basilio, que tenia su estancia en el Castillo, siendo la de nuestros forasteros àzia el Loreto: distancia opuesta vna de la otra, dexaron dispuesto verse al otro dia en Palacio, con que cada vno se fue à su posadi: la de nuestros forasteros estava tan prevenida de regalos, como de buena voluntad, dandose las manos lo vno a lo otro para festejarlos. En aquellos primeros dias, todo se les fue en ver las maravillas de aquella populosa Ciudad, escala del mundo. Admiraronse de la suntuosidad de los Tẽplos, celebraron los aliños, aplaudieron los festejos, gustaron de los regalos, tanto, que no sabian como gozar lo mucho, sin dar de mano à lo mas, juzgando no auer lugar en el mundo que abundasse tanto de todo.

Dos meses fueron los que Carlos gastò en poblado, embriagado del deleitoso bulli-

cio

cio de aquella Ciudad, hasta q̃ le llevaron a los jardines, y quintas, q̃ tres leguas en contorno cercā aquella populosa poblaciō. Aqui fue dōde Carlos se disgustò del ruido cortesano, con q̃ eligiò por habitaciō la quinta del pariēte de D. Antonio, q̃ estava dos leguas del lugar, entre el Cōvento de N. Señora de la Luz, de Frayles de la Ordē de Christo, obra de los Reyes de Portugal, digna de toda veneracion, y de el Cōvento de Olivelas, de Mōjas Bernardas, maravilla de España, seña gloriosa de la liberalida Catolica del Rey Don Dionis de Portugal. Esta estācia eligiò Carlos para su asistencia, escarmentado de lugares grandes, pretendiendo retirarse a aquel ameno sitio, el tiēpo que residiesse en aquel pais. Su exercicio era asistir ya a vna Iglesia, ya a otra, de vno en otro Convento passava la mañana, y a la tarde se entretenia con los comarcanos vezinos, en la suave variedad de los jardines, q̃ miran todo aquel contorno. Tan alegre, como gustoso passava Carlos esta solitaria vida, dexandose comunicar algunas vezes de los amigos de la Ciudad, ò ya para celebrar los concursos en las festividades, ò ya para entretenerse en algū particular festejo, ò para variar el gusto con los alegres divertimiētos de aquel pais, como Belen, entierro de los Reyes de aquel Reyno, si magnifica emulaciō del Escurial, la Torre de San Giā, San Ioseph de Ribamar, y al fin toda la Ria, q̃ son mas de quinze leguas de largo, q̃ todo es milagro de la naturaleza con valiētes esmeros del artificio, de q̃ estava tan pagado Carlos, q̃ dava muchas gracias a Dios, de q̃ le avia apartado del bullicio del mundo, à vivir en la deleytosa sazon de aquella soledad, pero, ò el demonio q̃ temia se assegurasse Carlos en su gustosa vida, ò q̃ Carlos no se recatava de los tropiezos, en q̃ el apetito suele caer, ò todo junto, q̃ es lo mas cierto, porq̃ nunca el demonio obra sin mi destrozo de mi quietud, y siempre soy yo el mayor enemigo que tiene mi alma contra si.

La ocasiō de la vista repetida fue fuerte bateria para el coraçon de Carlos, q̃ cobarde, por achacoso, si debil po. acos-

tumbrado al vicio del amor, fue facil el rendirle, aunque la municion era poderosa para triunfar de otro mas valiẽte Campeon, con que quanto mas activa fue la causa, tanto mas rendida fue la voluntad de Carlos al venenoso atractivo de los ojos de vna dama hija de Sevilla, engerta en Lisboa, con sobreescrito de matrimonio, aunque con lectura de amistad indecente. Vn Cavallero de los muchos que ilustran la Real Corona de aquel Reyno, saliò en busca de mas honra, que la que avia heredado de sus padres, pretendiendo por su espada eternizar su nombre en el bronce de los venideros siglos. Signiò en Flandes el concurso de las armas, donde se graduò con la gineta de Capitan; subiò a ser Maestre de Campo de vn tercio de. Deste puesto ya sañuda su fortuna, le encaminò su estrella a la carrera de las Indias, con puesto competente à sus servicios; pero fue tan poco afortunado en los viages que hizo, que no sacò otro logro, que los amores de vna dama Sevillana, la qual picada, ò de su talle, ò de su buẽ proceder, se rindiò a su gusto, olvidando su honra en la casa de sus padres (aunque de moderada estofa) por lograr a rienda suelta lo desenfrenado de su gusto. Vista por el Marte Adonis Lusitano su mala estrella en la mar, quando los servicios de la tierra se olvidavan sin premio, tratò de bolver a su patria cargado de el laurel de sus hazañas, à gozar de la hazienda que le dexaron sus padres, en gustosa compañia de su dama, a quien diò titulo de esposa, por disimular el que diràn de las gentes; porque mas asusta el que diràn en el mundo, que la justicia de Dios. Dispuso viuir en vna quinta que tenia, donde determinò passar con decencia gustosa el tiempo, que no le hiziesse horror el pecado. Era Doña Maria (que este era su nombre) entendida, briosa, y de buen gusto, con que tenia rendido a su soldado, amante mas que Venus, el Dios fabuloso guerrero. En este estado vivieron algunos años en amigable

ble correspondencia del cariño, hasta que ò se cansò la voluntad depravada, ò el vicio protervo se enastiò, ò porque no es nouedad en el amor que toca en vicio, pues no tiene mas vida que la que le comunica el ayre de el apetito.

Gigante era el amor de los dos amantes; quando Carlos, fino arrepentido, muy enmendado de su antiguo trato, iba, y bolvia al lugar, y al Convento de nuestra Señora de la Luz, y siempre passava por la puerta de los dos amantes; la continuacion de el passo, con la cercania de la posada, ocasionaron en Doña Maria algun cuydado, siendo el de Carlos demasiadamente curioso, reparando en que en vn esconce de la soledad, separado de el bullicio de la Ciudad, viuiesse vna dama de tan gallardo garvo de lengua no nativa de la tierra, si de castizo romance de Castilla. Era el tiempo cercano a la Pascua de Navidad, quando el fuego de la ocasion diò en la polvora del vicio, con que bolò con lastimoso estrago los propositos santos de los retiros de Carlos. Vispera de Navidad era, y como en el Cõvento de Olivelas ay la mayor armonia de musica de Europa, es muy celebre aquella noche en aquel Convento. Avisaronle los amigos a Carlos, como aquellas Pascuas auian de ser sus huespedes, con que se previno Carlos para regalarlos, porque segun el sentir mundano, no ay fiesta, donde falta la comodidad con el regalo; hizieron colacion, y al punto se fueron a gustar de los Villancicos, que era lo q̃ les traia del lugar. No quiso el galàn de Doña Maria, que su dama perdiesse el entretenimiento de la solemnidad armoniosa de aquella noche, cõ que dispuso ir a maytines, acomodaronse todos lo mejor que se pudo; cantaronse los Maytines con gran armonia, con que se diò lugar a que todos se bolviessen a sus estancias. Carlos con los demas amigos, como mas diestros, se salieron de la Iglesia, antes que huviesse el ahogo, que sucede en las puertas quãdo ay concurso de gente. No

le ſucediò aſsi a Doña Maria, y a ſu galàn, que deſcuydandoſe saliò mas tarde, à tiempo que huvo el mayor tropel, donde le ſucediò vn azàr, que fue, que entre la gente que ſalia, huvo vn moçuelo atrevido, q̃ ſe le antojò pellizcar la dama foraſtera; diſsimulò Doña Maria, por no poner à ſu galàn en ocaſion de embaraço; pero el moçuelo, a titulo de ſer tan loco como noble, fue tan poco atento, que obligò al galan de Doña Maria a darſe por entendido, ſacò la eſpada, como quien era tan maeſtro en ſu deſtreza, como moço en manejarla, conque a pocos lances hizo, que el deſcomedido vergante, y ſu loca compañia, entendieſſen, que la dama à quien procuravan ajar con indecencia; llevava eſcolta, tan bien guarnecida, que los podia acuchillar, ſin rezelo de quedar deſairado; metiòſe gente de por medio, y el agua de vn turbion, con que ſe apartò la pendencia. No quedò muy ſatisfecho el moçuelo de ſu empeño, pues el galàn de Doña Maria, a dicho de todos, quedò muy ayroſo. Amaynò la tempeſtad del agua, cõ que huvo lugar para que D. Maria ſe bolvieſſe a caſa con ſu galan; pero a pocos paſſos de el camino hallaron ſeis emboçados, que aguardavan la ocaſion, pretendieron aſir los frenos de las mulas; pero no lo conſiguieron, porque no atinaron, por ſer de noche, y por que el galàn de Doña Maria ſe recatò, apartandoſe por otra ſenda; pero reconociendo que le venian a embeſtir, ſacò la eſpada, con la quàl diò vn cintaraço a la mula en que iba Doña Maria, la qual à quatro pies diſparò a todo correr, y viendo que Doña Maria avia ſalido del rieſgo, procurò ſu galan defenderſe de los ſeis emboçados, que no era facil, aunque el valor lo pensò; jarretaronle la mula, con que tuvieron lugar de acometer al dueño para acabar con ſu vida, que no fue facil, porque el valor deſeſperado obra impoſsibles. Bien ſe conociò eſto en la reſiſtẽcia que hizo el pobre Cavallero a ſus contrarios; pero como eran ſeis, fue mucho no acabar con ſu vida,

y lo hizieran, à no fer focorrido de la gente que afsiftia en la quimta mas cercana, que era la en que eftaua Carlos con fus amigos, que al punto que oyeron el ruydo de la pendencia, falieron al focorro; pero como el duelo era infame, no fe apartaron de la querella los emboçados, antes como vierõ que no eran mas que Carlos, y Don Antonio à la defenfa del pobre Cauallero, tirauan à los metedores de paz, como à enemigos, con que tuvieron harto que hazer los dos amigos en la defenfa que emprehendieron, hafta que llegaron los demàs amigos en fu focorro, con cuya vifta procuraron retirarfe los emboçados; pero enojado Don Antonio del mal termino de tirafle como à enemigo, metiendo paz, no fe contentò con que le retiraffen, fin que pagaffen con fu fangre la ruindad de fu termino. Enconado los feguia de muerte, con tanto corage, que necefsitaron Carlos con los demàs amigos partir la pendencia, porque no paffaffe a mas, y por focorrer al pobre galan de Doña Maria, que fe defangraua. Retiraronfe los emboçados como pudieron, con que tuvieron lugar de lleuar, los vnos à la quinta el herido, y los otros fueron por el Cirujano, y los que quedaron en cafa le procuraron apretar las heridas, que eran algunas de, confideracion, particularmente vna de la cabeça, que era de muy mala calidad.

Llegò alfin el Cirujano, tomòle la fangre, curole, y mandò, que por ningun cafo le mouieffen de aquella eftancia, con que fue fuerça que el pobre Cauallero curaffe fus heridas en cafa agena.

Las heridas eran peligrofas, al paffo que el animo de Doña Maria era al fin medrofo, como de muger, con qne fe afligia con grandes eftremos. Confolauanla todos con pronofticos del buen fuceffo; pero como la pena era del gufto, no la aliuiaua la futura efperança. Trataron de acomodar à Doña Maria lo que reftaua de aquella infaufta noche; pero no fue pofible, porq̃el apetito defabrido

del gusto, no se atreve a sazonarse del regalo, con que fue fuerça passar la noche en vela de buena conversacion, por divertir a la angustiada dama.

Este fue el principio que tuvo Carlos para su nuevo empleo; esta fue tãbien la primer luz cercana que tuvo Doña Maria de los lexos de su perplexa voluntad, pues si le mirava de passo con atencion gustosa, le atendiò de cerca con deleytoso alago, tal que a pocos passos creciò a ser conocido amor. De passo reparava Carlos en la dulçura de sus ojos, en la gravedad de su rostro, en el ayre de su talle; pero ya con experiencias mas vezinas se encendiò el apetito en tan viva llama de él amor vicioso, que no dexò potencia à quien no comunicasse su fuego. Facil fue la primer entrada del cariño, pues ambos a dos se hallaron abiertas las puertas del alago; con que parece, que solo tuvo de costa éste empeño la desgracia del vno, para que se cõfirmasse el amoroso vicio de entrãbos. Lecciõ de que podiamos tanto aprender como escarmentar; pero no fue pequeña la costa, pues perdiò Carlos su libertad, rindiendola a la sugecion de Doña Maria en la brevedad de treinta dias, q̃ la assistiò en su casa, mientras estuvo de peligro su galàn; pero tampoco le saliò barato el hallazgo de el nuevo amor à Doña Maria; pues si Carlos rẽdido al veneno de sus ojos, idolatrava en su imagen, siendo prisionero de sus gracias, Doña Maria sin atreverse a publicar su rendimiento, llorava el impossible de poder corresponderle, por estar asida a la cadena de su antiguo galàn. No perdia Carlos punto en dar a entender su amorosa ansia a Doña Maria, la qual, sin poderse ir a la mano, le permitia a pausas su cuydado engañada, ò ya a titulo de cortesana vrbanidad, ò ya con la permission diabolica q̃ se ha introducido en el mundo, de que es licito lo desahogado en la escuela de entendidos. Las heridas del pobre Cavallero caminavã muy despacio a su sanidad, particularmẽte la de la cabeça; pero fue

Dios

Dios servido, que en treinta dias tuvo gran mejoria, cõ que se fue a convalecer a su casa, donde considerando el mal estado, en que le pudo coger la muerte, temiò la cuenta final, de que resultò el tratar de mudar de vida, para cuya resolucion tardò algunos dias, y aũ meses, porque para determinarnos para salir del mal vivir en ofensa de Dios, todas son largas; pero para la ofensa de Dios todas son priessas. En estos dias de suspension no se descuydò Carlos de la assistencia, ya por medio de papeles, ò yà por agencia personal; pero Doña Maria, aunque experimentava su anhelo, no acabava de assegurarse de su rẽdimiẽto amoroso, porq̃ como le avia visto a Carlos devoto, modesto, atento, y callado, señas todas de espiritual contemplativo, no se atrevia a presumir, que siendo el exterior tan ajustado, vivia en su coraçon el vicio amoroso de quererla. Entendiò Carlos el achaque de que adolecia su dama, que era la causa de su medroso retiro, con que se determinò a satisfacer sus dudas, escriviendola vn papel, que por breve merece toda atencion.

Incredula, señora, estais, de que mi voluntad os ama, pudiendo asseguraros en mi afecto, que, que sino os ama, os adorà; y no me quiero persuadir à que es poco vuestro conocimiento, sino porque es mucha mi desgracia; pero tan poco creo, que es mala fortuna, pues me permitis q̃ os ame. Es acaso vuestra incredulidad traça de vuestro ingenio, para apurar mas mi voluntad en el tormento que dais à mi firme sufrimiento? ò es admiracion la que os causa la constante suerte de amaros? ò es premio prevenido de lo que costais à vn coraçon que es todo vuestro? Dadme licencia, señora, para que crea que es todo, porque apurar la fineza de mi amor, es admiracion, porque no ay mas à que llegar: es premio, porque no ay mas a que aspirar por dicha de merecer, que todo es felicidad, si me admitis à ser vuestro.

Como la viciosa voluntad caminava a toda prisa, con el aliento deste papel batiò con mas fuerça la flaca muralla cõ q̃ D. Maria resistia el galanteo de Carlos, a quien ocultamẽte rẽdida, le permitiò su amoroso cuydado, dandole licencia a Carlos para que la comunicasse algunas noches por vna rexa, qu caia al camino, q̃ como no era passagero les permitia lugar sin çoçobra a su dulce cõversacion, la qual, como su galàn de D. Maria estava retirado por la convalecẽcia de alma, y cuerpo, se continuava sin q̃ huviesse temor de embraço; pero como Doña Maria estava incredula de la volũtad que Carlos la mostrava, no acabava de sossegar à Carlos, cõ allanarse a la creencia de su fineza, de que resultava en el coraçon de Carlos, desabridos sinsabores, que le molestavan, conque se determinò a dezirle a Doña Maria su sentimiento en estas tres Dezimas.

Ser tu ingrata, y yo no muero?
de bronce, Amarilis soy,
pues que no me mata oy
perder lo que tanto quiero:
pero ya lo que es infiero,
pues como por feliz suerte,
vida, y alma te di al verte,
aqueste infeliz pesar
no halla vida que quitar,
conque no me dà la muerte.

Es tal mi dolor, creyendo
que no muero, que a mi ver,
mas siento el no padecer,
que padeciera sintiendo:
con que si tu conociendo
en mi este dolor, me dàs
la vida otra vez, haràs,
que boluiendo yo a viuir,
tenga mas con que sentir,
pero no que sienta mas.

Consuele este mi dolor
el que en tan graue tormento
dà valor al sentimiento,
que es la cordura en mi amor,
con que cessarà el rigor
de tan notable pesar;
pues si se llega a mirar,
mas pena pudiera ser
deshonra en propria muger,
que en agena el no gozar.

El porfiar mucho, vence, y mas en la lid de la voluntad, que executada de los apremios de finezas, haze gran bateria, y más donde solo halla

la resistencia caprichosa; esta la avia en Doña Maria, quando el empeño amoroso de Carlos en campaña abierta peleava por rendir la plaça de su afecto, a fuerça de los brios de su cariño, que poderosa yà obligò a Doña Maria a que le correspondiesse, olvidando el empeño de su primero galan, porque puede ser que se le hazia de mal a vna muger viciosa permanecer tanto tiempo, en el credito de ser firme, ò por mejor dezir, entendamos que assi lo permitiò Dios para que su galan no tuviesse tantos trepiezos, que le embarazassen a salir del mal estado en que permanecia con la ilicita amistad de Doña Maria. O buen Dios, y Señor, el cuydado que tiene de nuestro bien, quando nosotros nos olvidamos de èl, apeteciendo siempre nuestro mal!

Con los auxilios que Dios le dava al galan de Doña Maria, batallava, procurando dessasirse de la cadena en que le tenia su vicio, porque aunque para caer en la culpa no ponemos resistencia; pero para entrar en el Reyno de la gracia, se forceja. O vil natural humano! ò inadvetrido proceder del hombre! Al fin, ya se resolviò a apartarse de su dama, en ocasion que se avia ya rendido a los amores de Carlos. Propusole amigablemente a Doña Maria el horror que Dios le avia hecho merced de comunicarle, considerando la desdicha en que avia estado cinco años en desgracia de Dios, ligado a la viciosa cadena de su amistad. Propusole la determinacion que auia tomado de bolverse a Dios, apartandose de las criaturas, que tanto mal le avian ocasionado, como avia sido ponerle en el infeliz estado de la desgracia de Dios. Diòla a entender su ansia, su dolor, con fixa determinacion de mudar de vida, para no ofender a Dios; pero aunque este era su firme proposito, no huia la cara a la obligacion que la tenia, porque su animo era siempre el assistirla, para q̃ nunca pudiesse calumniarle el mũdo, q̃ la falta de su assistencia, ocasionava la perdicion de vna criatura, a quiẽ

ama-

amava con tantas veras de obligado, que la ſuplicava eligieſſe el eſtado de Religioſa, que el ſe obligava a hazer todo el gaſto, que ſi no tuvieſſe eſpiritu para Religioſa, eligieſſe el eſtado de caſada, para cuyo efecto èl buſcaria perſona de toda ſatisfacion, que con la dote que le daria, pudieſſe viuir toda ſu vida con honra, y ſoſsiego, y con toda ſeguridad de conciencia. Eſtas fueron las propoſiciones que el galàn de Doña Maria la propuſo, que aunque para otra fueran de gran conveniẽcia, para el capricho de Doña Maria fueron de grã enfado, porque aunque era lo q̃ Doña Maria deſeava, que huvieſſe ocaſion para ſalir de ſu antiguo empeño para renovar ſu vicio con la amiſtad de Carlos, no obſtante incitada del demonio, ò queriendo dar a entender que ſentia el deſpego, que ſu galàn vſava con ſu ya fingida fineza, ſe embraveciò de manera, que a no ampararle Dios, peligrara el alma del pobre Cavallero. O vil linage de brabura, que lo miſmo que ſu ingratitud deſea, eſſo miſmo acrimina en el tribunal de ſu corage! Retiròſe muy enojada, ſin darle reſpueſta a ſu galàn, por ſaber de la voluntad de Carlos ſu nuevo empleo, que ſentia acerca de eſta novedad: a que le reſpondiò el ya embriagado moço, con la politica ordinaria de vn rẽdido, remitiẽdoſe a ſu voluntad, dãdola a entẽder, q̃ en el efecto ſe probaria qual era la volũtad mas acẽdrada, pues èl, por lograr ſazones de ſu cariño, avia muchos dias que barajava la jornada de Sevilla, que ſu tio le mandava que hizieſſe para comboyar vna parienta ſuya a Madrid, y que por lograr la aſsiſtencia de ſu viſta, avia faltado a la debida obediẽcia de ſu tio, que èl no dava parecer, donde era tan conocido el ſuyo.

Entendido eſte genero de ſentimiento de Carlos, tratò Doña Maria de humanarſe cõ ſu galàn, aunque no fue tan luego, q̃ no tardaſſe muchos dias con la demonſtracion de ſu enfado. Al fin propuſo a ſu galàn ſu guſto, que era bolverſe con ſus padres, dictamen que no fue muy facil de acabar-

barlo con el arrepentido cavallero, porque como conocia el desahogado natural de su dama, temia dexarla en su libertad; pero como la resolucion de Doña Maria era fundada en su vicioso gusto, no tuvo lugar el acertado dictamen de su galan, el qual, por salir del empeño, auiendo hecho lo que debia, se conformò con èl, determinando, sin que nadie lo entendiesse, bolverla a casa de sus padres. Bien entendiò Doña Maria, que su galàn estava conforme con su gusto (aunque no se lo avia dicho con claridad) y assi avisò à Carlos, dandole licencia para que hiziesse la jornada de Sevilla, pues presto se avian de ver allà sin los embaraços de otro dueño. Con esta noticia determinò Carlos hazer su jornada, con que el dia antes que saliesse de la quinta para hazer su viage, se fue a despedir de Doña Maria, y su galan, a quièn se ofreciò con la vrbanidad acostumbrada. Fuele respondido en la misma forma, agradeciendo las atenciones de la assistencia de su cura. Con esta diligencia cũpliò Carlos con la publicidad de su cortesania, dexando para la noche la despedida de Doña Maria, porque no faltassen los requisitos de fineza, en tiempo que començava a posseer. Aquella noche la passaron los dos amantes con ansias amorosas de dos almas que se quieren, en ocasiõ que el accidente cruel de vna ausencia los divide. La luz de el dia los obligò a retirarse, Doña Maria a su descanso, y Carlos a su quinta, donde tratò de disponerse para irse aquella tarde a Lisboa, a prevenirse para la jornada. La luz del dia era aun muy corta, no obstante reconociò a la puerta de su casa a vn hombre, que trayendo del diestro vn cavallo, menudeava los golpes, solicitando q̃ le abriessen. Carlos advirtiendo en el hecho, por si acaso era algun personage, que pretendia alguna sinrazõ, se previno de vna pistola de dos que traìa; con que preguntò, quien era el que a aquella hora llamava. El dia no era aun bien claro, cõ que no dava lugar a que se conociessen los dos amigos; pero à

la

la pregunta de Carlos le conociò Don Basilio en la voz, con que se diò à conocer à Carlos, que cuydadoso de la impensada venida, le preguntò la causa, respondiole Don Basilio, que le importava retirarse con secreto, porque la justicia auia de hazer diligencia por prenderle, y lo mismo haria su Cabo, con que le importava ocultarse, porque le auia sucedido vn enfado considerable en el lugar aquella noche. Bien me parece, dixo Carlos, y no ha de ser en mi casa el retiro, por si acaso nuestra amistad es indicio para que la justicia os busque en ella, yo tengo persona de toda confiança donde esteis, hasta que se sossiegue el cuydado de la justicia, en este valle es: y assi antes que os vean los de casa, vamos adonde con toda seguridad podais estar, mejor que en mi propria estancia. Con esto se fueron los dos à vna quinta cercana, que era de vn amigo de Carlos, que admitiò el huesped con gran gusto. Carlos con este impensado accidente, fue fuerça detenerse algunos dias, con que auisò à su dama Doña Maria, con quien passaua todas las noches en dulce conversacion, agradeciendo à la fortuna el azar de Don Basilio, que baraxò su ausencia.

CAPITVLO XXVI.

Sale Carlos de Lisboa con Don Basilio, que en el viage haze relacion de los naufragios de su vida.

El embaraço de Don Basilio ocasionò à que Carlos alargasse la jornada algunos dias; en los quales, el Cabo de guerra, junto con la Iusticia del Lugar, hizo todas sus diligencias, por dar alcance à Don Basilio, que todo se frustrò con la buena diligencia de Carlos, y de su amigo, que le ocultò en su casa, con que se resfriò el calor de los que le buscauan para prenderle, dandole lugar à que se ausentasse con toda felicidad. Mientras la justicia con todo calor hazia sus diligencias, no se descuydaua Carlos, por medio de sus amigos, en aueriguar los medios

con que la justicia daua alcance à Don Basilio. La diligencia fue hecha cõ tan prudente secreto, que se supo como ya estauan todos persuadidos à que Don Basilio se auia passado à Castilla, con que cessò la Iusticia de hazer sus diligencias. Assegurados con estas ciertas noticias, determinò Carlos hazer su jornada en compañia de Don Basilio; y para que fuesse con todo acierto, sin que peligrasse la persona de Don Basilio, se buscò guia fiel, para que los encaminasse, hasta salir de aquel Reyno, por trochas, y veredas no vsadas. Preuinose vna faluca, para que los passasse el rio, en tiempo que la marea fuesse à media noche. Mudò Don Basilio de vestido, introduxosse à moço de mulas, con vn parche en vn ojo, vna raya muy bien imitada, que le cruzaua la cara: con que les pareciò que estaua todo tan bien preuenido, que no se deuia temer el riesgo. Despidiose Carlos de Don Antonio, y los amigos, con que hizo su viage con harta descomodidad los quatro primeros dias, porque no entraron en poblado, hasta llegar à la Andaluzia, donde ya desahogados de los temores de la justicia, que les dauan alcãce, se fueron poco à poco enmendando en los regalos de aquel Reyno las descomodidades passadas. Con los embaraços del retiro de D. Basilio, no pudo Carlos comunicarle, para q̃ le participasse la noticia cierta de su empeño, y juntamẽte le dixesse su Patria, con la calidad de sus padres, porque siẽpre le auia conocido cuydadoso en ocultar su Patria, procurando desvanecer las noticias de los blasones de su sangre: con que viendose ya fuera del riesgo de ser preso en Portugal, le apretò como amigo le diesse noticia de todo, para estimarle como deuia, y si era necessaria su persona, para satisfacer algun duelo, que le empeñaua su palabra, que podia fiarse dèl. Notablemente rehusaua Don Basilio manifestar su calidad, nobleza, y patria, por lo trabajoso de sus azarosas fortunas, entendiendo que le conuenia para su sossiego ocultar sus padres, por cuya causa se auia mudado el

nom-

nombre, y el apellido para no ser conocido de nadie en el mundo; pero fue tal la bateria de la amistad de Carlos, que le obligò a romper el secreto, que tanto tiempo avia reservado en su pecho, sin que trabajos, azares de fortuna continuados, le hiziessen levantar la voz (siquiera por desahogarse) haziendo relacion de las penas que le afligian el coraçon lastimado.

Mi patria es Madrid (dixo Don Basilio) mi calidad conocida entre las familias ilustres, que coronan aquella ilustre Villa, Corte de los Reyes de España; la hazienda libre, mucha, cõ vn mayorazgo de seis mil ducados de renta; mi nombre es Don Alvaro, mi apellido Vargas, con que os he dicho mi calidad, y hazienda; pero faltame el deziros mi mala fortuna, que es la que me trae arrastrado por el mundo, sin dexarme respirar para el desahogo del violento cordel de mis trabajos. Desde el año diez y ocho de mi edad, me mirò la fortuna de contrario aspecto. Pues pluguiera a Dios, que el primer tropiezo suyo, fuera el vltimo de mi vida, con que huviera acabado la miseria de mis duelos, a manos de los primeros encuentros de mi desgracia. Vi vna dama en Madrid en la Iglesia del Carmẽ, principio de todas mis desgracias, que no es nuevo q̃ la vista ocasione al apetito, que por conseguir su anhelo se precipita en despeños de infortunios. Buelvo a dezir, que vi vna dama, que vi cosas, que por mas vezes que se repitan, nunca pienso que se les puede dar el alma a lo que la vista concibiò gustosa, para presentarlo al entendimiento, que se rinde a los violentos alagos de la voluntad. Tercera vez digo que la vi, con que vna, y mil vezes digo, que apenas mis ojos descubrieron el hermoso objeto de mi dama, quando arrebatado de vn dulce embeleso, bebi el veneno del amor en la penada taza de vn recatado mirar; turbeme de enamorado, assegurandome dueño cõ solo las armas de mi deseo; pero mirando a la luz de la razon, desconfiè de mi dicha, cõ que lo juzguè por vn anto

ja

jadizo acaso; pero como la causa era violencia de amor, toda aquella mañana batallè con dos contrarios; empeño de la voluntad, y desconfiança medrosa, con que a fuerça de tan fuertes armas, me rendi, pidiendoles quartel a mis contrarios. Esto era ya a la puerta de la Iglesia, donde mendigo de su favor pedia limosna de consuelos fui bien librado por atrevido, porque como era el dia de nieve, tuve ocasion para brindar al sol de mi cuydado con mi coche; acetolo la madre, que en breve traspuso en su retiro a su hija, cuyo girasol fui a pesar del embarazo de la nieve: rōdè su calle, galātee con continua asistencia, sin que pudiesse alcançar el menor assomo de cuydado, con que me alimentava de descuydos. Hablè a la madre, la qual me propuso matrimonio, à que no dexè de dar esperanças, aunque hize todo esfuerço para que fuesse mi dama; pero barajome la propuesta, cortandome todo el passo a mi pretension, dandome termino para considerar mi empleo, que fue darme tiempo para que creciesse mas mi llama, con la permision que me diò de ver a Laureana (que este era su nōbre) con que acabò el fuego de mi amor, de apurar la materia de mi sufrimiento, rompiendo dificultades, allanando impossibles le di la mano de esposo a Laureana, aviendo precedido las amonestaciones que dispone la Iglesia, con la prisa que pedia la necessidad de mi anhelo.

En dulce, y apacible coyunda passè algunos meses en compañia de mi amada esposa (ò Carlos amigo, con que dolor del alma lo relato! pues tan viua està oy en mi pecho como el primer dia que la vi) hasta que vn tio mio noticioso de mi nueva determinaciō, diò alcançe a parte de mi gustoso empleo; afligiome con severidad, diome tormento de baldones, cercenome el ordinario fausto, hasta dar cuenta a vn ministro grande de justicia, para que me acortasse los passos de mi devaneo, porque aun estava oculto el hecho de mi matrimonio. Neguè a todas las preguntas, pero salī con-

condenado en destierro de Madrid; la qual determinacion no manifestè a mi esposa Laureana, solo la dixe, que me era fuerça ir a Toledo, como en la verdad lo tenia dispuesto, juzgando que con mi ausencia se sossegaria mi tio; pero engañeme, porque apenas sali de Madrid, quando entendi que llegò a noticia de mi tio mi empleo, con que colerico de honrado, tratava de maltratar a mi esposa por medio de la justicia, formando causa a la madre de Laureana, de que era hechizera, que dos testigos asseguravan que en vn poco de dulce me auia dado el hechizo. Asusteme como noble, pero olvidè el agravio como amante, con que la noche antes que la justicia hiziesse la diligencia, avisè a Laureana del peligro en que estava, con que tuvo lugar de ausentarse con su madre, la qual aũque hechizera no pudo disponer las materias tan a su salvo, que no cayesse en manos de la justicia, que la buscava con gran cuydado: alfin la llevaron a la carcel, donde la pusieron a vista del potro; pero viendo que el temor del tormento no la obligaua à confessar su delito, probado con dos testigos, la dieron vna rigurosa tortura; y aunque no confessò su culpa, declarò que no era su hija Laureana, porque lo era de vna señora principal de Cerdeña, auida en la question de vnos ocultos amores; de todo lo qual deuia vn tal personage, que viuia en Mecina, Puerto de Cicilia, por cuya orden socorria su madre à Laureana. Con esta declaracion, sin confessar otra cosa, muriò la tal que se dezia madre de mi esposa. Todo esto, amigo Carlos, tuve por patraña, creyendo que los hechizos fueron el iman que me auiã solo violẽtado à los amores de su hija, que à no ser assi, ni yo quisiera con tanto estremo à Laureana, siendo de tan vil linage, ni mi esposa, siendo noble, se valiera de tan vil medio para rendir mi voluntad, con que corrido, enamorado, ofendido, aunque idolatrado en mi esposa, me ausentè de Madrid sin saber la derrota que llevar, pues me considerava combatido de amor,

amor con agravios, de voluntad con deshonra. Elegi, al fin, la jornada de Flandes; fuime à San Sebastian, donde me embarquè en vna nao Flamenca, que a dos dias de viage dimos con tres navios de Olanda, que nos acañonearon todo vn dia, dandonos a su salvo las cargas que quisierõ, sin hallar flaqueza en los defensores, hasta que nos abordarõ, donde por mas que nos defendimos a costa de mucha sansangre, nos rendimos; pero tan desangrados, que no podiamos mover las armas. Estimò el enemigo la presa, tanto por ir el baxel rico, quanto por hazer prisioneros a hombres q̃ avian mostrado tan gran valor en su defensa. Llevarõnos prisioneros a Olanda, donde passamos quatro meses de prisiõ con harto descõsuelo, porque faltarle a vn Catolico en los trabajos el alivio del alma, es gran tormento. Los santos de aquel Pais son Calvino, Lutero, Bucero, con otros semejãtes, que arden, y arderàn para siempre en el infierno. Mis cõpañeros como eran Flamencos, negociaron nuestra soltura en vn cange que se hizo en Bruselas, donde se trocaron vnos por otros. Vimonos, al fin con libertad, con que cada vno procurò tomar su derrota. Mis camaradas se fueron à sus casas, y yo al exercito de España, donde desesperado procurè hablar al General, à quien supliquè, que quando se ofreciesse la ocasion me hiziesse merced de que fuesse yo el primero en el abance, porque deseava morir con honra: cumpliòse mi deseo, pues a pocos dias se ofreciò assaltar vn fortin del enemigo, en cuyo empeño fuy yo de de los primeros, siendo el postrero q̃ hirieron, cayendo dẽtro a distãcia corta. Rindiòse el fuerte, y como la desesperacion es madre de tan admirables, como prodigiosas hazañas, cõpadeciòle mi fortuna, de q̃ mi valor se quedasse sepultado en la muerte, a q̃ atẽdiò mi Cabo, gustoso de aver visto el brioso arrojo de mi pecho, hizome buscar viendo q̃ faltava, hallaronme, a su parecer, sin vida; pero a la verdad, en vn grandissimo desmayo, por la vertida sangre; pero

como su cuydado le dava priessa, apurò las señas que dava de cadaver, que con alientos de la medicina se reconociò la vida en braços de la muerte. Hizome curar, con que a breves dias sanè; y para que con mas gusto convaleciesse, me dieron vna compañia de Infanteria, en cuyo exercicio servi dos años con varios encuentros de guerra; pero de todos, Dios sea alabado, sali muy ayroso. Ofreciòse en este tiẽpo embiar a Milàn gente; hizome merced el General de que fuesse su cabo para combeyar vn Tercio de aquellos Payses a Milan, en cuyo empeño passamos hartos trabajos, marchando siempre con el enemigo a la vista, hasta que el señor Don Gonçalo de Cordoba divirtiò al enemigo, con que tuvimos lugar de dar fin al viage sin azar cõsiderable, antes con gran felicidad del peligroso empeño. Ocupòme el señor D. Gõçalo en el exercicio de Capitan de Corazas. Llegòse el Invierno en q̃ nos aquartelarõ, ofreciòse passar a Genova, dõde tuve noticia, de q̃ mi Laureana estava en Napoles, que avia passado grandes trabajos dando buelta a Europa por hallarme. Gran movimiento hizo en mi coraçon esta noticia, porq̃ mi afecto siempre es vno; pero como en aquella sazon no estava tã enterado de la verdad como oy, procurè socorrerla, sin ponerme en el lãce de verla la cara, porq̃ aũque el amor domestica, la honra embravece. Con este dictamen tratè al punto de embarcarme, porque aunque la noticia era de q̃ estava en Napoles, y no en Genova, presumi q̃ era disimulo prudente de vn Religioso, que fue el mẽsagero, con q̃ a toda priessa me apartè de Genova, por no ponerme en ocasion de que el corage de mi honra estragasse mi amor con el hierro de mi espada. Bolvime a Milã, donde cursè las armas otros dos años, sin q̃ en ellos olvidasse el amoroso fuego de mi esposa Laureana. Sucediòme vn enfado con vn Coronel Aleman; salimos a campaña, dõde quedò sepultada su arrogancia. Retirème del exercito cõ todo cuydado, porque el Coronel muerto era soldado de opi-

opinion, cõ que el General se avria cõmigo con todo rigor, de q̃ me retirè a toda priessa, y vine a parar en Roma.

En Roma, como Corte tan populosa, tratè de olvidar el cariño de mi esposa, que me atormentava el alma, para cuyo efecto me pareciò bien vna Matrona Romana, casada con vn Gẽtilhombre de aquella ilustrissima Ciudad; hize las carabanas de enamorado Español, que en aquellos Payses son muy celebradas, juzgando, que solo el Español supo enamorar con arte cariñosa. No fuy admitido a los principios; pero mi porfia, que corria el passo de mi apetito, la obligaron a hazer estimacion de mi cuydado, con que se determino a pagar mi voluntad. Era la tal dama muy vana de puro honrada, cõ que dificultò mucho mas la empresa; pero todo lo venciò mi assistencia. Permitiòme entrada en su casa, con que os digo todo lo que puedo significaros; porque la permission de la voluntad es lo mas, siendo lo demas menos. Algunos lances passaron en nuestra viciosa amistad, que por no cansaros no os los relato, solo os digo, que a ser possible olvidar a mi Laureana, solo por Doña Olimpa fuera possible; porque era hermosa sin achaque de necia; atendida sin el azar de presumpcion; dama cortesana sin bachillerias palaciegas. Vn año fue el tiempo que nos diò de barato el amor en nuestro vicioso empleo, hasta que llegò su esposo a tener noticia de nuestro ilicito trato; como prudente dissimulò la congoja; como honrado rondo el omenage de su honra, que à pocas atenciones descubriò, que era entrada la inestimable fuerça de su honor, entregada al alvedrio de mi gusto. O lance terrible! injusta ley! que padezca desdoro el credito mas zanjado con lauros, y coronas por la facilidad de vna muger! Incitòle el honor a la vengança, con que colerico discreto tratò de limpiar la mancha que nuestro lascivo vicio avia echado en la limpia tabla de su honor. Fingiò vna

jornada verdadera à nuestro deseo, porque siempre los amantes son necios de puro ciegos. Llegò el dia señalado, despidiòse de su casa con noble corage de bolver a ella à lavar con la sangre de dos adulteros la torpe mancha de su honra. Simulò grandes finezas con su esposa, porque mas sabe fingir el coraçon vẽgativo, que el arte de la industria. Creyò Doña Olimpa las finezas de su esposo. O que mal haze el que cree la paz de el que ha ofendido! Dexòle salir de casa para avisarme de que su esposo no estava en el lugar. O que facilmente que cae en el lazo el paxaro viciosol Assi como recibi el aviso de Doña Olimpa, tratè de desocuparme de todo, despachè a vn amigo que bolvia a España, que se avia de embarcar al otro dia de mañana, y porque no me embaraçasse, me despedi del aquella tarde, acabando de agenciar todo lo que era necessario para su viage. Llegò la noche, en que sin detenerme a mas que ir a mi casa, donde tomè dos pistolas, mudè de habito, con que me fui a casa de Doña Olimpa, tan gustoso, y alegre, como si mi vicio no tratara de castigar mi ossadia. O q̃ olvidado està el delinquente, de que no ay instante que no le amenaze lo sangriento del castigo! Recibiòme Doña Olimpa como quien avia de gozar de su amante sin zoçobras de otro dueño. Profanamos el talamo conjugal hasta la vna de la noche, hora en que, ò mi delito, ò mi dicha, ò Dios, que es lo mas cierto, me tenia desvelado, para que yo sintiesse al esposo de mi dama, q̃ forcejava con vna puerta, distante otras dos de la quadra en q̃ estavamos. Despertè a Doña Olimpa, dixela el peligro en que estavamos, q̃ recogiesse sus joyas, fiando de mi nobleza, que no la faltaria, hasta perder la vida en su defensa. Assustòse D. Olimpa, pero alentada de mis brios, recogiò sus joyas en vn lienço, à tiempo que forcejavan ya por romper la puerta, en cuya quadra estavamos cerrados: diligencia que yo hize, previniendo el sucesso, por no fiar la vida de el gran

descuido de vn criado. El noble esposo de mi dama armado de honroso corage, porfiava en romper la puerta; pero como yo vi que no avia otra senda por donde aventurar la vida, sino rompiendo por mis contrarios, abri la puerta, al mismo tiempo tirè vn carabinaço al que traìa la luz, que cayò muerto; pero en el mismo tiẽpo recibi tres balazos, que aunque me hirieron crudamente, no me acortaron los brios, pues me arrojè a mis contrarios, sin que me perdiesse el lado mi Doña Olimpa, la qual me siguiò briosa. Cogiles el passo de la escalera, valiendome de la falta de la luz, me favoreci de la tiniebla, con que nos pusimos en la calle, de la qual con toda diligencia nos procuramos ausentar.

Assi como me vi fuera del riesgo pensè como acabar de assegurarme; bolver a mi casa, era riesgo conocido; fiarme de otra persona, era contingẽte la seguridad, con q̃ me determinè a poner en salvo a Doña Olimpa, y tras esta diligencia assegurar mi persona, para cuyo efecto lleguè a vn Convento de Monjas, dõde llamè con grande priessa; abriòme la puerta vn Capellan, contele la desgracia, fuymos a la Iglesia, en cuyo coro assistian à aquella hora algunas Religiosas, a quien propusimos la necessidad, que entendida de aquellas piadosas almas, dieron quenta de todo a la Priora, que al punto baxò con la Portera, y recibiò a mi Doña Olimpa, que al entrarse en el Convẽto bolviò a mirarme, cõ que se desmayò. Cerraron la puerta, con que me fuy cõ el Capellan a su aposento, dõde me curò las heridas como supo; ministròme papel, y tinta para escrivir a vn amigo, para q̃ recogiesse mi ropa; joyas, cõ algun dinero, para entregarlo a D. Olimpa cõ todo secreto, antes q̃ lo embarazasse la justicia. Hecha esta diligencia, me sali con el Capellan àzia la marina, en el camino topamos a mi camarada, que al punto le conoci, contèle mi desgracia en breves razones, encomendele a Doña Olimpa, a quien entregasse toda mi ropa: persuadile

a que se fuesse, porque no le tuviessen por sospechoso en el delito; pero no fue possible desviarle de nosotros, con q̃ huvimos de ir juntos a buscar vn barco q̃ me llevasse a la Tartana, en q̃ iba embarcado mi amigo; por mas diligencias q̃ hizimos, no fue possible hallar vn barco, con q̃ me vi perdido, porque ya venia rõpiendo el Alva, con que era peligrosa la estãcia; pero como el valor en las mayores dificultades abre senda para salir del empeño, como vi, que la Tartana estava cerca, y q̃ no avia otro medio para salir de Roma, donde peligrava mi vida, echè la ropa fuera, y fiado en Dios, y en la Virgen Maria su Madre, me arrojè al agua, dõ deguiado de la corriẽte, fuy à parar à la Tartana, harto desmayado, que a no ser tã breve la jornada, acabara mi vida en el Tiber. Subi a la embarcacion, preguntè por mi amigo a tiempo que salia ya a dar orden de caminar, quedò admirado de verme en aquel estado; hizele breve relacion de mi trabajo, con que al punto mando levantar la ancla; alçamos vela, y antes que saliesse el Sol estavamos ya en alta mar. Hizome acostar, dispuso que vn medio Cirujano, que iba de viage, que me viesse las heridas, las quales, aunque no eran de tres balazos, no fueron de peligro. Como el ayre era favorable, soltamos todo el trapo; con que aquel dia caminamos con largo viage. El segundo dia nos diò calma, con que nos fuymos poco a poco, hasta el quarto dia, que nos amaneciò por proa vna galeota de Turcos; de que procuramos con todo empeño desviarnos; pero no pudimos; la gente era poca, el baxel desarmado, y el enemigo prevenido para pelear, con que a poco rato se puso à tiro de cañon, rindiendonos a pocos cañonazos. Passaronnos à la galeota, que era de vn Turco, residente en Tunez, el qual avia hecho otra presa, de que su baxel venia muy ocupado, y assi mandò, que se alijasse todo lo que se pudiesse en el nuestro; pero viendo el Patron, que si encontrava alguna embarcacion de guerra, le podia dar en que enten

tender, se determinò dar la buelta a Tunez, que execu-tada su determinacion, se puso en pocos dias en la Goleta, donde nos echò en tierra con toda la presa que avia hecho, entregandolo todo a vn cuñado suyo, con que se bolviò a su pirateria.

Quedamos los cautivos en su casa, donde a cada vno se nos señalò exercicio. A mi me dispusieron, que cargasse vn serõ de estiercol en vn mal rozinejo, en que lo acarreasse desde el lugar a vna huerta que tenia mi Patron fuera de el lugar. Todo el tiempo que assisti en Tunez, que fueron cinco meses, me ocupè en este ministerio, porque no tenia otra habilidad. El hortelano era vn Valenciano de prudente valor, con quien descansava, comunicandole el ahogo de mis trabajos, por cuyo rigor vine a parar en aquel duro cautiverio. El me consolaua haziendome relacion de las tragedias de su vida, hasta llegar cautivo a Tunez, estimando por graciosso batato de fortuna la esclavitud en que estava, Es todo muy largo, y assi lo dexo, porque no os quiero enfadar. Digo, pues, que con este hortelano era toda mi comunicacion, porque como el avia años que estava cautivo, era practico en todo, industriando a los cautivos que veniã de nuevo en el modo de buscar la vida. A mi me cobrò aficion, como me municava mas; valiòme muchos documentos, que me aprouecharõ harto para el trato de aquellos Barbaros. Solia yo ir algunas vezes a la Goleta, que es el puerto de mar de Tunez, donde travè amistad con vn renegado viejo, el qual me acariciava como si yo fuera su hijo; llorava à solas conmigo su desventura, congojandose de el mal estado en que tenia su salvacion, sin hallar camino, ni forma de bolver a España para reconciliarse con la Iglesia. Dixomelo tantas vezes, q̃ me influyò alientos para procurar la salvacion de aquella alma, saliendo juntamente con èl del cautiverio. Tratèlo con mi hortelano, el qual me aconse-

jò, que tentasse el vado poco a poco, que le cogiesse prenda al renegado, porque este era el mejor medio para salir de la esclavitud de Tunez, porque los demàs eran largos, y con grandes embaraços, por ser aquel Reyno poco comerciado de los tratantes de España. Con esta inteligencia, la primera vez que fuy a la Goleta, procurè hazerme encontradizo con el renegado, el qual apenas me viò, quando me echò los braços, diziendome, que no sabia que hallava en mi, porque siempre que me encontrava le dezia el coraçon, que era yo el que le avia de sacar de el mal estado en que estava. Yo le respondi, que lo mismo passava por mi; pero con vna diferencia, la qual era ser èl libre, y yo esclavo, que de mi no se podia esperar tanto quanto de su libertad; pero que no obstante mi esclavitud, que mirasse en lo que le podia servir, porque valor no me faltava, aunque me avia sido contraria mi fortuna, hasta llegarme à aquel miserable estado; pero que en servicio de Dios, por el bien de su alma, perderia con gran fineza mil vezes la vida. Con esta corta oracion quedò el renegado muy alegre; bolviòme a echar los braços, avisandome, que me saliesse temprano de el lugar, porque me avia menester hablar despacio, en parte donde no fueramos notados. Despedimonos con grandes muestras de amistad, con que procurè con toda la priessa que pude, despachar lo que llevaua por mi quenta. Sali de la Goleta caminando poco à poco, aguardando al renegado, por si cumplia su palabra.

Con harta fatiga seguia mi camino con mi rocinejo, que lleuaua cargado, ya juzgando que era engaño, ya me consolava, que podia ser verdad, fue Dios servido, que entre vnos olivares cerrados, que estàn vna legua, poco mas de la Goleta, me apartò de el camino, retirandome para lo mas cerrado de el olivar, donde considerando que estava solo, sin mas auditorio que el mio; saçò de el pecho vna

mediana Cruz, a quien adorò de rodillas, confessando con lamentables vozes la Fè de Christo nuestro Redemptor, detestando la barbara secta de Mahoma, maltratando su cara con bofetadas, dandose muchos golpes en los pechos, con que dava a entender el dolor que tenia de aver dexado la Fè Santa de Christo. Mas de media hora gastò en este santo, si doloroso acto, bañando con abundancia de amargas lagrimas la tierra que hollava; pero reparando, que tambien yo arrodillado, le ayudava a llorar sus culpas, me dixo con tierno sentimiento: Llora amigo, llora, que tus lagrimas seràn ayudadas de toda la Iglesia Catolica, en el Tribunal de Dios, porque aunque pecador, eres su fiel oveja, que no has dexado la marca de su rebaño. Llora, te pido, para que oiga Dios mi infame clamor, pues medroso de penas temporales, me borrè de la lista de su vandera. Llora sintiendo mi maldad, pidele à mi Dios, y Señor, no me castigue dignamente con olvidarme, Obligale, amigo, con tu llanto, abra camino a mi valor, para que derrame mi sangre por su Fè, ya que el fino amante la derramò por mi clavado en vna Cruz. Congojado entre amargas ansias el dichoso ingrato me tenia asido, mediando entre los dos la Sagrada Cruz de Christo nuestro Redemptor; pero como el tiempo era tassado, le procurè animar, para que me dixesse, fuera del desmayo de la angustia, que pretendia de mi amistad? Respondiome, q̃ su anhelo era salir de aquel miserable estado, y q̃ a èl no le faltava mas q̃ hombres de valor, q̃ le ayudassen para salir con su intento, que no se atrevia a fiarse de los cautivos, porque no los conocia; pero q̃ en mi cara avia hallado tan particular influencia, que le obligava à fiar de mi su vida, y su alma, assegurado de mis alientos, que n se avia engañado, me pedia guardasse secreto, hasta q̃ Dios por su divina misericordia, abra camino para su salvacion; pero que me alẽtasse a seguir su determinacion, porq̃ del empeño con el

auxilio de Dios saldrian con toda felicidad con èl, porque el medio era facil. Con gran atencion estuve a todo lo que el renegado me quiso dezir, hasta que puso termino a sus palabras, con que le respondi, asseguraudole de que no se auia engañado en la elecciõ, porque a trueque de que salvasse su alma, daria mil vezes la vida, la qual avia avẽturado con todo valor en las lides de algunos años, peleando por las banderas de mi Rey, con aprobacion de Soldado, con que para emprender algo en el servicio de Dios, esperava en èl, que lo executaria con mas brios, q̃ en el servicio de mi Principe, donde avia probado bien el valor; pero que le advertia, que pensasse bien la forma de su fuga, porque la execucion, con todo empeño yo la tomava por mi quenta. Muy alegre quedò el renegado con mi respuesta; con que considerando mi resolucion, me abraçò con grã de aprieto, dando gracias a Dios, de que le avia guiado à tan seguro puerto; yo le procure afiançar mas en la Fè; pero no fue menester mucho, porque le tenia Dios tocado de manera, que cada instante repetia con amargas lagrimas, fervorosos actos de dolor de verse en aquel miserable estado; bolviome a pedir la palabra, y mano que le avia dado, asseguresela con juramento, de que satisfecho me dixo, q̃ eligiesse hasta treinta compañeros de valor, avisandole cõ tal seña, para que èl dispusiesse la forma de nuestra fuga. Con esto nos despedimos, èl para la Goleta, y yo para Tunez, de adõde sali al otro dia para mi ordinario exercicio. Erã mis jornadas a la huerta, donde comuniquè con el hortelano lo que me avia passado con Muley Amet; aprobò todo lo sucedido, alegrandose notablemente de mi fortuna; dixome, que èl no podia ser vno de los que me acompañassen, porque era tal su fortuna, que tenia a mucha dicha verse fuera de España en tan desconocido estado como en el que se hallava, que procurasse no dexar passar la ocasiõ de mi libertad, q̃ lo que podia hazer, era señalarme perso-

ſonas de quien me podia confiar, porque la experiencia que tenia dellas lo aſſeguravan; diomelos por memoria, obligandome a que al punto los buſcaſſe, diſponiendolos, para que en aviendo la ocaſion no ſe perdieſſe por tener que hazer. Deſpedime del Hortelano, bolvime a Tunez, hablè con los cautivos, que todos conformes ſe ofrecieron al empeño cõ ſecreto. Hecha eſta diligencia, entendidas las ſeñas con que nos aviamos de governar, ſe me ofreciò el ir a la Goleta, donde me encontrè con Muley Amet mi renegado, el qual me bolviò las eſpaldas, ſin permitir que me careaſſe con el; ſenti el deſvio, tanto por mi libertad, como porque preſumi que el Demonio le auia buelto a enredar, con que aquella alma ſe acabava de perder: no me atrevi a buſcarle, porque no ſe entendieſſe mi cuydado, deſpachè a lo que iba, con que me bolvi harto aſligido camino de Tunez; pero apenas auia caminado media legua, quando Muley Amet ſe me hizo encontradizo a cavallo muy galan, que ſin apearſe me dixo: perdoneme amigo de no averte hablado en la Goleta, porque ha ſido por hazer nueſtro negocio, dentro de ſeis dias te aguardo con los demas compañeros fuera de la Goleta, junto a la cala, que tu bien ſabes, que queda àzia la parte del Norte; todo lo tendrè prevenido, con que ayudandonos Dios, que aſsi lo eſpero, en èl nos verèmos entre Catolicos Chriſtianos. Con eſte breve aviſo, diò de pies al cavallo, pero luego bolviò la rienda, diziendo: Amigo, no aya falta por la Sangre que derramò Chriſto por noſotros en la Cruz; con eſto bolviò a dar de eſpuelas al cavallo, con que ſe entrò en la Goleta, yo procure apreſurar el paſſo, deſeoſo de llegar a Tunez, para prevenir a mis compañeros; lleguè alfin canſado de caminar a pie, arreando vna mala cavalgadura, pero antes de retirarme a mi baño, di buelta a otros, dõde eſtavan los que auian de emprender conmigo, y Muley Amet el hecho. Con eſto me bolvi a mi eſtancia, donde

gaſ-

gastè la noche a ratos, durmiendo, y a ratos pensando en el fin de nuestro empeño. Amaneciò Dios, con que nos levantamos al trabajo ordinario; aquel dia con los siguientes los gaste, lo que me sobrò de mi exercicio en prevenir mi conciencia, ajustando quentas con Dios en vna confessiõn, por si acaso llegava la ocasion de acabar con la vida, despedime de mi Hortelano, con hartas lagrimas de entrambos, pidiome que en viendome en tierra de Christianos le encomendasse muy de veras a Dios, y que le escriviesse donde quiera que parasse. Ajustadas todas mis prevenciones, llegò el dia que yo ya tenia dispuesto con mi Patron, de ir a la Goleta, con que en nombre de Dios sali de Tunez, entre en la Goleta, donde hize mi negocio muy despacio procurando con cautela de tenerme hasta la tarde, tiempo en que sali de la Goleta, pero a breve espacio del camino, me embosquè en lo mas oculto de vn olivar, para en anocheciendo salir en busca de Muley Amet, que tan puntual como deseoso de su bien, le hallè en el señalado lugar; recibiome entre sus braços, con amorosas caricias, pero como el tiempo era necessario lograrlo, dimos traza de buscar los demas compañeros, que algunos dispusieron con licencia de sus Patrones venir a la Goleta, donde les dixe que me aguardassen en parte retirada, para q̃ con tal seña mia acudiessen al reclamo. Otros a breve rato de la noche llegaron harto cansados, por venir por veredas extraviadas; alfin juntos todos nos acercamos a la caleta, donde nuestro Muley Amet tenia vn barco longo cõ toda prevencion, pero pequeño baxel, para assegurar nuestra fuga, todo lo qual tenia reparado Muley Amet, y assi nos dixo, que no nos afligiessemos, que nos embarcassemos, que presto hallariamos mayor baxel, que lo encomendassemos a Dios, al punto le obedecimos, y con gran silencio fuimos vogando poco a poco, hasta topar con vn Vergantin que estava surto en aquel parage, subimos a la ca-

camara de popa, donde passamos a cuchillo a tres Moros que le guardavan. Con este buen sucesso alijamos todo lo que traìa el barco de prevencion en el vergantin, con que dentro de dos horas nos vimos ya vogar, apartados de tierra en el nombre de Dios, y de la Virgen Maria. Vnos a otros nos abraçamos, prometiendo con juramento de morir en defēsa de nuestro redemptor Sebastian Perez (que este era el nombre de Muley Amet, siendo Christiano.) Con gran alegria fuimos caminando todo el resto de la noche, hasta al amanecer, que se levantò vna mareta, que nos diò harto en q̃ entender, a que se siguiò dar vista a vna galera, para cuyo reparo nos cosimos cō la tierra, procurādo seguir nuestro viage: fue Dios servido, q̃ como la mar andava tan alta no hizo caso de nosotros, tratādo solo de mirar por si; con q̃ dando muchas gracias a Dios, seguimos nuestra derrota sin embarazo, hasta doblar vn cabo. Ya nos parecia a todos, q̃ gozavamos de la amada libertad; pero nos engañamos, porq̃ la mar se embraveciò cō tanta furia, q̃ nos obligò a guarecernos de vna caleta, dōde entramos con todo cuydado; pero dando buelta a vn recodo de tierra, q̃ la caleta hazia, dimos con vna galeota de Turcos, q̃ se ampatava de la brabura de la mar en aquel recodo; hartas diligencias hizimos por virar la buelta de mar; pero no fue possible, porque estavamos tan debaxo de la galeota. mparados por vn lado de la tierra, que ni la galeota nos pudo tirar la artilleria, ni nosotros salir de aquel peligro; tāpoco nos pudieron aferrar, y assi reconociendo que eramos esclavos fugitivos, sin armas, abordaron en su esquife à nuestro vergātin veinte Turcos, juzgando, q̃ al punto nos rendiriamos; pero hallaron en nosotros tan linda resolucion con tanto valor, que bolvierō à virar muertos algunos, con otros heridos. En esta buelta de el esquife nos animamos vnos a otros a morir en defensa de nuestra libertad. Sebastian Perez nos alentava con vna Cruz en la mano, diziēdo

ma-

maravillas, pidiò a vn Religioso de San Francisco, que era vno de los compañeros, que le absolviesse, por si acaso moria en la defensa; el santo Religioso lo hizo con gran fervor, assi a èl, como a los demàs; y tras esto obrò en la defensa, tanto, y mas como los demàs, cō vn altange que avia sacado de Tunez. En estas santas, y Catolicas disposiciones estavamos todos, quando nos abordò la galeota, procurando echar toda la gente que pudo en nuestro vergantin; aqui fue donde visiblemente nos socorrio Dios, pues en treinta y dos hōbres que eramos, hallaron la resistencia de mil leones, no obstāte nos viamos ya muy acossados; pero proveyo Dios en este tiempo, que los esclavos de la galeota se levantassen apellidando libertad. Quiso retirarse el Arraez, reconociendo el valor con que era resistido, con que podia correr riesgo su vida en la solicitud de nuestra prision. La mar nos impedia la fuga; la voz de libertad de los cautivos nos incitava à nuevo empeño, eligiendo, o morir como nobles, ò vencer como bien afortunados; y assi, sin perder la ocasiō, saltamos dentro de la galeota como nobles desesperados, siendo el primero nuestro Sebastian Perez, à quien imitamos en el valor. Como el choque fue tan furioso, dierōnos lugar los Turcos para que viessemos los forçados cautivos en la camara de popa, con no mas armas que algunas piedras. O lo que la necessidad alienta! pues incitados de la comun en que estavamos, fue tal el arrojo de nuestros treinta y dos compañeros, que rompieron por enmedio de los Turcos, hasta juntarnos con los forçados cautivos, que puestos en vn cuerpo, acabamos de rendir la galeota, passando a cuchillo casi todos los Turcos. Ya que nos vimos señores del baxel, libres de nuestra esclavitud, tratamos de salir de alli; pero no fue possible por la brabura de la mar, que nos detuvo tres dias en aquel abrigo, hasta que abonançò el tiēpo, que nos diò lugar à que con prospero viage llegassemos a Mecina, puerto principal

pal de Sicilia, casi todos heridos, y algunos muertos, pero ninguno de nuestra esquadra, aunque muchos maltratados de peligro, pero en Mecina sanaron, donde los dexaremos hasta el capitulo siguiente.

CAPITVLO XXVII.

Acaba Don Aluaro de contar los sucessos de su vida.

O Lo que albrota vna dicha! lo que inquieta vna felicidad! qual se estima la possession de la libertad perdida! qual se remozan los animos con vna buena fortuna grangeada a fuerça de valor, à meritos de la bizarria! Todo este tropel de gritos nos invadiò a mis compañeros, y a mi, viendo que davamos fondo en el Puerto de Mecina, seguro amparo de nuestra libertad. Saltamos en tierra, y todos juntos en procession, en el habito que nos cogiò la fortuna; fuimos a dar gracias a Dios, y a la Virgen que nos sacaron de aquel misero cautiverio. Solo nuestro Sebastian Perez, bañado en lagrimas de sentimiento se quedò en la Goleta, diziendo, no era merecedor de entrar en el Templo de Dios, hasta reconciliarse con su esposa la Iglesia, que èl alli le daria las gracias, aunque ingrato, dignamente pribado de tanta dicha. Hecha esta devida diligencia tratamos de que cada vno tomasse su derrota, la Galeota cō su artilleria se entregò a la hazienda Real, el Vergantin con lo demas que traia la Galeota, repartimos como hermanos, porque cada vno fue vnico en la hazaña, porque todos obraron como muchos. Sebastian Perez no quiso entrar en la particion, porque traia sobrado para si, y aun para todos; la Galeota estava muy rica, porque auia apresado vna nao de Genova, que bolvia de España, con que a todos nos cupo gran parte, particularmente a mi, que fui el instrumento por donde se comunicò la libertad de tantos esclavos.

Hecha nuestra particion con mucha paz, como nos vi-

mos con libertad, y dinero que gastar; tratò cada vno de bolver a su solar conocido; Sebastian Perez, despidiendose de todos con gran cariño se fue a Roma, a reconciliarse con la Iglesia, solo yo me quedè en Mecina por muchas causas, particularmente por dos, que eran Doña Olimpa, y Laureana, desta (como ya os dixe) por buscar la persona que os declarò su fingida madre la socorria. Tãbien por saber de mas cerca de Roma, en que auia parado la desgraciada Doña Olimpa. De todo me informè facilmente, porque de Roma me avisaron, que el marido de Doña Olimpa se auia ausentado, que Doña Olimpa estava en su reclusion, aviendola mi camarada entregado todo lo que en mi casa auia dexado (que era cantidad) con que quedè algo consolado. La persona que socorria a Laureana, aunque me confessò que la embiava dinero, fue cõ tantos misterios, y con motivos tan escrupulosos, que me dieron a entender, segun el miedo del declarante, que no era hija de buenos padres; no obstante siempre quedò misterioso el sucesso. En esta averiguacion me entretuve algunos dias sin acabar de determinarme a tomar modo de vida, porque bolver a España me lo impedia el honor; à Milan la muerte del Coronel Aleman, à Flandes, era començar de nuevo, con que me fui a Palermo, Corte de aquella Isla, donde passè vnos dias, hasta que vn dia llegò a mi vn camarada, que me avisò como vn Cavallero Romano hazia grandes diligencias en busca de vn soldado de mis señas, aunque no de mi nombre, que mirasse si me importava, para andar con cuydado, agradecile el aviso, dexando para mi solo la consideracion de lo que devia temer, ò como me podia desviar del peligro que amenazava a mi vida: el tiempo no era para hazer jornada, porque era invierno, con que me determinè a ocultarme la tierra adentro, procurando dar lugar al tiempo, que es gran medico, que todo lo cura. No obstante, por no fiarme de mi parecer, comuniquè la materia con vn Maestre de Campo,

mi contemporaneo en Flandes, con quien tenia intima amistad, el qual me dixo era desacierto el ausentarme, que lo que èl hiziera fuera despojar de la vida a mi enemigo, supuesto que èl no venia a otra cosa, sino era a vengar su afrenta con mi sangre, que lo mas seguro era acabar con èl; con que assegurava mi vida, que de otro modo no la tenia segura. Como moço poco experimentado, ò por dezir mejor, como mal Christiano, me pareciò mejor camino para desahogarme de las asechanças que me amenazavan quitarle la vida a mi enemigo. Para executar mi intento, me vali de el mismo Maestre de Campo, que me diò el consejo, con que entre los dos consultamos el negocio, hasta ponerlo en terminos de execucion, quitele alfin la vida a mi contrario, cuerpo a cuerpo en campaña, sin valerme de mas que de mi espada, porque bastava el descredito que por mi vicio padecia. O infame maldad la de el vicio! que no basto quitarle la honra, sino que para guardar mi vida, fue mejor eleccion quitarsela al ofendido. Supo la justicia mi delito, hizo diligencias por prenderme. Consiguiòlo, sacandome de vna Iglesia, que vn ministro apasionado, ni à la Iglesia respera. Metieronme en vn calabozo, tratò el Fiscal de acriminar la causa. Tuvieronme encerrado algunos dias, hasta tomar mi confession, que fue confessando llanamente la muerte, obligandome a probar, que fue por defender mi vida, porque aquel Gentilhombre avia dias que me buscava para darme la muerte. Con esta declaracion me sacaron del encierro, con que tratè de defenderme. Embie à llamar a mis amigos, con que el rigor de mi prision se moderò, tomando mi causa otro color con la prueba, en q̃ fue testigo vn criado suyo, no obstante el Iuez apretava con gran empeño; valimonos de diferentes medios para moderarle; pero ninguno aprovechò, hasta que me dieron noticia, de que vna Madona viuda era su mayor valimiento, Alegreme con este

T avi-

aviso, porque aunque las mugeres son vengativas, tambiẽ son muy efectivas en las causas de piedad, disponiendo con maña todo lo que quieren, porque la buena cara trae consigo el buen despacho. Cõ esta noticia me determinè à escrivirle por mano de vn amigo mio, siendo tan bien afortunado, que con estos pocos renglones que dirè, la obliguè a todo empeño.

Vn soldado noble, y Español (mi señora) llega à vuestros pies con el mensagero de vn papel, suplicandoos, que le ampareis de vn juez, que, ò por mal informado, ò por poco versado en la escuela del amor, pretende castigar sangriento, delitos que se han executado en fauor de vna dama, para seguridad de su propria vida. El delinquente es Don Alvaro de Vargas, tan honrado, que estima mas perder la vida, que poner en contingencia la de su dueño. Este tal os elige por patrona, y pues sois noble, mirad vos si os obligan, siendo la poderosa para amparar a vn criado vuestro.

Don Alvaro de Vargas.

Leyò Madama mi papel, respondiò de palabra a mi amigo, que bastava mi apellido, siendo de Madrid, para obligarla a mayores estremos; demas, que en su pecho tenia la piedad su tribunal muy de assiento, que la dexasse obrar, para que viesse como disponia el negocio de manera, que se entendiesse en los efectos, quan executiva era su piedad en favorecer soldados forasteros en causas tan naturales como aquella era. Con esta noticia aguardè en mi prision con algun consuelo la sentencia, la qual, como mi Angel de guarda era tan efectivo, me sacò de la carcel con vn destierro, con que sali enfiado, dandome tres meses de termino para aguardar tiempo para embarcarme.

Como me vi fuera de la prision, al punto fui a dar gracias a Dios a su Templo; pero aunque le damos gra-

cias de las mercedes que nos haze, nunca acabamos de enmendarnos de ofenderle. Cũplida esta primera obligacion, fui a darla gracias a Madama Hipolita (que este era su nombre) echème a sus pies, cumpliendo con el rendimiento de obligado, reconocido de el amparo que en mi causa tuve en la piedad noble de su pecho; ofrecime todo a su servicio; hize todo lo que me tocava como noble agradecido, de que Madama Hipolita se diò por satisfecha. Pero apenas la mirè con toda atencion de agrado, como a mi vnica protectora, quãdo con alegre assombro se me figurò a mi Laureana, porque aunque era ya muger de cerca de quarenta años; estava tan entera, que no parecia madre, sino hija. Notable desassossiego me causò la vista de Madama Hipolita, porque se me renovaron las especies de mi esposa Laureana, imaginando gozava con gran viveza la copia de de su original, q̃ tenia gravado en el alma. O que tarde olvida el que ama! ò que facilmẽte se turba el q̃ quiere! Bien conociò Madama Hipolita mi turbacion; pero no pudo dar alcance a la causa de mi desassossiego. Hizome tomar silla; pero antes que me diesse a entender la estimacion que hazia de mi reconocido rendimiento, me dixo le jurasse como Cavallero, de dezirla la verdad en lo que me pregũtasse. Suspenso de su prevencion, la respondi, q̃ era escusado el juramento, quãdo mi obligaciõ me rendia à obedecerla; pero porque no pensasse q̃ lo repugnava, lo hazia sobre la Cruz de mi espada. Satisfecha de mi empeño, prosiguiò Madama Hipolita, diziendo: En vn papel q̃ me embiastis para q̃ os amparasse en vuestro pleyto, es vuestra firma D. Alvaro de Vargas; pero en el crimen de q̃ os acusavan; sois Don Basilio de Monroy; dezidme, por vuestra vida, y por el juramento que aueis hecho, qual de los dos es supuesto, y qual el verdadero? No me pareciò a mi q̃ era mas q̃ curiosidad cortesana la pregunta de Madama, con que la respondi: Que el verdadero nombre mio era D. Alvaro de

Vargas, q̃ vn gran trabajo que me avia sucedido en España, me avia obligado a mudar el nombre con el apellido, q̃ todo fue originado de vna dama, à quien queria mas q̃ à mi vida, sin q̃ mis contrarias fortunas, pudiessen borrar de la tabla de mi coraçon su estãpa, que me hiziesse merced de no renobarme la llaga, porq̃ era en mi afecto tan sensible, q̃ me saldria deshecho en lagrimas el coraçõ a los ojos. No bastò esta suplica de mi dolor para q̃ Madama Hipolita dexasse de proseguir, dando alcance a su pretension. Preguntòme si era de Madrid, como se llamavan mis padres, q̃ hazienda era la suya, y al fin fue tãto su empeño, q̃ me obligò a q̃ la hiziesse relacion de todo el sucesso de mi esposa Laureana. Apenas entendiò Madama Hipolita toda mi fortuna, quando soltò las ligaduras de la modestia, recogiendome entre sus braços, juntando su cara con la mia, apellidandome hijo con gran ternura. Quedè tan fuera de mi con el impensado sucesso, que no sabia que dezirme; solo tuve aliento para preguñtarla la causa de su arrojo. A q̃ me respondiò, toda bañada en lagrimas: Yo soy hijo mio, la triste madre de la desgraciada Laureana, yo la que la he perdido, quando tu la dexas perecer a manos del rigor de la fortuna. Yo soy Hipolita de Lipari, noble con ricos bienes en este Reyno; pero tan infeliz, que aviendome dado Dios vna hija de legitimo matrimonio, heredera de mi casa, no tengo noticia della, porque deve de andar huyendo de tu crueldad. No te culpo de ingrato, hijo, porque advirtiendo tu nobleza, bastante causa has tenido para olvidalla. Culpote de poco amante pundonoroso, pues no has hecho la averiguacion que devias para saber que era mi hija. Y porque no ignores la verdad, sabete, que à mi me casarõ contra mi gusto con igual mio deste Reyno, adõde me traxerõ niña desde Cerdeña, de adonde eran mis padres. Fue Dios servido de llevarse para si à mi esposo, a pocos meses del matrimonio, dexandome niña viuda, con romala cara. En este tiempo vino

de:

de España à Palermo vn Cavallero de lo noble de España, aunque pobre, pero galã, brioso, si de gallardas prendas; vimonos vn dia para congoja suya, si por furtuna mia, pues èl viue desterrado sin alivio, quando yo le gozo enamorada, quando me lo permite la ocasion. Facilmente nos cõnformamos los dos, porque confrõtavan las Estrellas. Dispusimos que el Virrey le hablasse a mi padre, para que se ajustassen nuestras bodas; pero como mi fortuna es tan adversa a mi gusto, todo lo desbaratò mi padre, retirandome de la comunicacion de las gentes; pero en vano fue el cuydado de mi padre, porque con la violencia paternal creciò a mayor voracidad la llamã de mi amor. Permiti, y aun dispuse con traza, q̃ entrasse en mi retiro mi galàn, donde con mano, y palabra de esposo me gozò. Pero como las prisiones son insufribles para los buelos del amor, tratè de hazer fuga de mi casa, para gozar en cõpañia de mi esposo el sossiego del Sacramento del Matrimonio; pero fui tan desgraciada, que me diò alcance mi padre. Retiròme a vn castillo, querellòse de mi esposo, à quien el Virrey, sabiendo la verdad, desterrò de Palermo por sossegar a mi padre, con quien dispuso, q̃ me diesse casa a parte, que èl empeñava su palabra, de que yo estaria a su obediencia en todo lo que no fuesse casarme con otro. Con este ajuste se sossegò mi padre; pero yo viuia çoçobrada, reconociendo q̃ estava preñada de la desgraciada Laureana, conque procurè ocultar mi preñado de mi padre. Valime en el parto de aquella mala hẽbra, que se dezia en España su madre. Ocultèla de mi padre, el qual procurava dar alcance à mi hija, para quitarla la vida; al fin, como aquella infame muger tratava de irse a España, porque la justicia la buscava, por causa de vnos hechizos que la acomulava, de que yo no tuve noticia, como moça sin experiencia, afligida con las amenazas de mi padre, no sabia que hazerme; al fin la mala muger sin licencia mia, la llevo consigo a España, de adonde me avisò

de sustancia, de que en algũ modo me holguè, porque estava segura mi hija Laureana de las asechanças de mi padre; porque allà la sucediò lo que vos me aveis contado. Esta es mi lastimosa tragedia; hijo D. Alvaro, ya no tendreis disculpa en huir de mi Laureana, pues es inocente, hermosa, y tan buena como vos; què me respondeis, hijo? en què dudais? Tan enagenado estava de puro gozo, que no cabia en mi, pues aunque me hablava Madama Hipolita, a que devia responder, no sabia como, porque la tropelia de el hallazgo de mi buena fortuna me embarazava la lengua, hasta que ò avergonçado de mi natural engaño, ò confuso de mi trabajosa incredulidad, me echè a sus pies, pidiendola perdon en nombre de Laureana, jurando de buscarla, hasta que cõcediendome la fortuna el dichoso encuentro la bolviesse a su casa; pero yo (Carlos) soy tan desgraciado, q̃ aviendo dado buelta à toda España, cõ gran parte de Italia, me la oculta el Cielo para mi torměto. Como Carlos viò el sentimiento tan justo de D. Alvaro, no le quiso dilatar mas las ciertas noticias que tenia de Laureana, y assi le dixo: Proseguid, amigo D. Alvaro, no os quexeis tanto de vuestra fortuna, pues os puedo comunicar verdaderas noticias de vuestra esposa; yo sè donde està Laureana, aunque ha algunos años que no la veo; pero no ha veinte dias, q̃ tuve carta suya, y en mi ropa pienso que tengo algunas suyas. Con esta alegre nueva quiso D. Alvaro cortar el hilo a su narracion; pero no se lo permitiò Carlos, aunque hazia tales locuras de alegria, q̃ movia a lastima el ver, que podia tanto vn gusto, como vna pena.

Ya que se huvo sossegado Don Alvaro, por sazonar a Carlos, prosiguiò, diziendo: Que continuava la casa de Doña Hipolita, donde el Iuez, q̃ era hermano de su esposo, que tan criminal se le avia mostrado en su causa, vino a darse por amigo, que sabido el parentesco, se alegrò infinito. Dentro de pocos dias fuimos Madama Hipolita, y yo al lugar, donde Don Gregorio,

pa-

padre de Laureana, estava retirado, que sabiendo quien yo era, llorò de gozo conmigo; solo vn dia de estancia nos permitiò el tiempo, porque no entendiesse el padre de Madama Hipolita su jornada, porque èl estava creyendo, q̃ Don Gregorio avia buelto a España, dexando a su hija viuda hasta la muerte, que se la deseava, para que entrassen a heredarle vnos sobrinos suyos, hijos de su hermano. Algunos meses me detuvieron en Palermo, aunque yo anhelava por buscar a mi esposa; pero como Don Gregorio hazia las diligencias en Italia, no permitiò que me ausentasse, hasta que tuvo ciertas noticias, de que mi esposa avia buelto a España. Con esta ocasion me dieron licencia para embarcarme, como lo hize, dandome Dios buen viage para llegar a Barcelona, donde busque a Laureana, penetrando todos los Puertos, Ciudades, Lugares, desde Cataluña, Aragon, Valencia, hasta Cadiz; solo Bizcaya, y Navarra, que son de poco, ò ningun comercio, con Italia me falta por averiguar. Tres años ha que assisto a esta pretension. Quando passè por Madrid, sin darme a conocer a mis parientes, saquè por el Consejo de Guerra, por via de entrenimiẽto, el sueldo q̃ gozava en Lisboa, de adonde penetrè todos los Puertos, y Ciudades q̃ tiene Portugal, y Galicia. Quando os encõtrè en Badajoz, fue porque avisaron, que avia llegado alli vna forastera de las señas de que yo avia avisado a mis correspondientes; pero no era ella. En Lisboa me he estado, juzgãdo siempre la he de hallar en estos puertos, porque en Castilla (segun su miedo) no se assegura. En Cataluña, Aragon, Valencia, y Andalucia tengo yo personas, que si allà huviera llegado, y a tuvieran rastro della, cõ que no me han avisado nada. En este estado he tenido mi pretẽsiõ, rogãdo a Dios me descubriesse dõde estava mi esposa, hasta que la noche q̃ os fui a buscar para que me ocultassedes de la justicia, lleguè a vna casa de conversacion, donde se jugavan trucos, cõ otros juegos,

sobre vna mano se tomaron votos, sentenciè lo que entendia, enfadose el perdidoso, procurè moderarlo, arrojòme vn mentis, a que correspondi dandole vna bofetada. Retiròse mi contrario a la sala de los trucos, de adonde sacò vn taco, con que me aguardò al salir, executãdo en mi vn golpe con el taco, a tiempo q̃ saquè la espada, con la qual, antes q̃ acabasse de afrentarme, satisfice al duelo con la sangre de su vida. Retirème con todo cuydado, busqueos en vuestra quinta, llegando a tan buen tiempo, que encontrè con vuestro amparo, para que cõ toda seguridad me retirasse del Reyno de Portugal al fertil de Andaluzia, donde a trueque de lo lastimoso de mi fatal fortuna, me aveis comunicado las noticias que teneis de mi Laureana. Donde està, amigo Carlos? donde teneis sus cartas? que cada letra serà para mi alegre estrella de mi dichoso hallazgo. Hablad, de que os reis? Respondiò Carlos: De que ando mirando los bolsillos, donde no hallo siquiera vna letra con que os consoleis, siendo assi, que siempre traigo cartas suyas conmigo; pero aguardad, que oy he embuelto vnas cintas en vn papel, q̃ entiendo q̃ era vna carta suya; escudriñò los bolsillos, donde hallò la carta en q̃ avia embuelto las cintas, la qual reconociò Don Alvaro, atendiendo a que la firma dezia: *Seruidora vuestra la desdichada Laureana.* Y como es verdad (dixo Don Alvaro) que eres desgraciada, pues siendo tu esposo, que te ama con todo estremo, te arrastra la fortuna por todo el Orbe, sin aver podido darte alcance tu esposo para obviar tu fatiga. Fue tan grãde el ahogo de D. Alvaro, apretado su coraçon de dos contrarios, como es la pena con alegria, q̃ le desfogò en lagrimas, sin poder contener el llanto, porq̃ el amor, aũque niño, suele hazer llorar à Marte. Lastimado Carlos del excesso de su amigo D. Alvaro, le procurò alẽtar à mayor consuelo, procurando acabasse de leer la carta, en q̃ le encomendava, q̃ hiziesse diligencia por saber de D. Alvaro, jũta-

tamēte de sus padres, q̄ entendia viuirian en Cerdeña, de q̄ no tenia mas noticia q̄ la confusa, q̄ la auia dexado su desgracia; pero que esperava en Dios, que avia de premiar su trabajosa inocencia; dandola conocimiento de sus padres, con cōformidad de su esposo. Esto repetia muchas vezes, cō q̄ D. Alvaro se enternecia mas Bien quisiera D. Alvaro apartarse del camino para ir à Pāplona; pero Carlos le diò tales razones, q̄ le cōvēciò à aguardar la respuesta de D. Iuan, el Castellano del Castillo, en cuya casa estava aun Laureana, q̄ su prudente virtud se hazia lugar con todos. Llegaron al fin à Sevilla, escrivieron à D. Iuan el Castellano, advirtiendole lo que passava, para que provinieſſe a Laureana de modo que no la cogieſſe de susto el hallazgo de padres, y esposo, porque suele matar tanto vn gusto, como vna pena. Escriviòla D. Alvaro con gran cariño, asegurandola de toda su fortuna. Carlos la dezia, q̄ dieſſe gracias a Dios, de q̄ ya amanecia el dia de su felicidad. Con esto cerraron el pliego, bien contra voluntad de D. Alvaro, porque quisiera ser el mensagero; pero como se avia rēdido à Carlos, seguia al norte de su dictamen.

Desocupados quedaron los dos amigos, para tratar de ver Sevilla, como lo hizieron, admirandose a cada passo de las grandezas q̄ la ilustravan. En esta ocupacion se entretenian Carlos con D. Alvaro, quādo llegò à Sevilla D. Maria acōpañada de dos Gentiles hombres, en vna litera, que por orden de su galàn Lusitano la comboyaron hasta ponerla en casa de sus padres, donde se apeò muy alhajada de galas, de joyas, con muy buē golpe de dinero. Al pūto despidiò el carruage, con q̄ tratò de buscar a su galan Carlos, el qual por no dar nota cō su cuidado, se avia abstenido de preguntar en la casa de D. Maria si avia venido, contentandose cō rondar su calle tarde, y mañana, con que alimentava la necessidad de su anhelo. Pocos fueron los dias q̄ le molestò su esperança, aunq̄ fuerō tardos, porque à dos dias de su llegada alcançò D. Maria

à ver

a ver à Carlos, que passava por su calle, al pũto le cezeò, à cuyo reclamo no huvò ave mas presta que Carlos, adivinando el hallazgo de su dama. Facil fue en Carlos conseguir su apetito, porque donde ay voluntad sin freno de la virtud, no ay lance que no llegue al paradero del vicio, sino que entre Dios à mediar. En esta ocasion permitiò Dios su ofensa, con alegre paz de los dos amantes, pudiendo turbarla cõ riguroso castigo merecido; pero q̃ dello nos consiente Dios! que mucho que nos sufre! que poco que nos enmendamos!

Dispusieron los dos amantes la seguridad de sus gustos, sin el embarazo de sus padres de Doña Maria. Alquilò Carlos vna casa a la buelta de su casa, en que puso vna muger confidente de su dama, con q̃ asegurò los temores de Doña Maria, q̃ tenia de sus padres, porque aunque era viciosa, cuidava del respeto que debia. Seis meses fueron los que se detuvo Carlos en Sevilla, hasta que su tio le mandò cõboyasse hasta Madrid a vna hermana suya viuda, con su casa, persona de edad mayor. Era tan grande el lazo de la voluntad que avia entre Carlos, y Doña Maria, que le respondiò Carlos a su tio, que no podia, por hallarse enfermo, sin salud para el viage; no obstante apretò de manera su tio, q̃ la misma D. Maria le obligò a que cũpliesse con lo que le mandava, con palabra de bolver à la cadena de sus braços. Harto contra su voluntad obedeciò Carlos; pero como el amor se precia de obediente; rindiò Carlos su gusto al mandato de su dama. Mientras estuvieron Carlos, y Don Alvaro en Sevilla, se avisò a Palermo a Madama Hipolita del hallazgo de Laureana, suplicandola remitiesse informacion de la legitimidad de su hija. Llegò a tiempo el aviso, en que era ya muerto el padre de Madama Hipolita, de que resultò, que Don Gregorio gozasse en pacifica possession de su esposa. Con que visto el aviso, se puso Don Gregorio en camino para España, aportando a Sevilla seis dias, antes que Carlos, y Don Al-

va-

varo hiziessen su jornada a Madrid, à quien encontrò muy acaso, porq como le soplava ya la fortuna, todos los acasos eran felicidad; al punto conociò Don Alvaro a Don Gregorio, con que todos juntos dieron gracias a Dios de tanto bien. Por cartas de la estafeta antecedente sabia Carlos como Laureana caminava ya desde Pamplona a Madrid, en compañia de D. Iuan el Castellano, con que todos alargavan las esperanças de llegar presto, para solemnizar cõ alegria el hallazgo dichoso de Laureana, que la hallaremos yà en Madrid en el capitulo siguiente.

CAPITVLO XXVIII.

Descriuese el alegre viage que tuuieron hasta llegar à Madrid.

AVnque el caminar siempre cansa; no obstante, quãdo los que caminan son gente moça, divierten el trabajo, de manera, que olvidan el afan con los chistes, con que lo passan. Assi les sucediò a nuestros caminantes, pretendientes del lugar a la Villa de Madrid, Corte del Rey de España, madre de forasteros, deposito de fecundas letras, erario de ingenios, casa de valientes, cuna de hermosuras, jardin de galas, pompa del poder. Caminavan, digo otra vez, entreteniendo el camino con juegos, con chistes, con chanças, con sazones de ingenio por divertirse, para llegar al deseado parage de la Corte. Solo Carlos, como dexava el gusto asido a la presuncion de su dama Doña Maria, que quedava en Sevilla, todo lo convertia en penas, porque alexarse del bien, cada passo que se dà, es vn tormento. El buen humor de Andres su criado (que no se le auia olvidado) no era bastante para divertir a Carlos de su pena, de que se amoinava Andres, siendo assi, que se esmerava en las burlas que continuamente hazia, por solo alegrar a su amo; pero como los males del alma no se curan cõ medicinas humanas, frustrauanse sus agencias para el consuelo de Carlos.

Era todo su pleyto de Andres,

rès, con Alonso criado de Don Alvaro, porque sabiendo la burla que sus señores trataron en Yelves de hazerle, la callò, sin avisarle el daño que le amenazava; por cuya causa siempre tratava de desquitarse. Tambien era el pleyto con vn criado de Don Gregorio Siciliano bozal, que apenas sabia palabra de la lengua Española, muy preciado de valiente, procurando con visages explicar su valentia; pero como Andrès era burlon, reconociendo que la valentia del Siciliano consistia en el gesto de su cara, ò de sus ojos, à cada passo le desafiava, à q̃ respondia el Siciliano, que la Descomunica no le permitia salir à campaña, con que Andrès con los demas le davan vaya, de que el pobre Siciliano desatinava. No sè quien le dixo à Andres, que el Apostol San Pablo en sus Epistolas dezia, que todos los Isleños era gente perversa; pero que los Sicilianos eran peor que todos, con esto le apretava Andrès, diziendole: amigo Niceforo, esto no lo puedes negar, porque es de fee, pues te quemaràn por no puto, si lo negares. Con esta frialdad de Andres bramava el Siciliano, jurando de vengarse de todos los que le davan en que entẽder. Alonso, el criado de Don Alvaro, era marrajo, à todos ayudava, que visto de Andrès le dezia: calla moscon, que tu me lo pagaràs, à que respondia Alonso, callemos todos, porque sacarè el testamento hecho al pie de la horca en Aldea Gallega, à que respondia Andrès, algun dia quedaremos iguales, yo te prometo que no me la vayas à pagar al otro mundo, porque antes hemos de ajustar partidas. Con estas chistosas locuras procuravan divertir el trabajo del camino.

Llegaron al lugar de la conquista de noche, algo tarde, à que se le juntò el trabajo, de que apenas avia posada, porque se juntaron tropas de Castilla, que juntas con las de Andaluzia, dificultavan la comodidad del hospedage; no obstante huvo en vn meson camas para los señores, acomodandose los criados con las ordinarias de los arrieros. Era

An-

Andrès muy acomodado, con que tratò de mejorar de cama, procurando que la huespeda le acomodasse; tanto la instò, q̃ le diò sabanas con vna almohada, aconsejandole, que recabasse con la criada de el meson, que le diesse su cama, pagandosela. Assi lo hizo Andrès dandola vn real de a dos de plata a la moçuela, que estava segura, de q̃ para su sueño no podia aver mala cama, a demas, que el acomodarse cõ algun passagero era facil. Esta diligẽcia se concluyò à las onze de la noche, hora en q̃ ya todos descansavan. Cogiò Andrès sus sabanas cõ su almohada, mullò su cama, apretòse vn pañuelo por la frente, cõ que tratò de descansar del trabajo del camino, quedòse dormido, que nõ deviera, pues à pocas horas de su sueño fue en la que se levantaron los arrieros a dar cebada a su ganado. El vno dellos bolviendose ya a sus jalmas, passò por el aposento donde dormia Andrès, que era el de la moça de el meson. Antojòsele arrimarse a la puerta, que la hallò entreabierta, juzgando ser descuido de la sirviente; pero como era de noche, y Andres mal barbado, con vn lienço por la frente, se le figurò al arriero Tarquino, que era la dama mesonera, embriagada entre la dilicia del sueño; con que sin mas reparo se arrojò lascivo sobre Andrès, el qual medio dispierto de el letargo del sueño, reconociò que à gran furia le besavan vnos bigotes de Chinchon, ò Colmenar de Oreja, lugares de el Reyno de Toledo, donde son mas esparto que bigotes los que habitan todo aquel terruño; pero en la pesquisa repetida se desengañò el Tarquino arrieril, reconociendo, que avia errado el golpe, con que sin aguardar a mayores desengaños, assi como le cogiò la mala tentacion, tratò del arrepentimiento, transponiendose cõ gran priessa en su rancho, donde cubierto con su manta hizo el dissimulo que dormia. No le sucediò assi à Andres, pues apenas sintiò la paz horrible, quando a grandes vozes alborotò todo el meson, llamandole à

Niceforo, diziendo, que era vn infame Sodomita, que le avia querido forçar entre sueños. Tomò la espada buscando à Niceforo, jurando que le avia de matar. Fue Dios servido, que aquella noche durmiò Niceforo a los pies de la cama de su amo. Las vozes de Andrès fueron de manera, que todos los que avia en el meson à aquella hora dispertaron. Como el corage de Andrès se adelantava en vozes, fue fuerça, que el mesonero, que era quadrillero, saliesse cargado de la vara, con su espada, acompañando à Andrès para prender à Niceforo, que dormia a sueño suelto en el aposento de sus amos, donde llegò el alboroto, que a todos los obligò a tomar las armas, procurando saberla causa de tan ruidoso tumulto; acompañavalos Niceforo, à quiē Andres, ciego de colera, le tirò vna estocada, rebatieronsela, obligandole a que se retirasse, hasta que se supiesse la causa del empeño. Contò Andrès el caso, enfadose Carlos, dixole que era vn ruin hombre, porque Niceforo no avia salido de su aposento. Disculpavase Andrès con la verdad, de que vn hombre le avia dado vn beso. El huesped como era quadrillero, queria prender a Niceforo, con que todo era vna mala confusion. A este tiempo saliò la huespeda de su aposento, procurò informarse de todo, y como sabidora de lo antecedentes, dixo con gran flema: En verdad que pensè, que era otra cosa; todos dizen verdad, pero no se ajustan à entenderla; no saben, q̄ aquel aposento es de mi criada, pues que quieren? El señor Andrès se acostò en su cama a deshoras, sin que nadie lo viesse, ella anda algo verrionda, pensò alguno cogerla dormida, hallò la puerta entreabierta; entròse, que non deviera, y con la tiniebla de la noche, todo los gatos son pardos; pensò q̄ hallava a mi criada, y besò al señor Andrès. Esta es la verdad, que no ay otra. Con la solucion de la huespeda quedò Andrès cortado, los demas aplaudierō a la huespeda, dādo vaya a Andrès, que respondia, ni de burlas, señores mios, en essas materias, porque los As-

turianos, todas las cofas hazemos cara a cara con las que no tienen vigotes; foffegaronfe todos, tratando de veftirfe para almorçar, continuando fu viage.

Avergonçado cazurro iba Andres, baftante caufa para que todos le dieffen cordelejo; pero èl fe defendia, con que los Afturianos eran muy efcrupulofos en femejantes materias. Defde el lugar de la conquifta falieron las tropas juntas, por affegurarfe de ladrones. Andrès hizo fu rancho con vnos eftudiantes que iban a Salamanca, que como eran moços burlones, facilmente los perfuadiò a fu pretenfion. Era por Octubre, pero fue tãto el calor de aquellos dias, que los obligò a caminar de noche, con que todo el dia fe eftuvieron en Almodovar del Campo. Toda la fiefta gaftò Andrès con los eftudiantes en prevenir el modo que fe auia de tener para vengarfe de Alõfo, el criado de Don Alvaro, difpufieronlo tan bien, que affi como lo penfaron fucediò ello. Solia Alonfo adelantarfe vna hora delante de la tropa a prevenir la pofada: llegaron a Caracuel a las onze, donde no parecieron los eftudiantes; porque fe adelantaron de manera, que cafi a la mifma hora llegaron a cenar en Ciudad Real. La tropa de Carlos cenò en Caracuel, montaron todos, llegaron a Ciudad Real, donde quifieron refrefcar, y aunque era tarde lo configuieron, deteniendofe vn rato. Como Andrès viò la ocafion que fe detenian, apartofe de la tropa, y a rienda fuelta hizo fu camino a Peralvillo, que aunque es vna legua larga, como es buen camino, prefto fe pufo en lo alto del lugar, donde fe caftigan delinquentes: aguardando eftavan los eftudiantes la ocafion, y como atendieron a que venia Andrès con mucha prifa, juzgaron fer Alonfo; pero reconociendofe, retirò Andrès fu mula, foltò la capa, calò el rebozo de la montera, con que aguardò la ocafion que defeava para vengarfe de Alonfo, que a poco rato reconocieron que venia procurando trafponer el camino que ay de alli a Malagon; pero al emparejar con Andrès, y fus ami-

gos

gos los estudiantes simulados salteadores, le detuvieron la mula, obligandole a que se apeasse, ataronle las manos atras, desnudaronle a toda prisa, hasta la camisa, previniendole que se encomendasse a Dios, porque alli auia de morir atado a vn palo, de aquellos que sobravan en ansencia de los infames cuerpos que los ocuparon. Començò Alonso a hazer plegarias, pero nada le bastò para dexar de subirle en vn instante como pudieron a vn palo, donde le ataron de pies, y manos, dandole a entender le davan media hora de vida para encomendarse a Dios: con esto le dexaron entre dos asaetados, que parecia vno peor que ellos; los estudiantes se llevaron la mula cō los vestidos de Alonso, siguiēdo su camino hasta Malagon. Andrès bolviò la rienda, procurando apartarse de aquel lugar, para aguardar toda la tropa que venia caminando. El dia se acercaba quando el pobre Siciliano que venia medio dormido, hazia la guia a lo largo a los demas, al empare jar con los asaeteados, aunque Alonso estava casi muerto, que apenas podia hablar no obstante como reconoci[...] que se le acercaba el socorro sacò fuerças de flaqueza, pidiendo en mal articuladas vo[...] vozes favor; la mula del Siciliano, reconociendo el assombro del infame suplicio, cej[...] pavorosa, con cuyos temblores acabò de despertar Niceforo, el qual assombrado de la[...] vozes de Alonso, pareciendole que era vno de los asaeteados que hablava, se desmayò, dando lugar a la espavorid[...] bestia, à que viendose sin govierno le sacudiesse de si, tirandole dos cozes, con qu[...] dexò al pobre Siciliano ma[...] muerto que viuo en la campaña. Bien entendio Andrès qu[...] venia cerca lo que le auia su[...]cedido a Niceforo; pero ibas[...] deteniendo, porque llegasse[...] otros primero, lo qual en breve sucediò, porque advirtiendo en el impensado arrojo de[...] Siciliano, procuraron todo[...] llegar presto al socorro, per[...] cada vno como oìa que hablava el asaetado, apartava la mula, procurando retirarse de[...] assombro; algunos passaron as[...]

si, sin atreverse a socorrer al que pedia favor, hasta que llegò toda la tropa, que aunque les causò pavor, no obstante se apearon, procurando saber la causa, donde todos peligravan en la borrasca del horror, porque aunque Alonso clamava doliente, nadie le conocia, hasta que Don Alvaro reparò que era su criado, con que tratò de baxarle, aun que Andrès, ni en este lance se la quiso perdonar, pues le dixo: Ha señor Alonso, qual avrà sido mejor, verse aqui en Peralvillo colgado de veras entre dos asaeteados, ò amenazado de burlas con la horca en Aldeagallega? Baxe vuessa merced, señor moscon, sepa que todo se paga; mire el valiente de Niceforo tambien como le và, consuelense el vno con el otro. Toda la tropa estava ocupada, los vnos se apartaron a socorrer al pobre Siciliano, los otros à desatar a Alōso, q̃ estava mas muerto q̃ vivo. Sētaronle junto a la Hermita, dierōle vnos bizcochos con vn poco de vino, cō que se alentò para quexarse de Andrès, afirmando, q̃ èl tenia la culpa de aquel fracaso, q̃ jurava à tal, y a qual, que le avia de matar. Respondiò Andrès: Amigo mio, yo no lo he hecho, pero me holgara de averlo executado. Biē conociò D. Alvaro la burla; pero procurò barajarla, metiendolo todo a barato, porque no era possible que fuesse Andrès el autor, porque avia venido toda la jornada en su compañia; pero que quando fuesse assi, biē sabia Alonso q̃ se la devia. Assi es verdad, señor (respondiò Alōso) pero no pēse yo q̃ en Peralvillo se pagavan las deudas cō burlas tā pesadas; pero voto al q̃ vēdiò a Christo, q̃ me huelgo, por solo aver visto boltear al valiēte Niceforo, q̃ nos anda quebrādo la cabeça, con q̃ *toti Chichiliani como qualq' leoni*, y se desmaya de ver a vn pobre hōbre atado a vn palo. Valgale el diablo, q̃ si èl fuera hōbre me desatara, cō q̃ no huviera tāta publicidad en la burla q̃ me hā hecho, pues ademàs de los sustos q̃ he llevado, me obligā à ir en el puro cordovā al lugar.

Fue tanta la risa que les diò a todos del desahogo de Alonso, al passo de la graciosidad de la burla, que no sabian que hazerse; solo Niceforo callava, que los porrazos de la mula, cō el assombro del asaeteado q̄ hablava, le hizieron callar. Como se detuvieron algũ tiempo en este sucesso, saliò el Sol, con que se dieron prissa a caminar. Acomodaron à Alonso en la mula de Andrès; que a ratos en la mula de el moço de mulas, llegò a Malagon muy contento de averse vēgado de los dos camaradas. Los estudiantes, executores de la pesada burla, aguardarō la tropa a la puerta del lugar, donde avia cerca vna escuela de niños, a quien azuçarō para que quando entrasse Alonso le diesse vaya. Fue de los primeros, q̄ llegaron Alonso, a quien como los muchachos estavan de aviso, assi como le columbraron, le dierō gritos, diziendo: Donde llevan el penitente, hanle açotado en Peralvillo? ò le llevan a curar por aver sido la disciplina de mucha sangre? Eran tan grandes los gritos con el tropel de los muchachos, que le obligaron à Don Alvaro a açotar la mula de Alonso, para que llegasse presto à la posada, donde se juntò todo el lugar à ver el hōbre desnudo. Apeòse Alonso para entrarse en vn aposento, del qual no saliò hasta que à la tarde montò a cavallo para ir a Toledo. Mientras Alōso estuvo retirado, Andrès le cocava a la puerta, diziendole: Que ay moscon, assi paga quien deve. Solo el Siciliano no acabava de digerir la burla, porque le parecia que avia perdido el credito de valiente, aunque su amo Don Gregorio le procurava alentar, no fue possible entrarle en calor. Los estudiantes, mientras la fiesta de aquel dia, compusieron vna xacara, para que Andrès la tomasse de memoria, para que se la cantasse à Alonso, lo qual hizo èl de muy buena gana, cō que al otro dia se la cantò en Orgaz, mientras se detuvieron en aquel lugar, la qual dezia assi:

Brabeaua el buen Alonso
puesto al ayre en Peraluillo,
q̄ el ayrarse es de muy muerto,
si el ayrarse es de muy viuo.

Li-

Ligado con dos cordeles
le dexaron sus amigos,
porque no afloxe la piel,
ò porque estire el pellico.
Bãboleãdo entre dos brauos
le arbolaron Dominguillo,
porque no piquen las aues
à aquellos maduros higos.
Vacallao puesto à secar,
al humero los tozinos,
zaque con mosto sin agua
parece al ayre Alonsillo.
Sin antiparas tremola
el cordouan vellocino,
que con ser su piel humana,
es su cordouan de vino.
Cantimplora de la Mãcha
le hizo el Alua parecido,
que el cefiro le menea,
la Aurora le influye el frio.
Riose el Alua de ver
tan liado à su enemigo,
que à lo menos desta vez
no se irà por pies al rio.
Muchos piensan q̃ es de burlas,
mas èl que es de veras dixo,
que lo que es de risa en vnos,
es de pesar al mendigo.
Turbose vn Siciliano,
siendo deste horror testigo,
de ver que hablava tan claro,
quiẽ tan puro encierra el vino
Desmayòse el valenton,
soltò la rienda, y estriuo,
con que sacudiò la mula
de vn corcobo al bridon frigio.
Todo este caso miraua
aquel burlon Andresillo,
Montañès por lo doblado,
por el coleto sencillo.
Mas como viò su vengança
executada, en vn grito
cantò con tono burlesco,
bien lo paga quien tal hizo.

Con estos chistes, ò otros semejantes se llegò el plaço de acabar con el trabajoso camino, aportando al deseado fin, termino de las esperanças de vnos, si principio de azarosos empeños para otros, porque el dia del triũfo del bien afortunado, suele ser el tragico de el infeliz. Aguardavalos el tio de Carlos, acompañado de D. Iuan, el Castellano de Pãplona, q̃ avia quatro dias q̃ avia llegado à Madrid, trayendo consigo à Laureana, como se lo avia escrito à Carlos, el qual como se apeò, tomò de las manos a D. Gregorio, y D. Alvaro, con quienes se encaminò àzia D. Iuan, advirtiendoles, q̃ aquel Cavallero era el depositario de la joya q̃ buscavã. El señor D. Iuan (dixo Carlos) es en cuya casa ha es-

tado hasta aora, desde q sali de Pamplona Laureana, no ay sino estimar el hallazgo con la buena fortuna de tenerle por amigo biẽhechor; satisfaciẽdo en amistad de buena correspõdencia, obligaciones a tan gran Cavallero. Don Gregorio con Don Alvaro, advertidos de Carlos, procuraron echarse a sus pies. Don Iuan los recibiò en sus braços, procurando retornar en afectos cortesanos, nobles atenciones de pechos agradecidos. Igualmente se gozaron todos del hallazgo, como si fuera propia hija, porq como dezia D. Iuã, q era tã cortesana, tan prudente Laureana, q a su muger, y hijas dexava tan sentidas de su ausencia, como si fuera hija, ò hermana suya; pero q todo lo llevavã con alegre gozo, por ver premiada su valerosa constancia, con el deseado fin de sus trabajos. No quisieran D. Alvaro, y D. Gregorio se alargasse tanto en la conversacion, negãdoles, miẽtras durava, al vno su hija, y al otro su esposa. Reparòlo Carlos, con que le dixo a D. Iuan: Donde està, señor, Laureana? no nos escassee V. Señoria este biẽ, dexenosla ver, pues ha tantos años que su padre, y su esposo carecẽ de su vista? Aora vendrà, respondiò D. Iuan, que ya ha ido el Gentilhombre con el coche a avisarla para que venga. En esto que oyeron rodar el coche, que parava à la puerta. Salieron todos a recibir a Laureana, su padre con su esposo para recogerla en los braços, quando en los demas solo, curiosidad para conocer la muger valerosa, que tanto se desea hallar. Don Gregorio fue el primero que llegò al coche, con intencion de arrimarla a su pecho entre sus braços; pero la dama recatandose de el padre, que no conocia, revsò el amoroso laçò de el que la diò el ser. Reparò Don Gregorio en la prudente modestia de su hija, y buelto a Don Alvaro, que le seguia, le dixo: Llegad, hijo Don Alvaro, que à vos os conocerà con los ojos de su buena voluntad, aũque algun tiempo os temi ò por enemigo, porq a mi, aunq soy su padre, me desdeña por no conocido. Oyò Laureana

lo

lo que Don Gregorio le dezia a Don Alvaró, que impaciente queria ser el primero que se viesse entre sus braços; pero detuvole su esposa, advirtiendole, que su primera deuda era la de su padre, pero que era tan desgraciada, q̃ siendo en su obligacion la primera, porque no era ingrata al ser q̃ le devia, por falta de conocimiẽto, se puso a riesgo de ser la vltima; pero con vuestra licencia no serà assi, porq̃ antes q̃ os dè mis braços han de ser de mi padre, à quien dichosa reconozco; sin detenerse mas se apeò, assegurando la permanencia de su fortuna en los braços de Don Gregorio, que aunque Laureana rendida a sus pies le besò la mano, pero el padre cõ el hallazgo de su hija la subiò a su pecho, donde en alborozos de su coraçon conociesse el amoroso efecto de sus lagrimas, pues en su hija prorrũpia en llanto la alegria, quãdo en su padre con sobresaltos festejava el gozo. A todo esto D. Alvaro, aunq̃ veia biẽ ocupada a su esposa, no se dava por satisfecho, hasta gozar de tã buena fortuna; no sè yo si se picò de zeloso; porque la voluntad cõ nadie parte interesses del cariño: lo que yo sè, es, q̃ Laureana quizàs por evitar desazones del amor, no se atreviò a trampear por mas tiẽpo el amoroso lazo de su esposo, dexò el de su padre Don Gregorio por añudarse con su esposo Don Alvaro; el qual bañado en lagrimas de gozo, recibiò a su esposa Laureana, tan tierno como amante, avergonçado de aver creido delitos no imaginados de su inocencia, aunque assegurados del duelo de su honra; pero no obstante esta turbacion, los dos amantes esposos solemnizaron con el alma el dichoso fin de sus trabajos. Tambien Carlos gozò de esta cortesana alegria, pues todos le dieron las gracias por aver sido el Colon dè las Indias de tan alegre paz. Los circunstantes dieron el parabien a Don Gregorio, Don Alvaro, y Laureana, q̃ le admitieron como tan interessados en dia tan feliz. El tio de Carlos tenia bastante prevenciõ para todos, con q̃ no permitiò q̃ saliessẽ de su casa, hasta q̃ D. Alvaro supiesse en q̃ estado

estava la suya. Obedecieron todos; hizo Don Alvaro su diligencia, hallò que era muerto su tio, aviendo dexado su hazienda a vn primo suyo por via de administracion. Presentòse Don Alvaro ante la justicia. Hizo informacion de quien era, con que se le mandò entregar su hazienda; de que resultò passarse a su casa, en compañia de Don Gregorio, y su esposa Laureana, donde en amorosa paz gozò la felicidad de hijos, en compañia de su esposa, la qual en premio de sus trabajos, tan varonilmẽte sufridos, la premiò Dios con tan alegre descanso.

El rigor de el invierno començò tan temprano aquel año, que aunque Carlos procurò dar la buelta a Sevilla, no fue possible, porque ni su tio le diò licencia, ni el temporal le diò lugar para hazer jornada, con que andava Carlos como espantado, fuera de si, porque vn amante no viue sino es adonde ama. Echavanlo de ver sus amigos, de que se le ocasionavã reprehensiones, las quales no labravan en su pecho mas que vn ordinario enfado, sin poder dar respuesta a sus amigos, porque la razon, aun a los mas apassionados convence. Con esta desazon le detuvieron el tiempo, y sus amigos, hasta el Enero siguiente, que tuvo vna carta de Doña Maria, en que le avisava como estava determinada à venirse a Madrid, y a que Carlos se detenia tanto, que su padre avia muerto, que sus hermanas se morian por ver la Corte, q̃ le rogava que no saliesse a recibirlas, por no dar nota a la gente, que iria en su compañia, que para principios de Abril seria su jornada. Con esta carta quiso Carlos romper por todo; pero sus amigos le divirtieron del intento, acabando con èl, que no saliesse de Madrid, como lo hizo; porque vn discreto, aunque el apetito atropella, siempre dà lugar para que vença la prudencia. Passòsse el tiempo mas desabrido del invierno, dando lugar à que Doña Maria, con su madre, y hermanas llegassen a Madrid. Apearonse en vna casa, que Carlos les tenia prevenida en la calle de la Luna, donde con su-

mo gozo, ſe vieron los dos amantes, que en lo publico ſe eſmeraron ſimulaciones, en el eſpejo de ſus ojos, ſe publicavan los gozos, con que ſus dos coraçones ſe feſtejavan. La madre de Doña Maria biẽ tenia entendido el cariño de los dos amantes; pero como dependia ſu vanidad con ſu ſuſtento del guſto de ſus hijas, no ſe avia atrevido a barajar el vicioſo trato de Carlos con ſu hija, que les durò por eſpacio de ſeis meſes, haſta que Dios fue ſervido de romper el vicioſo lazo con q̃ le diò viſta a Carlos, para que conocieſſe ſu deſpeño.

CAPITVLO XXIX.

Suceſſo de Doña Maria, por cuya cauſa ſale Carlos de Madrid.

QVe breves ſon las horas q̃ permite el vicio al guſto! q̃ apreſurados los terminos de la alegria en el ſolar vicioſo! Que fatales pronoſticos los de la culpa! Y al fin, que bueno es Dios para el hombre, pues del veneno del pecado, forma triaca de eſcarmientos al coraçon mas doliente del toſigo de la culpa!

En los ſeis meſes que les permitiò el vicio deſcanſo a los dos amantes, les ſucedierõ mil azahares, porque no es nuevo ſer azar, lo que parece ſer flor; pero el continuado cariño los animava a tolerar con buen animo, la mala condicion de la madre de Doña Maria, la qual, ò porque queria vender a mayor precio la buena cara de ſus hijas (infame trato) ò porq̃ queria ver lograda la hermoſura en braços de la eſtimacion, fueſſe ſu dictamen el que fueſſe. La madre de Doña Maria procurava baraxar el amoroſo empleo de los dos amantes, cuya induſtria, ò traza fue cauſa de la muerte de ſu hija, ſi feliz ocaſion de la vida del alma de Carlos, lograda en el vltimo lance de la fortuna. Dichoſo hombre, que aſſegurò ſu ſalvaciõ, con la experiencia del ageno afan! La traza fue muy comũ, aunque muy coſtoſa. Vendida la tenia ya à ſu hija con el peſo de la honra, aficionandola al empleo del matrimonio.

Con esta voz fueron muchos los que apetecieron el oropel de la cortesana recienvenida, aunque todos se casavan de futuro, pero ninguno de presente, pretendiendo gozar de contado, a pagar con letra de promesa. Destos engaños cortesanos gustava Doña Maria, porque como amava tiernamente à Carlos, à quien su madre con la traça del matrimonio, le procurava apartar de su presencia, dava gracias al engaño por el bien que la estava a la continuacion de su cariño. De ninguna destas agencias era Carlos noticioso, porque aunque Doña Maria en el semblante dava a entēder la desazon de su gusto, procurava ocultar la verdadera causa; porque es politica ordinaria de la voluntad ocultar las penas, porque no se desazone el amor; pero no obstante el prudente dissimulo de Doña Maria bien recelava Carlos la contraria agencia de la madre de Doña Maria, que es engaño manifiesto del traidor entender que la risa de la cara es bastante reboço para ocultar su traicion. Assi sucedia en este caso, porque Carlos bien entendia el lance; pero como prudente menesteroso, procurava dar a entender a la madre, y a la hija, que tenia satisfacion de su trato, para que ni su dama de recelosa desmayasse en su voluntad, ni la madre de conocida se despeñasse contra èl en su empeño. Con todo este penoso cuidado caminava Carlos en el parage de su vicio, hasta que la misma pana, ò el merecido castigo le abriò portillo para alcançar a ver con la luz del propio conocimiento el despeño que le agraudava si proseguia en su viciosa vida.

Vagava en la Corte en este tiempo vn ilustre Cavallero de pocos años en edad, si de muchas en sus vicios, corta capacidad, estremado en todo, porq̃ en todo era vicioso, antojadizo. Como sus passos eran todos encaminados a encontrar con novedades: sazones de su apetito liviano, tropezò su vista vn dia con la hermosura de Doña Maria, dia triste, si fatal para la dama, quanto alegre, y gustoso para el antojadizo galan. Fue en el prado la prime-

mera vista, con que pudo prudentemente juzgar, que todos sus anhelos se podian quedar como primerizas flores, que nacen con la luz, para acabar con su vida a la primer tiniebla. No fue assi en este vicioso Cavallero, pues aviendo reconocido el empleo de su gusto entre dos luzes, despidiendose ya el dia; cobrò nuevas fuerças, quando se certificò con la luz, que fue premio de su desvelo dar alcance a la casa, donde se ocultava su cuydado. Rondò la calle antes de dar el assalto al omenage de su anhelo, por si hallava algun tropiezo a su liviana pretension. No hallò ninguno, porque el de Carlos, que la visitava en su casa raràs vezes, aunque en otra se tratavan cada dia. Con esta noticia se asegurò de que podia pretender sin tropiezo que le embaraçasse el empeño. El primer tiro que hizo, fue a la muralla de la madre, que guardava aquella joya. Supo vn dia, que assistia sola en su casa, porque sus hijas, con otras amigas, avian salido a passeo. Con esta ocasion la visitò para darla à entender su achaque, procurò que fuesse el medico, que tomasse por su quenta la cura de su enfermedad. A toda esta relacion de su mal le recetò desvios, sin darle esperança alguna de su achacosa pretension, para cuyo fin pagò el desengaño de la madre con vna joya de precio para la hija, procurando darla a entender, que si assi pagava desvios, como satisfaria alagos? No parece que la taimada vieja queria recibir la joya; pero fueron tales las suplicas de Don Fernando (que este era su nombre) acompañadas de las atractivas luzes de los diamantes, que doblaron su industriosa dissimulacion, comunicandole en retorno vn breve consuelo de esperança.

Con esta fuerte, si bien dispuesta bateria, se retirò el antojado galan. Bolviò Doña Maria del campo, a quien su madre le presentò la joya, advirtiendola, que eran despojos de vn rendido amante, que la acetasse, dexandose governar por su industria,

de quien esperava que la mejoraria de mas honrosa fortuna. Mirò Doña Maria la joya sin tocarla, que es muy escrupuloso el cariño. Respōdiò a su madre, procurando q̃ valiesse su razō en la sala del mas apassionado juizio. Por ningun lado, la dixo, me puede estar bien el recibir la joya, porque si era por galanteo, ya se sabia que no tratava de esso, porque solo Carlos avia de ser su galan mientras viviesse, que siendo assi, no era bien admitir agassajo, pues no se le avia de dar satisfacion. Que si era empeño para matrimonio, que tampoco devia admitir la dadiva, porque parecia compra, donde la tela no se vendia, con que se resolvia à desechar la prenda. Muy cortada quedò la astuta vieja cō la respuesta de la hija; pero sin darse por despedida, lo remitiò a donayre vergonçoso, assegurando su pretension en la porfia de su agencia, de la qual se amohinava su hija; pero sin que la aprouechasse, porque era empeño de su madre el galanteo del nuevo amante, que hazia milagros de liberal. Otra mayor pena era la q̃ angustiava a la desgraciada Doña Maria, que era ocultar estos tratos a Carlos, que impaciente discursivo le referia su zeloso sentimiento, el qual à fuerça de industria cariñosa procurava la dama sossegar; no obstante siempre el peso del recelo amante, brumava el fatigado coraçō de Carlos, con que era fuerça que resultasse su pena en sentimiento lastimoso de su dama.

En este estado vivian los dos amantes, quando desesperada la madre de conseguir su pretension por el camino q̃ avia tomado, procurò dar vn tiento a la desesperacion; obligòla a tomar esta derrota las extraordinarias hazañerias de el apetitoso galan, a quien (à su parecer) veia herido de la mortal herida de amar a su hija Doña Maria, que disgustava de su galanteo embriagada de los amores de Carlos: dificultad que no avia podido vencer con su mañosa agēcia; con que se determinò al vltimo aliento. Apresuròle esta execucion la traça de D. Fernando, que sintiendose desfalle-

llecer de su antojo, la amenazò cõ la ruina de su casa. Turbòse la ambiciosa madre, con que tratò de sossegar a Don Fernando, haziendole noticioso de como su hija Doña Maria viuia enamorada de vn Cavallero, que la galanteava para casamiento, con que hazia dificultosa la pretension por todos lados, porque su voluntad, con la coyunda de la esperança del matrimonio, la obligava a dar de mano a su galanteo, que ella era la que mas perdia, lo qual se conocia en su empeño; pero que mientras Carlos la assistiesse, juzgava que a ningun partido se rendiria aquella fuerça, que diesse traça como apartar a Carlos de su casa, que era el medio mas eficaz para salir con su pretension. Sino està mas que en esso mi vida, delo vuessa merced por hecho, que no passaràn veinte y quatro horas sin que yo disuelva esse amoroso rato; dixo el arrebatado amante:) Vuessa merced no pierda punto en hazerme merced, que lo que toca a mi diligencia no la dè cuydado. Ya a la madre la avia pesado de aver dicho al desesperado amante el punto de la dificultad con que se embaraçava su pretension; cõ que bolviò sobre si, diziendo: No entiẽdas, hijo, que lo que te he dicho ha de ser para ocasionarte a precipitada colera contra Carlos, que esso serà acabar con todo, porq̃ si Mariquita llegara a entẽder, que por su causa padecia Carlos algun detrimento, no fuera possible acabar con su natural à que dexasse el empeño de arrojarse en vna desesperacion, que a todos nos estuviera mal. Esto ha de ser con modo, con maña, porque por violencia, somos perdidos. La traça que a mi se me ofrece, es, que tu dispongas a alguna persona grave, de quien no se pueda entender simulacion, la qual hable a su tio, a quien Carlos respeta como a padre, q̃ le obligue a salir de Madrid, à titulo de otro negocio, con que quedaremos consiguiendo nuestra pretension, porque esso de quitarle la vida, no nos està bien a ninguno, porque con su muerte pierdo mi casa, y vos a Mariquita, que

es

es vna venenosa sierpe en tocandole a Carlos su amante. Pensemoslo bien, que a todos nos importa. Atendida de D. Fernando la traza de la madre de Doña Maria, aunque tenia ya tomada resolucion de quitar la vida a Carlos, no obstante como amava con antojo, cejò de lo determinado, haziendole fuerça lo que le dixo la madre de Doña Maria, que si Carlos padecia algun detrimento, lo pagaria su amor, con que se resolviò a seguir el cõsejo de la mañosa vieja. Despidiose con este intento, prometiendo seguir su dictamen, como lo veria por la experiencia.

Mientras la madre le estava diziendo a Don Fernando, como Carlos era el impedimento de su pretension, passò por junto a la sala, donde estavan vna criada de Doña Maria, que era toda su confidencia, la qual atendiendo con cuydado, oyò dezir a la vieja como Carlos impedia su pretension, à que respondiò Don Fernando, q̃ presto disolveria el lazo de los dos amantes. No se atreviò la criada a ser centinela de lo demas de la conversacion, retirandose cautelosa porq̃ no lo entendiesse su ama; la qual apenas despidiò la visita, quando se entrò a saber si las criadas estavan ocupadas en el exercicio de sus haziendas, reconociò que lo estavan, con que se asseguró de su rezelo. A breve rato vino Doña Maria con las demas amigas de fuera, y viendola su madre alegre no quiso perder la ocasion, dandola noticia de como su amante Don Fernando auia estado en su casa desesperado de la pretension de amor, de que le resultava precipitada colera, amenazando de despojar de la vida a Carlos, por ser la causa del mal sucesso de su pretension. Turbada quedò Doña Maria con la mañosa traza de su madre, porque como todo le tocava en el alma, temblava el coraçon con temerosos rezelos; pero no obstante, aunque desmayada de medrosa, la preguntò a su madre si auia procurado apartar a Don Fernando de su intento, à que respondiò la madre, si hija, ya quedamos en esso; pero como Don Fernan-

do

do està tan loco por tus amores, temo su resolucion, aunque me prometiò que se valdria de vna persona Religiosa de grande autoridad, para que dispusiesse medios con que Carlos desistiesse de la empresa, que segun el efecto que hiziesse su diligencia, tomaria el la resolucion. Mal camino tomò Don Fernando (dixo Doña Maria) para conseguir su antojo, porque tocarme a Carlos, es herirme con el alma, y es muy mal medio maltratar el coraçon, para rendir la voluntad; v.m. si me quiere ver viua, tome el manto, procure dezirle a D. Fernando, que Carlos es toda mi vida, que si se la quita, me pierde, pudiendo alargar su esperança, à que si se la conserva me gane. Con esta resolucion se apartò D. Maria de su madre; la qual temerosa de su hija, buscò a D. Fernãdo, el qual ya auia hecho la diligẽcia del tio de Carlos, q̃ quedò atemorizado con la amenaza, cõtra la vida de su sobrino, tanto como su dama D. Maria. La madre procurò hazer todas sus diligencias con D. Fernando, pero a todo la respondiò, que Carlos, ò por muerte, ò por ausencia auia de faltar a D. Maria, que no se quexasse, pues ella que era ladron de casa le auia dado noticia de la dificultad que padecia su pretension, con la asistencia de Carlos, que en esto no la ofendia, antes le parecia la lisongeava con introduzir en su casa vn asistente mas amante, menos cosquilloso, con mas conveniencias. Quedò la vieja con esta resolucion de Don Fernando temerosa, pareciendola, q̃ si Carlos entendia la maraña, era fuerça hazer duelo, de que resultaria peligrar alguno de los dos, con que su casa, sus hijas peligrariã tambiẽ. No obstante esta cuerda consideracion dexò el sucesso a la disposicion del tiempo; bolviò a casa, donde hallò a su hija, à quien con toda dissimulacion, dixo, como su amante Don Fernando era tan suyo, que la auia respondido, q̃ no queria mas q̃ su gusto, q̃ bastava q̃ D. Maria disgustasse de su resoluciõ, para ceder del estrago q̃ su poderosa mano po

dia executar en ſu Carlos. Ya en eſte tiempo la criada de Doña Maria la avia dicho las palabras que avia oìdo a ſu madre, quando eſtava en viſita con Don Fernando, de q̃ avia ſacado el coraçon de Doña Maria: receloſos preſagios de ſu mala fortuna; pero no quiſo darſe por entendida con ſu madre, ſolo la dixo, que no ſe canſaſſe, porque galan por galan, ninguno para ſu guſto ſino Carlos.

De todos eſtos embaraços peligroſos eſtava Carlos ſin alguna noticia, retiròſe a ſu caſa à tiempo que hablò à ſu tio, muy congojado con la noticia que le avia dado, de que ſino apartava a Carlos de Madrid, le aviã de quitar la vida. La perſona que ſe lo advirtiò era de tanta autoridad, que no pudo dexar de darle credito, con que el anciano Prevendado procurò encaminar la accion con prudencia prevenida, como lo hizo, pues ſin darſe por entendido governò la materia de manera, que cõſiguiò el buen ſucceſſo que deſeava. Fingiò vna carta de vn amigo ſuyo de Segovia, en que le pedia, que ya que por ſus achaques no podia aſsiſtirle, le embiaſſe perſona tal que le pudieſſe acompañar en vn negocio en que le iba la reputacion, q̃ fueſſe luego, luego, porque en la preſteza eſtava la ſeguridad de ſu buen ſuceſſo. Con eſta carta le hallò Carlos a ſu tio en la mano, procurando hazer el papel de penſativo cuydadoſo. Preguntòle Carlos la cauſa de tan ſilencioſo pẽſar; fuele reſpondido, que ſus años con ſus achaques eran los que le moleſtavan, pues eran cauſa de q̃ no ſe puſieſſe en camino tan corto, como era de Madrid à Segovia à ſocorrer a vn amigo en vn aprieto de reputaciõ, q̃ le fatigava eſtar impedido, en ocaſiõ enq̃ devia cũplir con ſus obligaciones, aſsiſtiẽdo a vn Cavallero à quien devia todo afecto. Carlos, que ſe picava de honrado, correſpondiente a ſu buena ſangre, no huvo meneſter mas eſpuela para ſalir de carrera a ofrecerſe a ſu tio, para que en ſu lugar, ſi era poſsible, fueſſe èl a ſuplir por ſu perſona. Facilmente le acetò la oferta el diſcre-

to Prevendado, pues no deseava otra cosa, que era a lo q̄ tirava su mañosa discrecion, con que le dixo: Pues ya que quereis ser mi sustituto para cumplir mis obligaciones, ha de ser luego la execuciō, porque la tardança no estrague el buē sucesso de la gratitud. Al punto montad a cavallo para que vais amanecer a Segovia. Esta postrera clausula del mandato de su tio no se atreviò Carlos a obedecer, porque queria antes de ausentarse, satisfacer a Doña Maria con lo forçoso de su jornada. Reusò Carlos salir aquella noche; pero su tio porfiava en que era necessario sa ir luego; pero como los amātes son retoricos, llevados del ardor de sus afectos; persuadiò Carlos a su tio, que le dexasse la jornada hasta la mañana, la qual llegada, antes de ponerse de color, se fue a casa de Doña Maria, la qual ya sabia por medio de vn criado de Carlos lo que avia passado cō su tio, que era resulta de la amenaza que le avian hecho contra la vida de Carlos, de que diò Doña Maria gracias a la fortuna de aver sacado a su galan de tan manifiesto peligro con tan ayrosa dissimulacion. Llegò Carlos a su presencia, propuso su jornada; pero aunque los recelos del peligro de su amante diligenciavan el buen despacho de su dama, la voluntad enamorada, turbada de que se le barajava la possession, pretendiendo barajar cō llanto, lo que devia pretender con ansia. Muda retorica, si violenta fuerça, fueron las lagrimas de Doña Maria, pues obligaron a Carlos a cejar de la obediencia de su tio, pretendiendo aventurar esta, por la que imaginava su voluntad que devia a su dama, la qual reparando en la fineza determinada de Carlos, quan mal les estava a los dos, procurò ceder del derecho de la possession de sus cariños, por no aventurar a su galàn al despeñadero de su vida. Diò la buelta a su semblante, a tiēpo que juzgò Carlos que diligenciava, que disistiesse de la jornada; pero hallò, que D. Maria hazia todo empeño en que obedeciesse a su tio; obligandole con tantas veras a que

no

no se saliesse del orden de su voluntad, que conociò era la suya, el obedecer a su tio; pero no satisfecha Doña Maria de que Carlos lo creia assi, le procurò assegurar, advirtiendole, que el sentimiento del alma, en la ausencia de su dueño, era natural flaqueza publicarla con el rocio de lagrimas; pero que siempre tenia lugar la razon como mas soberana, aunque la voluntad mas se empeñasse, que era verdad que lo sentia como amante; pero como tan suya, le pedia no atendiesse a su sentimiento, sino a su razon, que governada con prudencia, la obligava a que le instasse a que se fuesse sin reparar en sus penas, pues cumplia con todos, con su tio, juntamente con su afecto, de que quedava obligada; tambien se lo supo dezir Doña Maria, tomòlo tan a pechos, obligada del rezelo de su voluntad, que le obligò a Carlos a salir de Madrid dentro de vna hora, porque es muy soberano el poder, quando se acompaña con el cariño, si tiene amor el que ha de obedecer.

Assegurada Doña Maria de sus rezelos, con la obediēcia de su Adonis Carlos, tratò de moderar a Don Fernando, procurando con modestia desbaratar la maquina ruidosa de su anhelo, para cuyo efecto se retirò de la conversaciòn ordinaria, dando a entender a su madre el sentimiento que le auia causado la ausencia de Carlos, de quien su voluntad no se mudaria, sino fuesse por el honor del matrimonio: golpe que desauciò a su madre de la esperança que tenia, de que Don Fernando fuesse el dueño de su casa; pero la resolucion de su hija la barajò su intento, con que la fue forçoso desengañar a Don Fernando, que picado de la dificultad, ò herido del duelo, de que no fuesse èl el admitido, en cōpetēcia de mas antigua correspondencia, lo considerò desesperado, por espacio de vn mes: tiempo en que (ò liviandad bestial!) se determinò a vencer aquel impossible, aunque atropellasse por los heredados blasones de sus padres, para cuyo efecto se

fue

Fue a casa de Doña Maria, todo bañado en lagrimas (ò lo q̃ sabe fingir el apetito)! ahogado en penas, desesperado en ansias, pidiò licencia para visitar a su madre, franquearon la puerta hasta la sala, donde hallaron a la imprudente vieja, que sin dexarle hablar, le dixo: hasta aora señor Don Fernando le he dado a v.m. trazas como conquistar el impossible de la voluntad de Maria, pareciendome que en su amistad ganava esta casa honra, y provecho, que mi hija, como mas interessada, abriria los ojos para ver esta verdad, para cuyo efecto le avise a v.m. como el vnicó remedio de su achaque era la ausencia de Carlos, esta se executò avrà vn mes, en cuyo termino no he faltado a la solicitud de mi deseo, procurãdo mover el coraçõ desta fiera, à q̃ se rindiesse a darle a v.m. alguna esperança de su pretẽsiõ; pero nada le ha movido, antes pienso q̃ oy està de peor calidad, porq̃ quando aqui estava Carlos, hablava, veiamosla la cara alegre, pero oy viue retirada, sin comunicar las amigas, ni a su madre, ni a sus hermanas, negandose a todo genero de desahogo. Si alguna vez la digo que se alegre, que dè lugar a vuestro galanteo, me responde, que vos no la galanteais para muger propria, porque no puede ser, sino para dama, que para esso galan tiene a su gusto, por quien perderà la vida, si fuere necessario. Toda esta verdad os he querido dezir antes que me hablasedes palabra, para que conozcais mi corta fortuna, pues entrando vos en esta casa, ni la necessidad me fatigara, ni el credito de mis hijas padeciera mas vltrages: lo q̃ os suplico, es, q̃ ya q̃ mi dicha me està contraria, no la ayudeis a rodar al precipicio de la infelicidad. Moderaos en las publicidades, retiraos de mi casa, porq̃ mi hija adolece de pena, mi honra muere del rezelo de vn estrago. Esto os pido humildemente, os lo suplican mis lagrimas, mis ansias, mi honor, que es mas que todo, fiada estoy en q̃ pudiendo dar tanta honra como aveis heredado con vuestra sangre, no la querais ajar a nadie.

Suspenso quedò Don Fernando con la suplica de la madre de Doña Maria, porque como todo era apartarle de su intento, sus sentidos no se atrevieron a mas, que suspenderse; pero como su determinacion era vn frenesi del apetito, no hizo operacion en èl la medicina eficaz de desengaños, con que acercandose à la madre de Doña Maria, la dixo: Muy de otro color del que solia vengo aora, señora, porque si vuessa merced, con mi señora Doña Maria, juzgan q̃ mi entrada en su casa es con pretension de galàn, se engañan, porque mi voluntad està tan apurada, que no quiere hazer tal ofensa a mi señora Doña Maria, que la quiera para dama, para dueño la pido, para esposa la deseo, que no ay impedimento que lo embarace, porque donde vive mi gusto, vive mi honra con sossiego. Vuessa merced la haga llamar para que entienda la vltima resolucion de mi voluntad. Levantòse la madre, llamò a Doña Maria, la qual violentada de todas las de su casa, pareciò delante de Don Fernando, el qual la bolviò a repetir su intento con mas sentidas razones, como quien reconocia la presencia de su dama. Nunca Doña Maria juzgò por possible la locura de Don Fernando, con q̃ quando se asegurò ser verdad, quedò como fuera de si, admirada del sucesso. No obstante, cobrando valor con la fuerça de la razon, que la profetizava el alma, q̃ como leal la anunciava fatales tragedias de su vida. Le respondiò con modesta discrecion, procurãdo reducir su licencioso apetito, a terminos razonables. Biẽ se echa de ver (le dixo) q̃ lo q̃ llaman amor, es locura, pues el vuestro Don Fernando, siendo vos quien sois, pone en habla matrimonio con vna muger como yo, cuyas prendas son calidad humilde, hazienda ninguna, con mucha liviandad, que de todo teneis noticia, siendo moço, galan, descendiente de las mejores casas de Castilla, con muchos mil ducados de renta. Esto en suma es la verdad, la qual con toda claridad os he dicho, para que

os

os avergõceis de ſolo el aver lo penſado. La honra de daros la mano de eſpoſa, ya ſe ve qual es; pero lo que mañana ſe ha de deshazer en la publicidad de vn tribunal, no quiero dar lugar para que ſe efetue con vn engaño. Eſtimo la voluntad que me moſtrais; pero advertid, que para eſpoſa ſoy chica, ſi para dama ſoy grande. Suplicoos no os canſeis en ofenderme, porque tanto ruido ſin razon, es mas moleſtia, que voluntad. Con eſto ſe retirò Doña Maria, dexando furioſo a D. Fernando, que aſſegurava con juramentos horribles, que los elementos ſe avian de traſtrocar, ò èl avia de conſeguir el deſeado fin de la mano de Doña Maria. La madre le procurò moderar, pero no fue poſſible. Llegò la noche, pidiendole que ſe fueſſe. Reſpondiò, que le quitaſſen la vida; pero que de otro modo no ſaldria de ſu caſa. No baſtarõ ſumiſiones de la madre, ſuplicas de las hijas, en que entrava tambien Doña Maria; pero a todo reſpondia, que èl era eſpoſo de Doña Maria en el alma, que no ſaldria haſta que lo fueſſe tambien el cuerpo. Las lagrimas de todas le obligaron a retirarſe à vn apoſento de la eſcalera, en que hizo por quinze dias ſu eſtancia, tan acabado de ſu erças. que no parecia hombre, ſino fantaſma. Todas eſtas locuras de Don Fernando labraron en Doña Maria cierta razon de eſtado, a quien llamava compaſsion, cõn que mas humana ſe dexava comunicar. Eſte fue el principio para que à Doña Maria le parecieſſe muy bien la boda, la qual ſe hizo, aviendo precedido las amoneſtaciones con todos requiſitos, par la ſeguridad de el empeño, en el qual ſe quedaràn haſta el capitulo ſiguiente.

CAPITVLO XXX.

Muere Doña Maria, con que eſcarmienta Carlos.

TAnta vida le permite la traiciõ a la lealtad, quanto tarda el ruin coraçon en

determinarse a executar el acto de ingratitud, con que tanto viue el leal, como le gusta al traidor. Muy fuera de imaginar tan raros sucessos, estava Carlos en Segovia, detenido de los cariños de su dama Doña Maria, si tambien obligado de las atenciones de vn Cavallero de aquel lugar, amigo de su tio, de quien industriado entretenia Carlos, con politicas apariencias, aũque no fueran bastante fuerça, à no ayudarle Doña Maria con la estafeta dos dias en la semana, con cartas llenas de caricias, pretendientes de que se estuviesse en Segovia, porque si bolvia a Madrid, descùbriria el escollo de la pretension de Don Fernando, ayudado de la agencia de su madre; con que viuia Carlos seguro, en confiança de los empeños favorables de su dama, sin que le turbassen los agrios de la ausencia, pues le alimentava con finezas su amada. No obstante, algo le dezia el coraçon, sino mucho, pero la voluntad lo desmentia, sino todo lo que bastava a convalecer del cuydado. Pronosticavale el alma, en la enfermedad de la ausencia, muerte de ingratitud; pero las letras de oro de su dama, en vaso de triaca de papeles, le bolvian a la vida del consuelo. O engaño sabroso! dulce adulacion del amor! feliz hechizo de la voluntad! pues en estragos de fatal anuncio, basta vna letra para acabar con la muerte de vna pena, dandole nueva vida de vna dicha. En esta armoniosa delectacion de sentidos, sino adulada afectacion de potencias, viuia Carlos, quando (ò mal que presto caminas!) recibiò vna carta de su dama, sin que el coraçon le dixesse sus rezelos, porque quizas se quiso vengar desta vez del poco credito que dava su voluntad, à los anuncios que siempre le advertia. O barbara potencia, sino lo govierna la razon! Rompiò la nema entre el descuydo, y el cuydado, porque nunca viue tan seguro el que es discreto, que le robe la passion todo el sentido, abriò la carta, donde viò que dezia assi.

Aunque la voluntad, Carlos, suele oprimir al honor, pero este si le sopla el ayre de vanidad con fuerças de estimacion, rompe la mas fuerte cadena de el cariño, acabando con la coyunda mas robusta de el amor. Todo esto te digo por darte à entender, que me he casado con Don Fernando, en que la vanidad de mi estimacion bolò como violenta mina, la fuerça de nuestra amistad. Ya, Carlos, no soy tuya à fuerça de las violencias de el crecer, de Don Fernando soy, no te digo mas, porque bien sabes tu qual fue mi voluntad. No me llames ingrata, porque no lo soy, dime que soy vana, que fuy necia, que todo cabe en mi.

Doña Maria.

Turbado, ò como fuera de si quedò Carlos con la impensada novedad, de que D. Maria le dava noticia en su carta, la qual bolviò a leer muchas vezes, sin acabar de dar credito a la verdad, que mensageros sus ojos, embueltos en tiernas lagrimas publicavā desengaños. No sabia Carlos que hazerse, con q̄ formò vn tribunal en su memoria, donde assistieron como partes el amor ciego, y la verdad con vista. Esta alegava no ser nuevo el presente sucesso, pues el vicio amoroso siempre fenece con infiel gratitud. El vendado amor como sin vista proponia dificultades al hecho, tropelias a los sentidos, impossibles a la razon, contrariedades a todo lo que la experiencia tocava. Indeterminable estava Carlos, juez de dos contrarios litigātes, pues como le arrastrava la passion del afecto, no se assegurava de la verdad, la qual sangrientamēte imperiosa le desengañava fiel, quando el amor le adulava cō engaños à quiē dava algun credito, pero con recelos; de q̄ fuesse mas cierta su desgracia, de lo que proponia industrioso su afecto; pero como contra el sol de la verdad, no ay nubes de fantasia,

que la oculten para el que la quiere ſaber. Carlos, aunque apaſsionado de amante, diò credito al mal ſuceſſo de ſu voluntad, con que dando de mano à incredulidades necias, diò lugar al ſentimiento, que à violencias de ahogos pretendia çoçobrar el coraçō de Carlos, en el mar de ſu afflicción, pero como las experiencias hazen maeſtros, procurò Carlos cobrarſe, porque no ſiempre eſtà el ſentimiento para desfogar en lagrimas. Procurò Carlos hazer eſtomago de valor para hazer la digeſtion de tan dura pena. Retiròſe a ſu caſa, donde atendiò à desfogar ſu ahogo, dando quē ta del al Cavallero, en cuya caſa vivia a quien pidiò conſejo para moderar ſu fatiga, porque el juizio atropellado de la tempeſtad de penas, no eſtà en diſpoſicion para ſer piloto a ſolas en la derrota de el acierto. Moſtròle la carta, hizole relaciō de ſu empeño, dandole noticia de la duracion de ſu amiſtad. Atento eſtuvo el Cavallero amigo a la relacion que le hizo Carlos de ſu afliccion, A que reſpondiò con la claridad que devia à ſu nobleza. Muchos dias ha que tengo noticia de vueſtro empeño, tanto, que vos miſmo no la teneis tāta como yo, porque no ſabeis, que la cauſa porque vueſtro tio os embiò a Segovia, que fueron rezelos ſuyos de que Don Fernando, eſpoſo de vueſtra dama, os deſpojaſſe de la vida, porque aſsi ſe lo avisò perſona de todo credito; para cuyo efecto ſingiò la carta, con que os obligò a venir a Segovia. Vueſtra dama con el miſmo preſupueſto me ha eſcrito algunas vezes os detuvieſſe, dando por razon los miſmos temores de vueſtro tio, con q̄ os podeis conſolar, dando gracias a Dios, de que a fuerça de vn ingrato proceder os ha ſacado de vn empeño de tanto vicio, como peligroſo. Claro eſtà que el ſentimiento es preciſo, pero es gran medicina para vn achaque de la voluntad, la purga de la ingratitud. Eſta ya vueſtros ojos dā fee della, tocandola en los breves renglones de eſſa carta; con que no ay ſino hazer buena cara al trabajo, pues ſe

ſigue

ſigue dèl el conocimiento de vna infame correſpondencia. Alegraos amigo con la experiencia, aunque ſea coſtoſa. Vamonos a la plaça, donde hallarèmos con que divertir el peſar en la diferencia de humores entendidos de Segovianos ingenios. A vos no os toca en el credito eſte azar de la fortuna, en el güſto haze ſu efecto, vencer la vil fuerça del apetito; pequeña victoria es para vn tan gran juizio como el vueſtro. Vamos, amigo, dad lugar a la razon para que por la ſenda de la experiencia, llegue al fin dichoſo del conocimiento, que con eſto es facil deſcartar la pena q̃ os maltrata, porque no haze herida la congoja, quando ſe conoce la cauſa tan contraria à la razon. Con eſto acabò de razonar el amigo, dãdo lugar a que Carlos, con principios de reconocido, le dixeſſe, que aunque la amoroſa paſsion le fatigava, la medicina de la ingratitud le dava alientos para curar ſu voluntad doliente. El ſentimiento (como vos dezis) es natural; pero dando lugar a la razon, pienſo deſfogar el fuego de mis anſias en la elada esfera de lo ingrato, con que aunque mas me hiera la voluntad con memorias del cariño, me deſpicarè con la experiencia del termino infeliz de mi vicioſo amor. Mudar de guſto me conviene; barajar el naype me importa, para que con contrario alimento renueve a mejor vida mi conſtante, ſi mal pagada voluntad. Con eſte vltimo acento ſe ſalieron los dos en buſca de la converſacion, dõde hallò Carlos nuevos deſengaños en varios ſuceſſos del vicio, que todos rematavan en ingrata correſpondencia, aviendo ſido ſu principio vna voluntad rendida, aun dulce, ſi ſabroſo embeleſo. De todo echò mano Carlos, porque vn bien acuchillado, de todo ſe vale para el reparo que pretende; de que reſultò, q̃ Carlos ſe aſſeguraſſe mas en ſu determinacion con dar de mano a la cõvalecencia del achaque de ſu mal correſpondido afecto; con que ſin reſponder a Doña Maria procurò muchos dias rõper la cadena del cariño de ſu voluntad, preten-

diendo la libertad del consuelo, ò con que pretension se halla vn coraçon asido a la cadena del amor torpe! pero con que dificultad se deshaze del duro lazo! Bien puede escarmentar el mas atento, si puede aprender a huir el mas cuidadoso.

No era menor el ahogo con que D. Maria lidiava en la palestra de su nuevo empleo, pues aunque en lo publico su esposo procurava acreditar el gusto con que vivia, en competencia de su esposa; lo desazonado del alma se le conocia en los ojos, porq̃ es engaño manifiesto querer ocultar a los ojos lo q̃ siente el coraçon; no obstante igualmente obrava con su esposa en las atenciones del cariño; pero aunq̃ estas divertiã algo de la passion interior, reventavã en traidoras apariẽcias, mal rebozadas simulaciones. Estas mudas señas de su mal la obligavan a D. Maria a tratar solo de enamorar à su esposo, pero con tan mala fortuna lo executava, que aunque era correspondida en lo forçoso, tratava ya Don Fernando de sacudir el yugo de su cuello: huia ya todo lo que podia de su assistencia; recelavase del tiempo que llegava à los vmbrales de la noche, que era el que le acercava al talamo tan apetecido; reusava la amorosa coyunda; tenia al fin los cariños de su esposa, como zoçobras de vna pena. O que facilmente se harta el apetito del vicioso! que novelero es su amor! que veleitosa su volũtad! Quiẽ tal imaginara de los excessos del amor de Don Fernando? quien tal dixera de los estremos de su voluntad? quiẽ adivinara tan dessastrado fin en vn amor que apenas se le conocieron niñezes, porque siempre fue gigante? O infame vicio! ò torpe liviandad! ò villana locura!

Como asustado, ò fuera de si andava Don Fernando, sin saber el rumbo que tomar en el viage de su pretension. Veiase casado, ajada su calidad tras el mal barato de su hazienda. Consideravase ligado a la infame coyunda de vna muger de mal trato, sugeto a los amores de vna vil hermosura, sin hallar forma como salir de aquel lazo en

que

que le enlazaron sus locos apetitos. Todo le causava ruidoso aparato a su imaginacion; con que desesperado en dar forma para su alivio, diò cuenta del aprieto en que se hallava a vn pariente suyo, que era muy dado al duelo de la honra; el qual le afeò lo hecho, de manera, que puso el coraçon de Don Fernando en mucho peor estado del que tenia, porque le borrò del alma toda la llama que pudo quedar del incendio de su amor, introduziendole vergonçosa rabia, vengadora furia de la necedad, que causò su desbaratada locura; pero no obstante el encono en q̃ le procurò introduzir el pariente, hizo Don Fernando diligencia con algunos Letrados, tomando su parecer, acerca de si auia alguna nulidad dirimente en su matrimonio, para salir de aquel ahogo. Muchos fuerõ de parecer q̃ si, porq̃ miravã a q̃ le siguiesse pleyto, porque a larga demanda letradorico. Otros mas estadistas davã medios, pero todos en contra del sosiego de D. Maria; la qual sin saber desta tempestad que la amenazava, viuia temerosa de los resabios de la nave de su fortuna, porque aunque Don Fernando procurava darla a entender que vivia gustoso con su trato, pero por instantes la dezia el alma, de que trazava su amante; la qual no tenia en val de su coraçon; pues apretado Don Fernando del horror que le causava su infamia, de los baldones que ya le davan sus parientes, y para mayor torcedor de vna boda que le tratavan sus mayores, igual en calidad, en hazienda, con mayor dote de hermosura, si se desesperò para tratar de sacudir este pesado yugo, sin dar a entender al mundo su desacierto. Propuso a sus parientes su infamia, dandola nombre de hechizeria, por cuya causa no pudo refrenar su voluntad. Consultose el caso en consejo interessado, donde assistian por consejeros los que observan leyes del duelo, que es lo mismo q̃ del Demonio, sin acordarse de los preceptos de la Ley de Dios. Fue cõdenada D. Maria a muerte, sin

aver delinquido en el hecho en mas que aver dado oìdos à vn loco de apetitos, que no es pequeña culpa si se juzga en el tribunal del entendimiẽto. Fue la sentencia executada por medio de vn bocado de veneno, con tan ajustada proporciõ, que al tercero dia destroçò la flor de la hermosura, buelta en frio cadaver de belleza.

En este tiempo vivia Carlos en Segovia, sin atreverse à bolver a Madrid, porque como los trabajos de el vicio le tenian tan medroso, como escarmentado, huìa las ocasiones del despeño. Pero como Dios ya le cõtava por vno de los suyos, le puso en la ocasiõ para que le sirviesse. Ofreciòse que corrian toros en Madrid, cuya fiesta quiso gozar su amigo el Segoviano, con con que le obligò a que le hiziesse compañia: revsò Carlos la jornada; pero como su amigo tenia gusto en ello, fue fuerça conformarse con su voluntad. Hizose la jornada con toda comodidad, con que llegaron a Madrid sin los açotes de los ahogos del Sol. La noche antes de los toros la tuvieron en la plaça, donde la multitud de musicas chavacanas, en compañia de cortesanas assistencias, entretuvieron los forasteros andantes. A la mañana, el encierro les hizo plato al gusto. A la tarde, con valientes, si diestros rejones, executados en la bravosidad de las fieras, solemnizados cõ populares vitores, entretuvieron el tiempo a los mirones; solo Carlos con el achaque de melancolia faltava al aplauso de tan aparatosa alegria; porque si el alma adolece, no hazen efecto las medicinas. En la cera, cercana donde Carlos estava, alcançò à ver a Doña Maria, que profetizando su muerte, se entretenia en la fiesta con suspiros. Cargada del torpe humor de sus rezelos, no atendia al ruidoso aplauso del festejo, porque solo mirava al Cielo, à quien pedia valor para sobrellevar tantas desdichas. Condoliose Carlos con el triste semblante de su amada prenda: claro està que su voluntad aun no bien convalecida, juzgaria eran lutos por su amor; pe-

pero à la verdad, no eran sino torcedores de sus presagios. Tan embebida estava Doña Maria en su profunda imaginacion, que no reparò en que Carlos la mirava, aunque vna dama, que a su lado estava, en cuya casa se soliã ver los dos amantes, lo reparò; pero por no darla mas pena, no se lo advirtiò a Doña Maria, hasta q̃ se acabò el concurso. A que respondiò: Estè muy enhora buena Carlos, pues merece essa dicha al Cielo, quando yo esta pena por necia desvanecida. Acabaronse los toros, siguiòse la noche, en la qual la dixo Doña Maria a su amiga: Mañana se và Don Fernando à Toledo, no quisiera, que à titulo de su ausencia, se atreviera Carlos a entrar en mi casa, con que me ocasionarà nuevas desazones con mi esposo. Por vida tuya que le avises, que no trate de memorias passadas, que bastan mis penas, q̃ le suplico no me ocasione pesares. Ademàs, que èl avrà ya mudado de color; con que no serà necessario encargarle que no me vea; pero aunque yo lo puedo sentir por el cariño q̃ le he tenido, no me quexarè de su correspondencia, pues èl ha cumplido como quien es, aunque yo en todo he sido la culpada. No hablemos en esto (la respondiò la amiga) que dà pesadũbre; hablemos en los toros, que fueron buenos, assi a pie, como acavallo. En esta platica las hallò Don Fernando, que bolvia a cenar, con determinacion de executar la mayor maldad que invẽtò la malicia humana. Despidiòse la amiga, trataron de cenar, sacando Don Fernando de los bolsillos por postre dos bocados de dulce, de que comiò el vno, dando el otro a su muger desgraciada Doña Maria, que le comiò. Acabòse la cena, trataron de acostarse; hizose assi; levantòse Don Fernando antes de amanecer; despidiòse de su Esposa Doña Maria, con que montò a cavallo para ir a Toledo. Aquella mañana se levantò Doña Maria a la hora que acostumbrava, al parecer buena, con salud, aunque su mal humor no la dava lugar a que se alegrasse. Llegò el tiempo de comer, en que apenas gustò de la

vianda, porque se sintiò congojada, de que la resultò vn mortal desmayo. Turbòse la casa, llamaron al Medico, que la hallò con vna gran calentura, sin atreverse a hazerla beneficio alguno hasta el otro dia, juzgando ser fimara que la duraria todo aquel tiempo; pero llegò al tercer dia, en el qual (ò buen Dios, que piadoso que sois!) se le antojò à Carlos, muy acaso, a visitar a la amiga de Doña Maria; buscòla en su casa, respondieronle, que estava en la de Doña Maria, que avia tres dias que adolecia de vn accidente peligroso. Tocòle al coraçon a Carlos la noticia que le dieron del peligro de la vida en que estava Doña Maria, porq̃ aunque domesticado con escarmientos, olvida tarde el q̃ bien quiere. Sin considerar el peligro à que se ponia, porque no sabia la ausencia de Don Fernando, se determinò a visitar a Doña Maria en su casa, que fue a tan buen tiempo, q̃ topò a la amiga de Doña Maria al vmbral de la puerta, la qual, sin mas reparo, por alegrar a la enferma, le introduxo en su quarto. No gustò poco Doña Maria, de que Carlos atropellasse dificultades por assistirla en tiempo que faltava Don Fernando de su casa. Algo se alegrò la desgraciada dama; pero como su muerte caminava à largas jornadas, fue la alegria de passo. Su madre estava fuera, con que Carlos la pudo hablar sin embaraço. Ya el violento veneno obrava su efecto, pues Carlos apenas conocia a Doña Maria por lo desfigurada que la tenia el accidente. Tomòla el pulso, que no le pareciò bien. Dios que obrava en aquel aprieto con su suma misericordia, le enseñò a Carlos, que hiziesse el oficio de Religioso advertido, diziendola a Doña Maria con vn espiritu lleno de divina mocion: Amiga, aunque mi voluntad ha sido tan viciosa, Dios que es fiel Padre me la ha mudado en esta ocasion para el bien de tu alma. Los accidentes de tu achaque son peligrosos: si no te has cõfessado, trata luego de ponerte bien con Dios, porque la medicina del alma, es la ma-

yor

yor curacion que puedes folicitar para tu vida humana. Perdoname fi te molefto, porque como te quiero cõ veras, puede en mi mas los bienes. q̃ deseo grangearte de la gloria para fiempre, q̃ la defazon q̃ te puedo ocafionar en la tierra. Tan a tiẽpo fue hecha efta diligencia de Carlos, q̃ movida Doña Maria del auxilio fuperior, incorporandofe en la cama, buelta a vn Santo Chrifto, con voz clara, le dixo: Y a vos fabeis, Señor, las vezes q̃ he pedido vn año ha à mi madre la medicina del Sacramẽto de la Penitencia, mis pecados fon de calidad, que han cerrado la puerta a fu conocimiento para negarme efte bien, de q̃ apelo a vueftra mifericordiofa bondad; fuplicãdoos, q̃ no permitais q̃ fe pierda mi alma con accidente tan infeliz, teniendo en mi abono tanta fangre vueftra derramada en effa Cruz por mi remedio: valgame, Señor, en efta hora, para q̃ me falve. Y buelta à Carlos le dixo: Amigo, no folo no difgufto del cuydado q̃ tienes de la falvacion de mi alma, fino q̃ cõ todas las veras q̃ puedo, te fuplico me traigas aprieffa vn Cõfeffor, antes q̃ mi madre buelva, que embarace mi dicha. Sin darla alguna refpuefta baxò Carlos en bufca de vn Padre de la medicina de la Gracia, a quien encaminò Dios, q̃ era el que diligẽciava con fu infinita bondad el remedio de aquella alma. En baxando Carlos al zaguã, que affomò a la calle, topò cõ vn Religiofo amigo fuyò, à quien al punto hizo fubir al quarto donde enfermava D. Maria, à quien confefsò cõ todo fofsiego, quedando muy confolada la enferma, la qual con grãdes anfias pidiò le miniftraffe el Sacramento de la Eucariftia, porq̃ fentia era llegada la hora de dar quenta à Dios de fu viciofa vida. Carlos, q̃ era el miniftro de Dios en efte aprieto (que tambien fabe Dios valerfe de los pecadores para el biẽ de las almas redimidas cõ fu fangre) faliò à toda prieffa a avifar a la Parroquia, encontrò con el Medico en la efcalera, bolviò cõ èl a certificarfe del eftado de la enfermedad. Tomò el Medico el pulfo, pareciòle bien

que

quecomulgasse;pero advirtiò que no era el peligro tan de priessa,que bastaria que fuesse a la noche,porque no dava tanta priessa el achaque, que queriendo Dios, no era de muerte, que procurasse sossegar la enferma,que hazia grā calor; con que ni los Sacristanes, ni el Cura estaràn en disposiciō de venir tan apriessa; ademàs, que no nos apresura el accidente. Aunque la seguridad con que el Medico hablò,podia sossegar a Doña Maria; pero no fue asi,porque como sentia la violencia del veneno que la avia dado Don Fernando, hazia grande instancia para que la diessen el Viatico.Carlos, junto con el Religioso Confessor, aprobavan su pretension,à tiempo que llegò la madre de fuera; la qual como loca clamava,diziendo, que dexassen a su hija, que no la fatigassen con memorias de la muerte,que lo que el Medico dezia era lo cierto,que se fuessen de su casa. O barbara infiel madre! Aunque los gritos de la madre podian turbar al mas sufrido;pero Carlos, y el Confessor,con los demas circunstantes, la procuravan entrar por camino.El Dotor enfadose,con que se fue. Doña Maria clamava al Religioso, pidiendole,que no la desamparasse. Tambien pedia à Carlos fuesse por los Sacramentos.La turbacion en todos era grande;pero el Confessor, sin embaraçarse,la procurò ayudar en aquel trance.La madre viēdo que iba de veras aquel hecho,fueron tales los gritos que diò,que obligò al Religioso a asirla de vn braço,con que la echò fuera del quarto, para que con mas desahogo pudiesse, en compañia de la amiga,con otra hermana que la assistia,alentar a Doña Maria para el viage,que por instantes aguardava. Bolviò Carlos con el Cura,que de secreto le traia todo el bien de los Sacramentos,los quales recibiò Doña Maria con gran cōsuelo, dando gracias à Dios por las misericordias,que avia vsado con ella en la disposiciō de la salvacion de su alma. Sossegose Doña Maria con el consuelo que Dios le avia dado de sus Sacramentos;pero

ro dentro de vna hora diò su alma a Dios, que la criò, que la avia redimido con su sangre; y tambien cuydò de que no se perdiesse. Apenas muriò Doña Maria, quando las señas del veneno se le conocieron en la cara: quedò tan negra, tã horrible, tan fiera, que atemorizava al mas valiente coraçon.

Retiròse Carlos a casa de su tio, donde con la consideraciõ de aquel horroroso espectaculo acabò de escarmentar, leyendo la tragica historia de su vida en el horrible quaderno de la muerte de su dama, en q̃ hallò materia de varios escarmientos, que le obligaron à descartar el vicio amoroso, q̃ con varios trabajos le oprimia. O feliz hõbre, q̃ engolfado en el pielago proceloso de la liviandad, donde passò tan peligrosas borrascas de peligros, sin atẽder a virar la proa à tierra del descanso, pues governava el timon de sus acciones, el barbaro piloto de su apetito, oy se halla a fuerça de escarmiẽtos, guiado del amor de Dios en el feliz puerto de arrepentido! Bien lo cõsiderava Carlos a sus solas, sin dar noticia a nadie del sucesso. Vnas vezes pavoroso de la muerte de su amadada prenda, le sacava el coraçon a los ojos, deshecho en lagrimas funestas. Otras alegre, si gozoso, dava gracias a Dios, de q̃ Doña Maria lograsse su salvacion por medio de su agẽcia. Otras, mas temeroso, dava buelta a los lances de su estragada vida, con que se avergõçava de lo reacio que estuvo a las aldabadas con que Dios avia llamado a las puertas de su conciencia, sin que jamàs diesse oìdos al llamamiento de Dios, como si su alma no viviera en la casa de aquel cuerpo. De todo echava mano su dichosa consideracion, proponiendo la enmienda, tratãdo de mudar de vida con retirarse a la soledad segura de vna Religion, donde pudiesse con mas desahogo violentar su barbaro natural. Con este intento se retirò a los montes de Toledo a su primer cuna, donde gastò algun tiempo en tomar acertada resolucion. Vna tarde que diò al ocio, porque no se le olvidasse la muer-

muerte de su dama, espejo donde mirava su desahogada vida, escriviò este Soneto al pie de la muerte, con la verdadera efigie de su dama, q̃ todo èl dize su vida cō su ahogo.

Piloto mal seguro, aunque contento,
la mar surquè inconstante de mi vida
en la endeble barquilla, que oprimida
tropezaua vn peligro en cada aliento.
En calma me quedaua, quando al viento
de tanta inspiracion era impelida,
que mucho si al deleyte conducida
despreciaua el sanal entendimiento:
Solo era mi apetito el norte cierto,
que mi loca passion ciego guiaua,
ò quanto vn ciego, que otro guia, yerra!
Hallè en el desengaño cierto puerto,
pues quando mas seguro çoçobraua,
me llamaua la muerte, tierra, tierra.

En retirados exercicios passò Carlos dos años en la soledad de los montes de Toledo, sin treverse a bolver a Madrid assombrado de la fatalidad de la muerte de Doña Maria, la qual traìa por despertador de la memoria de su vida. Dichoso èl, que avia sido tan feliz, que fue diligente ministro de la salvacion de su dama, y que se valia de su memoria, no para lastimoso estrago de su conciencia, sino para mayor torcedor en el examen de sus culpas.

CAPITVLO XXXI.

Aprietanle mas à Carlos los desengaños del mundo.

LA muerte de Doña Maria, como se ha visto, ocasionò la ausencia de Carlos de la ca-

casa de su tio, de que resultaron notables desazones al venerable Prebendado, siendo sus muchos años causa de grandes males, como tambien lo fueron de su muerte; porque como la ambicion es mal frenetico de parientes, y como los del anciano tio gozaron siempre dellos, porque èl fue toda su vida padre de todos, como le veiã en mayor edad, quisieron despossеerle en su vida de lo que les parecia se les debia en la muerte. Fue facil conseguir su pretension, porque la vejez es muy parecida à la puericia, que con la añagaza menor del cariño, se reduce a la voluntad de el que le engaña. Como Carlos faltava del lado de su tio, no tuvieron los ambiciosos parientes quien les hiziesse oposicion, con que vnida su maldad, asseguravan el fin de su pretension: no obstante, como eran tropas de ambiciosos, se dividieron en dos encontrados bandos, que cada vno agenciava para si solo, procurãdo, que quedassen sin parte los demas. A buelta de esta ambiciosa chusma entravan otros, que aunque no eran parientes, lo parecian en la codicia de entrar a la parte en el saco de la hazienda de el pobre Cavallero, a quien se le avia muerto vn sobrino, de quien avia hecho confiança, à costa de gran parte de su hazienda, pues le destruyò mas de lo que es imaginable; pero como sus padres le dexaron gruesso patrimonio, la prebenda era de considerable renta, aunque todos tiravan al blanco de su hazienda, huvo para todo. Apenas acabò la vida el sobrino que le assistia al noble Prebendado, quando los hermanos de el muerto puestos en ala en cõpetencia de otros, trataron de despojar al venerable anciano de todo su caudal. El vno con vn enredo le quitava los papeles. El otro con vna zalema la plata. El otro la escritura de censo, la hazian poner en su cabeça con vn engaño; alfin todos a vna, a quien mas habilidad tenia de robarle, le iban desnudando al santo viejo. La mayor diligencia, y cuidado

en que pusieron todo su empeño, fue apartarle del cariño que tenia a su sobrino Carlos, dandole a entender lo dis traido que avia sido en vicios amorosos, los lances tan peligrosos que le avian sucedido tan acosta de su quebranto, la sequedad de su natural; la entereza de su condicion, con quien al fin ninguno de ellos hazia vaza, porque à ninguno dava lugar que la hiziesse. Tan gran bateria le dieron por este lado al buen Cavallero; que estando determinado a escrivir a Carlos para que le viniesse a assistir, le obligaron a echar mano de otro sobrino, para que governasse su casa. A pocos dias fue tal el destrozo qae hizo en la casa de su anciano tio, que le obligò à procurar mudar de govierno. Los demàs parientes que estavan a la mira, ostigados de la sobervia, ambicion, que el loco administrador tenia sin hazer caso de ellos, instavan en que le rebocasse el poder para darsele a otro. Embarazada se viò la anciana bõdad con la tropelia de tantos pretendientes, pensolo como quien no tenia malicia, aconsejòse con quien pretendia ser interesado, con que errò la senda que iba al fin que deseava, dando en el despeño de su mayor perdicion.

Introduxeronle vna harpia, maliciosa fiera, dama preciada de hermosa, contenta de aver nacido en el mundo con tres maridos en baraja, quedandole vno por descartar, con algo de santiguar con mucho de embeleco. Tan buena maña se diò la señora, que siendo assi, que era persona à quien jamàs el tio de Carlos avia visto, ni tratado; pero por medio de vn primo suyo, assistente de la casa de el pobre Cavallero, la introduxo con su marido al manejo de toda su hazienda, sin quedarle algun dominio. Los medios para llegar à esta altura, fueron dadivas cortas a los criados de casa, con promesas largas. Con esta bien afortunada agencia se entronizò en el mando, donde al punto tratò de sacudirse de todo aquello que la podia embaraçar en la permanencia

cia

cia de aquella rendida plaça. Negò las obligaciones al primo; maltratò los criados de palabra para que se fueſſen; cercenò las raciones a los eſclavos para que huyeſſen; puſo taſſa en la meſa del ſeñor; cerrò la puerta a la comunicacion de los parientes, entendiendo ſer todo neceſſario para mantenerſe en la Monarquia a que auia aſcendido. Eſtas malas correſpondencias de la dama governadora con ſu marido, obligaron a toda aquella caterva de ambicion a levantar el grito, ſolicitando con toda diligencia la ruina de aquel tirano imperio; pero como el tio de Carlos vivia ya medroſo à fuerça de ſus años, no ſacaron de ſus agencias mas que nuevo encono contra la governadora dama, que con gran ſatisfacion, les dezia: Mientras yo aſsiſtiere a eſte Cavallero, ninguno de ſus parientes ha de entrar en ſu caſa, y aſsi como lo dixo lo cumpliò. Las beſas que les hazia eran ſenſibles, la falta que ſentian de la caſa de el anciano Prebendado era grande, con que trataron de ingeniarſe para ſalir con ſu intento, el qual ſolo con que Carlos en quien puſieron los ojos, quiſieſſe venir a aſsiſtir a ſu tio, era poderoſo a derribar aquel padraſtro, que tan hajados los tenia a todos. El primo de la dama governadora tomò por ſu quenta la agencia, eſcriviendo en nombre de todos a Carlos, pidiendole vinieſſe a ſacar a ſu tio de aquel tirano dominio, que no ſe eſcuſaſſe con las malas auſencias que le auian hecho, que les perdonaſſe, que reparaſſe la infelicidad de aquel pobre Cavallero, que miraſſe por el bien de todos, acabava con grandes ſumiſsiones, que es la añagaza de los pretendientes. Recibiò Carlos la carta, a que reſpondiò eſtar en deſgracia de ſu tio, con que no podia tomar la mano en el deſempeño, que ſi ſu tio ſe lo mandaſſe no faltaria a tan preciſſa obligacion; pero que no le imaginava en tanto aprieto, pues ſabiendo que le eſtimava como a padre, no le

mandava como à hijo, que si su tio gustava, ya sabia que le tenia alli a su obediencia. Con esta carta desconfiaron todos de la venida de Carlos, no obstante el primo de la dama governadora, no se diò por vencido, apelò para la amistad de vnas primas de Carlos, con quien se avia criado, estimandolas como a hermanas, obligòlas a que le escriviessen algunas vezes; pero a todas respõdiò Carlos en la misma cõformidad que la primera, con que desatinava el ambicioso primo, aunque en año y medio no desfalleciò buscando medios para conseguir su pretension; pero ninguno aprovechò, sólo la ambiciosa tirania de la dama, y su marido puso en tál aprieto al tio de Carlos, que le obligò a escrivirle esta carta.

Hijo, mis pecados son tan graues, que en castigo dellos me ha dado Dios tanta vida, para que en este tiempo tan dilatado pague algo de lo que deuo por mis culpas, pues no es solo el castigo algunos trabajos con muchos años, sino conocer ingratos, siendo fuerça tratarlos, pena de auerme oluidado del agradecido, de que me resulta, al parecer de mi cortedad, ser impossible atraerle à mi socorro. Este, hijo, està en vuestra mano, venios luego, que espero con vuestra assistencia, cobrar la perdida salud, con salir de el ahogo en que me ha puesto mi vejez. Dios os guarde, y os traiga presto con bien, como deseo.

Vuestro tio.

Recibiò Carlos la carta de su tio, y como la obligaciõ en vn pecho agradecido, al menor reclamo se obliga a obedecer, al punto tratò de dexar el sossiego de la vida que tenia para poner sobre sus ombros la carga del cuydado de amparar a vn desvalido. Acomodòse con vn rocin de campo que tenia, en que llegò à Madrid con dos horas de noche al siguiente dia, en que no quiso a aquella hora inquietar a su tio, con q̃ se fue a casa de vn amigo, dõde sossegò hasta la mañana, que informado de sus primas, se fue a casa de su tio,

tia, con cuya entrada hallò algun genero de dificultad, pero todo lo allanò su maña. Recibiòle el santo viejo, todo bañado en lagrimas de gozo, sin hartarse de tenerle entre sus braços; porque se prometia con su asistencia todo buen sucesso en el fin que deseava de su consuelo. No se atreviò el venerable anciano en aquella primer vista de su sobrino Carlos, à desatar el lazo con que su prudencia tenia recogidas sus penas, porque como su ancianidad estava tan medrosa de la tirania de su mayordomo, temiò, que los que le asistian le entendiessen su determinacion; pero para desabrochar su pecho con desahogo, con quien estimava, le dixo a Carlos: vamos a Missa hijo, que luego hablaremos. El tirano administrador quiso acompañarlos con gran empeño, pero no lo permitiò Carlos, que con resuelta vrbanidad le dixo, que el solo bastava para acompañar a su tio, lo qual se hizo sin que los acompañasse nadie; fueronse ambos a dos a vn Convento cercano, donde oyeron Missa, que acabada le dixo su tio a Carlos, que entrasse en el claustro, donde en vna capilla desfogò el anciano paciente la pena, que con prudencia reservava en el pecho. O espejo del mundo! fiel historia de lo q̃ el es! pues quien se viò en èl en la mayor altura del poder, llora su abatimiento, y se lamenta de la vil sugecion a que le ha traido de vna vil muger, de vn tirano curador! Con lamentable congoja le hizo relacion a Carlos del trance en que le avia puesto su fortuna, pues pareciendole mejor medio para su sossiego el de vn criado, para que manejasse su hazienda, avia sido su mayor ahogo, pues estava rẽdido a vn ingrato criado cõ vna muger liviana. Rematò el venerable Prevendado, con que era tal el estado a que avia llegado, que le cercenavan el bastimento quotidiano, con tanta demasia, que desfallecian sus fuerças con el peso de tan gran miseria; que le pedia, como a hijo, que como a tal le avia tratado toda su vida, le sacasse de aquella miseria;

tratando de reducir su hazienda à estado que pudiesse disponer della en el fin de su vida; porque la muerte, ya se acercava cō sus años, embueltos en tantas penas. Con muchas lagrimas acabò el tio de Carlos la narracion de sus trabajos, obligando a su sobrino Carlos a discurrir como executar sin ruido la voluntad de su tio, prometiòle tomar resolucion para acabar con sus cōgojas. Bolviòle a casa, donde quiso su tio que se quedasse a comer con èl, escusose Carlos, con que era fuerça ir a comer con su amigo, temiendo, que viendole ya en amistad con su tio, executassen en la comida, lo que à pocos meses executaron con otros, sabiendo que tambien deseavan acabar con su vida. Despidiose de su tio, bolviò a comer con su amigo, donde assistiò hasta echar de casa aquella infame canalla.

Cuydadoso anduvo Carlos algunos dias, pensando como devia ajustar materia tan vidriada, porq̃ su tio, ni queria que saliessen de casa, ni quitarles el poder, porque dezia era quitarles la reputacion en que estavan, q̃ el buen credito era la vida del hombre; y assi no se atrevia a romper con aquella gente, de manera que los señalassen con el dedo en el mundo. Tampoco querria, que Carlos les diesse a entender el mal trato que avian hecho a su tio; alfin, como temeroso de Dios, con tātos años, todo le parecia, que era ofensa del proximo, queriendo mas padecer, q̃ maltratar justamente a su ministro. Embaraçado se via Carlos cō la impertinencia escrupulosa de su tio; doliale el trabajo en que estava, pero no se atrevia a romper por no aumentar pesares a su tio. Tentò Carlos el vado con prudencia, procurò obligarlos con cortesias; pero como el ingrato tiene el pecho de azero, no hazian efecto violencias racionales de amistad. Con estas medicinas lenitivas passò Carlos contra toda su voluntad algunos dias, en los quales los ingratos administradores, temiendo el justo despojo por medio de la maña de Carlos, trataron de despojarle de la vi-

vida antes que èl los echaſſe de caſa. O inhumana maldad del ingrato! Cruel empeño de la ingratitud! Como Carlos no comia, ni dormia en caſa de ſu tio, ſalia, y entrava à todos tiempos. Entrò en vna ocaſion en que hallò al pobre viejo rebozado con ſu capa, que aunque era en Octubre, dava à entẽder que tenia frio, como de hecho lo tenia, porque preguntandole la cauſa del rebozo, le reſpondiò, que tenia frio: pues calentarſe, reſpondiò Carlos, baxen el braſero con lumbre; a que reſpõdiò el paciente anciano: Bien me holgara, pero puede ſer q̃ no la aya: aguarde vueſſa merced, que ſi harà, dixo Carlos, llamò a vn eſclavo, mandòle que ſubieſſe al quarto de la dama adminiſtradora, a quien dixeſſe de ſu parte, mandaſſe que ſe encendieſſe vn braſero para que ſe calentaſſe la ancianidad de ſu tio. Bolviò el eſclavo con la reſpueſta, que fue, que no avia lumbre. Enfadoſe Carlos, ſin poder refrenar ſu enojo; ſubiò al quarto alto, donde encontrò con la inconſiderada adminiſtradora, a quien con toda corteſia, aunque agria, la dixo ſu ſentimiento, obligandola à que mas por miedo, que por voluntad reſpondieſſe, que ya avia mandado, que ſe encendieſſe el braſero. Con eſto baxò Carlos a donde eſtava ſu tio, donde a poco rato baxò la criada con el braſero lleno de aſquas, a cuya calor ſe arrimò el neceſsitado anciano para calentarſe. Arrimado eſtava Carlos al bufete donde ſe puſo el braſero, a tiempo q̃ bolviò la cabeça a mirar que ruido ſe hazia en la calle, mientras tanto, la criada que avia traido el braſero, echò vn ſahumerio en èl, con que ſe retirò a ſu quarto. Bolviò Carlos la cara, en que recibiò grã parte del humo, de que le reſultò privarle de la viſta, dexandole ſin ſentidos, con vn calenturon tan vehemẽte, que no ſabia de ſi. Su tio con la fuerça del ſahumerio ſe dexò dormir, caſi privado de todos ſus ſentidos, quedò Carlos ſin ſaber que hazerſe en lance tã apretado, donde peligrava ſu vida, ſin poder quexarſe de el homicida, porque la cauſa fue

el humo que pasò, con que no se podia justificar el delito, y ni aun para la quexa dava lugar su efecto, solo la tuvo Carlos para buscar remedio a tanto mal, que aunque sus primas lo dificultavã, juzgandole por imposible, pero el deseo natural de cõservar la vida, alẽtò el desmayo de Carlos para agenciar remedio, el qual hallò en la ciẽcia de vn Medico, q̃ sin ser de los primeros en opinion, fue el mas acertado en la cura de vn mal, cuyo principio quedò solo al discurso imaginario para procurar el acierto del remedio. Informòle Carlos del hecho, con los repentinos accidentes; el informe fue cõ tiẽpo, pues antes de dos horas yà el Medico tratava del remedio, aplicando otros sahumerios, q̃ fueron tan efectivos, q̃ aunq̃ quedò Carlos como aturdido por vnos dias, pero sin accidẽte alguno, q̃ le molestasse, diò gracias à Dios por el buen sucesso, assegurãdo seguir la derrota que avia elegido para servirle.

Como el anciano, tio de Carlos, avia aprehẽdido que era causa escrupulosa la determinacion de echar de casa à los ingratos administradores de su hazienda, porque entendia que era quitarles el credito, q̃ era la vida mas preciosa. No acabava Carlos de ajustar el sossiego de la casa de su tio; a q̃ se añadia la inquietud de su natural, q̃ à cada passo topava con ocasiones q̃ le incitavan a la vengãça del conocido intento de quitarle la vida: causa muy notable, con q̃ su conciẽcia se inquietava. Quiso bolverse à su retiro de los mõtes de Toledo; pero embarazavale la noble fuerça de la caridad q̃ devia exercer cõ quiẽ le avia criado con tanta atencion como si fuera su padre. Inquietavale el demonio con los brios de su corage, proponiẽdole ser cobardia vergõçosa el sufrimiento q̃ tenia, pudiẽdo acabar cõ el acero, lo que con la Christiana politica no era possible. A esto ayudava la desverguẽça de los criados administradores, q̃ crecia, alẽtada de la humildad de Carlos q̃ aũq̃ cõ el favor de Dios se refrenava, pagava con cõtinuos desassossiegos el merito de su Christiano proceder. O

infame cobardia del ingrato, q̃ se embarace al passo de la sufrida mãsedũbre del amigo de Dios! En este tiẽpo acaecierõ algunos desmanes graves entre los sirvientes de casa, cõ el barbaro administrador, de q̃ al parecer de todos, resultò la muerte repẽtina de vn criado antiguo, muy favorecido del anciano tio de Carlos; accidẽte q̃ inquietò la paciencia del santo viejo, q̃ aunq̃ no diò credito al disque, diò lugar à q̃ su sobrino Carlos le hablasse cõ resolucion para q̃ tomasse forma en la disposiciõ de la poca haziẽda q̃ le q̃dava para vivir cõ sosiego lo q̃ le q̃dava de vida. Como el fin de Carlos era puesto en razon, aunq̃ su tio rehusava tomar nueva forma, no obstante Carlos procurò darle a entender la obligaciõ q̃ tenia à disponer su testamẽto, hablòle con gran resoluciõ diziendole, q̃ en buena salud era prudente exercicio dispo ner el testamento sin dexarlo para el tiẽpo en q̃ le podia baraxar su voluntad el accidẽte cõgojoso de vn achaque mortal; q̃ esta resoluciõ era santa, racional, con q̃ descansava, echando a vn lado el cuydado en q̃ le podia poner en la vltima hora de su vida la execuciõ de su voluntad, q̃ no le embaraçassen disques de los pariẽtes; q̃ atendiesse a lo q̃ le pareciesse, q̃ era razon, q̃ no reparasse en lo demàs, y para q̃ por su parte no quedasse la execuciõ de vn negocio tan importante a su alma, hazia cession de todo lo q̃ su voluntad le podia hazer merced en la persona q̃ gustasse su tio, porq̃ para vivir sin necessidad le bastava la poca haziẽda q̃ sus padres le avian dexado en los montes de Toledo, ademas, q̃ por bien librado que fuesse de su liberalidad, mucho mas avia gastado èl de su hazienda en el discurso de su viciosa vida, que se alentasse para hazer lo que devia a la seguridad de su conciencia, que era lo q̃ le convenia para acabar la vida con sossiego. Con grã atencion estuvo el venerable Prevendado oyendo lo que su sobrino Carlos le dezia, en cuyas palabras diò alcance a la verdad de su coraçõ cõ la mudança de su vida. Agradeciòle el acertado consejo, prometiendole, que aquella tarde haria vna minuta para

que

que al otro dia se otorgasse el testamento, dandole poder para que junto con vn primo suyo, a quien quedava por heredero, dispusiessen el cumplimiento de su postrera voluntad. Diò Carlos gracias a Dios por el buen sucesso, pues sin violencia ruidosa se obrava lo q̃ era razon. Al otro dia se otorgò el testamento, con que tomò Carlos la mano en todo. Mandò con mucha paz al criado administrador, que desocupasse el quarto, que ajustasse sus quentas, que todo se hizo muy brevemente, aviendo conseguido Carlos vn impossible, segun el sentir de su tio; pero donde el fin es puesto en razon, ayuda Dios para el acierto. Con el govierno pacifico de Carlos tomò forma de sossiego la casa de su tio; pero fue por ocho meses, porque como la edad era mucha, los achaques continuos, los pesares demasiados en los vltimos años de su vida; con que el edificio de aquella anciana humanidad diò en tierra, dando fin a su vida con gran sossiego, que parece que aguardava Dios hallarle desembarazado de pesares para llevarle para si; aviendo recibido los Sacramentos de la Iglesia con suma paz, diò su alma a Dios que la criò.

Cuidò Carlos de el entierro de su tio, que se hizo con honrosa publicidad, como se lo devia Carlos, pues aunque no fue en darle el ser, fue padre en las atenciones con que le assistiò toda su vida. Este fue vn golpe para el tierno coraçon de Carlos muy sensible, de que echò mano para perseverar en su nueva vida de la soledad, hasta que Dios le encaminasse con su auxilio al seguro puerto de vna Religion, para servirle con mas sossiego. Con esta resolucion cumpliò con el novenario. Entregò a su primo los papeles que tocavan à la hazienda que heredava: instruyole en el gouierno de ella; prometiole documentos para el govierno de su vida, porque la eleccion de la experiencia, es mas cierta que la que dà la ciencia de el discurso. Ajustando

Carlos lo que devia, se bolvió a su soledad, donde nos dá exemplar, para que ya que le hemos imitado en los vicios, abramos los ojos para seguir sus passos, en apartarnos del mundo, logrando con su exemplo los bienes de el que escarmienta de seguir la senda de los vicios, prosiguiendo la virtud que tiene por premio la gracia de Dios con su gloria.

F I N.



CAR-

CARTA DE CARLOS EN DESPEDIDA de la Corte, escrita à su primo, que entrò à heredar la hazienda de su tio.

AMigo, quando los sabios, y doctos amigos de Dios no me lo huuieran aduertido muchas vezes, la razon me lo dictara, que las aduertencias de los amigos, son las que con toda verdad descubren la fineza de la buena voluntad, porque en la obseruancia dellas, se logran los bienes del mundo, con la paz de la gracia de Dios.

Con esta verdadera inteligencia me he determinado à escriuiros, en la sazon que me aparto del bullicio de las gentes, obligado de la merced que Dios me ha hecho de abrirme los ojos del conocimiento, tomando por agentes de mi dicha los trabajosos lances de la borrascosa tranquilidad del mundo engañoso, con que dichosamente aduertido me he retirado à esta Aldea, mi primitiuo Solar, de adonde sali ciego, sin que mi vista racional diesse alcance al furioso tropel de los trabajosos accidentes deste siglo, que siendo naturales en su ser, no nos persuadimos à creer esta verdad, con que los tenemos por accidentes; pero la experiencia nos enseña, como verdadera maestra, que la bonança del mar del mundo, es tempestad deshecha de continuas zoçobras, y peligrosos afanes.

Amigo, mis letras no passan de las primeras, pero mi experiencia de tantos años de ahogos de ignorante moço, me obliga agenciado de buena voluntad, y de la propria sangre, à aconsejaros, para que nunca digais con verdad que errasteis, porque no huuo quiē os aduirtiesse. A vn docto cortesano oì dezir que los

con-

consejos para ser acertados, auian de ser de persona prudente, experimentada, y de buena voluntad en mi se halla la experiencia, y la buena voluntad, con que hallandose en vos la prudencia, lograremos ambos à dos el acierto en el obrar que deseamos.

La hazienda de nuestro tio que Dios aya, que aueis heredado, os aconsejo que no sea causa de vuestra perdicion, como en mucha parte lo fue de la mia, porque si yo no tuuiera con que lozanear, no me hallara con las ocasiones tan à las manos.

Tambien os aconsejo, que el hallaros sobrado, no os haga soberuio, porque la hazienda falta, y permanece el credito, desto os aconsejo que cuideis, procurando que sea de hombre modesto, con estimacion de verdadero, porque aunque la nobleza de la sangre acredita, el mal trato de la verdad infama.

Con toda buena voluntad os aduierto, que mireis con quien os acompañais, que no os arrastre la nobleza de la sangre, sino las religiosas prudentes obras de la virtud, porque estas ennoblecen à su dueño, y à los que le asisten, y faltando estas, sirue la nobleza sin ellas, de apellidar con notoria publicidad, la vileza de las obras del que las obra, aunque noble, con que desacredita à los que le asisten.

La modestia, y cortesania es llaue maestra de los coraçones.

La lengua de cada vno, es el espejo en que se vè quien es cada vno.

El que siempre habla mal, que bien puede aguardar.

Quien es descortès, no puede ser entendido.

La virtud, la nobleza, y el ingenio lleuan el sobre escrito con la lengua.

La

Las palabras que no ſe parecen à la nobleza del coraçon, ſon torpes, porque las de los ſentidos todas ſon indigeſtas.

Los preſumidos de Sabios, les falta la prudencia, porque leuanta à mucho mas el buelo de lo que les permite las fuerças.

Eſcuchar al necio con paciencia, es trabajo probechoſo, porque tanto ſe aprouecha aprendiendo à huir del mal, como ſe logra en la leccion del que enſeña el bien.

Leccion prudencial es, que los que viuen entre hombres ſean tratables, porque la ſoledad ſin grande eſpiritu, es muy peligroſa pero tambien enſeña la prudencia, que el trato no ſe ha de allanar tanto, que llegue à ſer vileza. Eſtimacion propia ſin figuradas, es la que con todo reſpeto noble conſerua amiſtad.

De comidas, y bebidas os aconſejo con todo afecto, que os eſcuſeis, porque de vn hombre eſtragado en demaſiadas viandas, no ſe puede aguardar credito de noble, y prudente corteſano, porque con el exceſſo de la gula ſe hallā caſi todos los vicios chauacanos pareados.

La caridad con los pobres os encomiendo, y que ſean los primeros vueſtros criados, y conocidos, porque ſi la caridad bien ordenada, comença deſde el bienhechor. Vueſtros criados y conocidos, ſon vos miſmo, porque la voz del Abogado es la que acredita, ò maltrata la opinion del poderoſo.

A titulo de caritatiuo, no os allaneis al trato con las pobres vezinas, porque aunque las armas de la caridad ſon de gran fortaleza, en el ardid de la ocaſion aßegura el demonio ſus vencimientos.

Cor

Corteſanias con las damas, ſon permetidas deudas del noble abito corteſano, pero deuen ſer con cuidadoſo reparo de que no paſſen del trato de la vrbanidad corteſana, à agentes del apetito ſenſual.

Acertado ſerà en las fieſtas publicas feſtejarlas ſeparado del tropel del pueblo, porque entre amigos corteſanos ſe goza de todo, ſin el peligro que la multitud de la plebe ſuele traer conſigo; pero el hazerſe ſingular quando los amigos guſtan que los acompañe, no lo tengo por acertado, porque la ſingularidad eſcandaliza, quanto obliga la vrbanidad.

No os metais en hazer pazes entre dama, y galan, porque ſi las hazeis ofendeis à Dios, y ſino ambos à dos ſe quexan de vueſtra agencia, auiendo vos ofendido al Señor.

Contentaos con la decente paſſada de vueſtro honrado porte, porque es mas ſegura eſtancia carecer de poco, que el abũdar de mucho, porque la decente cortedad trae conſigo modeſta corteſania con diſcreta vrbanidad, ſiendo todo al contrario en la abundancia, porque engendra ſoberuia, codicia, auara condicion, con que aun para el mundo ſe haze aborrecible.

El cuidado que deueis tener con los ojos, os encargo, y en particular en los lugares ſagrados, porque ſerà gran necedad el ir a buſcar la ſalud, y por la viſta de vueſtros miſmos ojos agenciar el cuchillo de la muerte, para que os quite la vida.

El reſpeto à los Ecleſiaſticos os encomiendo con todo afecto, y aunque alguno tenga imperfecciones de hombre, baſtale el eſtado con abito de mayor perfeccion, para que le reſpeteis con todo rendimiento.

Aunque el deſahogo publico del plebeyo obliga à que le corri-

rri-

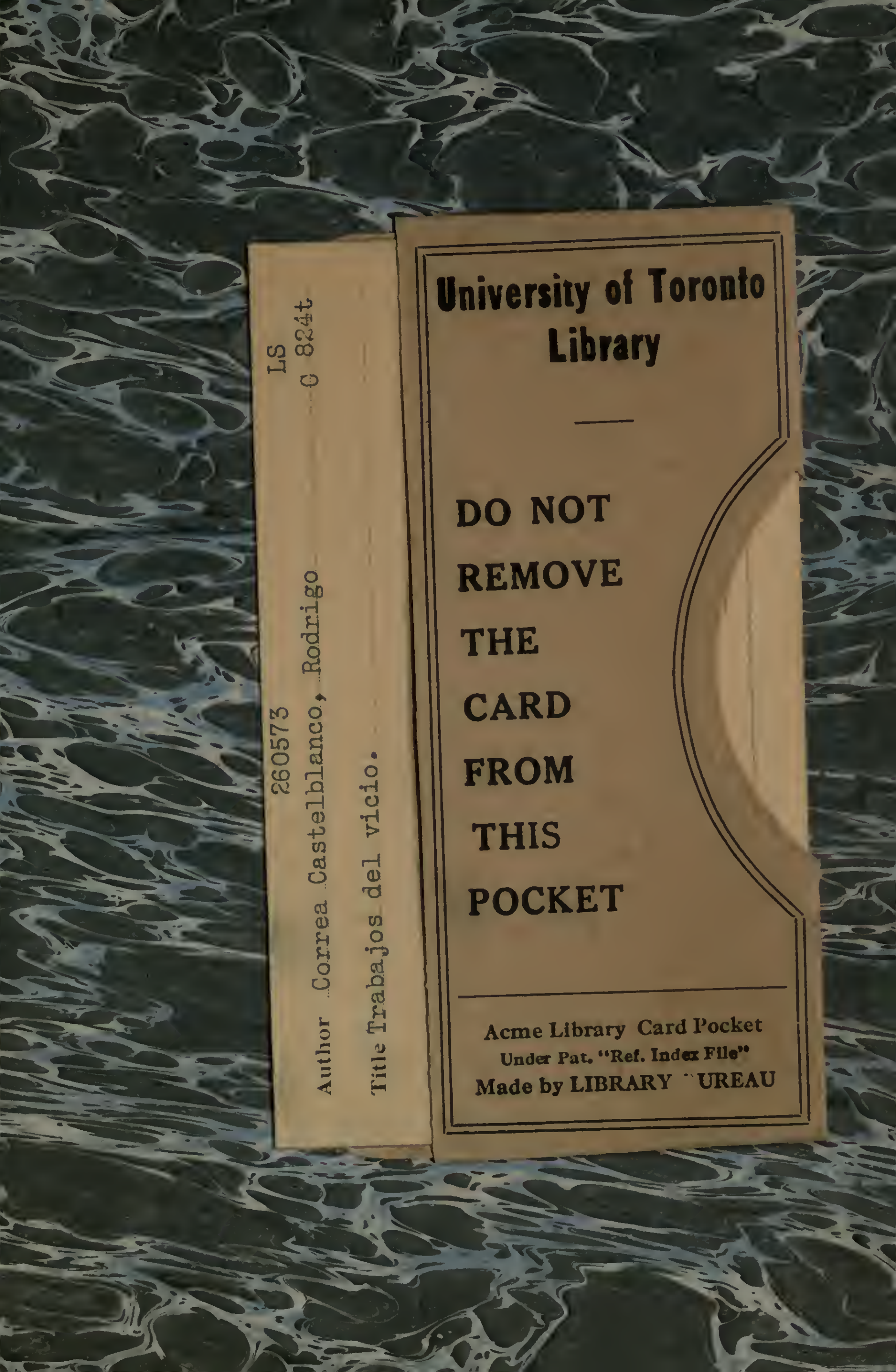
rrija el noble, no obstante, y si el delinquente no es de su familia, ni subordinado à su mando, no lo tengo por acertado, porque si el plebeyo es estragado no teme el rigor de la Iusticia, es cierto q̃ perderà el respecto al noble, porque le enmienda.

Aunque el zelo del acierto es estimable virtud de la nobleza, imprudente locura es tachar las disposiciones del gouierno de vna Monarquia, sin mas fundamento que el que propone el zeloso discurso, porque las tachas apassionadas, ordinariamente son descredito del mas fecundo entender.

No os quiero cansar mas, remato con acordaros, que amando à Dios, y al proximo acertareis en todo con seguridad de conciencia, y acierto en la Ley de Dios, que os guarde, como este vuestro primo, y amigo os desea.

Carlos.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY ˋUREAU
LS
C 824t
260573
Author Correa Castelblanco, Rodrigo
Title Trabajos del vicio.

